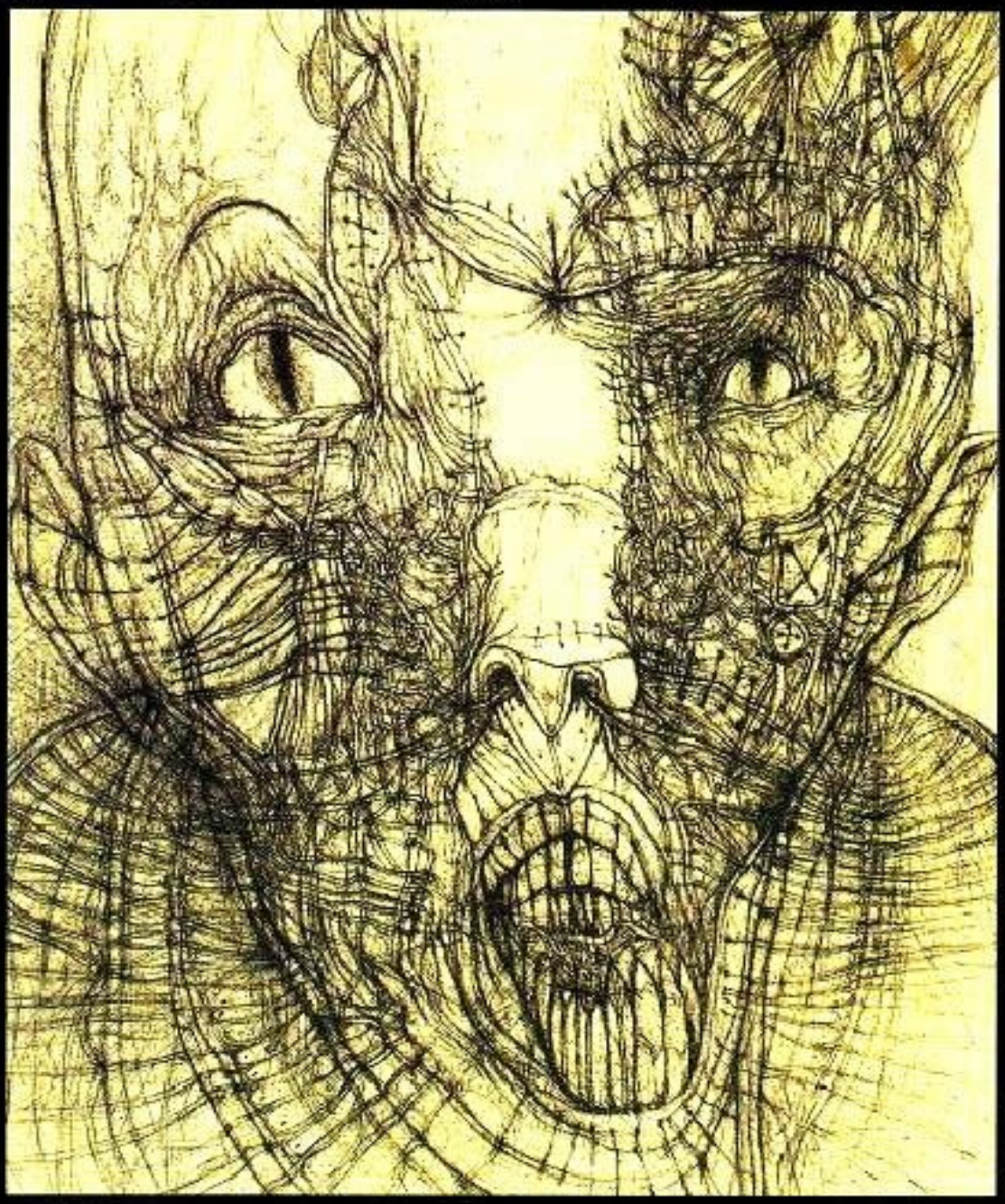

GÓTICA

Trece para el Diablo

Las mil caras del Príncipe de las Tinieblas

Edición de Frank G. Rubio

Lectulandia

Su legendario origen, muy anterior a la tradición bíblica, se diluye en la bruma del tiempo. Su verdadero nombre es desconocido: Demonio, Satán, Ahriman, Baal, Lucifer, Belcebú, Belfegor, Baphomet, Asmodeo, Mammon, La Bestia, El Ángel Caído, El Maligno y tantos otros no son más que inútiles tentativas humanas de nombrar al Innombrable. Su apariencia, igualmente múltiple y escurridiza: serpiente, macho cabrío, hermosa doncella seductora, misterioso caballero, gato negro, híbrido cornudo, con pezuñas y rabo, bello andrógino, vampiro y mil máscaras más, nos habla de su astucia y recursos.

Odiado por muchos y venerado por algunos como ángel rebelde, pues forma parte esencial del inconsciente colectivo. «*Trece para el Diablo. Las mil caras del Príncipe de las Tinieblas*»
es una antología de textos que trata de recapitular los diferentes temas relacionados con el Diablo rastreando las sulfurosas huellas que ha dejado en la moderna literatura occidental. Así el relato de Alan Moore «*Compañeras de labor*» (1996) recrea el mundo de las brujas; Jonathan Carroll con «*La habitación de Jane Fonda*» (1982) nos ofrece una visión moderna e inesperada del infierno; «*El Diablo y Daniel Webster*» (1938) de Stephen Vincent Benet, toca el tema del Pacto con el Diablo; «*Una neurosis demoníaca en el siglo XVII*» (1922) es un fascinante ensayo de Sigmund Freud sobre la posesión diabólica; «*La bruja de Verberie*» (1797), relato del librero francés escéptico e ilustrado Mercier de Compiègne, narra los pormenores de un *sabbat*… El volumen incluye la popular novela corta de Jacques Cazotte «*El diablo enamorado*» (1772).

Francisco González Rubio (Frank G. Rubio) es escritor, especializado en Literatura y Cine Fantásticos, Ocultismo y Teoría de la Conspiración. Coautor de «*El Libro de Satán*», «*El Libro del Destino*» (*Manual de Cartomancia*) y «*Protocolos para un apocalipsis*» ha recopilado y prologado la antología de ensayos de Aleister Crowley «*El continente perdido*» y la antología de relatos de terror: «*Trece para el Diablo*». Su última obra, publicada por Áltera, es un trabajo divulgativo sobre la masonería. Colabora en diversos medios: *Más Allá de la Ciencia*, *Generación.net*, *Quatermass*, etc

Lectulandia

AA. VV.

Trece para el Diablo

Las mil caras del Príncipe de las Tinieblas

Valdemar - Gótica 77

ePub r1.0
Titivillus 06.11.15

AA. VV., 2010
Edición: Frank G. Rubio
Traducción: AA. VV.
Diseño de cubierta: Zdzislaw Beksinski, *Sin título*, 1968

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

LAS OTRAS LLAMAS

Muerte es lo que vemos cuando estamos Despiertos,
lo que vemos cuando estamos dormidos es Sueño.

HERÁCLITO «EL OSCURO»

Pocos temas han requerido más la atención cuantitativa y cualitativa de los más diversos autores, y no sólo los consagrados al género fantástico y terrorífico, como éste del Diablo, el gran enemigo de la humanidad.

El asunto, procedente de la mitología y la religión, la Cosa que dirían los martinistas o el insoportable Lacán, ha encontrado en la sociedad occidental, tras siglos de judeocristianismo más o menos rampante (quizás por ello también), un desarrollo asombroso. Las artes plásticas, la música, la literatura, el folklore, el cine y en general cualquier otro medio de expresión o reflexión, incluida la Ciencia[1], han encontrado un lugar para el desarrollo de las peripecias del arquetipo de aquel que, con o sin cuernos, con o sin pezuñas, con o sin rabo, con o sin motivo encarna al Enemigo del género humano y de Dios. El Príncipe de las Tinieblas o el Dragón, pues tiene muchos rostros y su nombre es, por ello, Legión.

Que cada uno de los trabajos seleccionados recapitulara un aspecto definido y distinto del que, con vigor poético, ha sido calificado como Señor de las Mil Máscaras[2] fue mi objetivo inmediato. El lector encontrará en esta antología, compuesta por catorce piezas —entre las que hay algún poema, algún ensayo, incluso una breve obra de teatro—, un intento de resumir los aspectos más relevantes con los que se muestra este arquetipo ante nosotros en la literatura occidental.

Obviamente no están todos los que son pero sí son todos los que están. Entre los materiales seleccionados que han sido descartados para incluirlos aquí, hemos de destacar la obra de Gabriel Bermúdez Castillo *La piel del infinito* que, por su larga extensión, requiere ser publicada de manera independiente. Otro texto que no ha podido ser incluido debido a una cuestión legal de «exclusivas» es *La hora del diablo*, de Fernando Pessoa. Otra vez será.

¿Por qué catorce piezas si en el título se habla de trece? Quizás por el mismo motivo por el cual en el Tarot hay 22 cartas pero sólo están numeradas 21. Pudiera ser también una referencia al número catorce: los fragmentos en que Osiris fue cortado por su hermano Set (Satán, para muchos). Recopilados después amorosamente por

Isis. Pero el falo jamás se encontró, un extraño pez se lo tragó y lo depositó en las profundidades. Por eso trece y un Himno. El Diablo está en los pequeños detalles…

El orden en el que han sido colocados los relatos no es, en absoluto, ni cronológico, ni casual, como pueda serlo el de las suras del Corán, y responde a un criterio que en modo alguno debe ser seguido ovinamente por el lector. He tratado de exponer, de principio a fin, una ordenación que parte de la menor a la mayor intensidad de presencia en el relato del numen al que el arquetipo del Diablo se refiere. De menos, pues, a más.

La cuestión del Infierno, ineludible en una recopilación sobre el Muy Malo, vendría representada por el relato de Jonathan Carroll, «*La habitación de Jane Fonda*» (1982), donde el lugar de eterno sufrimiento está fabricado casi literalmente con la misma materia de la que están hechos los sueños. En la vida «real», Jane Fonda, como Bob Dylan, como Nicole Kidman o Tony Blair, han abrazado «la herejía de Roma», que diría el Reverendo Ian Paisley. El Pacto con el Diablo y su problemática colateral (el cumplimiento exacto de sus cláusulas) se encuentra bien representado, con un tono de medievalismo delicioso a pesar de desarrollarse en los Estados Unidos de América del siglo XIX, por la narración «*El diablo y Daniel Webster*», de Stephen Vincent Benét, que inspiró dos películas así como una opereta (1938). Una, la primera (*All That Money Can Buy*), dirigida por William Dieterle en 1941. La otra (*Shortcut to Happiness*), protagonizada por Anthony Hopkins, fue dirigida en esta ocasión por el actor Alec Baldwyn con el seudónimo de Harry Kirkpatrick. Sigmund Freud, en un texto fascinante, más por los materiales utilizados que por el análisis de los mismos (no obstante nada inverosímil), aporta una concienzuda reflexión sobre la cuestión capital de la Posesión Diabólica. Freud investigó la cuestión del Demonio con la profundidad que le caracterizaba. No puedo resistir citar un breve párrafo de su trabajo: «La historia del Diablo coincide con la historia del miedo y angustias propias de los psiquismos personales. La creencia en el Diablo representa en gran parte la exteriorización de dos series de deseos removidos derivados del complejo infantil de Edipo, el deseo de imitar algunos aspectos de la figura paterna y el deseo de desafiar al padre. En tal creencia se implica, por consiguiente, la emulación y la hostilidad, como componentes ambiguos de la relación con el padre. Se da aquí una identidad originaria de Dios y del Diablo, como dos aspectos de la misma realidad míticamente advertida en sus contradicciones opositoras, que se pueden estudiar en diversos contextos etno-histórico-religiosos…»

Carducci y Maupassant, el uno desde la poesía y el entusiasmo romántico de matiz luciferino y neopagano, el otro desde el relato, del cual es uno de los más consumados maestros, con matices realistas y pesimistas de naturaleza más que turbadora, conforman un curioso contrapunto sobre la imagen del arquetipo del Tenebroso. Idealismo y materialismo. Elogio hagiográfico y corrosión humorística de carácter grotesco y más que negra. La Navidad y la aniquilación del universo, el principio y el fin, vienen significadas, respectivamente, por las narraciones del

canadiense Robertson Davies y del norteamericano C.M. Kornbluth. Literatura General y Género en estado puro se reparten esta más que complementaria oposición entre alfa y omega. Con relación al último autor citado, señalar que su narración gira en torno a los aspectos más terribles y oscuros del numen al que enmascara o da forma, como mejor prefiramos, el arquetipo. «*Las palabras de Guru*» es un relato aterrador que tiene como protagonista a un personaje muy especial, sin duda un mutante, que va tomando conciencia de su poder al entrar en contacto con entidades siniestras transmundanas que no parecen ser, como percibirá el lector avisado durante el proceso de lectura, lo que asemejaban ser al comienzo: un mero producto de su imaginación.

La cuestión del «*sabbat*», el encuentro de los brujos en lugares apartados para convocar mejor y adorar al Hombre Negro, es recogida con dos enfoques absolutamente diferentes procedentes de momentos separados por casi doscientos años. El texto de Mercier, escéptico e ilustrado, deniega el pan y la sal a la carne de la brujería y sienta una curiosa tesis erudita, muy interesante por lo demás, sobre sus oscuros y teatrales orígenes. Alan Moore, en cambio, nos pone en contacto con el mundo de las brujas desde el punto de vista de ellas mismas en una narración inquietante y exótica. El mismo Alan Moore practica la magia y es un experto conocedor de la obra de Aleister Crowley. Los secretos tenebrosos de los adoradores del Príncipe de las Tinieblas cuentan con dos enfoques diferentes, procedentes de dos escritores clásicos venidos del mundo del *pulp*: E. Hoffmann Price, miembro del círculo de Lovecraft, nos muestra poéticamente el desencanto que el Diablo mismo experimenta cuando confronta a los círculos más internos (y «elevados») de su propio culto. Cleve Cartmill, por su parte, describe de manera más que inquietante el terrible destino que aguarda a quienes acaben averiguando más de lo debido sobre el Secreto de los Hijos de Satán. No puedo evitar relatarle al lector una curiosa anécdota relacionada con este último escritor vinculada, cómo no, también con un turbador y ardiente secreto. En 1943 Cartmill sugirió a John W. Campbell, el «deán» de la Ciencia Ficción de la Edad de Oro, que podría escribir una historia sobre una superbomba futurística. A Campbell le entusiasmó la idea y le hizo llegar numerosas informaciones, publicadas en revistas científicas de difusión general, sobre el uso del Uranio 235 para lograr la fisión nuclear. La narración resultante, «*Deadline*», apareció en el ejemplar de marzo de 1944 de la revista *Astounding* que dirigía Campbell. Pronto el asunto llamó la atención de los organismos de contraespionaje que descubrieron notorias coincidencias entre el relato y la investigación que con la clasificación de «alto secreto» se llevaba a cabo en Los Álamos. Temiendo una fuga de seguridad, el FBI comenzó a investigar tanto al autor como al director de la publicación. Parece ser que las autoridades acabaron aceptando las explicaciones que se les dieron sobre la extracción de la información de fuentes accesibles al público general. Como medida de precaución se les exigió, no obstante, no publicar ninguna narración sobre el uso de la tecnología nuclear hasta el final de la Guerra.

La breve composición de corte teatral y enfoque satírico, que cuenta con el protagonismo de figuras rutilantes de nuestra actualidad (Dios, Bin Laden, Marylin), de R. A. Mallare, miembro de la Iglesia de Satán de San Francisco, nos muestra un Satán netamente epicúreo enfrentado a una deidad puritana y moralmente rígida. La confrontación de los hombres con el Diablo ha encontrado, en el marco de la fe cristiana, un modelo mítico que ha permitido la creación de numerosas y variadas elaboraciones artísticas tanto de matiz profano como didáctico. Me refiero a la cuestión de la Tentación. He seleccionado dos textos, ambos de autores franceses vinculados, cada uno a su manera, a lo esotérico iluminista, sobre esta cuestión. «*La humana tragedia*», de Anatole France, y «*El Diablo enamorado*», de Jacques Cazotte, significativamente subtitulado este último: «*Novela española*». «*El Diablo enamorado*» narra la seducción de un caballero español, don Álvaro Maravillas, por una entidad transmundana encarnada en un bello cuerpo femenino que devendrá, en sus revelaciones, el Diablo mismo, y las peripecias psicológicas y aventureras de esta pasión. Cabe una interpretación psicoanalítica en clave del universal (en O/Accidente) complejo de Edipo que no recomiendo al lector antes de haber disfrutado de un texto impregnado de originalidad, elegancia y ritmo. El puro, siempre, tras los postres. «Cazotte —según Enrique Sordo, uno de sus traductores— ingresó en la secta de los iluministas de Claude de Saint-Martin y, a partir de 1775, se dedicó con especial interés a sus prácticas, así como al estudio de las ciencias ocultas. Alguien le atribuyó una lúgubre predicción, datada en 1788, sobre las matanzas de los futuros revolucionarios». Cuatro años después, y tras ser encarcelado, estos comentarios le llevarían a la guillotina, donde supo morir con honor. Gobernaban entonces los predecesores de los que hoy se llaman «izquierda»: una concurrencia bien temperada de personajes vesánicos, con perfiles psicopatológicos muy desarrollados, oportunistas sin escrúpulos y criminales sin conciencia. El texto de Anatole France, viejo conocido de los lectores de Valdemar[3], describe una tentación diferente, más de matiz filosófico que pasional. Su objetivo: Giovanni, un bondadoso místico franciscano que acabará descubriendo, mediante la lógica y la desdicha, el horror que implican las relaciones con nuestros semejantes en este horizonte sublunar. El conocimiento del valor de la vida en la Tierra le llegará, al final, de la mano del Señor de las Mil Máscaras.

No es cuestión de continuar perorando sobre experiencias literarias que uno debe realizar en soledad. No sería higiénico ni para vosotros, queridos lectores, ni para mí. Agradecer, eso sí, para terminar, a Arturo Villarrubia sus recomendaciones. Nada menos que tres de los relatos aquí seleccionados llegan a través de su amistad y su exhaustivo conocimiento de la literatura contemporánea. Mauro Armiño ha compartido también caballerosamente conmigo su saber y dos de las contribuciones proceden de su generosidad y sabiduría. Apaguen pues sus televisores y radios, acomódense en cómodos sillones o divanes e inicien su trayecto hacia el disfrute de lo desconocido. El resto es silencio.

1

GUY DE MAUPASSANT

El Diablo

Le Diable

Traducción
Mauro Armiño

Guy de Maupassant (1850-1893). Escritor francés que se consagró como maestro indiscutido del relato. Nacido en una familia conflictiva que le legó la sífilis, tuvo como padre espiritual y mentor literario a Flaubert. Libertino por necesidad, pues había de trabajar para sobrevivir como funcionario en un horizonte kafkiano, entró en la vida literaria como un meteoro a partir de su relato «*Bola de sebo*». Autor de moda, ensalzado por Zola, tuvo vatios hijos naturales. La vida le fue conduciendo hacia el pesimismo y la desesperanza, agravados por la terrible enfermedad que le corroía las entrañas. Su última etapa literaria, influida por la soledad y el conocimiento de los aspectos más tenebrosos de lo Invisible, es de gran valor, siendo conceptuado por muchos como un rival de Poe. Novelas destacadas: *Una vida* (1883), *Bel-Ami* (1885).

Narraciones como «*El horla*» o «*Quién sabe*» dan muestra de su lucidez naturalista sólo posible por una inmersión irreparable en la locura.

El Diablo

El campesino estaba de pie frente al médico, a los pies de la cama de la moribunda. La vieja, tranquila, resignada, lúcida, miraba a los dos hombres y les oía hablar. Iba a morir; no se rebelaba, su tiempo había terminado; tenía noventa y dos años.

Por la ventana y por la puerta abiertas, el sol de julio entraba a raudales, lanzaba su llama encendida sobre el suelo de tierra parda, ondulada y apisonada por los zuecos de cuatro generaciones de labriegos. También llegaban los olores del campo, empujados por la caliente brisa, olores de hierbas, de trigos, de hojas, abrasados bajo el calor de mediodía. Las cigarras se desgañitaban, llenaban el campo con una crepitación clara, parecida al ruido de las carracas de madera que venden a los niños en las ferias.

Elevando el tono de voz, el médico decía:

«Honoré, no puede usted dejar completamente sola a su madre en este estado. ¡Morirá de un momento a otro!»

Y el campesino, afligido, repetía:

«Pero tengo que recoger mi trigo; hace mucho tiempo que está segado. Precisamente hace buen tiempo. ¿Qué dices tú, madre?»

Y la vieja moribunda, todavía atenazada por la avaricia normanda, hacía «sí» con el ojo y con la frente, animaba a su hijo a recoger su trigo y a dejarla morir totalmente sola.

Pero el médico se enfadó y dando una patada en el suelo dijo: «No es usted más que un bruto, ¿me oye?, y no le permitiré hacer eso, ¿me oye? Y si se ve obligado a recoger hoy mismo su trigo, vaya a buscar a la Rapet, ¡caray!, y que ella cuide de su madre. Lo exijo, ¿me oye? Y si no me obedece, le dejaré reventar como a un perro cuando también usted se ponga enfermo, ¿me oye?»

El campesino, alto y flaco, de gestos lentos, torturado por la indecisión, por el miedo al médico y por el amor feroz al ahorro, dudaba, calculaba, balbucía:

«¿Cuánto lleva la Rapet por cuidar?»

El médico gritaba:

«¿Por qué tengo yo que saberlo? Dependerá del tiempo que la necesite. Arréglese con ella, ¡caray! Pero quiero que esté aquí dentro de una hora, ¿me oye?»

El hombre se decidió:

«Ya voy, ya voy; no se enfade, señor médico».

Y el doctor se marchó advirtiendo:

«Ya lo sabe, ya lo sabe, tenga cuidado, porque yo no juego cuando me enfadan».

En cuanto estuvo solo, el campesino se volvió hacia su madre y con voz resignada:

«Voy a buscar a la Rapet, ya que se empeña ese hombre. No te preocupes, que ahora mismo vuelvo».

Y salió.

La Rapet, una vieja planchadora, se encargaba de velar a los muertos y a los moribundos de la comuna y los contornos. Luego, en cuanto había cosido a sus clientes en la sábana de la que ya no debían salir, volvía a coger su plancha con la que frotaba la ropa de los vivos. Arrugada como una manzana del año anterior, malvada, envidiosa, avara con una avaricia que rayaba en el fenómeno, doblada en dos como si le hubiera roto los riñones el eterno movimiento de la plancha paseada por las ropas, se hubiera dicho que sentía por la agonía una especie de amor monstruoso y cínico. No hablaba más que de la gente que había visto morir, de todas las variedades de fallecimiento a las que había asistido; y las contaba con una gran minuciosidad de detalles siempre repetidos, igual que un cazador cuenta sus disparos de escopeta.

Cuando Honoré Bontemps entró en su casa, la encontró preparando el agua azul para las gorgueras de las aldeanas.

Dijo:

«Hola, buenas noches; ¿le va todo bien, tía Rapet?»

Ella volvió hacia él la cabeza.

«Así así, así así. ¿Y a usted?

—Bueno, yo como siempre, pero mi madre no está bien.

—¿Su madre?

—Sí, mi madre.

—¿Qué le pasa a su madre?

—Que está en las últimas».

La vieja retiró sus manos del agua, cuyas gotas, azules y transparentes, se deslizaban hasta la punta de sus dedos para volver a caer en el barreño.

Preguntó, con una simpatía súbita:

«¿Tan mal está?

—El médico dice que no pasará de la madrugada.

—¡Entonces claro que está en las últimas!»

Honoré vaciló. Necesitaba algunos preámbulos para la proposición que preparaba. Pero como no se le ocurría nada, se decidió de golpe:

«¿Cuánto me llevaría por cuidarla hasta el final? Usted sabe que no soy rico. Ni siquiera puedo pagarme una criada. Es lo que ha puesto así a mi pobre madre, demasiado esfuerzo, demasiada fatiga. Trabajaba por diez a pesar de sus noventa y dos años. ¡Hay pocas de esa pasta!…»

La Rapet contestó en tono grave:

«Hay dos precios: cuarenta *sous* por el día y tres francos la noche para los ricos. Veinte sous por el día y cuarenta por noche para los otros. Vosotros me pagaréis veinte y cuarenta».

Pero el campesino reflexionaba. Conocía bien a su madre. Sabía lo tenaz,

vigorosa y resistente que era. Aquello podía durar ocho días a pesar de la opinión del médico.

Dijo en tono resuelto:

«No. Prefiero que me haga un precio, un solo precio hasta que todo termine. Así los dos corremos el mismo riesgo. El médico dice que se morirá enseguida. Si es así, mejor para usted, peor para mí. Pero si llega hasta mañana o más tiempo, ¡mejor para mí y peor para usted!»

La veladora, sorprendida, miraba al hombre. Nunca había apalabrado una muerte a tanto alzado. Vacilaba, tentada por la idea de correr un riesgo. Luego sospechó que querían engañarla.

«No puedo decir nada hasta que no haya visto a su madre, respondió.

—Venga y véala».

Se enjugó las manos y le siguió de inmediato.

De camino, no hablaron. Ella apretaba el paso mientras él alargaba sus grandes piernas como si en cada zancada tuviera que cruzar un arroyo.

Las vacas tumbadas en el campo, agobiadas por el calor, levantaban pesadamente la cabeza y lanzaban un débil mugido ante aquellas dos personas que pasaban, para pedirles hierba fresca.

Al llegar cerca de su casa, Honoré Bontemps murmuró:

«¿Y si ya se hubiera muerto?»

Y el deseo inconsciente que tenía se manifestó en el sonido de su voz. Pero la vieja no estaba muerta. Permanecía boca arriba en su jergón, con las manos sobre la colcha de indiana morada, con aquellas manos horriblemente flacas enlazadas, parecidas a bichos extraños, a cangrejos, y encogidas por los reumatismos, las fatigas, las tareas casi seculares que había realizado.

La Rapet se acercó a la cama y contempló a la moribunda. Le tomó el pulso, le palpó el pecho, la escuchó respirar, le hizo preguntas para oírla hablar; luego, tras haberla contemplado un buen rato, salió seguida por Honoré. Ya tenía una opinión formada. La vieja no pasaría de la noche. Él preguntó:

«Entonces, ¿cuánto?»

La veladora respondió:

«Bueno, eso durará dos días, quizá tres. Deme seis francos, todo incluido».

Él exclamó:

«¡Seis francos! ¡Seis francos! ¿Está usted loca? ¡Pero si le digo que sólo le quedan cinco o seis horas, no más!»

Y los dos, enconados, discutieron largo rato. Cuando la veladora iba a retirarse, como el tiempo pasaba, como su trigo no se recogía solo, terminó consintiendo:

«Bueno, de acuerdo, seis francos todo incluido, hasta que se lleven el cuerpo.

—De acuerdo, seis francos».

Y él se marchó, con paso largo, hacia su trigo dejado en el suelo, bajo el pesado sol que madura las cosechas.

La enfermera volvió a entrar en la casa.

Se había llevado tarea; porque junto a los moribundos y a los muertos trabajaba sin tregua, bien para ella, bien para la familia que la empleaba en esa doble tarea mediante un suplemento de salario.

De pronto, preguntó:

«¿La han administrado por lo menos, tía Bontemps?»

La campesina hizo «no» con la cabeza; y la Rapet, que era devota, se levantó con viveza.

«¡Dios bendito!, ¿será posible? Voy a buscar al señor cura».

Y se precipitó hacia la rectoral, tan deprisa que, en la plaza, los chavales, viéndola trotar así, creyeron que había ocurrido una desgracia.

El cura acudió de inmediato, con sobrepelliz, precedido por el monaguillo que hacía sonar una campanilla para anunciar el paso de Dios a través del campo ardiente y tranquilo. Unos hombres, que trabajaban a lo lejos, se quitaban sus grandes sombreros y permanecían inmóviles aguardando a que el blanco ropaje hubiera desaparecido detrás de alguna granja; las mujeres que ataban las gavillas se erguían para hacer la señal de la cruz; unas gallinas negras, asustadas, huían por las cunetas balanceándose sobre sus patas hasta el agujero, bien conocido por ellas, donde desaparecían bruscamente; un pollino, atado en un prado, tuvo miedo al ver la sobrepelliz y echó a correr dando vueltas al extremo de su cuerda, soltando coces. El monaguillo, con su faldón rojo, caminaba deprisa; y el sacerdote, con la cabeza ladeada sobre un hombro y tocado con su bonete cuadrado, le seguía murmurando oraciones; y la Rapet iba detrás, muy inclinada, plegada en dos, como para prosternarse al andar, y las manos juntas, como en la iglesia.

Honoré los vio pasar de lejos. Preguntó:

«¿Adónde irá nuestro cura?»

Su criado, más sutil, respondió:

«¡Caray, lleva la extremaunción a tu madre!»

El campesino no se extrañó:

«¡Pudiera ser de todos modos!»

Y volvió a su trabajo.

La vieja Bontemps se confesó, recibió la absolución, comulgó; y el sacerdote se volvió, dejando solas a las dos mujeres en la asfixiante choza.

Entonces la Rapet empezó a mirar a la moribunda, preguntándose si aquello duraría mucho.

Caía la tarde; el aire, más fresco, entraba en soplos más vivos, hacía revolotear sobre la pared una estampa sujeta por dos alfileres; las cortinillas de la ventana, en otro tiempo blancas, ahora amarillas y cubiertas de manchas de mosca, parecían echar a volar, forcejear, querer irse, como el alma de la vieja.

Ésta, inmóvil, con los ojos abiertos, parecía esperar con indiferencia la muerte tan próxima que tardaba en venir. Su aliento, corto, silbaba un poco en su garganta oprimida. No tardaría en cesar dentro de un rato, y sobre la tierra habría una mujer de menos a la que nadie echaría en falta.

Honoré volvió al caer la noche. Tras acercarse a la cama, viendo que su madre aún vivía, preguntó:

«¿Cómo va?»

Lo mismo que preguntaba en otro tiempo cuando estaba indispuesta.

Luego despidió a la Rapet recomendándola:

«Mañana a las cinco, sin falta».

Ella respondió:

«Mañana, a las cinco».

Llegó, en efecto, al salir el sol.

Honoré, antes de ir a sus tierras, comía una sopa que él mismo se había hecho.

La enfermera preguntó:

«¿Qué, ha muerto su madre?»

Con un pliegue de malicia en los ojos, él respondió:

«Va mucho mejor».

Y se marchó.

Presa de inquietud, la Rapet se acercó a la agonizante, que permanecía en el mismo estado, oprimida e impasible, con los ojos abiertos y las manos crispadas sobre la colcha.

Y la enfermera comprendió que aquello podía durar así dos, cuatro, ocho días; y el espanto encogió su corazón de avara, mientras una rabia furiosa la rebelaba contra aquel ladino que la había engañado y contra aquella mujer que no se moría.

No obstante se puso a trabajar y aguardó, con los ojos clavados en la cara arrugada de la vieja Bontemps.

Honoré volvió para almorzar; parecía contento, casi burlón; después volvió a marcharse. Decididamente estaba recogiendo su trigo en condiciones excelentes.

La Rapet se exasperaba; ahora cada minuto que pasaba le parecía tiempo robado, dinero robado. Tenía ganas, unas ganas locas de agarrar por el cuello a aquella vieja borrica, a aquella vieja testaruda, a aquella vieja obstinada, y detener, apretando un poco, aquel leve aliento rápido que le robaba su tiempo y su dinero.

Luego pensó en los peligros; y como por la cabeza le pasaban otras ideas, se acercó a la cama.

Preguntó:

«¿Ya ha visto usted al Diablo?»

La vieja Bontemps murmuró:

«No».

Entonces la enfermera se puso a hablar, a contarle historias para aterrorizar su alma débil de moribunda.

Unos pocos minutos antes de expirar, el Diablo se aparecía a todos los agonizantes, le contaba. Venía con una escoba en la mano, una olla en la cabeza, y lanzaba grandes chillidos. Cuando una lo había visto, todo había terminado, sólo quedaban unos instantes. Y enumeraba a todos aquellos a los que el Diablo se les había aparecido delante de ella aquel año: Joséphin Loisel, Eulalie Ratier, Sophie Padaganau, Séraphine Grospied.

La vieja Bontemps, conmocionada al fin, se agitaba, movía las manos, trataba de volver la cabeza para mirar al fondo de la habitación.

De pronto la Rapet desapareció al pie de la cama. En el armario cogió una sábana y se envolvió en ella; se puso encima de la cabeza la olla, cuyos tres pies cortos y curvados se erguían como tres cuernos; cogió una escoba con la mano derecha y con la izquierda un balde de hojalata que lanzó bruscamente al aire para que cayese haciendo ruido.

Al chocar contra el suelo causó un estrépito espantoso; entonces, encaramada en una silla, la enfermera descorrió la cortina que colgaba al final de la cama, y apareció haciendo muecas, lanzando agudos chillidos contra el fondo del puchero de hierro que le ocultaba la cara, y amenazando con la escoba, como un diablo de guiñol, a la vieja campesina agonizante.

Desesperada, con la mirada enloquecida, la moribunda hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse y huir; hasta llegó a sacar de su manta los hombros y el pecho, luego volvió a caer lanzando un gran suspiro. Había muerto.

Y la Rapet colocó tranquilamente de nuevo todos los objetos en su sitio, la escoba en el rincón del armario, la sábana dentro, la olla en el fogón, el balde sobre la mesa y la silla pegada a la pared. Luego, con movimientos profesionales, cerró los enormes ojos de la muerta, puso encima de la cama un plato, echó dentro el agua de la pila de agua bendita, mojó en ella el boj bendito clavado en la cómoda y, arrodillándose, se puso a recitar con fervor las oraciones por los muertos que se sabía de memoria, por oficio.

Y cuando Honoré volvió al caer la noche, la encontró rezando, e inmediatamente calculó que ella se había ganado veinte *sous* de más, porque sólo había estado tres días y una noche, que eran cinco francos, en lugar de los seis que le debía.

2

CLAUDE-FRANÇOIS-XAVIER MERCIER DE COMPIÈGNE

La bruja de Verberie

Jeanne Harviliers,
o La víctima de la ignorancia y del fanatismo

La sorcière de Verberie[4]

Traducción y notas
Mauro Armiño

Claude-François-Xavier Mercier (1763-1800) había nacido en Compiègne, pero, tras ser secretario a los quince años del caballero de Jaucourt, se trasladó a París, donde consigue un empleo en las oficinas de la Marina, que pierde con la Revolución. Se convierte entonces en librero, y para vivir y alimentar a su familia se dedica a escribir, traducir o remendar toda suerte de obras, desde poemas patrióticos a cuentos eróticos, novelas históricas, escritos burlescos, etc.

El relato *La sorcière de Verberie* apareció en el año VII de la Revolución (es decir, 1797-1798), firmado por C.M.D.C., siglas que, junto a otros detalles, han permitido atribuírselo sin apenas dudas. Novela ahí la historia de Jeanne Harvilliers, utilizando el testimonio de un protagonista de los hechos; el filósofo Bodino, que intervino como magistrado en el juicio contra esa mujer acusada de brujería y transcribió en su *Demonomanía* declaraciones de la acusada y actuaciones judiciales; también utilizó la *Histoire du duché de Valois* (1764), del abate Claude Carlier, que emplea los hechos narrados por Bodino y por otro especialista en demonología, Jean Vier; del texto de Carlier derivan términos regionales bien conocidos por Mercier —sabatiers, sabatero—, dado que Verberie es una aldea cercana a su pueblo natal, a Compiègne.

Mercier quiere desmitificar en su relato la brujería, hacerla más cotidiana y habitual; elimina, por ejemplo, todos los elementos maravillosos que Bodino anota, como el poder del hombre negro para hacerse invisible, o el transporte mágico al *sabbat*. Pese a ello, consigue hacer de los hechos un relato fantástico por su tema y por su habilidad para ponerlos en escena y en cierto modo teatralizarlos. El relato tiene, además, un objetivo: denostar la Revolución —de ahí las comparaciones de los niños consagrados a Marat o Robespierre con los que en el pasado se consagraban al diablo, la identificación del público de los teatros medievales donde se ofrecían diablerías con la clase baja que protagonizaba la Revolución, etc.—, denunciar el peligro de las novelas negras e «inglesas» —*El monje*, entre ellas—, rechazar la lucha de clases, encarnada por los sabateros que han jurado «la perdición del rico», y el materialismo «más absurdo» encarnado en el hombre negro.

La bruja de Verberie

Nada más común ni más digno de lástima que ver reproducirse los mismos errores después de varios siglos, a pesar de los trabajos y prudentes consejos de la filosofía que ha brillado mientras tanto y que necesariamente debía impedir esa funesta reproducción. ¡Tal es sin embargo el destino de la pobre humanidad! Una novela bien acogida, porque es extraña, extraordinaria, llega a convertirse en la brújula de los escritores que, imitándola, quieren triunfar. El espíritu público, siempre víctima de nuestro entusiasmo por las novedades, se altera y se agría, igual que las partes más azucaradas de un licor se vuelven las más ácidas; una pantomima que da a cada instante espasmos de terror activa nuestras fibras gastadas. Entretiene sin peligro al hombre instruido a quien no pueden alcanzar los prejuicios ni el loco temor, pero los débiles seres cuyas ideas se falsifican, y que beben ávidamente la copa del error, son accesibles a todo género de seducción cuando un intrigante quiera ponerlo en práctica para su propio provecho. Represéntese *C'est le Diable*[5] en una ciudad de provincias, todo el mundo correrá a verla; el lugareño que no pudo asistir, o que, habiéndola visto, quiera mostrarla a los demás habitantes de su pueblo, en lugar de una pantomima grande y magnífica, sólo ofrecerá una *diablería* repugnante; así nacieron los *sabbats* cuya descripción voy a hacer.

Jeanne Harviliers nació en 1528 en Verberie, cerca de Compiègne. Su madre, consumada en el arte de los maleficios y de la prostitución, la consagró desde su nacimiento al diablo con las fórmulas y las ceremonias contenidas en los grimorios; porque los brujos tenían ritos y prácticas, como después los hubo para otra tontería, para consagrar los niños a los santos (1[6]).

Jeanne fue educada de acuerdo a los designios del monstruo escondido que había decidido que sería bella y que quería devorar esa tierna flor. Esta joven víctima de una superstición criminal acababa de cumplir los doce años cuando fue presentada a un supuesto diablo, que se le apareció bajo la figura de un hombre alto y negro, de espléndido porte, botas en las piernas y espuelas en los pies, como un jinete dispuesto a montar a caballo. Lo primero que el hombre negro declaró a esta chiquilla fue que era el diablo; que si quería escucharle y entregarse a él, la haría feliz preparándole un destino ventajoso, y que le enseñaría diversos medios de hacer mucho bien a sus amigos y mucho mal a sus enemigos.

Jeanne Harviliers, a quien su madre había preparado para esta escena mediante las amenazas, los peores maltratos y las promesas más seductoras, aceptó el ofrecimiento del impostor y le manifestó su gran deseo de aprovechar en su escuela. Éste le dijo entonces que debía renunciar a Dios. Le dictó unas fórmulas que ella repitió. Este comienzo totalmente diabólico abrió a la simple e ignorante Jeanne el camino de la prostitución más culpable. Rodeada de trampas, en manos de una madre furiosa, expuesta a la efervescencia de los sentidos que vuelven tan difícil esa edad, sintiendo

la necesidad de gozar, cuyos placeres su madre le exageraba continuamente dándole ejemplo, los vértigos con que no cesaban de fascinar un alma todavía libre de crimen, la entregaron a combates terribles; esa voz del honor que la naturaleza puso en nosotros se dejaba oír en medio del tumulto y la confusión de sus ideas, pero muy débilmente. Jeanne quiso resistir. ¿Cómo podía resistir, sola contra dos monstruos que, uno por codicia y otro por lujuria, habían jurado su perdición? El último recurso que emplearon era infalible, y Jeanne sucumbió.

Durante varios siglos el Valois fue el hogar de la superstición. Los reinados de Carlos VIII y de Luis XII son la época funesta en que las representaciones de *misterios*, de *moralidades*, de *farsas* y sobre todo de *diablerías* (2) eran los únicos espectáculos que entonces se vieron en el teatro francés, incluso en la barbarie. Las grandes diablerías (3) eran representadas por cuatro diablos (4) que lanzaban aullidos, arrojaban fuego por la boca, llevaban grandes varas negras de las que salían llamas y humo; llevaban pieles negras por ropas, y máscaras espantosas les cubrían el rostro; y en la agitación de sus cuerpos lanzaban fuegos y llamas por todas partes.

El bajo pueblo, al que no siempre le estaba permitido asistir a estas repugnantes exhibiciones, quiso imitarlos. Al no encontrar en sus chozas salas suficientemente amplias, y al no poder conseguir trajes de teatro, que eran muy caros, decidieron reunirse en pleno campo, en frondosos bosques, en los cercados, en las cavidades profundas de las rocas, algunas veces en graneros o castillos abandonados. Como las labores del campo acaban el sábado por la tarde, y el domingo estaba consagrado a los deberes religiosos a los que los lugareños no podían dejar de asistir, sólo tenían el intervalo de la noche del sábado al domingo para distraerse de esos trabajos, y, a imitación de los judíos modernos en sus sinagogas, dieron el nombre de sabbat a esos culpables entretenimientos (5). Hemos de añadir que los jefes de estas ceremonias tenían necesidad de las tinieblas de la noche para esconder sus vergonzosas acciones y ocultar a los extraños el conocimiento de sus prácticas. La licencia no tardó en introducir en ellas el robo, la blasfemia, el perjurio, la renuncia a Dios y los horrores del más grosero libertinaje, donde se ofendía a las costumbres tanto como a la religión. Al perderse, los desdichados partidarios de este tipo de sectas sólo se hacían daño a sí mismos; pero la rabia de ver a hombres probos y pacíficos que no compartían su escandalosa voluptuosidad, les llevó a tal extremo que se pusieron a preparar venenos de toda clase, con los que daban muerte a aquellos cuya prudencia les parecía merecedora de su venganza. Esos venenos eran lentos o sutiles. La farmacia, todavía en su cuna, ignoraba o aún no había hecho público el uso de las drogas que se empleaban en esas recetas; de ahí el nombre de *aojos* y de *secretos* que dieron a las composiciones de los *sabateros*, que hicieron creer a la gente estúpida que eran fabricadas por Genios maléficos.

Casi todos los sabbats se celebraron en la Ferté-Milon y en Verberie. Los *sabateros* de la Ferté-Milon se llamaban *cabalgadores de ramons*; los de Verberie *cabalgadores d'escouvettes*: *ramon*, antigua palabra francesa, y *escouvette*, antigua

palabra de Picardía, significan ambas escoba, porque, para ser aceptado en el *sabbat*, había que ir provisto de una escoba cuya cabeza se sujetaba con las dos manos y el mango entre las piernas. Los *sabbats* de Verberie se celebraban en Pont-la-Reine, en la carretera de Compiègne, en el Fond de Noé-Saint-Martin, cerca del camino real a París y en el bosque de Ayeux. Aquella secta, tan digna de desprecio como de piedad, estaba compuesta por tres clases de hombres: libertinos algo acomodados, indigentes en su mayor parte ladrones, y gente de buena fe de uno y otro sexo, cuya credulidad habían ganado mediante el temor o la esperanza. El secreto era el alma de estas sociedades, y ese secreto era tan inviolable como el que vinculó después a todos los jueces del famoso tribunal secreto, o de la orden de los Templarios; porque, de haberse divulgado los nombres de los *sabateros*, habrían quedado expuestos a toda la severidad de las leyes. No se empezaba una sesión hasta después de haberse asegurado de todos los espectadores, y esa precaución se añadía al terror mágico, a los prestigios[7] de las prácticas clandestinas. Más de una vez, los signos de la cruz disiparon o rompieron una asamblea, porque ese acto religioso indicaba en quienes lo hacían, o el arrepentimiento de haber participado en estas lupercales[8] sacrílegas, o una decidida oposición a todos los actos que pudieran ofender a la religión o a las costumbres. Entonces se levantaba rápidamente la sesión, a fin de que las personas sospechosas no tuvieran conocimiento alguno de los misterios de iniquidad que se disponían a consumar (6).

A estos misterios fue conducida Jeanne por su madre; fue en ellos donde el ejemplo del crimen, del terror, la rareza del espectáculo, el miedo, la rebelión de los sentidos aguzados por escenas de lujuria, debían arruinarla por completo. Igual que una inocente oveja es llevada al altar, donde debe caer bajo el hacha del sumo sacerdote. Sería difícil describir la extraña situación de Jeanne, en medio de un bosque, a una hora en la que todos los habitantes del pueblo descansaban tranquilamente. Un viento tibio, pero violento, agitaba el follaje. La luna había negado su púdica luz a las ideas de los cabalgadores de escobas. Esa terrible época en que una muchacha va a pasar del candor virginal al estado de víctima y a las torturas de una desfloración involuntaria, la hacía estremecerse, y su alma era desgarrada por una multitud de ideas que chocaban entre sí e iban a pintarse una tras otra en su rostro pálido e inundado por un sudor frío. Un presentimiento horrible, el grito de una conciencia todavía pura, hacían más lento su paso: le parecía estar al borde de un precipicio, de repente sus hermosos cabellos se erizaban, su mirada se quedaba fija, y un grito horroroso salía de su pecho oprimido, semejante al que se siente durmiendo sofocado por la pesadilla.

Jeanne intentaba liberarse de los brazos de su madre, que le sujetaba la mano y la arrastraba con violencia e insultos hacia el escenario de las fechorías. Por fin, como estaban a muy poca distancia, cuando la infortunada Jeanne, agotada por una marcha penosa entre abrojos y tinieblas, por las luchas que había experimentado y los golpes que había recibido, sintió que sus rodillas se doblaban y su sangre se le helaba en las

venas. Se deja caer al suelo y los velos de la muerte se extienden sobre sus ojos. Su madre, a quien ese desmayo hará perder todo el fruto de sus criminales maquinaciones, aúlla de rabia, se arma de un hierro, dirige su punta hacia el seno de su hija y la amenaza, empleando el acento feroz de una Euménide[9], con golpearla si se niega a seguirla, y si dice una sola palabra que manifieste su repugnancia. Para ahorrar un crimen a su madre, Jeanne consiente en conservar una vida que le es odiosa; reúne sus fuerzas, se levanta y prosigue su camino. Si Jeanne había podido retardar su marcha una hora más, el intervalo de un *sabbat* a otro le dejaba los medios de salvación y de esperanza. El gallo estaba a punto de cantar, y su canto matinal era siempre la señal de clausura de aquellas sesiones. Pero el brazo del destino empujaba a la desdichada aldeana hacia su ruina, estaba consagrada a las divinidades del Tártaro que reclamaban su presa, y nadie podía sustraérsela. Una luz hiere sus ojos, entre los árboles, es la que ilumina la caverna a la que tienden sus pasos. Jeanne, empujada por su madre, franquea el umbral; y el primer objeto que se presenta a sus espantados ojos es el hombre alto y negro, de botas y espuelas, a quien por inexperiencia, y por una sumisión demasiado ciega a las órdenes de su madre, prometió fidelidad y docilidad.

En el centro de la caverna hay una chimenea en la que está el gran hombre negro que preside el *sabbat*. Se alza sobre un tablado de dos o tres pies. Una sola lámpara colocada en una esquina de la chimenea arroja una luz, débil y temblorosa, que sólo disipa una parte pequeñísima de las tinieblas; el presidente está iluminado por la izquierda, y a su derecha, que se encuentra toda ella en sombra, está la deposición de los polvos y de las grasas[10], en un hueco paralelo a la lámpara. Por más groseros que sean los órganos de una chica de campo, los de Jeanne fueron desagradablemente afectados por el olor del aceite rancio, de las grasas y los torbellinos de humo de tabaco que infectan la atmósfera. El presidente, sin duda para asustar menos a la recipiendaria, había conservado su forma humana, y sobre su hábito negro sólo llevaba una gran capa del mismo color. Si hubiera sido informada, Jeanne habría debido agradecerle esa galantería, porque generalmente presidía bajo la forma de un gran chivo, velludo en todas las partes del cuerpo, y a veces bajo la figura de un gran perro de aguas.

La sesión se abre con un discurso a los asistentes ubicados en dos filas paralelas, a derecha e izquierda. El orador desarrolla las ventajas de una asociación que asegura a cada uno de sus miembros la libertad de hacer cuanto le place, la necesidad de acercarse lo más posible a la naturaleza, abandonándose al placer de los sentidos que es su primera ley y el único sostén del universo. Arremete contra la tiranía de los magistrados que dejan gozar a la parte opulenta de los ciudadanos todos los frutos de la comodidad, todas las prerrogativas del nacimiento, y la impunidad en sus caprichos opresores; mientras que ellos, pobres habitantes del campo, maniquíes entregados a la gleba, no tienen más recurso que ocultar sus placeres bajo las sombras de la noche para sustraerse al injusto castigo que les infligiría la casta privilegiada. Luego se

ridiculizan los misterios de la religión cristiana: la inmortalidad del alma, ese sentimiento consolador, el único que puede inducir al hombre a ser virtuoso y bueno, a sufrir valientemente los males pasajeros con la esperanza de un descanso eterno; esta prenda de la superioridad del hombre sobre el animal es destruida por las opiniones y las blasfemias del materialismo más absurdo, y el cuadro de otra vida una vez borrado ante el hombre, el último suplicio no es para el bandido más que un día desgraciado, que no se prolonga más allá del último suspiro: todos los crímenes de esta vida que han perturbado a la sociedad vuelven a la nada junto con su autor, a quien su costumbre no permite librarse de la idea que dejará tras él en la memoria de los hombres. La asamblea aplaude las monstruosas afirmaciones del vil predicante, se jura la perdición del rico y del hombre honrado. Se renueva el pacto ya hecho con el rey de las tinieblas; la ceremonia termina con una comida (7) en la que se come pan negro, y esa especie de comunión, parodia del pan blanco bendito que se distribuye a los cristianos en la misa, se convierte en el último sello de la asociación nocturna.

Llega el momento en que Jeanne va a concentrar las miradas de los asistentes; más de una vez ha tratado de hacer la señal de la cruz que debe disolver la asamblea, pero su madre le aprieta con fuerza la mano derecha y le lanza una mirada terrible, repitiéndole en voz baja la amenaza que le ha hecho durante el camino; el hombre negro detiene los ojos en ella y repentinamente manda empezar la *adoración*. ¿Cómo pintar aquí ese acto repugnante sin ofender el pudor? ¿Cómo ofrecer, no digo el diablo mismo, no digo un hombre, un bandido, sino un sacerdote? (pues el hombre negro lo es[11]), ¿cómo ofrecerlo, digo, en olvido total de la decencia y las costumbres, agitando durante unos instantes un príapo monstruoso, para darle el grado de longitud y de tensión necesaria a fin de que las *adoratrices*, llenas de sorpresa y de respeto a la vista de sus desmesuradas proporciones, puedan captar el estremecimiento voluptuoso de la ebriedad que las invade por un sentimiento religioso y un éxtasis sobrenatural? Es sobre el ombligo del presidente donde los *sabateros* aplican sus bocas en señal de sumisión; mientras que las muchachas iniciadas en estos vergonzosos misterios aplican sus labios de rosa sobre el rojo y ardiente prepucio del celebrante. Le tocaba a Jeanne ser iniciada: el ejemplo de sus compañeras ha disipado una parte de sus temores. El aspecto de ese cetro maravilloso ha despertado en ella los tumultuosos deseos de los que ya no es dueña; la asamblea entera la insta a ir a cumplir el piadoso deber, y su madre la arrastra con ella. Puede describirse su estado cuando se acerca al hombre negro para adorarle y para recibir el estigma que la asocia a esa congregación desvergonzada. Su corsé apenas puede contener su palpitante pecho; su respiración más precipitada, su mirada más centelleante, y su paso desigual y tembloroso, pintan el desorden de su razón y de sus facultades. El presidente toma de las manos del hombre que está a su derecha los polvos y las grasas que necesita. Jeanne tiene por acompañante a su madre, quien descubriendo a las miradas ávidas del presidente y de la asamblea los atractivos secretos de su hija, la expone desnuda a la lujuria. El dedo del presidente vaga

caprichosamente sobre el alabastro y sobre el ébano sutil que aterciopela la entrada del templo de la naturaleza y, deteniéndose al fin dos pulgadas por debajo del seno izquierdo, aplica ahí una grasa cuyo efecto consiste en hacer nacer en la parte del cuerpo que ha tocado una especie de roña insensible, que penetra mucho gracias a los polvos que se han sembrado encima. Así estigmatizada, Jeanne es considerada digna de ser *adoratriz*; la virtud ha lanzado su último suspiro, la naturaleza se impone, el presidente le pasa la mano alrededor del cuello y la arrastra hacia él. Él mismo guía la boca de la recipiendaria sobre el monstruo ya espumeante, cuyas oscilaciones revelan el triunfo de los atractivos de Jeanne y provocan un largo murmullo de alegría y violentas carcajadas. «¡El sacrificio! —gritan entonces con voz unánime los asistentes de ambos sexos—; ¡el sacrificio! Jeanne Harviliers ha encontrado gracia ante nuestro jefe, es digna de sus caricias». En ese instante, la lámpara que lanzaba los últimos torbellinos de una luz pálida, en medio de un humo espeso y fétido, los deja en la más profunda oscuridad. Jeanne, cogida por los brazos vigorosos del presidente, es tendida sobre el tablado que acaban de hacer descender. El dolor le arranca un grito al que toda la asamblea responde con los pataleos del placer, con cantos que pueden exaltar todavía más su imaginación y procurarle un goce completo; el ejemplo la anima, su oído sólo es herido por el rumor de los suspiros, de las expresiones entrecortadas y del jadeo de sacrificadores y sacrificatrices que la rodean, exhortándola a mostrarse digna de los favores del gran jefe. En honor de la triple Hécate[12], diosa de las sombras, tres veces ha corrido un volcán líquido por los flancos de la víctima; y las dulces torturas que ocasiona el primer sacrificio, borradas por las inefables voluptuosidades que han producido las otras dos, dejan a la súcubo[13] expirante de amor y de deseos. La lámpara vuelve a encenderse, Jeanne ha vuelto a abrir los ojos, que caen sobre grupos de hombres y de mujeres totalmente desnudos, que celebran los misterios del Andrógino y los viles sacrificios de Sodoma. La danza sucede a estos horrores y las depravaciones más monstruosas, como las que en Roma eran los juegos de Flora y las fiestas de la buena Diosa[14], concluyen la sesión cuando el gallo ha cantado (8).

De vuelta a casa de su madre, Jeanne guardaba un profundo silencio; su alma aún estaba sumida en la ebriedad y en la especie de estupor que escenas tan extrañas y tan nuevas para ella debían causarle; no podía ni arrepentirse ni alegrarse de lo que le había ocurrido, tanto le costaba definir sus sensaciones. Su madre, orgullosa de su éxito, respetó su silencio, y Jeanne, agotada por la fatiga, durmió hasta mediodía sin interrupción.

Al despertarse recibió la visita del hombre negro, que le hizo algunos regalos y se marchó después de haberle encarecido la mayor discreción sobre cuanto había pasado, asegurándole que nunca la abandonaría mientras fuera complaciente y dócil. Nuevos transportes embriagaron a Jeanne, en cuya alma las malas inclinaciones adormecidas hasta entonces empezaron a desarrollarse de una manera terrorífica. Una sed inextinguible de las voluptuosidades que acababa de gozar inflamó su sangre.

Desde ese momento el hombre negro y las orgías poco frecuentes del *sabbat* ya no le bastaron. En esta situación, un habitante del Laonnois, enamorado de su belleza, y que ignoraba su vergonzoso comercio, la pidió en matrimonio. El hombre negro fue consultado sobre la decisión que debía tomar. Éste le aconsejó aceptar y tomó medidas para impedir que aquella alianza perjudicase su pasión. Así pues, se concluyó el matrimonio y el comercio no por eso dejó de proseguir sin que el marido tuviera la menor sospecha.

Los nuevos esposos no se fueron de Verberie sino cierto tiempo después de su himeneo, y en ese intervalo Jeanne Harviliers sintió la curiosidad de probar si los polvos que el hombre negro le había dado tenían realmente las propiedades que se les atribuían. Se apresuró, pues, a hacer la prueba cerca de Verberie, en un pueblo dependiente de la bailía de Senlis. Los polvos no produjeron sino un efecto por desgracia demasiado seguro. La imprudente ni siquiera había pensado en esconderse: fue denunciada a la bailía de Senlis, que ordenó meterla en prisión. Se instruyó su proceso, la interrogaron sobre los cargos denunciados contra ella; novicia todavía en el arte de la mentira, Jeanne confesó todo con la mayor franqueza; de estas ingenuas confesiones resultó que sólo su madre había sido el instrumento de su perdición. La madre fue condenada por decreto y encerrada en las mazmorras de Senlis. Se recibieron una multitud de declaraciones contra ella, y por las multiplicadas pruebas de que era sabatera y envenenadora fue condenada a ser quemada viva, y Jeanne Harviliers a sufrir la pena del látigo. Madre e hija recurrieron esta condena al parlamento, que las remitió a su primer juicio, que se ejecutó en Senlis.

Jeanne Harviliers, lejos de corregirse con el castigo que acababan de infligirle, no fue sino más dócil a las opiniones del gran hombre negro. Había abandonado el burgo de Verberie, su patria, desde su matrimonio, y se había instalado con su marido en el Laonnois. Instruida por el terrible suplicio de su madre del destino que la esperaba si perseveraba en sus culpables extravíos, continuó sus maleficios en el Laonnois, ejerció allí los secretos de su supuesta magia y algunas veces acudió a los sabbats. Las personas que fueron los primeros objetos de sus imposturas la denunciaron por bruja al fiscal del rey de Ribemont. Este oficial mandó detenerla, y se empezó a instruir su proceso, cuya historia es la siguiente.

Jeanne Harviliers tenía una hija de un carácter difícil y pendenciero. Fruto del adulterio, y dirigida por una madre tan culpable, no podía ser de otro modo: rara vez un árbol malo da buenos frutos. Una educación viciosa confirmó a esa hija en su inclinación al mal. Cierto día que buscaba pelea con un vecino que no tenía paciencia, éste le pegó: cuando Jeanne Harviliers acudió al ruido, tomó partido por su hija, y amenazó al vecino que se había atrevido a despreciarla. Jeanne sólo se ocupó ya de los medios de vengarse; el amor propio ofendido hizo lo que no hubiera osado hacer el amor maternal, y tan pronto como recibió la visita del hombre negro, le pidió una composición o aojo, por virtud de la cual pudiera vengarse de forma clamorosa de su insolente vecino. El hombre negro le dio un polvo y le enseñó la manera de

emplearlo; le aseguró que colocando el aojo en el camino por el que debía pasar el vecino, éste contraería una enfermedad aguda que le acarrearía la muerte tras largos y violentos dolores. Jeanne siguió puntualmente sus instrucciones, y espió todos los pasos del vecino en busca de una ocasión favorable. Sabiendo que debía pasar a cierta hora del día por un camino muy estrecho, depositó allí el aojo.

El destino que se entretiene en desbaratar los proyectos de los mortales condujo a ese camino funesto a un hombre al que Jeanne Harviliers apreciaba mucho, en lugar de aquel que era objeto de su odio y su venganza. El desdichado fue herido por el golpe que ella destinaba a su adversario. Una maga más prudente habría disimulado, y se habría limitado a tratar de reparar su falta por medios indirectos y ocultos, si hubiese habido un remedio al mal; pero Jeanne Harviliers, siempre sincera, se traicionó a sí misma. Fue en busca del enfermo, le hizo la confesión de su involuntario crimen, le pidió perdón, le ofreció sus servicios, e incluso durante su enfermedad le prodigó los cuidados más solícitos, permaneciendo continuamente a la cabecera de su lecho. En esto, fue a verla el hombre negro. Afligida, Jeanne le contó lo que acababa de ocurrir y le rogó con insistencia que le diera un nuevo polvo que, combatiendo el efecto del primero, pudiera devolver la vida a su amigo. Tras reprocharle el hombre negro su imprudencia y jurarle que el mal hecho no tenía remedio, Jeanne lo cubrió de injurias y le acusó de ser la causa de sus extravíos; lo trató de seductor, lo amenazó con hacer investigaciones sobre él para saber quién era (pues no era tan imbécil como para creerle un ser sobrenatural), habló de denunciarle y terminó prohibiéndole que volviera a presentarse ante su vista. El hombre negro, que tal vez estaba cansado de un goce monótono y a quien nuevas fechorías habían procurado una nueva amante, desesperando de calmar a Jeanne, a la que sin embargo amaba, adoptó su decisión en el acto para sustraerse a sus quejas, a sus reproches y a la venganza que ella se disponía a tomar de sus inspiraciones corruptoras; en fin, que la abandonó a sí misma.

Desde el punto de vista del honor, Jeanne no estaba del todo muerta, conocía el remordimiento; acababa de romper los lazos que tanto tiempo la habían encadenado al ladrón de su inocencia. La muerte trágica de su madre vino a pintarse en su imaginación atormentada por las Furias, y, liberada de los dos seres que la habían hundido en el abismo aprovechando la debilidad de su edad, podía, huyendo, vivir en otra parte de una manera más honesta. Un temperamento fogoso y la sed de venganza la habían extraviado, pero la edad había templado el uno y la vista de los sufrimientos del enfermo había calmado la otra; y aunque la infortunada víctima de su error hubiera recuperado la salud, Jeanne, que no había nacido para ser homicida, hubiera reparado todos sus errores mediante el arrepentimiento. Mas es difícil ser mujer y callar, sobre todo cuando nos anima el espíritu de odio y de venganza. Jeanne había dicho varias palabras indiscretas; la confesión que había hecho al enfermo fue descubierta; además, algunos transeúntes la habían visto cuando, trazando un círculo mágico a su alrededor, y haciendo los gestos y las muecas que se usaban para la

invocación, ponía el aojo en medio del pequeño camino. El enfermo murió; Jeanne, entregada a la desesperación, no ocultó su extremo dolor: el rumor público le inspiró terrores. La gente se hablaba al oído señalándola; la evitaban como a una apestada, y marcas continuas de desprecio eran los precursores de la tormenta que tronaba sobre su cabeza e iba a pulverizarla. El séquito debía pasar por delante de la casa de Jeanne; ella estaba tristemente echada en su silla, con la cabeza oculta entre sus dos manos, cuando la campanilla fúnebre vino a impresionar su oído. Unos sones lentamente prolongados y que se suceden tras largos intervalos, el canto lúgubre de los ministros del culto, la visión de las antorchas que iluminan la marcha fúnebre, todo llenó su alma de terrores. Le parece oír un profundo gemido que sale a través de los ejes mal unidos del ataúd, en el momento en que se encuentra frente a su ventana, y acusarla de homicidio. Le parece ver al esqueleto de su víctima avanzar lentamente hacia ella, en medio de las tinieblas, mostrarle sus paños funerarios, su seno lívido, sus brazos descarnados, y la hoguera de su madre que la espera. Desesperada, entregada a todos los vértigos de un cerebro débil, Jeanne vaga y se revuelca por el suelo de su habitación, arrancándose los cabellos, dando gritos horribles y golpeándose la cabeza contra las paredes. Los hielos de la muerte rodean su corazón; su mirada fija y enrojecida anuncia el delirio, su boca vomita imprecaciones contra el hombre negro que la redujo a tal exceso de oprobio y de infortunios; el fantasma de su criminal madre se le aparece durante la especie de penoso sueño que ha producido un largo agotamiento, y cree oír estas espantosas palabras, mezcladas al horroroso ruido de las cadenas: TE AGUARDO. El espanto de esa aparición despierta a Jeanne; se levanta empapada en un sudor mortal, y, como el temor le da alas, huye sin saber adónde y se oculta en un granero vecino; pero la tardía hora de la justicia ha sonado, el castigo ha extendido su brazo de hierro sobre su víctima. Claude d’Osai, fiscal del rey de Ribemont, ordena detenerla en ese granero y manda arrojarla en un calabozo, sin temor al efecto de sus sortilegios (9).

Tras las formalidades preliminares del proceso, Jeanne Harviliers fue interrogada; le preguntaron si era bruja, respondió que no lo era en absoluto. Se confesó culpable de varios maleficios y de diversos crímenes, sobre todo del que había causado la muerte del vecino por el que sentía aprecio; también admitió todos los cargos que se habían denunciado contra ella.

Cuando llegó el momento de juzgarla, los comisarios estuvieron de acuerdo en este punto general: que había merecido la muerte; también se mostraron conformes en que debía ser condenada al fuego, pero ¿por qué delito? ¿Como bruja o como envenenadora? El sabio Bodino, uno de los comisarios, opinó que había que condenarla por bruja; que el caso no era una causa ordinaria; que había un doble pacto con el diablo, y que ese pacto había sido seguido de prestigios (10). Algunos jueces opinaron que bastaba castigarla con el suplicio de la soga; que en su conducta había más libertinaje, locura e imbecilidad que brujería.

Esta última opinión, totalmente conforme con los principios de la justicia y las

inspiraciones del buen sentido, prevalecía; bastaba incluso con castigar a la desventurada Jeanne con la prisión perpetua. Su madre era la única culpable de su libertinaje; un monstruo de lujuria había abusado de su ignorancia seduciéndola y convirtiéndola luego en el instrumento ciego de sus fechorías; el diablo no intervenía para nada en todo aquello. Jeanne había cedido a los impulsos impetuosos e irreflexivos de la venganza; el trabajo que se había impuesto para cuidar al enfermo era en cierto modo una reparación de su falta; lo había confesado todo con candor, y una mujer consumada en el crimen no lo hace; pero había asistido a los *sabbats*, no iba a la iglesia, se decía que estaba en comercio criminal con el diablo, y el pueblo reunido alrededor del auditorio amenazó a los jueces con raptar a la maga y quemarla él mismo si sólo la condenaban a la horca, porque decían que se había visto a brujos sobrevivir a este último suplicio mediante encantamientos. Los jueces, obligados a ceder al clamor general, se reunieron para declarar que Jeanne Harviliers había merecido el suplicio del fuego, bien como maga o bruja, bien como envenenadora. Se conminó al sabio Bodino, que había hecho inmensas pesquisas para apoyar su parecer, que pospusiera la discusión de las calificaciones tras la ejecución de la sentencia. Así pues, Jeanne Harviliers fue quemada viva el último día de abril de 1578, es decir, a la edad de 50 años. Una innumerable multitud asistió a su suplicio, menos por curiosidad, dice el historiador de aquel tiempo[15], que para asegurarse de la muerte de aquella supuesta bruja, y de la que ya no había nada que temer.

Un hombre valeroso asumió la defensa de Jeanne: era demasiado tarde, y el pueblo implacable. Jean Huvier[16], médico, hizo imprimir ese año en Basilea un libro sobre los Prestigios (De Prestigiis): en él atribuía a causas naturales los maleficios, los sortilegios, la magia, los encantamientos, etc. Censuraba indirectamente la debilidad de los jueces que, por las declaraciones del populacho ignorante o prevenido (11), condenaban a la hoguera a gente que con frecuencia sólo era culpable de credulidad, superchería o libertinaje.

En ese momento también Bodino recriminó a los jueces que habían dado la impresión de poner en duda la existencia de las brujas. Tenía sus materiales totalmente listos cuando apareció la obra de Huvier: había recogido esos materiales durante el proceso de la bruja de Verberie, y los había empleado en la escritura de un tratado en cuatro libros titulado *La Demonomanía de los brujos, por J. Bodino, angevino* (12[17]).

Este tratado hubiera aparecido inmediatamente después del suplicio de Jeanne Harviliers, de no ser por una nueva obra sobre las *Lamias*, que Jean Huvier publicó poco después de los *Prestigios*. Bodino quiso unir a su tratado una refutación de este nuevo libro: no sólo pretende probar que hay muchos brujos, sino además falta poco para que quiera convencer al médico Huvier y a los demás de que este mismo es brujo[18]. Pero como la discusión de este asunto no tiene que ver con el objetivo de nuestra obra, remitimos a los lectores a cuanto se ha escrito sobre estas materias.

Así pereció la desdichada Jeanne, víctima de la codicia y la autoridad maternas.

La lujuria de un monje la mancilló; el ejemplo de sus conciudadanos la animó a las prácticas supersticiosas; un deseo de venganza la convirtió en homicida. La ignorancia y el fanatismo de su siglo cometieron sus crímenes y llevaron a la hoguera a un ser crédulo y tímido que una mejor educación y un siglo más ilustrado tal vez habrían vuelto útil a la sociedad. Éste fue, en fin, el fruto de las *Diablerías* que creó la infancia del teatro: ¡ojalá su decrepitud no renueve sus tristes efectos!

NOTAS DEL AUTOR

(1) Hay ejemplos en un escrito que apareció a finales del reinado de Luis XII y que tiene por título: *Histoire du chevalier qui donne sa femme au diable*. Según el dogma de los grimorios, un padre y una madre podían consagrar a sus hijos, y un marido a su mujer; también se podía ofrecer uno mismo en virtud de un pacto; pero el hijo no tenía el mismo poder sobre su padre, ni la mujer sobre su marido. En 1793 se consagraban los niños a *Marat*, a *Robespierre*.

(2) En el año 1507, un tal *Éloi d'Amernal*[19] maestro de monaguillos de Béthune, publicó un volumen *in-folio* de diablerías, cuyos actores aparecían en el teatro vestidos con pieles negras y horribles indumentarias. Había grandes y pequeñas diablerías.

(3) Los dos GRÉBAN[20], nacidos en los alrededores de Compiégne, y conocidos por sus obras de teatro, llevaron de París al Valois esas representaciones singulares y monstruosas. A principios del reinado de Enrique III, el Misterio de la pasión se representó en el crucero de la iglesia mayor de Verberie, y algunos años después el martirio de santa Margarita se representó en la Ferté-Milon. Estas diablerías se representaban en casas de particulares y en los palacios, siempre con la mayor afluencia.

¿No provoca asombro? Diré más: indignado de que, en el siglo XIX, cuando los Racine, los Crébillon, los Destouches, Molière, Régnard, Voltaire y Desforges, dieron tantos modelos de la buena comedia, de la verdadera tragedia, el siglo bárbaro de las diablerías se renueva y los franceses corren en masa a las diablerías del ciudadano Cuvelier, a la Bohémienne, a la Tentación de san Antonio, cuyo bosquejo proporcionan nuestras novelas.

(4) Es lo que ha dado lugar a esa expresión proverbial: *Faire le diable a quatre*[21].

(5)Estos *sabbats* no fueron al principio más que una imitación de las diablerías de un solo personaje; degeneraron en infamias, en prostituciones. Catalina de Médicis, duquesa de Valois, protegía este género de superstición que durante más de cien años estuvo claramente relacionada con los asuntos públicos. Se creyó a los brujos, se les temió, se les consultó, como los Antiguos hacían con sus oráculos. Quizá llegamos al momento en que este género de superstición, que luego ha reaparecido más de una

vez, quizá vuelva por las mismas causas que antaño le dieron tanto crédito: la perversidad del gusto, la ambición de los amigos de novedades, la ausencia de la moral, la licencia del pueblo, y nuestras novelas negras, tales como *El monje, El castillo misterioso, El Pequeño Pedro*[22], etc.; y, en fin, por el asentamiento de la *Teofilantropía*[23], o de cualquier otra religión de cuyas imitaciones los misterios contraerían el moho de las extravagancias humanas.

(6) En su *Demonomanía*, Bodino escribe que en ciertos sitios se bautizaba a sapos, a los que se llamaba *mirmilots*[24]. Los ofrecían como preservativos cuya virtud superaba la de las reliquias, los escapularios y las imágenes de los santos.

(7) ¿No se percibe aquí una analogía directa entre estas comidas de los *sabateros*, y no me refiero a esos banquetes fraternales que los terroristas establecieron en las calles en 1793, sino a sus orgías particulares y nocturnas cuya historia aparecerá algún día? El campo es amplio.

(8) Me daría vergüenza describir estos cuadros obscenos si no estuviera obligado a seguir la verdad histórica y a emplear la fuerza de las palabras y de las imágenes para volver más odiosos los crímenes. ¿Cómo no creer que tales disoluciones son ciertas cuando el diputado *Artigoye*[25] fue acusado por *Péret*, en la sesión de la Convención Nacional, del 17 de prairial de 1795, *de haberse mostrado completamente desnudo a todo el pueblo de Auch*?

(9) Es además una máxima confesada por los propios brujos que no tenían poder alguno sobre los jueces, los obispos, los sacerdotes y los eclesiásticos promovidos a las órdenes sagradas. También se creía que, cuando se decretaba la detención de un brujo, el diablo no intervenía ya en sus asuntos y dejaba de ayudarle.

(10) Es sorprendente ver aquí el nombre de sabio dado a un hombre Que cree en los brujos.

(11) Cierto, no ha existido ningún brujo, ni siquiera en la época en que los creían tan comunes; pero la ignorancia en materia de física y de historia natural era tan grande que las menores recreaciones matemáticas de los estudiantes de nuestros días, los más pequeños trucos de escamoteo, habrían pasado por efectos de un pacto con el espíritu maligno.

(12) Hay varias ediciones de este libro singular. Una *in-4°*, impresa en París, en Dupuis, en 1587, de 276 hojas, pero esa edición no es la primera, pues en su frontispicio se lee que ha sido revisada y aumentada[26]. La epístola dedicatoria, datada en Laon (20 de diciembre de 1579), está dirigida al presidente de Thou; la refutación de Jean Huvier empieza en el folio 235. Hay otra edición de 1604, *in-12°*.

Si prestásemos fe a las visiones de los brujos y de los partidarios del *sabbat*, se creería que el diablo aún se acuerda del buen gusto del fruto que hizo comer a Eva. *De l'Ancre*[27] y otros visionarios tan locos como los que creen ir al *sabbat*, nos hablan calurosamente de los demonios *íncubos* y *súcubos*. Con un fundamento semejante, los *rabinos*, los *cabalistas*, varios padres griegos y latinos, también creían que los hijos de Dios que tuvieron comercio con las hijas de los hombres eran ángeles

expulsados del cielo, y que de ese comercio nacieron los gigantes.

Para completar esta materia, véase el *Traite des superstitions*, por de Thiers, 1 volumen *in-12°*[28].

3

SIGMUND FREUD

Una neurosis demoníaca en el siglo XVII

Eine Teufelsneurose im 17.Jahrhundert

Traducción
José Rafael Hernández Arias

Sigmund Freud (Freiberg 1856-Londres 1939). Médico neurólogo y librepensador austriaco creador del Psicoanálisis. Desde principios del siglo XX las ideas de Freud se han representado con frecuencia de forma explícita o implícita en corrientes del arte, la literatura y el cine. Entre las figuras más notorias con influencias freudianas están Salvador Dalí, André Bretón, Alfred Hitchcock y Luis Buñuel. Sus obras completas abarcan 23 volúmenes más uno extra de material bibliográfico e índices. La hipnosis, los sueños, las neurosis, el análisis de la cultura y la psicoterapia le deben muchísimo, aunque en los últimos años la influencia del conductismo y de los sectarismos feministas le han relegado, temporalmente como se verá en el futuro, a una posición secundada e inmerecida.

Una neurosis demoníaca en el siglo XVII

De las neurosis infantiles hemos aprendido que en ellas se pueden ver cosas sin esfuerzo a simple vista, que después sólo salen a la luz tras una minuciosa investigación. Algo similar se podrá esperar de las enfermedades neuróticas de siglos pasados, si estamos dispuestos a considerarlas bajo denominaciones diferentes a las de nuestras actuales neurosis. No podemos sorprendernos de que las neurosis de tiempos pasados aparezcan envueltas en el ropaje demonológico, mientras que las de la actualidad antipsicológica aparecen en el hipocóndrico, disfrazadas de enfermedad orgánica. Como es sabido, varios autores, ante todo Charcot, han identificado las formas externas de la histeria en las representaciones de posesiones y éxtasis, como las que nos ha dejado el arte; no habría sido difícil volver a encontrar en las historias de estos enfermos el contenido de la neurosis, si por entonces se les hubiese prestado una mayor atención.

La teoría demonológica de aquellos tiempos oscuros ha tenido razón frente a todas las concepciones somáticas del periodo «exacto» de la ciencia. Las posesiones corresponden a nuestras neurosis, para cuya explicación volvemos a recurrir a poderes psíquicos. Los demonios son para nosotros deseos malignos y repudiados, vástagos de impulsos interiores rechazados, reprimidos. Nos limitamos a rechazar la proyección al mundo externo, lo que la Edad Media hizo con esos seres anímicos; nosotros dejamos que se originen en la vida interior de los enfermos, donde moran.

I. La historia del pintor Christoph Haitzmann

Agradezco la oportunidad de conocer una de esas neurosis demoníacas del siglo XVII al amistoso interés del señor Consejero áulico Dr. R. Payer-Thurn, director de la antigua Real e Imperial Biblioteca de Fideicomiso de Viena. Payer-Thurn encontró un manuscrito procedente del lugar milagroso de Mariazell, donde se informa detalladamente de una liberación milagrosa por la gracia de Santa María de un pacto con el demonio. Atrajo su interés por la relación de este asunto con la leyenda fáustica, y le va a servir para una detallada descripción y elaboración del tema. Pero como encontró que la persona, cuya liberación se describe, padecía espasmos y visiones, acudió a mí para un examen médico del caso. Hemos convenido en publicar nuestros trabajos independientemente el uno del otro y por separado. Aquí le agradezco su sugerencia y su ayuda para el estudio del manuscrito.

Esta historia clínica demonológica nos suministra realmente un valioso hallazgo, que sale a la luz sin mucha interpretación, como un yacimiento suministra metal puro mientras que en otras partes se ha de extraer con esfuerzo de la roca.

El manuscrito, del que poseo una copia fiel, se divide en dos partes de diferente

naturaleza: en el informe redactado en latín del escritor monacal o compilador, y en el fragmento del diario del paciente escrito en alemán. La primera parte contiene el informe preliminar y la curación milagrosa propiamente dicha; la segunda parte no podía ser de valor para los religiosos, pero tanto más lo es para nosotros. Contribuye, y mucho, a fortalecer nuestro juicio indeciso sobre el caso clínico, y tenemos buenos motivos para mostrarnos agradecidos a los clérigos por haber conservado este documento, aunque ya no sirviera a sus intenciones, más aún, las perturbara.

Pero antes de profundizar en el pequeño folleto manuscrito que lleva el título

«Trophaeum Mariano-Cellense»

he de relatar un fragmento de su contenido que tomo del informe preliminar.

El 5 de septiembre de 1677 el pintor Christoph Haitzmann, un bávaro, fue llevado con una carta del párroco de Pottenbrunn (en la Baja Austria) al cercano Mariazell[29]. Había permanecido varios meses en Pottenbrunn ejerciendo su profesión, y el 29 de agosto le acometieron en la iglesia terribles convulsiones, y como éstas se repitieron en los próximos días, el *Praefectus Dominii Pottenbrunnensis* le preguntó qué era lo que le atormentaba y si no se habría aventurado a un trato ilícito con el espíritu maligno[30]. A lo que él confesó que, en efecto, hacía nueve años, en un periodo de desánimo en el ejercicio de su arte y de dudas sobre el mantenimiento de su existencia, se había rendido al demonio, que le había tentado nueve veces, y se había comprometido por escrito a pertenecerle en cuerpo y alma después del transcurso de ese periodo. El plazo vencía el próximo día 24 del mes en curso[31]. El desdichado se había arrepentido y estaba convencido de que sólo le podía salvar la Gracia de la Madre de Dios de Mariazell, obligando al Maligno a entregar el pacto escrito con sangre. Por este motivo se tomaba la libertad, *miserum hunc hominem omni auxilio destitutum*, de encomendarle a los señores de Mariazell.

Hasta aquí el párroco de Pottenbrunn, Leopoldus Braun, el 1 de septiembre de 1677.

Ahora puedo continuar con el análisis del manuscrito. Consta, por tanto, de tres partes:

1. Una portada coloreada que representa la escena del pacto y la de la liberación en la capilla de Mariazell; en la página siguiente hay otras ocho ilustraciones, asimismo coloreadas, de las posteriores apariciones del demonio con breves notas marginales en alemán. Estas imágenes no son originales, sino copias; como se nos ha asegurado solemnemente: copias fieles, según las pinturas originales de Chr. Haitzmann.

2. El propio *Trophaeum Mariano-Cellense* (en latín), la obra de un compilador

eclesiástico, que al final firma con las iniciales P. A. E., añadiendo a estas letras cuatro versos que contienen su biografía. El final lo constituye un testimonio del abad Kilian de St. Lambert de 12 de septiembre de 1729, que confirma con una letra diferente a la del compilador la exacta coincidencia del manuscrito y de las imágenes con el original conservado en el Archivo. No se hace constar la fecha en que se redactó el *Trophaeum*. Se puede suponer que ocurrió en el mismo año en que el abad Kilian otorgó su testimonio, es decir, en 1729 o, como 1714 es el último año citado en el texto, la obra del compilador se ha de desplazar a una fecha cualquiera entre 1714 y 1729. El milagro que se ha de rescatar del olvido con este escrito aconteció en el año 1677, esto es, entre 37 y 52 años antes.

3. El diario escrito en alemán del pintor, que comprende desde la fecha de la liberación en la capilla hasta el 13 de enero del año siguiente: 1678. Se ha insertado en el texto del *Trophaeum* poco antes de su final.

El núcleo del *Trophaeum* en propiedad consta de dos escritos, la ya mencionada carta del párroco Leopold Braun de Pottenbrunn, de 1 de septiembre de 1677, y el informe del abad Franciscus de Mariazell y St. Lambert, que describe la curación milagrosa, de 12 de septiembre de 1677, esto es, fechada tan sólo pocos días después. El redactor o compilador P. A. E. ha incluido una introducción que funde las dos actas, además de otras piezas de unión menos importantes, añadiendo al final un informe sobre el destino posterior del pintor tras una averiguación realizada en el año 1714[32].

En el *Trophaeum* se narra tres veces la historia preliminar del pintor:

1. En la carta del párroco de Pottenbrunn.

2. En el informe fiel del abad Franciscus y

3. en la introducción del redactor. Cuando se comparan estas tres fuentes, resultan ciertas divergencias cuyo análisis no carece de importancia.

Ahora puedo continuar la historia del pintor.

Después de haber orado y hecho penitencia largo tiempo en Marizell, el 8 de septiembre, el día de la Natividad de María, a eso de las doce de la noche, recibe del demonio, que se le aparece en la sagrada capilla con la forma de un dragón alado, el pacto escrito con sangre. Más tarde sabremos para nuestra extrañeza que en la historia del pintor Chr. Haitzmann aparecen dos pactos con el demonio, el primero escrito con tinta negra, y el posterior con sangre. En la escena del conjuro que se nos describe se trata, como se puede reconocer asimismo en la imagen de la portada, del pacto con sangre, es decir del segundo. Sobre este punto podríamos elevar una objeción contra la credibilidad del informador, que nos advertiría de no malgastar nuestro esfuerzo en un producto de pura superstición monjil. Se cuenta que varios religiosos, cuyos nombres se mencionan, acompañaron durante todo el tiempo al exorcizado y también estuvieron presentes durante la aparición del demonio en la capilla. Si se afirmara que también ellos habían visto cómo el dragón demoníaco le entregaba la nota escrita con letra roja (*Schedam sibi porrigentem conspexisset*), nos

encontraríamos ante varias opciones desagradables, entre las cuales la más indulgente sería la de una alucinación colectiva. Pero el tenor del testimonio otorgado por el abad Franciscus excluye esta posibilidad. En él no se afirma de ninguna manera que los acompañantes religiosos también hubieran visto al demonio, sino que se dice sincera y sobriamente que el pintor se desprendió de repente de los religiosos que le mantenían cogido, se precipitó hacia la esquina de la capilla donde vio la aparición y luego regresó con la nota en la mano[33].

El milagro fue grande, la victoria de la santa Madre sobre Satán indudable, pero por desgracia la curación no fue duradera. Se ha de volver a destacar en honor de los religiosos que no ocultaron este hecho. El pintor abandonó tras un breve periodo Mariazell con buena salud y se dirigió a Viena, donde vivía con una hermana casada. Allí, el 11 de octubre, comenzó a padecer de nuevo ataques, en parte muy fuertes, de lo que nos informa el diario hasta el 13 de enero. Tuvo visiones, ausencias, durante las cuales vio y experimentó las cosas más diversas, estados espasmódicos acompañados de sensaciones dolorosísimas, una vez la paralización de las piernas, etc. Pero en esta ocasión no le atormentaba el demonio, sino que fueron figuras sagradas las que se le aparecieron, Cristo, la misma Virgen María. Qué extraño que bajo estas apariciones celestiales y los castigos que le infligieron no sufriera menos que antes bajo el trato con el demonio. Él resumió también estas nuevas experiencias en el diario como apariciones del demonio, y se quejó de *maligni Spiritus manifestationes* cuando en mayo de 1678 regresó a Mariazell.

A los religiosos les justificó su regreso con que tenía que exigir del demonio otro pacto anterior, escrito con tinta[34]. También esta vez le ayudaron la Virgen María y los piadosos padres a cumplir su ruego. Pero el informe de cómo ocurrió es parco. Tan sólo se dice en breves palabras: *qua iuxta votum reddita*. Volvió a rezar y recibió de nuevo el contrato. Entonces se sintió del todo libre e ingresó en la Orden de los Hermanos de la Caridad.

Volvemos a tener motivos para reconocer que la evidente intención de sus esfuerzos no lleva al compilador a traicionar la veracidad exigida a un caso clínico. Pues no silencia cuál fue el resultado de la averiguación tras la muerte del pintor en el consejo del monasterio de los Hermanos de la Caridad en el año 1714. El R. Pr. Provincialis informa que el hermano Crisóstomo aún sufrió tentaciones del espíritu maligno, que quería convencerle para que sellara un nuevo pacto, pero que, «cuando bebía algo más de vino», siempre era posible rechazarle con ayuda de la Gracia de Dios. El hermano Crisóstomo murió de tisis en el monasterio de la Orden en Neustatt, a orillas del Moldau, en el año 1700, «en paz y confortado».

II. El motivo del pacto demoníaco

Si consideramos este pacto con el demonio como una historia clínica neurótica,

nuestro interés se dirige en primer lugar a la cuestión acerca del motivo, que está íntimamente relacionada con la causa. ¿Por qué se pacta con el demonio? Aunque el Dr. Fausto pregunta con desprecio, ¿qué me puedes dar tú, pobre diablo?, no tiene razón, pues el demonio tiene muchas cosas que ofrecer como recompensa a cambio del alma inmortal y que los hombres valoran mucho: riqueza, seguridad ante peligros, poder sobre los hombres y sobre las fuerzas de la naturaleza, incluso trucos de magia y ante todo: el goce, el goce de bellas mujeres. Estas obligaciones o prestaciones del demonio suelen constar expresamente en el contrato[35]. ¿Cuál fue el motivo que impulsó a Christoph Haitzmann a sellar su pacto?

Por extraño que parezca, ninguno de estos deseos tan naturales. Para excluir cualquier duda acerca de esto, basta con mirar las breves anotaciones que el pintor añade a las apariciones del demonio descritas por él. Por ejemplo la nota a la tercera visión:

«En tercer lugar se me apareció año y medio después en esta repugnante figura con un libro en la mano en el que se encomiaba la magia y la nigromancia…».

Pero por la nota marginal a una aparición posterior nos enteramos de que el demonio le hizo fuertes reproches por «haber quemado su libro», y le amenazó con destrozarle si no se lo devolvía.

En la cuarta aparición le mostró una gran bolsa amarilla y un ducado de oro y le prometió que le daría tantos como quisiera, «pero yo no lo acepté», se precia el pintor.

Otra vez reclama de él que se divierta, que se deje entretener. A lo que el pintor observa «esto correspondía a sus deseos, pero yo me resistí más de tres días y me libré».

Puesto que rechaza la magia, el dinero y el placer cuando el demonio se los ofrece, por no hablar de que los hubiera aceptado como condiciones del pacto, es realmente urgente averiguar qué es lo que quería ese pintor del demonio cuando se entregó a él. Algún motivo debía tener para trabar relaciones con el demonio.

El *Trophaeum* también ofrece una información fidedigna acerca de este punto. Se había tornado taciturno, no podía, o no quería, trabajar bien y estaba preocupado ante la posibilidad de no poder ganarse la vida, esto es, una depresión melancólica con impedimento laboral y una (justificada) preocupación existencial. Vemos que realmente nos encontramos con un caso clínico, también conocemos cuál fue la causa de esta enfermedad, que el pintor mismo menciona en las notas a sus imágenes del demonio como una melancolía («quería divertirme y ahuyentar mi melancolía»). De nuestras tres fuentes, tan sólo la primera de ellas, la carta del párroco, menciona el estado depresivo («*Dum artis suae progressum emolumentumque secuturum pusillanimis perpenderet*»), pero la segunda, el informe del abad Franciscus, también acierta a nombrar la causa de este desánimo o desaliento, pues aquí se dice «*accepta aliqua pusillanimitate ex morte parentis*» y, en consecuencia, también en la introducción del compilador cambiando el orden de las palabras: *ex morte parentis*

accepta aliqua pusillanimitate. Así pues, se había muerto su padre, él había caído en un estado melancólico, entonces se le aproximó el demonio, le preguntó por qué estaba tan triste y compungido, y le prometió «ayudarle en todo y llevarle de la mano[36]».

Así, por lo tanto, uno se entrega al demonio para ser liberado de un ánimo depresivo. Y en verdad que es un motivo excelente, como juzgará cualquiera que pueda imaginarse los tormentos de un estado semejante y que además sepa lo poco que la medicina puede mitigar ese sufrimiento. Ahora bien, nadie que haya seguido hasta aquí esta narración, podrá adivinar el tenor del pacto con el demonio (o más bien de los dos pactos, uno escrito con tinta y otro, un año después, con sangre, que al parecer aún se conservan en la tesorería de Mariazell y que se reproducen en el *Trophaeum*), esto es, cuál fue el contenido de estos contratos.

Dichos contratos nos causan dos grandes sorpresas. En primer lugar no mencionan una obligación del demonio, por cuyo cumplimiento se empeñe la eterna bienaventuranza, sino sólo una exigencia del demonio que el pintor ha de cumplir. Nos parece completamente absurdo y contra toda lógica que este hombre empeñe su alma, no por algo que reciba del demonio, sino por algo que ha de hacer para el demonio. Y aún más extraña suena la obligación del pintor.

La primera «syngrapha» escrita con tinta negra:

Yo, Christoph Haitzmann, me entrego a este señor como su hijo carnal durante nueve años. Año 1669.

Segunda, escrita con sangre:

Anno 1669

Christoph Haizmann. Me comprometo con Satán a ser su hijo carnal y en 9 años a entregarle mi cuerpo y mi alma.

Toda extrañeza, sin embargo, desaparece cuando disponemos de tal manera el texto para que en él lo que se presenta como exigencia del demonio se convierta en su prestación, esto es, en la exigencia del pintor. Entonces es cuando el pacto incomprensible adquiere un sentido y se puede interpretar: el demonio se compromete a sustituir al padre durante nueve años. Una vez transcurrido ese periodo, el pintor se pone, en cuerpo y alma, en las manos del demonio, como solía ser habitual en estos tratos. El proceso mental del pintor, que motiva su pacto, parece ser el siguiente: con la muerte del padre ha perdido el ánimo y su capacidad de trabajo; si obtuviera un sustituto paterno, podría recobrar lo perdido.

Alguien que se ha vuelto melancólico por la muerte de su padre ha debido querer a su padre. Pero entonces es algo muy extraño que a una persona así se le ocurra escoger al demonio como sustituto del padre amado.

III. El demonio como sustituto del padre

Me temo que una crítica seria no aceptará que con esa inversión hayamos revelado el sentido del pacto diabólico. Planteará en contra dos objeciones. Primera: no es necesario considerar el compromiso como un contrato en el que tienen cabida las obligaciones de las dos partes. Tan sólo contiene la obligación del pintor, la del demonio se ha quedado fuera del texto, como quien dice «*sousentendue*». Ahora bien, el pintor se compromete a dos cosas, la primera a ser hijo del demonio durante nueve años y, en segundo lugar, a pertenecerle del todo tras su muerte. Con esto se ha anulado uno de los fundamentos de nuestra conclusión.

La segunda objeción dirá que no se está autorizado a darle una importancia especial a la expresión de ser un hijo carnal del demonio. Ése es un dicho común que cualquiera lo puede entender como lo han podido entender los religiosos. Éstos no traducen la prometida filiación en los pactos en su latín, sino que se limitan a decir que el pintor se ha «*mancipavit*» al mal, se ha entregado, se ha propuesto llevar una vida pecaminosa y negar a Dios y a la Santísima Trinidad. ¿Por qué deberíamos alejarnos de esta noción tan evidente y natural[37]? Las circunstancias serían simplemente las de alguien que en el tormento y desconcierto de una depresión melancólica se entrega al demonio, en quien confía encontrar el mayor saber terapéutico. Que este desánimo surgiera de la muerte del padre, se puede pasar por alto, podría haber tenido otra causa. Esto suena lógico y razonable. Contra el psicoanálisis se vuelve a objetar que complica situaciones simples con ánimo de sutilizar, que ve secretos y problemas donde no los hay, y que esto lo logra acentuando en demasía rasgos secundarios, como se pueden encontrar en todas partes, elevándolos a fundamentos de las conclusiones más complejas y extrañas. En vano haríamos valer que mediante este rechazo se echarían a perder tantas analogías convincentes y se cortarían sutiles relaciones que podemos mostrar en este caso. Los oponentes dirán que precisamente no existen esas analogías y relaciones, y que somos nosotros los que con un ingenio superfluo las incorporamos al caso.

Pues bien, no iniciaré mi respuesta a estas objeciones con las palabras: seamos honestos o seamos sinceros, pues eso se ha de ser siempre, sin hacer especiales preparativos para ello, sino que aseguraré con palabras llanas que sé muy bien que si alguien no cree en la legitimación de la argumentación psicoanalítica, tampoco obtendrá esa convicción del caso del pintor Chr. Haitzmann en el siglo XVII. Tampoco pretendo emplear este caso como prueba de la validez del psicoanálisis, más bien presupongo el psicoanálisis como válido y lo empleo para aclarar la enfermedad demonológica del pintor. La legitimación para obrar así la obtengo del éxito de nuestras investigaciones sobre la esencia de las neurosis en general. Se puede decir con toda modestia que hoy incluso los más obtusos de nuestros coetáneos y colegas comienzan a ver que no se puede alcanzar una comprensión de los estados neuróticos sin recurrir al psicoanálisis.

«Tan sólo las flechas conquistan Troya, tan sólo ellas», confiesa Odiseo en el

Filoctetes de Sófocles.

Así pues, si es correcto considerar el pacto diabólico de nuestro pintor como una fantasía neurótica, una dedicación psicoanalítica a él no necesita de ninguna otra disculpa. También los pequeños signos poseen su sentido y su valor, en especial bajo las condiciones causantes de la neurosis. En efecto, se los puede tanto sobrevalorar como infravalorar, y es una cuestión de tacto hasta dónde se quiere llegar con su empleo. Pero si alguien no cree en el psicoanálisis y ni siquiera en el demonio, habrá que dejar a su discreción qué quiere hacer con el caso del pintor, ya sea que pueda explicarlo con sus propios medios, o que no encuentre necesaria ninguna explicación.

Por lo tanto regresamos a nuestra suposición de que el demonio, al que nuestro pintor ha vendido su alma, es para él un directo sustituto del padre. Esto queda a su vez constatado por la figura en que se le aparece por primera vez, como un anciano ciudadano honrado con barba de pelo castaño, capa roja, sombrero negro, apoyándose con la mano derecha en un bastón y con un perro negro a su lado[38]. Con posterioridad su aparición se tornará cada vez más espantosa, se podría decir que cada vez más mitológica: para su apariencia se emplean cuernos, garras de águila, alas de murciélago. Al final aparecerá en la capilla como un dragón volador. Más tarde volveremos a un detalle concreto de su forma corporal.

Que se elija al demonio como sustituto de un padre querido, suena bastante extraño, pero sólo cuando lo oímos por primera vez, pues sabemos algunas cosas que pueden reducir la sorpresa. En primer lugar, que Dios es un sustituto del padre o, con más propiedad, un padre elevado o, con otras palabras, una imagen del padre como se vio y experimentó en la infancia, como el individuo lo ve en su propia infancia y el género humano en su prehistoria como padre de la primitiva horda primigenia. Más tarde el individuo vio a su padre de una manera distinta y más pequeña, pero la imagen infantil se mantuvo y se fundió con el rastro del recuerdo transmitido del padre originario en la noción de Dios del individuo. Sabemos también de la historia secreta del individuo que descubre el análisis que la relación con este padre fue quizá desde el principio una ambivalente, en todo caso lo fue pronto, esto es, abarcaba dos emociones opuestas, no sólo una tierna y sumisa, sino también una hostil y desobediente. La misma ambivalencia domina según nuestra concepción la relación de la especie humana con su divinidad. Del conflicto inacabado del anhelo del padre, por una parte, y del miedo y la obstinación filial, por otra, nos hemos explicado importantes caracteres y destinos decisivos de las religiones.

Del demonio maligno sabemos que se ha considerado el adversario de Dios y que, sin embargo, su naturaleza está muy próxima a la suya. Su historia, no obstante, no está tan bien investigada como la de Dios, pues no todas las religiones han acogido al espíritu maligno, al enemigo de Dios, su modelo en la vida individual permanece en principio en la oscuridad. Pero una cosa es segura, los dioses se pueden convertir en demonios malignos cuando los desplazan nuevos dioses. Cuando un pueblo es vencido por otro, con frecuencia los dioses depuestos de los vencidos se transforman

en demonios para el pueblo vencedor. El demonio maligno de la fe cristiana, el diablo de la Edad Media, era, según la misma mitología cristiana, un ángel caído de naturaleza igual a la divina. No se necesita mucha perspicacia analítica para adivinar que Dios y el Demonio eran en un origen idénticos, una única figura, que más tarde se dividió en dos con atributos opuestos[39]. En los tiempos primitivos de las religiones, Dios portaba aún todos los rasgos terribles que en lo sucesivo se unirían en una figura equivalente pero opuesta.

Es el proceso, bien conocido para nosotros, de la partición de una noción con un contenido contradictorio, ambivalente, en dos opuestos que contrastan radicalmente. Las contradicciones en la naturaleza originaria de Dios son, sin embargo, un reflejo de la ambivalencia que domina la relación del individuo con su padre personal. Cuando el Dios justo y bondadoso es un sustituto paterno, uno no puede asombrarse de que también la actitud hostil que le odia y teme y se queja de él se manifieste en la creación de Satán. El padre sería, por tanto, el arquetipo individual tanto de Dios como del demonio. Ahora bien, las religiones estarían bajo los efectos ulteriores imborrables del hecho de que el primitivo padre originario era un ser ilimitadamente malo, menos parecido a Dios que al demonio.

Cierto, tampoco es tan fácil mostrar la huella de la noción satánica del padre en la vida anímica del individuo. Cuando el niño dibuja muecas y caricaturas, se logra demostrar que en ellas se burla del padre, y cuando los dos sexos se asustan de ladrones y bandidos por la noche, no es difícil reconocerlos como desdoblamientos del padre[40]. Asimismo, en los animales que aparecen en las fobias de los niños también se trata con frecuencia de un sustituto del padre, como ocurre en la prehistoria con el animal totémico. Pero en ninguna otra parte que en nuestro pintor neurótico del siglo XVII se observa con tanta claridad que el demonio es una copia del padre y que, por lo tanto, puede aparecer como su sustituto. De ahí que al principio de este trabajo expresara yo la esperanza de que semejante historia clínica demonológica nos mostrara como un metal puro lo que en las neurosis de un tiempo posterior, ya no supersticioso pero sí a cambio hipocóndrico, se ha de sacar con esfuerzo mediante un trabajo analítico de la mina de las ocurrencias y síntomas[41].

Obtendremos probablemente una convicción más fuerte cuando profundicemos en el análisis de la enfermedad de nuestro pintor. Que un hombre por la muerte de su padre se suma en una depresión melancólica y en una incapacidad laboral, no es nada inusual. Concluimos de ello que un lazo amoroso especialmente fuerte le debía haber unido a ese padre, y recordamos con cuánta frecuencia aparece la melancolía grave como forma neurótica de la tristeza.

En esto tenemos con seguridad razón, pero no cuando seguimos deduciendo que esta relación fue de un amor puro. Todo lo contrario, una tristeza tras la pérdida del padre tiene más probabilidades de convertirse en melancolía cuanto más esté dicha relación en el signo de la ambivalencia. Destacar esta ambivalencia nos prepara para la posibilidad de la humillación del padre, como se manifiesta en la neurosis

diabólica del pintor. Si pudiéramos averiguar de Chr. Haitzmann tanto como de un paciente que se somete a nuestro análisis, sería fácil desarrollar esa ambivalencia, traerle a la memoria cuándo y en qué situaciones tenía motivos para odiar o temer a su padre, pero ante todo descubriríamos los aspectos accidentales que se han sumado a los motivos típicos del odio al padre y que arraigan inevitablemente en la relación natural padre-hijo. Tal vez se pueda encontrar aquí una explicación concreta a sus impedimentos laborales. Es posible que el padre se opusiera al deseo del hijo de ser pintor; su incapacidad para ejercer su arte tras la muerte del padre sería, por una parte, la expresión de la conocida «obediencia posterior» y, por otra, al incapacitar al hijo para ganarse la vida, intensificaría el anhelo del padre como protector ante las cuitas existenciales. Como obediencia posterior también sería una expresión de arrepentimiento y un eficaz castigo de sí mismo.

Como no podemos emprender dicho análisis con Chr. Haitzmann, muerto en el año 1700, nos tendremos que limitar a destacar aquellos rasgos de su historia clínica que puedan indicar las causas típicas de una actitud negativa hacia el padre. Tan sólo son unos pocos, no muy llamativos, pero interesantes.

En primer lugar el papel que desempeña el número nueve. El pacto con el mal se sella por un plazo de nueve años. El informe del párroco de Potterbrunn, ciertamente nada sospechoso, se expresa con claridad sobre ello: *pro novem annis Syngraphen scriptam tradidit*. Esta carta fechada el 1 de septiembre de 1677 también indica que el plazo iba a transcurrir en pocos días: *quorum et finis 24 mensis hujus futurus appropinquat*. Así pues, la venta de su alma se habría realizado el 24 de septiembre de 1668[42]. En este informe el número nueve tiene aún otro empleo. Nonies, nueve veces, dice el pintor haber resistido las tentaciones del Malo antes de rendirse a él. Este detalle ya no se menciona en los informes posteriores; «*Post annos novem*», se dice después en el informe del abad y «*ad novem annos*», repite el compilador en su extracto, una prueba de que este número no se puede considerar con indiferencia.

El número nueve nos es bien conocido por las fantasías neuróticas. Es el número de la gestación y dirige nuestra atención, siempre que aparece, a una fantasía de embarazo. En el caso de nuestro pintor se trata, ciertamente, de nueve años, no de nueve meses, y el nueve, se dirá, también es, por lo demás, un número significativo. Pero quién sabe si el nueve no deberá en gran parte su santidad al papel que desempeña en el embarazo; y la transformación de nueve meses en nueve años no nos debe llevar a engaño. Sabemos cómo en el sueño la «inconsciente actividad intelectual» juega con los números. Si nos topamos en el sueño, por ejemplo, con un cinco, cada vez se puede retrotraer a un cinco significativo en el estado de vigilia; si en realidad eran cinco años de diferencia de edad o un grupo de cinco personas, en el sueño aparecen como cinco billetes o cinco piezas de fruta. Esto quiere decir que se mantiene el número, pero lo numerado se cambia según las exigencias de la condensación o del desplazamiento. Nueve años en el sueño pueden corresponder fácilmente a nueve meses de la realidad. La actividad onírica también juega de otra

manera con los números del estado de vigilia, al no preocuparse con soberana indiferencia de los ceros, pues no los trata como números. Cinco dólares en el sueño pueden ser cincuenta, quinientos, cinco mil dólares en la realidad.

Otro detalle en las relaciones del pintor con el demonio nos apunta asimismo a la sexualidad. La primera vez, como hemos mencionado, ve al Malo encarnado en un honrado ciudadano. Pero la vez siguiente está desnudo, es deforme y tiene un par de pechos femeninos. Los pechos, ya aparezcan uno o varios, no faltan en ninguna de las apariciones subsiguientes. Tan sólo en una de ellas muestra el demonio además de los pechos un pene que termina en una serpiente. Esta acentuación del carácter sexual femenino mediante pechos grandes y colgantes (en ningún lugar se encuentra una indicación de los genitales femeninos) nos debe parecer una llamativa contradicción de nuestra suposición de que el demonio significa para nuestro pintor un sustituto del padre. Tal representación del demonio es en y por sí inhabitual. Donde el demonio es un concepto genérico, esto es, el demonio aparece en plural, la representación de demonios femeninos no tiene nada de extraño, pero que el demonio único, que es una gran individualidad, el señor del infierno y el enemigo de Dios, se represente de una manera distinta a la viril, más aún, hiperviril, con cuernos, rabo y un gran pene con forma de sierpe, no creo que se haya dado nunca.

De estos dos pequeños indicios se puede deducir qué aspecto típico condiciona la parte negativa de su relación paterno-filial. Aquello contra lo que se resiste es la actitud femenina frente al padre que culmina en la fantasía de alumbrarle un hijo (nueve años). De nuestros análisis conocemos con exactitud esta resistencia, donde adopta formas muy extrañas en la transferencia. Con la tristeza por la pérdida del padre, con la intensificación del anhelo hacia él, en nuestro pintor se reactiva también la fantasía del embarazo, hace mucho tiempo reprimida, contra la cual se ha de defender mediante la neurosis y la humillación paterna.

Pero ¿por qué lleva el padre, denigrado a demonio, los atributos físicos de la mujer? Este aspecto parece en un principio difícilmente interpretable, pronto sin embargo surgen dos explicaciones para él que compiten o se excluyen mutuamente. La actitud femenina frente al padre fue objeto de represión en cuanto el niño entendió que la competencia con la mujer por el amor del padre tenía como condición la renuncia a los propios genitales masculinos, esto es, la castración. El rechazo de la actitud femenina es, por tanto, la consecuencia de la resistencia contra la castración, por regla general encuentra su expresión más fuerte en la fantasía opuesta de castrar al padre, de convertirlo en mujer. La otra explicación de esta dotación del cuerpo del demonio ya no tiene un sentido hostil, sino tierno; ve en esta figuración un signo de que la ternura infantil se ha desplazado de la madre al padre e indica así una fuerte y previa fijación maternal que a su vez es responsable de parte de la hostilidad contra el padre. Los grandes pechos son el positivo distintivo sexual de la madre, también en un periodo en que el niño desconoce el carácter negativo de la mujer, la carencia de pene[43].

Si la resistencia contra la aceptación de la castración impide a nuestro pintor librarse de su anhelo paterno, es muy comprensible que se dirija a la imagen de la madre para pedirle ayuda y salvación. Por eso declara que sólo la Santa Madre de Dios de Mariazell le puede librar del pacto con el demonio, y recobra su libertad el día del cumpleaños de su Madre (8 de septiembre). Naturalmente nunca sabremos si el día en que se cerró el pacto, el 24 de septiembre, no fue asimismo, de una manera similar, un día señalado.

Apenas hay otro aspecto de los descubrimientos psicoanalíticos de la vida anímica infantil que resulte tan repulsivo e inverosímil al adulto normal que la actitud femenina frente al padre y la resultante fantasía de embarazo del niño. Tan sólo podemos hablar de ella sin aprensión y sin necesidad de disculparnos, desde que el Presidente del Senado sajón Daniel Paul Schreber hizo pública la historia de su enfermedad psicótica y de su evidente restablecimiento[44]. En esta inapreciable publicación vemos que el señor Presidente del Senado a los cincuenta años tuvo la convicción de que Dios —que por lo demás mostraba claros rasgos de su padre, el meritorio médico Dr. Schreber— había determinado castrarle, emplearle como mujer y de él hacer surgir hombres nuevos del espíritu de los Schreber (él mismo no tenía hijos de su matrimonio). A causa de la resistencia contra esta intención de Dios, que le parecía sumamente injusta y «contraria al orden universal de las cosas», enfermó con los síntomas de una paranoia que, sin embargo, con el transcurso del tiempo, involucionó a un pequeño resto. El agudo autor de su propia historia clínica no podía sospechar que había descubierto en ella un aspecto típico patógeno.

Esta resistencia frente a la castración o la actitud femenina la ha extraído Alf. Adler de su contexto orgánico, la ha puesto en una falsa y superficial relación con el afán de poder y la ha caracterizado como «protesta masculina». Como una neurosis tan sólo puede surgir del conflicto de dos aspiraciones, se está asimismo autorizado a ver en la protesta masculina la causa de «todas» las neurosis, como en la actitud femenina contra la cual se protesta. Es verdad que esta protesta masculina posee una parte metódica en la formación del carácter, en algunos tipos una gran parte, y que se nos enfrenta con fuerte resistencia en el análisis de los hombres neuróticos. El psicoanálisis valora la protesta masculina en el ámbito del complejo de castración, pero sin poder reconocer su omnipotencia u omnipresencia en las neurosis. El caso más señalado de protesta masculina en todas las reacciones manifiestas y rasgos del carácter que ha encontrado mi tratamiento, necesitó por su causa una neurosis compulsiva con obsesiones, en las que se expresaba claramente el conflicto no solucionado entre la actitud masculina y femenina (miedo a la castración y placer por la castración). El paciente, además, había desarrollado fantasías masoquistas que desde luego tenían su origen en el deseo de aceptar la castración, y que por estas fantasías había incluso procedido a su real satisfacción en situaciones perversas. Su estado en general se basaba —como la teoría de Adler— en la represión y negación de fijaciones amorosas de la primera infancia.

El Presidente del Senado Schreber encontró su curación cuando decidió renunciar a la resistencia contra la castración y someterse al papel femenino que Dios había contemplado para él. A partir de entonces se tranquilizó y obtuvo claridad, pudo imponer su alta del sanatorio donde estaba y condujo una vida normal menos en un punto: que dedicaba algunas horas del día al cuidado de su feminidad, de cuyo lento progreso siguió convencido hasta el fin determinado por Dios.

IV. Los dos pactos

Un detalle extraño en la historia de nuestro pintor es la indicación de que pactó dos veces con el demonio.

El primer pacto, escrito con tinta negra, dice:

Yo Chr. H. me entrego a este señor como su hijo carnal durante 9 años.

El segundo pacto, escrito con sangre, dice:

Ch. H. Me comprometo con Satán a ser su hijo carnal y en 9 años entregarle mi cuerpo y mi alma.

Se dice que los dos originales se encontraban, en el tiempo en que se redactó el *Trophaeum*, en el Archivo de Mariazell. En los dos consta el mismo año, 1669.

He mencionado ya varias veces los dos pactos y ahora quisiera profundizar en ellos, aunque aquí es obvio el peligro de sobrevalorar los detalles.

El hecho de que alguien se entregue dos veces al demonio, de modo que se sustituya el primer pacto por el segundo, pero sin perder su validez, es inhabitual. Tal vez extrañe menos a otros más familiarizados con el tema. Sólo podía verse en ello una peculiaridad de nuestro caso y recelé cuando encontré que los informes no concuerdan precisamente en este punto. Si seguimos la pista de esta contradicción, nos llevará inesperadamente a una comprensión más profunda de la historia clínica. La carta del párroco de Pottenbrunn muestra la situación de la manera más clara y simple. En ella sólo se habla de un pacto que el pintor había sellado con sangre hacía nueve años, y que vencía a los pocos días, el 24 de septiembre, así pues se habría firmado el 24 de septiembre de 1668; por desgracia no se menciona expresamente este año, que se puede deducir con seguridad.

El informe del abad Franciscus, como sabemos fechado varios días después (12 de septiembre de 1677), ya menciona unas circunstancias más complejas. Se puede presumir que el pintor entretanto había dado detalles más precisos. En este informe se cuenta que el pintor había firmado dos pactos, uno en el año 1668 escrito con tinta negra (como debería ser según la carta del párroco), el otro, sin embargo, *sequenti anno 1669*, escrito con sangre. El pacto que recibió el día de la Natividad de María era el escrito con sangre, esto es, el segundo, el de 1669. Esto no se deduce del informe del abad, pues en él se dice simplemente: *schedam redderet y schedam sibi porrigentem conspexisset*, como si se tratase únicamente de un escrito. Pero así se

desprende del curso de la historia, así como de la portada coloreada del *Trophaeum*, donde se ve claramente letra roja en la nota que sostiene el dragón demoníaco. Como ya se ha mencionado, la historia continúa con que el pintor, en mayo de 1678, regresa a Mariazell, después de haber sufrido en Viena nuevas tentaciones del demonio, y comunica su petición de que mediante un nuevo acto de Gracia de la Santa Madre se le devuelva el primer documento escrito con tinta. Cómo ocurrió esto, es algo que no se describe de una manera tan detallada como la primera vez. Tan sólo se dice *qua iuxta votum redditay* en otro pasaje el compilador cuenta que el demonio arrojó precisamente este pacto escrito al pintor, el 9 de mayo de 1678, a eso de las nueve de la noche, «arrugado y roto en cuatro trozos».

Los dos escritos, sin embargo, llevaban la misma fecha: el año 1669.

Esta contradicción puede o no significar nada o nos puede conducir a la pista siguiente:

Si partimos de la versión del abad como de la más detallada, nos topamos con varias dificultades. Cuando Chr. H. informó al párroco de Pottenbrunn de su difícil situación con el demonio y de que el plazo vencía, sólo podía haber pensado (en el año 1677) en el pacto sellado en el año 1668, es decir, en el primero, el escrito con tinta negra (que en la carta es el único en mencionarse y que se dice estaba escrito con sangre). Pocos días después, en Mariazell, sólo se preocupa de que le devuelvan el segundo, el escrito con sangre, que no ha vencido (1669-1677) y deja que el primero venza. Éste será reclamado en 1678, esto es, en el décimo año. Además, ¿por qué están fechados los dos pactos en el mismo año, 1669, cuando de uno de ellos se dice expresamente *armo subsequenti*?

El compilador debió notar estas diferencias, pues intentó resolverlas. En su introducción se une a la versión del abad, pero la modifica en un punto. El pintor, dice, vendió su alma al demonio en el año 1669 escribiendo el pacto con tinta, *deinde vero*, y después con sangre. Así pues, pasa por alto la indicación expresa de los dos informes de que un pacto se celebró el año 1668 y omite el dato en el informe del abad de que el año de los dos pactos es distinto, para así concordar con la fecha de los dos escritos devueltos por el demonio.

En el informe del abad se encuentra tras las palabras *sequenti vero anno 1669* un pasaje entre paréntesis, que dice: *sumitur hic alter annus pro nondum completo uti saepe in loquendo fieri solet, nam eundum annum indicant Syngraphae quarum atramento scripta ante praesentem attestationem nondum habita fuit*. Este pasaje es sin duda una interpolación del compilador, pues el abad, que sólo había visto un pacto, no podía manifestar que los dos llevaban el mismo año. Se debía hacer distinguible mediante los paréntesis como un añadido ajeno al testimonio. Lo que contiene es otro intento del compilador para reconciliar las contradicciones existentes. Opina que es correcto que el primer pacto se sellara en el año 1668, pero como el año ya estaba adelantado (septiembre), el pintor lo había adelantado un año, de modo que los dos pactos podían mostrar el mismo número de año. Su alegación de

que ocurre algo similar en el trato oral, condena todo este intento de explicación como una «excusa absurda».

No sé si mi visión de los hechos ha dejado alguna impresión en el lector y ha despertado su interés por estas pequeñeces. Encontré imposible fijar las circunstancias correctas de una manera inequívoca, pero en el estudio de este complicado asunto he llegado a una suposición que tiene la ventaja de establecer el transcurso más natural de lo acontecido, aunque los testimonios escritos no se adapten plenamente a él.

Me refiero a que cuando el pintor llegó por primera vez a Mariazell, sólo habló de un pacto escrito con sangre, que pronto vencería, esto es, que se había sellado en septiembre de 1668, tal y como se menciona en la carta del párroco. En Mariazell presentó asimismo ese pacto con sangre como aquel que el demonio le había devuelto bajo la compulsión de la Santa Madre. Sabemos lo que sucedió después. El pintor abandonó poco después el lugar milagroso y se fue a Viena, donde se sintió libre hasta mediados de octubre. Pero entonces comenzaron de nuevo los padecimientos y las apariciones, en los que él veía la obra del espíritu maligno. Se volvió a sentir necesitado de liberación, pero se encontró ante la dificultad de explicar por qué el conjuro en la sagrada capilla no le había procurado una liberación duradera. Como reincidente sin curación no habría sido bienvenido en Mariazell. En este dilema se inventó un pacto anterior que se habría escrito con tinta negra para que su precedencia frente al posterior, el escrito con sangre, pareciera plausible. Tras regresar a Mariazell, al parecer también logró que se le devolviera. Luego logró obtener de nuevo reposo del Malo, pero al mismo tiempo hizo algo diferente que apunta al trasfondo de su neurosis.

Terminó con seguridad sus pinturas durante su segunda estancia en Mariazell; la portada, compuesta con coherencia, contiene la representación de las dos escenas del pacto. El intento de armonizar sus últimas indicaciones con las anteriores pudo haberle causado dificultades. Le resultaba desfavorable haberse imaginado sólo un pacto anterior y no uno posterior. Así que no pudo evitar el torpe resultado de haber saldado su primer pacto demasiado pronto (en el octavo año), el otro, el escrito con tinta negra, demasiado tarde (en el décimo año). Como síntoma que traiciona su doble redacción le aconteció que se equivocó en la fecha de los pactos y también el primero lo situó en el año 1669. Este error tiene el significado de una sinceridad inconsciente; de él deducimos que el supuesto primer pacto se ideó con posterioridad. El compilador, que con seguridad no asumió el asunto para su elaboración antes de 1714, tal vez en 1729, tuvo que esforzarse por suprimir, tan bien como pudo, unas contradicciones no carentes de importancia. Como los dos pactos que tenía ante él mostraban el mismo año, 1669, se valió de la excusa que interpoló en el testimonio del abad.

Se percibe con facilidad dónde se encuentra el punto débil de ésta por lo demás interesante construcción. La indicación de dos pactos, uno escrito con letra negra,

otro con sangre, ya se encuentra en el testimonio del abad Franciscus. Así que puedo atribuir al compilador la alteración de algo en este testimonio en estrecha relación con su interpolación, o he de confesar que no logro resolver la confusión[45].

Toda esta discusión ya le habrá parecido al lector desde hace tiempo superflua y carente de importancia en los detalles tratados. Pero la cuestión gana un interés nuevo cuando se la sigue en una dirección determinada.

He dicho del pintor que él, sorprendido desagradablemente por el curso de su enfermedad, se inventó un pacto anterior (el de tinta) para poder afirmar su posición frente a los religiosos de Mariazell. Ahora bien, yo escribo para lectores que, si bien creen en el psicoanálisis, no creen en el demonio, y éstos podrían objetarme que es absurdo reprocharle algo parecido a ese pobre desdichado del pintor, al que en la carta del párroco se le llama *hunc miserum*. El pacto con sangre era tan producto de la fantasía como el supuesto anterior escrito con tinta. En realidad no se le había aparecido ningún demonio, todo el asunto del pacto con el demonio sólo existía en su fantasía. Lo comprendo; no se puede cuestionar el derecho de ese pobre a complementar su fantasía originaria cuando las circunstancias, al cambiar, así lo exigían.

Pero también aquí se da una continuación. Los dos pactos no son fantasías como las visiones del demonio; eran documentos, conservados en el Archivo de Mariazell, para todos visibles y palpables, tanto según la afirmación del copista como el testimonio del abad Kilian. Así pues, aquí nos encontramos ante un dilema. O hemos de suponer que el pintor redactó los dos *Schedae* que le fueron devueltos por la gracia de Dios en el momento en que los necesitaba, o hemos de negar la credibilidad a los religiosos de Marizell y San Lamberto, pese a sus solemnes garantías y confirmaciones mediante testimonios con los correspondientes sellos, etc. Confieso que no me resulta fácil sospechar de los religiosos. Me inclino más bien por suponer que el compilador ha alterado algo en el testimonio del primer abad en pro de la concordancia, pero esta «elaboración secundaria» no va más allá de otras actividades similares de historiadores modernos y laicos, y ocurrió en todo caso con buena fe. En otro sentido los religiosos se han hecho acreedores de nuestra confianza. Ya he dicho que nada les habría podido impedir el omitir los informes sobre la curación parcial y la continuación de las tentaciones, y también la descripción de la escena del conjuro en la capilla, que podría haberse presenciado con algo de inquietud, es sobria y creíble. Así que no nos queda otra salida que culpar al pintor. Tenía consigo el pacto escrito con letra roja cuando se dirigió a hacer penitencia a la capilla, y lo sacó cuando regresó de su encuentro con el demonio al lugar donde estaban sus acompañantes religiosos. Tampoco tenía que ser necesariamente la misma nota que más tarde se conservó en el Archivo, sino que según nuestra explicación podía haber llevado el número de año 1668 (9 años antes del conjuro).

V. La otra neurosis

¡Pero eso sería un engaño y no una neurosis, el pintor sería un simulador y un falsificador, no un enfermo poseído! Ahora bien, las fronteras entre la neurosis y la simulación son, como se sabe, fluctuantes. Tampoco encuentro ninguna dificultad para aceptar que el pintor escribió esa primera nota, así como la segunda, en un estado especial, equivalente al de sus visiones, y que las llevó consigo. Si quería llevar adelante la fantasía del pacto con el demonio y de la liberación, no podía actuar de otro modo.

En cambio, el diario de Viena que él entregó a los religiosos de Mariazell durante su segunda estancia lleva en sí el sello de la veracidad. Nos permite profundizar, ciertamente, en la motivación o, digamos mejor, en el empleo de la neurosis. Las anotaciones abarcan desde el logrado conjuro hasta el 15 de enero del año próximo, 1678. Hasta el 11 de octubre le fue bien en Viena, donde vivía con una hermana casada, pero luego comenzaron nuevos estados con visiones y convulsiones, ausencia de mente y sensaciones dolorosas, que le llevaron a regresar a Mariazell en mayo de 1678.

El nuevo calvario se divide en tres fases. En primer lugar se produce una nueva tentación encarnada en la figura de un caballero bien vestido que quiere convencerle de que arroje el documento que certifica su ingreso en la hermandad del Santo Rosario. Como él se resiste, se repite la misma aparición al día siguiente, pero esta vez en una sala adornada con lujo donde señores nobles bailan con bellas damas. El mismo caballero que ya le había tentado, le hace una propuesta en el ámbito de la pintura[46] y le promete a cambio una buena suma de dinero. Después de hacer desaparecer esta visión con ayuda de oraciones, se repitió unos días después de una forma más insistente. Esta vez el caballero envió a su casa a una de las mujeres más bellas que se sentaban a la mesa para traerle a la fiesta, y a él le costó un gran esfuerzo rechazar a la seductora. Pero la más terrible fue la visión que siguió poco después de una sala aún más lujosa donde había un «trono de oro». Varios caballeros estaban alrededor y esperaban la llegada de su rey. La misma persona que ya se había ocupado de él con frecuencia fue hacia él y le pidió que subiera al trono, «querían considerarle su rey y venerarle por toda la eternidad». Con esta extravagancia de su fantasía concluye la primera fase, bastante diáfana, de la historia de la tentación.

Ahora se tenía que llegar a un contraefecto. Se produjo la reacción ascética. El 20 de octubre presenció un gran resplandor, de él surgió una voz que se identificó como Cristo y que le pidió que se apartara de este mundo vil y que sirviera a Dios durante seis años en un desierto. El pintor al parecer padecía mucho más bajo estas nuevas apariciones sagradas que bajo las demoníacas. De este ataque despertó transcurridas dos horas y media. En la siguiente visión se le apareció la persona sagrada rodeada de

un resplandor de una manera mucho menos amigable, le amenazó porque no había aceptado la divina propuesta, y le condujo al infierno para que se asustara viendo el sino de los condenados. Al parecer tampoco así se obtuvo el efecto esperado, pues las apariciones de la persona con el resplandor, que se decía Cristo, se repitieron varias veces, cada una de las cuales provocaba en el pintor ausencia de mente y un éxtasis. En el más espléndido de esos éxtasis la persona del resplandor le condujo, en primer lugar, a una ciudad en cuyas calles los hombres realizaban todas las actividades de las tinieblas, y después, en oposición, a una bella pradera donde los ermitaños llevaban una vida grata a Dios y recibían pruebas palpables de la gracia y amparo divinos. Entonces apareció en lugar de Cristo la Santa Madre que, remitiéndose a la ayuda que le había prestado, le instaba a obedecer la orden de su querido Hijo: «Como hasta ese momento no se había decidido», al día siguiente regresó Cristo y le presionó con amenazas y promesas. Por fin consintió, decidió apartarse de esta vida y hacer lo que se reclamaba de él. Con esta decisión concluye la segunda fase. El pintor constata que desde ese momento ya no ha vuelto a tener ninguna aparición o tentación.

Entretanto esa decisión no debió ser muy firme o su ejecución se postergó demasiado, pues cuando él, el 26 de diciembre, decía sus oraciones en San Esteban, al ver a una hermosa joven acompañada de un señor muy acicalado, no pudo resistirse al pensamiento de que él podría estar en el lugar de ese señor. Eso exigía un castigo, esa misma noche cayó sobre él como un rayo, se vio rodeado de llamas y cayó desmayado. Se esforzaron por despertarle, pero se revolcó por el suelo hasta sangrar por la boca y la nariz, notó que ardía y apestaba, y oyó decir a una voz que ese castigo se le había enviado por sus pensamientos vanos y estériles. Después fue azotado con cuerdas por espíritus malignos y se le prometió que se le azotaría así todos los días hasta que decidiera unirse a los ermitaños. Estas vivencias se prolongaron hasta donde llegan las anotaciones (13 de enero).

Vemos cómo en nuestro pobre pintor las fantasías de tentaciones se sustituyen por fantasías ascéticas y finalmente de castigo, el final de este calvario lo conocemos ya. Se dirigió en mayo a Mariazell, allí contó la historia de un pacto anterior, escrito con tinta negra, a lo que parece atribuir que el demonio aún le atormente, logró que se lo devolviera y sanó.

Durante esta segunda estancia pinta las imágenes que están copiadas en el *Trophaeum*, pero luego hace algo que concuerda con la exigencia de la fase ascética de su diario. Aunque no se va al desierto para ser ermitaño, entra en la Orden de los Hermanos de la Caridad: *religiosus factus est*.

Con la lectura del diario ganamos elementos que nos permiten comprender una pieza más del contexto. Recordamos que el pintor había vendido su alma al demonio porque él, tras la muerte del padre, desanimado e incapaz de trabajar, tenía miedo de no poder ganarse la vida. Estos aspectos, depresión, incapacidad de trabajar y tristeza por el padre están de alguna manera, ya sea de forma simple o compleja, mutuamente relacionados. Tal vez por eso estuvieran las apariciones del demonio tan bien dotadas

de pechos, porque el Malo había de ser su padre nutricio. La esperanza no se cumplió, le siguió yendo mal, no podía trabajar con regularidad o no tenía suerte y no encontraba trabajo suficiente. La carta del párroco habla de él como «*hunc miserum omni auxilio destitutum*». Así pues, no sólo tenía problemas morales, sino también materiales. En la reproducción de sus últimas visiones se encuentran dispersas algunas indicaciones que muestran, como el contenido de las escenas vistas, que nada había cambiado tras el éxito del primer conjuro. Conocemos a un hombre que no llega a nada, a quien por ello tampoco se le otorga ninguna confianza. En la primera visión le pregunta el caballero qué quería hacer si nadie se interesaba por él (*que podía emprender si estaba abandonado de todos*). La primera serie de las visiones en Viena corresponde enteramente a las fantasías e ilusiones de los pobres, del goce de los hambrientos y degenerados: salas espléndidas, vida lujuriosa, vajilla de plata y bellas mujeres. Aquí se recupera lo que hemos echado en falta en la relación con el demonio. Entonces existía una melancolía que le impedía el goce y que le hacía renunciar a los ofrecimientos más atrayentes. Desde el conjuro parece superada la melancolía, se vuelven a despertar todos los apetitos del hijo de este mundo.

En una de las visiones ascéticas se queja a la persona que le conduce (Cristo) de que nadie le quiere creer, razón por la cual no puede cumplir lo que se le ha ordenado. La respuesta que recibe a esto permanece para nosotros, por desgracia, oscura («en tanto no se me crea, como ocurre, sé que me es imposible decidirme»). Es especialmente ilustrativo lo que su divino guía le hace experimentar con los eremitas. Entra en una cueva donde se sienta un anciano desde hace sesenta años y se entera como respuesta a su pregunta de que a ese anciano le alimentan todos los días los ángeles de Dios. Y a continuación él mismo ve cómo un ángel trae al anciano de comer: «Tres platos con comida, un pan, una albóndiga y bebida». Una vez que ha comido, el ángel lo recoge todo y se lo lleva. Comprendemos cuál es la tentación que ofrecían las piadosas visiones, querían inducirle a elegir una forma de vida en la que ya no tuviera que preocuparse por la manutención diaria. Son también dignas de atención las palabras de Cristo en la última visión. Tras la amenaza, si no se somete, de que ocurrirá algo de lo que él y la gente sufrirán las consecuencias, le advierte directamente: «que no debo prestar atención al sufrimiento, aunque ellos me persigan, o no reciba ninguna ayuda de ellos, que Dios no me abandonaría».

Ch. Haitzmann era, hasta donde se sabe, un artista y un hijo de este mundo, a quien no le resultaba nada fácil abandonar esta pecaminosa existencia. Pero al final lo hizo en atención a su situación desesperada. Ingresó en una orden monástica; con esto tanto su lucha interna como sus problemas materiales hallaron un final. En su neurosis esta salida se refleja en que la renuncia al supuesto primer pacto termina con sus ataques y visiones. En realidad ambas fases de su enfermedad demonológica tuvieron el mismo sentido. Siempre quiso asegurar su vida, la primera vez con ayuda del demonio en detrimento de su bienaventuranza, y cuando éste fracasó y tuvo que renunciar a él, con ayuda del estado religioso en detrimento de su libertad y de la

mayoría de las posibilidades de gozar de la vida. Tal vez era Chr. Haitzmann él mismo un pobre diablo, que no tenía suerte, tal vez era demasiado torpe o carecía del talento necesario para mantenerse a sí mismo, y se contaba entre esos tipos que son conocidos como «eternos lactantes», que no se pueden desprender de la feliz situación que tuvieron en el pecho de la madre y que durante toda la vida tienen la pretensión de ser alimentados por otro. Y así en esta historia clínica recorrió el camino desde el padre, pasando por el demonio como sustituto del padre, hasta llegar a los piadosos padres.

Su neurosis aparece, en una consideración superficial, como una bufonada que cubre parte de la seria, pero banal, lucha por la vida. Esta situación no se da siempre así, pero tampoco es tan rara. Los analistas experimentan con frecuencia cuán desventajoso resulta tratar a un comerciante «que, por lo demás sano, desde hace un tiempo muestra los síntomas de una neurosis». La catástrofe económica por la que se siente amenazado el comerciante arroja como efecto secundario esa neurosis de la que él también saca la ventaja de poder ocultar tras sus síntomas sus preocupaciones existenciales reales. Por otra parte, es extremadamente inconveniente, pues reclama unas energías que se emplearían de una manera más ventajosa en la prudente solución de la peligrosa situación.

En casos mucho más numerosos la neurosis es más autónoma e independiente de los intereses de la conservación de la vida y de su afirmación. En el conflicto que crea la neurosis están en juego o sólo intereses libidinosos o libidinosos en estrecha relación con los de la afirmación en la vida. El dinamismo de la neurosis es en los tres casos el mismo. Una congestión de la libido que no se puede liberar en la realidad crea un alivio con ayuda de la regresión a viejas fijaciones a través del inconsciente reprimido. Mientras el Yo del enfermo pueda obtener alguna ganancia de la enfermedad en este proceso, dejará que la neurosis, sobre cuyo perjuicio económico no hay lugar a dudas, campee a sus anchas.

La mala situación existencial de nuestro pintor tampoco habría hecho surgir una neurosis demoníaca en él si de su necesidad no se hubiese desarrollado un anhelo fortalecido del padre. Pero una vez que quedaron suprimidos el demonio y la melancolía, en él se llegó a la lucha entre la alegría de vivir libidinosa y la idea de que el interés del mantenimiento de la vida exigía imperiosamente renuncia y ascetismo. Es interesante que el pintor advierta claramente la unidad de las dos fases de su enfermedad, pues atribuye tanto la una como la otra a pactos concertados con el demonio. Por otra parte no diferencia con nitidez entre las influencias del espíritu maligno y aquéllas de los poderes divinos, para las dos tiene una misma designación: apariciones del demonio.

4

R.A. MALLARE

Dios, Marilyn, Satán y Osama

God, Marilyn, Satan and Osama

Traducción
José Luis Moreno Ruíz

R. A. Mallare nació el día de Lammas[47] en el Año Uno (1966, fecha de fundación de la Iglesia de Satán de San Francisco) en Catemaco, Veracruz, México. En 1994, poco después de tener un encuentro con el doctor Anton Szandor LaVey, Mallare fue iniciado como sacerdote de la Iglesia de Satán, y hasta el día de hoy continúa regocijándose desde la que llama «la posición vital más intrigante y fascinante jamás experimentada». En 2006, recibió un B. A. en Filosofía por la Dominican University of California. Consagrado al estudio de los aspectos más sórdidos de la naturaleza humana, Mallare posee un extenso y selecto compendio de teología Satánica.

Dios, Marilyn, Satán y Osama

DIOS (un anciano adusto, conservador y mojigato)
MARILYN (una mujer aniñada, muy sensual e ingenua)
SATÁN (un hombre de mediana edad, misántropo, hedonista, agudo y muy liberal)
OSAMA (un luchador por la libertad, digno y solemne)

Sobre la medianoche, en una tierra desierta, Dios y Satán mantienen un encuentro para emitir un juicio sobre Osama, por los atentados del 11 de septiembre.

SATÁN: *(dirigiéndose a Dios).* ¿Cómo te encuentras, Dios?

DIOS: No del todo mal, salvo por mi tensión alta.

SATÁN: ¿Tienes la tensión alta? *(Satán se mesa la negra barba como si pensara una respuesta).* ¿Sabes qué necesitas, Dios? Te vendría bien no tomarte las cosas tan en serio. Te haría mucho bien reír un poco, reírte un poco más de la vida y de la gente que creas… Deja que te cuente un chiste… ¿Cómo asustas a los niños iraquíes?

DIOS: No lo sé. ¿Tú les gastas bromas en Halloween?

SATÁN: No. Tú les asustas diciéndoles… ¡Buuuuuush!

OSAMA: *(acercándose a Dios y a Satán).* ¿Puedo haceros compañía?

DIOS: ¿Tú qué dices, Satán?

SATÁN: De acuerdo, sé bienvenido.

(Osama hace una genuflexión, en reconocimiento a Dios y a Satán, y luego toma asiento en la arena).

DIOS: *(a Osama).* ¿En qué podemos ayudarte?

OSAMA: *(responde una vez transcurrido un minuto).* Me llamo Osama y mi vida ha tocado a su fin. Ya no hay más juegos que practicar en la tierra. Podéis culpar de mi muerte a los infieles y a sus B-52. Mi alma necesita un lugar para hallar descanso, y estoy aquí para pediros que lo encuentre en el

cielo.

DIOS: *(muy enojado)*. Sé perfectamente quién eres y deberías avergonzarte de pedir un lugar en el cielo. En mi reino no caben los asesinos.

OSAMA: Pero… yo…

DIOS: ¡Silencio!

SATÁN: *(a Dios)*. Deja que hable, por favor… Me gustaría escuchar su versión de la historia.

(Otra alma, de una hermosa mujer ésta, se une a la reunión).

MARILYN: *(ante la presencia de los tres hombres se muestra en un estado de evidente confusión mental, como si no supiese quién es)*. ¿Estoy en el lugar correcto? ¿Qué es esto?

SATÁN: *(con maneras muy gentiles)*. Acércate, por favor… ¿Qué buscas?

MARILYN: *(abrumada por la situación, asustada incluso, habla sin embargo con voz muy sensual)*. Me llamo Marilyn…

DIOS: *(molesto por la presencia de una mujer tan sensual)*. Marilyn… ¿qué más?

MARILYN: *(temerosa de Dios, responde ahora con mucha ingenuidad)*. Marilyn M.

(Satán ríe entre dientes).

MARILYN: *(dirigiéndose a Dios)*. Busco el tribunal de las almas… Morí hace algún tiempo. Me he perdido y algunos hombres han tratado de seducirme en esta árida tierra.

SATÁN: ¡Jesús! Sí, has tenido que vagar perdida por ahí durante mucho tiempo… Te recuerdo. Fuiste una estrella de cine, una de las más sensuales de los años 60. Trabajaste en películas muy divertidas. Las he visto todas.

OSAMA: *(interrumpiendo a Satán)*. Perdón, Satán… Me gustaría que siguiéramos con mi caso.

SATÁN: *(sorprendido por la insistencia de Osama)*. Claro, adelante.

OSAMA: *(dirigiéndose a Dios)*. Tienes razón. Fui un asesino, pero sólo un asesino de infieles. Combatí a América en el nombre de Alá, porque América es el Gran Satán.

SATÁN: *(distraído, pues habla animadamente con Marilyn)*. ¿Me decías algo?

OSAMA: No hablaba de ti. Decía que combatí al Gran Satán, que son los Estados Unidos, Blair y sus aliados.

SATÁN: *(a Dios)*. Está claro que tenemos aquí a otro fanático religioso. Un caso muy claro. Tenemos un montón de gente así. En el infierno mis huéspedes no muestran este comportamiento tan solemne, de tan pretendida altura moral, que tienen estos *freaks*.

DIOS: *(colérico)*. ¡Este hombre tiene que ir al infierno! ¡Es un genocida!

MARILYN: *(abrumada, superada por el asunto y los argumentos que se esgrimen)*. ¿Podríais dejar de discutir, chicos? *(comienza a caminar de un lado a otro, sin saber qué hacer)*.

DIOS: *(a Satán)*. ¿Sabes que mató en Nueva York a miles de personas?

SATÁN: Por mí como si mató a millones de personas… Bien sabes qué siento por la gente… Además, al fin y al cabo mató a esa gente en tu nombre, no en el mío.

MARILYN: *(atónita ante el odio con que habla Satán)*. ¿No te importa que asesinen a la gente?

SATÁN: Jovencita, permite que te diga una cosa… En un gran esquema de problemas, la gente no supone más que un pequeño montón de títeres. Pregúntale a Dios, que por sí mismo se ha cobrado algún billón de vidas.

DIOS: *(a Satán)*. Eres un hijo de…

SATÁN: *(a Marilyn)*. Ya lo ves, siempre soltando juramentos…

MARILYN: *(a Satán)*. ¿Por qué odias tanto a la gente?

SATÁN: De acuerdo, te lo diré… La gente no es otra cosa que un montón de cobardes, de parásitos inútiles. Son deshonestos, inseguros, glotones, crueles y pretenciosos… A la primera oportunidad que se les presente

venderán incluso a sus propias madres. Por eso odio a la gente.

(Marilyn se aleja, triste e impotente tras haber oído hablar a Satán, y anda de nuevo de un lado a otro).

OSAMA: *(a Satán)*. Ha sido un buen discurso, Satán, pero en este preciso momento mi alma se halla en disputa, aunque al parecer nadie quiere quedársela. Aunque no sea para hablar de tus motivaciones verdaderas, te agradecería que hicieras uso de tu elocuencia para convencer a Dios de que mi alma debe descansar en el cielo.

SATÁN: *(a Osama)*. Eso es casi imposible. Es terco como una mula. *(Mira a Dios un instante y se dirige a él)*. ¿Sabes una cosa, Dios? Acabo de tener una gran idea. Dejemos de una vez esta disputa por el alma de Osama y echemos una moneda al aire para ver quién se la queda.

DIOS: *(muy seguro de su poder)*. De acuerdo; si pierdo, Osama va al cielo; y si eres tú el que pierde, Osama va al infierno, donde lo tendrás en las tinieblas al menos durante otros mil años.

SATÁN: Adelante, empecemos… Pide tú.

DIOS: ¡Cara!

SATÁN: La cruz me va bien…

(Satán saca una moneda).

DIOS: Espera, una cosa más… Déjame ver esa moneda antes de lanzarla.

SATÁN: Claro, ¿acaso sugieres algo?

DIOS: Oh, noooo… ¿Cómo iba a sospechar de ti? Pero prefiero verla, en cualquier caso.

(Satán pone la moneda en la mano de Dios).

(Dios la inspecciona con sumo cuidado).

(Antes de que Satán lance al aire la moneda, mira a Marilyn y le hace una seña).

(Marilyn acierta a interpretar la seña y comienza a actuar y a exhibirse).

MARILYN: ¡Ay, qué calor siento de repente! *(Mirando a Dios)*. ¿Te importaría que me quitara algo de ropa?

(Marilyn comienza a desvestirse y Dios se distrae contemplando su carne voluptuosa).

(Satán saca otra moneda, que cambia por la anterior).

SATÁN: *(lanzando la moneda)*. ¡Ahí va!

(Cae la moneda al suelo).

SATÁN: Cruz. Has perdido, Dios. Osama se va al cielo.

DIOS: *(arranca la moneda de la mano de Satán)*. Tú, gran mentiroso, tramposo… Eres un hijo de… Me has engañado.

(Dios se muestra cada vez más colérico. Sufre un ataque al corazón).

SATÁN: *(riendo entre dientes)*. Desde luego, hay quien se toma las cosas demasiado en serio.

(Osama da las gracias a Satán, por haber conseguido que vaya al cielo, y se aleja de allí).

MARILYN: ¿Y adonde se supone que iré yo?

SATÁN: Tú te vienes conmigo, el infierno es un lugar muy divertido. Estoy seguro de que te encontrarás allí con un montón de amigos.

(Satán toma a Marilyn del brazo y comienzan a descender por un hoyo).

(Una vez en el infierno, Marilyn queda impresionada por la belleza de lo que ve).

MARILYN: ¡Es maravilloso!

SATÁN: Genial… Tomemos una tostada. Para vivir eternamente hay que darse al placer sin mesura.

GIOSUÈ CARDUCCI

Himno a Satanás

Inno a Satana

Traducción
Armanda Rodríguez Fierro

Giosuè Carducci (Val di Castello, 1835-Bolonia, 1907). Poeta, crítico y profesor italiano. Nació en una pequeña localidad de la Toscana, su padre era médico rural partidario decidido de la unificación de Italia. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Pisa. Entre 1860 y 1904 ejerció la docencia en la Universidad de Bolonia donde, durante 42 años, fue catedrático de Literatura Italiana. Fue el primer italiano en recibir el Premio Nobel de Literatura, que le fue otorgado en 1906. Carducci se opuso al papado, a la monarquía y al sentimentalismo romántico que dominaban la literatura italiana de su tiempo. Defendía un retorno a lo pagano en religión y una recuperación del espíritu y las formas clásicas en literatura. Librepensador, «satanista» incluso para algunos y masón de alto grado, fue moderando sus juicios con la edad tras un periodo juvenil, rebelde e irreverente. Llevó una vida política activa y fue elegido senador en 1890. En 1865 escribió su famoso «*Inno a Satana*», que recogemos en esta antología. Entre sus obras se cuentan *Rimas nuevas* (1861-1887), *Odas paganas* (1877-1889), *Rimas y ritmos* (1898) y las *Odas bárbaras* (1899).

Himno a Satanás
Satana ha vinto. Satanás ha vencido.

A te, de l’essere	A ti, del ser
principio immenso,	principio inmenso,
materia e spirito,	materia y espíritu,
ragione e senso;	razón y sentimiento;
mentre ne' calici	mientras en los cálices
il vin scintilla	el vino centellea
sì come l’anima	como lo hace el alma
ne la pupilla;	en la pupila;
mentre sorridono	mientras sonríen
la terra e il sole	la tierra y el sol
e si ricambiano	y se intercambian
d’amor parole,	palabras de amor,
e corre un fremito	y corre un temblor
d’imene arcano	de himeneo arcano
da' monti e palpita	desde los montes y palpita
fecondo il piano;	fecundo el llano;
a te disfrenasi	para ti se desata
il verso ardito,	el verso audaz,
te invoco, o Satana,	te invoco, oh Satanás,
e del convito.	rey del banquete.
Via l’aspersorio,	¡Fuera el aspersorio,
prete, e il tuo metro!	cura, y tu metro!
No, prete, Satana	¡No, cura, Satanás
non torna in dietro!	no vuelve atrás!
Vedi: la ruggine	Mira: la herrumbre
rode a Michele	roe a Miguel
il brando mistico,	la espada mística,
ed il fedele	y el fiel

spennato arcangelo
cade nel vano.
Ghiacciato è il fulmine
a Geova in mano.

Meteore pallide,
pianeti spenti,
piovono gli angeli
da i firmamenti.

Ne la materia
che mai non dorme,
re de i fenomeni,
re de le forme,

sol vive Satana.
Ei tien l’impero
nel lampo tremulo
d’un occhio nero,

o ver che languido
sfugga e resista,
od acre ed umido
provochi, insista.

Brilla de' grappoli
nel lieto sangue,
per cui la rapida
gioia non langue,

che la fuggevole
vita ristora,
che il dolor proroga,
che amor ne incora.

Tu spiri, o Satana,
nel verso mio,

arcángel desplumado
cae en el vacío.
Helado está el rayo
en la mano de Jehová.

Meteoros pálidos,
planetas apagados,
llueven los ángeles
de los firmamentos.

En la materia
que nunca duerme,
rey de los fenómenos,
rey de las formas,

sólo vive Satanás.
Suyo es el imperio
en el trémulo relámpago
de un ojo negro,

ya sea que lánguido
huya y resista,
o acre y húmedo
provoque, insista.

Brilla en la alegre
sangre de los racimos,
por lo que la rápida
alegría no languidece,

que la fugaz
vida restaura,
que el dolor prorroga,
que el amor anima.

Tú respiras, oh Satanás,
en el verso mío,

se dal sen rompemi
sfidando il dio

de' rei pontefici,
de' re cruenti;
e come fulmine
scuoti le menti.

A te, Agramainio[48],
Adone, Astarte,
e marmi vissero
e tele e carte,

cuando le ioniche
aure serene
beò la Venere
Anadiomene.

A te del Libano
fremean le piante,
de l’alma Cipride
risorto amante:

A te ferveano
le danze e i cori,
a te i virginei
candidi amori,

tra le odorifere
palme d’Idume,
dove biancheggiano
le ciprie spume.

Che val se barbaro
il nazareno
furor de l’agapi
dal rito osceno

si dentro de mí estallas
desafiando al dios

de los reyes pontífices,
de los reyes cruentos;
y como un rayo
sacudes las mentes

A ti, Agramainio
Adonis[49], Astarté[50],
y los mármoles vivieron
y telas y papeles,

cuando a las jónicas
auras serenas
deleitó la Venus
Anadiomene[51].

Para ti del Líbano
temblaban las plantas,
del alma Cipride[52]
resucitado amante[53]:

Para ti eran férvidos
las danzas y los coros,
para ti los virginales
cándidos amores,

entre las odoríferas
palmas de Idumea[54],
donde blanquean
las ciprias espumas.

¿De qué vale si el bárbaro,
el nazareno
furor de los ágapes
de rito obsceno

con sacra fiaccola
i templi t’arse
e i segni argolici
a terra sparse?

con la llama sagrada
quemó tus templos
y los signos argólicos[55]
arrojó al suelo?

Te accolse profugo
tra gli dèi lari
la plebe memore
ne i casolari.

Te acogió prófugo
entre los dioses lares
la plebe memoriosa
en los hogares[56].

Quindi un femineo
sen palpitante
empiendo, fervido
nume ed amante,

Luego, un femíneo
seno palpitante
llenaste[57], fervoroso
numen y amante,

la strega pallida
d’eterna cura
volgi a soccorrere
l’egra natura.

a la bruja pálida
de eterna cura
animaste a socorrer
a la doliente naturaleza.

Tu a l’occhio immobile
de l’alchimista,
tu de l’indocile
mago a la vista,

Tú, al ojo inmóvil
del alquimista
tú, del indócil mago
a la vista,

del chiostro torpido
oltre i cancelli,
riveli i fulgidi
cieli novelli.

del claustro tórpido
más allá de las verjas
revelas los fúlgidos
cielos nuevos.

A la Tebaide
te ne le cose
fuggendo, il monaco
triste s’ascose.

En la Tebaida
de tus cosas huyendo,
el monje triste
se escondió.

O dal tuo tramite
alma divisa,

¡Oh alma separada
de tu trámite[58]!,

benigno è Satana;
ecco Eloisa.

In van ti maceri
ne l’aspro sacco:
il verso ei mormora
di Maro e Fiacco

tra la davidica
nenia ed il pianto;
e, forme delfiche,
a te da canto,

rosee ne l’orrida
compagnia nera,
mena Licoride,
mena Glicera.

Ma d’altre imagini
d’età più bella
talor si popola
l’insonne cella.

Ei, da le pagine
di Livio, ardenti
tribuni, consoli,
turbe frementi

sveglia; e fantastico
d’italo orgoglio
te spinge, o monaco,
su’1 Campidoglio.

E voi, che il rabido
rogo non strusse,
voci fatidiche,
Wicleff ed Husse,

benigno es Satanas;
he aquí a Eloísa.

En vano te maceras
en el áspero sayo:
el verso él[59] murmura
de Marón y de Flaco[60]

entre la davídica
nenia[61] y el llanto;
y, formas deificas,
a tu lado,

rosadas en la hórrida
compañía negra,
lleva a Licóride,
lleva a Glicera[62].

Mas de otras imágenes
de una época más bella
a veces se puebla
la insomne celda.

Él[63], desde las páginas
de Livio, ardientes
tribunos, cónsules,
turbas agitadas

despierta; y fantástico
de italo orgullo
te impulsa, ¡oh monje[64]!,
hacia el Capitolio.

Y vosotros, a los que la rabiosa
hoguera no destruyó,
voces fatídicas,
Wycliff y Hus[65],

a l’aura il vigile
grido mandate:
s’innova il secolo,s
piena è l’etate.

al aura vigilante
grito lanzáis
se renueva el siglo,
es una edad plena.

E già già tremano
mitre e corone:
dal chiostro brontola
la ribellione,

Y ya tiemblan
mitras y coronas;
desde el claustro
gruñe la rebelión

e pugna e prèdica
sotto la stola
di fra’Girolamo
Savonarola.

y pugna y predica
bajo la estola
de fray Girolamo
Savonarola[66].

Gittò la tonaca
Martin Lutero;
gitta i tuoi vincoli,
uman pensiero,

Arrojó el hábito
Martín Luter;
¡arroja tus vínculos,
humano pensamiento!,

e splendi e folgora
di fiamme cinto;
materia, inalzati;
Satana ha vinto.

y resplandece y fulgura
de llamas ceñido;
materia, álzate;
Satanás ha vencido.

Un bello e orribile
mostro si sferra,
corre gli oceani,
corre la terra:

Un bello y horrible
monstruo se desencadena,
recorre los océanos,
recorre la tierra:

corusco e fumido
come i vulcani,
i monti supera,
divora i piani;

resplandeciente y humoso
como los volcanes,
salva los montes,
devora los llanos;

sorvola i baratri;
poi si nasconde

sobrevuela los abismos;
luego se esconde

per antri incogniti,
per vie profonde;

ed esce; e indomito
di lido in lido
come di turbine
manda il suo grido,

come di turbine
l’alito spande:
ei passa, o popoli,
Satana il grande.

Passa benefico
di loco in loco
su l’infrenabile
carro del foco.

Salute, o Satana,
o ribellione,
o forza vindice
de la ragione!

Sacri a te salgano ¡
gl’incensi e i voti!
Hai vinto il Geova
de i sacerdoti.

por antros incógnitos,
por sendas profundas;

y sale; e indómito
de playa en playa
como un torbellino
envía su grito,

como un torbellino
su hálito expande:
él pasa, ¡oh pueblos!,
Satanás el grande.

Pasa benéfico
de sitio en sitio
sobre el irrefrenable
carro del fuego

¡Salud, oh Satanás,
oh, rebelión,
oh, fuerza vengadora
de la razón!

Sagrados a ti suban
los inciensos y los votos!
Has vencido al Jehová
de los sacerdotes.

5

JONATHAN CARROLL

La habitación de Jane Fonda

The Jane Fonda Room

Traducción
José Luis Moreno Ruíz

Jonathan Carroll (Nueva York, 1949). Su padre, Sydney Carroll (1913-1988), fue un exitoso guionista de cine y televisión, y su madre, June, cantante y actriz. Tras una juventud difícil contrae matrimonio en 1979 con Beverly Schreiner y comienza sus estudios en la Universidad de Virginia. Enseña inglés en Viena, donde reside, en la American International School, aunque también lo ha hecho en Teherán y Beirut. Su primera novela, publicada en castellano con el título *El país de las risas* (*The Land of Laughs*, 1980), muestra ya las señas de identidad más claras de su estilo narrativo. Algunos le han considerado, no sin razón, un prolongador original de los conceptos del «realismo mágico» sudamericano. Autor de difícil clasificación, ha sido comparado con Nathaniel Hawthorne. Su novela *Outside of the Gog Museum* (1991) ganó el British Fantasy Award, y su colección de relatos *The Panic Hand* (1995), el Bram Stocker Award. Su novela, *Black Cocktail*, de difusión limitada, contó con la colaboración del prestigioso ilustrador Dave Mc Kean. Ha publicado diversos relatos en alemán.

La habitación de Jane Fonda

Desde luego, la única suerte que tuvo jamás Paul Domenica fue ir al infierno. Desde luego… Desde luego, todo aquello era una sucesión de blancos corredores impolutos, como nuevos, no muy diferentes de los del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (donde Paul había trabajado cuando estuvo vivo). Había incluso cintas transportadoras con letreros en lo alto que te avisaban para que te agarrases al pasamanos negro cuando echabas a caminar por allí.

Su guía era una mujer llamada Ms. Baker, que sonreía un montón y se pasaba el rato asintiendo con la cabeza por nada en particular. Lucía en su blusa una pequeña plaquita de plástico con su nombre.

—Estoy segura de que habrá oído un millón de veces lo que voy a decirle, Ms. Baker, pero le aseguro que esto no es lo que yo había pensado.

Ella asintió una vez más, apretando contra su pecho el montón de papeles que llevaba, como una chica de *high school* muy estudiosa.

—Sí, esto siempre sorprende y choca. La gente hace las cosas más extrañas cuando llega aquí. Te podría contar historias que… bueno, te podría contar unas cuantas historias. ¿Has tenido ocasión de echar un vistazo a los folletos?

Paul echó un vistazo a los folletos desplegables que llevaba bajo el brazo, azul, amarillo y rojo, y sonrió.

—Sí, ya he tomado mi decisión… Ya sé cuál.

—¿Tan pronto? ¡Estupendo! Hay otra cosa de la que quiero hablarte, Paul… Damos a la gente el tiempo que honestamente creemos necesario para decidir, pero a veces parecen tan… uf… tan indecisos.

—Ms. Baker, sé perfectamente qué quiere decir. Cuando trabajaba como camarero, ¿sabe?, no puede imaginarse cuántas veces había que preguntar a la mitad de los clientes, por lo menos, si querían patatas fritas o picadillo con los huevos. Si me llega a ver, hubiera creído que les estaba ofreciendo un seguro de vida o algo así… ¡Todo para decidir si querían patatas fritas a la francesa o picadillo! Lo mismo les pasaría cuando iban a comprarse un coche nuevo o cualquier cosa.

—O para elegir el nombre de sus hijos —se rió burlona Ms. Baker.

—O para comprarse una casa —se enganchó Paul a la risa de ella y el eco parecía envolverles en aquel espacio blanco que parecía tan bueno, tan ideal, tan para siempre… Para siempre. Dos palabras muy gratas. Nunca se había parado a pensar en cosas así, pero ahora, tío, lo hacía… Blancos pasillos… Ms. Baker… Para siempre.

Ahí estaba Paul Domenica descendiendo a través de la blanca garganta del infierno, sin albergar la menor idea de adónde se dirigía. En eso tampoco había mucha diferencia con lo que hacía antes, en vida. Pensar aquello le sacó una risa y Ms. Baker lo miró feliz.

—Es verdad, Paul, te pasaste la vida haciendo eso… Ahora, relájate, tómatelo con

calma, llegaremos en un momento.

¡Podían leer su mente, acababa de descubrirlo! ¡Allí podían leerle el pensamiento!

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro, Paul, las que quieras… Me parece razonable que preguntes —dijo ella guiñándole un ojo.

—¿Cómo lo hace? Lo de leer el pensamiento, me refiero… ¿Puedo preguntárselo?

—Síií, no tiene importancia… —respondió ella mientras sacaba de un bolsillo un lápiz pequeño—. Mira, Paul, esto es una especie de bola de cristal… Cógela…

La cogió. De inmediato descubrió la mitad de la mente de Ms. Baker. Pensaba en peces tropicales, en pastelitos, en que le gustaría dormir con Paul.

Aunque siempre había sido un tipo lanzado, Paul le devolvió el lápiz como si quemara. No podía mirarla a los ojos.

—Vamos, Paul, no te avergüences, aquí somos así… Cuando leí tu mente vi a la vez un montón de cosas adorables y otro montón de cosas terribles… No pasa nada… ¿A quién le importa lo que uno piense? Sexo, impuestos… Todo eso ya se ha acabado para ti, Paul, ahora tienes que interesarte por otras cosas… Y lo harás, claro que sí… Bien, ya hemos llegado… Habitación 3112.

Paul no vio número alguno en la puerta, pero la mujer apuntó con su dedo y la puerta se abrió despacio.

—Adelante —dijo.

Paul entró en una habitación azul claro llena de muebles nuevos de aluminio y piel. Había bonitos cuadros en las paredes: puestas de sol, barcos en el mar, una lámina de Norman Rockwell[67] en la que se representa a un niño al que cortan el pelo…

En un escritorio transparente estaba una chica bellísima que leía un ejemplar de *Princess Daisy*[68]. Alzó los ojos del libro y sonrió.

—Hola, Leslie.

—Hola, Sally… Mira, éste es Paul Domenica. Acaba de llegar.

Se sonrieron; para romper el hielo Paul dijo algo acerca de lo mucho que había gustado aquel libro a su novia.

—Oh, es una historia tan increíble que no puedo dejar el libro, Paul.

—Será mejor que su jefe no la pille leyendo.

—¡Oh, Leslie, es el primero que me dice algo así!

Se echaron a reír los tres mientras Paul y Ms. Baker tomaban asiento en un canapé muy cómodo.

—OK, Paul, dices que ya lo tienes decidido…

—Sí, quiero quedarme aquí —echó un vistazo a los folletos de colores que tenía en el regazo y tomó el rojo—. ¿Qué tal el cuarto de las películas? ¡Será fenomenal!

—Tiene buen gusto —dijo Sally levantándose para cruzar la habitación.

Paul se sintió como si hubiera dado la respuesta correcta en clase de matemáticas.

—Paul, no quiero presionarte, pero me gustaría estar segura de que eliges bien… Creo que así lo has hecho, que la tuya es una excelente elección, aunque…

—Jane Fonda. Ya está. No lo dudaría ni un minuto.

—¿Te gusta, eh? —dijo Ms. Baker dándole una palmadita en la rodilla.

—Amo a Jane Fonda.

Sonó el teléfono que había en la mesa de Sally, que corrió a descolgarlo al instante.

—Sí, señor —dijo—; todo va bien por aquí… ¿Cómo? No, no es necesario… Ha elegido el cuarto de las películas… ¿Cómo dice? Sí, Jane Fonda.

La persona con la que hablaba Sally dijo algo del otro lado de la línea y la chica se echó a reír. Guiñó un ojo a Paul y a Ms. Baker.

—Dice lo mismo que yo, Paul, que tienes muy buen gusto.

Paul preguntó a Ms. Baker con quién hablaba Sally. Su guía levantó un dedo pidiéndole que esperase a que la secretaria cortara la comunicación.

—Sí, señor; tendrá el informe en media hora —escuchó un poco más y colgó, sacudiendo la cabeza—. Está de muy buen humor —anunció—. Hacía meses que no le veía tan contento.

Ya estaba a punto de preguntarles Paul de quién hablaban cuando se abrió una puerta en algún lado e hizo su aparición el Diablo, vestido de traje gris con chaleco. Estaba serio, pero en cuanto vio a Paul y a Ms. Baker sonrió ampliamente dirigiéndose a ellos.

—Paul Domenica, de Los Ángeles, California —dijo—. ¿Cómo estás, Paul?

Le alargó la mano, y Paul, sin la menor duda, se la estrechó. Era una mano deliciosamente tibia. Apretaba bien, con firmeza. A Paul le gustó eso. A Paul le gustó *él*.

—Cuánta gente estupenda venimos recibiendo en los últimos días, ¿verdad, Sally? —la secretaria asintió sonriente—. Bien, tengo que irme… Estaré de regreso en media hora. Sally, cuídame a Paul, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

Cuando el Diablo hubo salido, Paul se volvió a Ms. Baker con la mirada chispeante.

—¿Debo suponer que voy a entrevistarme con él?

—Sólo si estuvieras indeciso, Paul, pero no te preocupes por eso —dijo ella levantándose del canapé.

Paul le tocó un brazo. En algún punto de su corazón notó un vago estremecimiento, un leve timbrazo de miedo, como alguien que toma entre sus dedos una copa de cristal puro.

—¿Y qué… qué ocurre si te muestras indeciso? —preguntó.

Ms. Baker lo miró con esa mirada tan especial que tiene la gente cuando asoma la cabeza por la ventanilla de su coche para contemplar las consecuencias de un accidente de tráfico. Luego suspiró profundamente y no se oyó nada en la habitación.

Entonces Paul lo comprendió todo y ese leve timbrazo de miedo se convirtió en un gong chino.

—¡Oh! —se limitó a exclamar mientras miraba al suelo preguntándose si realmente sería capaz de levantarse por sí mismo.

—No te preocupes, Paul, puedes hacerlo… Mira, ahora iremos a tu alojamiento.

El tono de su voz era cálido y amable. Paul la miró. Después miró a la secretaria. Curiosamente, tenían la misma expresión; eran amistosas, incluso adorables… Pero idénticas. Paul no sabía si alegrarse o aterrarse por ello.

—Vamos, Paul.

Se despidieron de Sally y salieron del bonito despacho para andar de nuevo por los pasillos blancos. Esta vez, sin embargo, aquella blancura infinita le pareció ominosa, nada que ver el ambiente con el del Aeropuerto de LA.

Caminaron y caminaron. Paul quería preguntar pero ella parecía no tener nada que decir. Ms. Baker se mostraba ahora muy seria; cuando Paul la miró vio que su cara estaba en blanco.

De golpe, inopinadamente, doblaron un esquinazo y la hasta entonces familiar blancura se convirtió en rojo. Un rojo tan vivo como el del folleto del cuarto de las películas. Paul miró de nuevo a Ms. Baker. Ella sonrió apretando contra el pecho sus papeles.

—Ya falta poco, Paul.

Y en un momento estuvieron allí. La puerta era roja. Tampoco tenía número. Era sólo una puerta roja ante la que Ms. Baker se detuvo, señalándola.

—*Ici, Monsieur*… Ya estamos aquí —dijo mirándole de nuevo muy animada, con expresión feliz—. Llegas a tiempo de ver *The Chase*… Jane Fonda y Marlon Brando… No es mal reparto, ¿eh? Después echarán *Barbarella, Klute, Corning Home, Nine to Five*… ¿Qué te parece? No está nada mal para empezar.

—¿Y después? —preguntó Paul con la mirada baja, pues comenzaba a comprender qué pasaría.

Ms. Baker frunció el ceño por primera vez.

—¿Después? Podrás ver el resto de sus películas… Son unas cuantas, desde luego… ¿No es maravilloso? Es mucho más de lo que podrías pedir…

—¿Las veré una y otra vez? —dijo sintiendo que tenía fríos los dedos.

—Mira, tú…

—¿Sin descanso? ¿Veré todas las películas de Jane Fonda una y otra vez, sin una pausa?

Ms. Baker le echó una mirada taladradora.

—Sí, Paul; las verás una vez y otra… Una vez y otra, una vez y otra, una vez y otra… —dijo mientras apuntaba con su dedo a la puerta, que se abría despacio.

Lo primero que vio Paul en medio de la oscuridad del cuarto fue aquella cara tan familiar por la que en otro tiempo hubiera dado la vida.

6

ALAN MOORE

Compañeras de labor

Partners in Knitting

Traducción
Gonzalo Quesada

Alan Moore (Northamptom, 1953). Escritor británico fundamentalmente conocido como creador y guionista de cómic. *Watchmen, V de Vendetta, From Hell* y *The League of Extraordinary Gentlemen*, sus obras más significativas, han sido llevadas con escasa fortuna al cine. De tendencias filosóficas gnósticas de corte ofita, y misantropía asumida de manera creativa, en los 90 se inició en el sendero de la magia. Es miembro también de un grupo teatral de vanguardia y en los 80 formó la banda musical *The Sinister Ducks*. Su novela *Voice of Fire* (1996) está constituida por un encadenamiento de historias breves desarrolladas en Northampton, su tierra natal, durante miles de años. Una de estas historias ha sido seleccionada para la antología que el lector tiene ante sus ojos.

Compañeras de labor

AÑO 1705

Dentro de las cabezas de búhos y comadrejas hay joyas que procuran una cura para el escalofrío, para el cólico. El rayo es el esperma de Dios que cae sobre el fresno, donde Sus semillas crecen con cabezas redondeadas y colas esbeltas, entre las raíces. Una mujer o un hombre podrían tomar ese esperma con la boca y tener la Visión, de modo que puedan poner todos sus pensamientos en una hoguera, y viajar así con el humo hacia el cielo. Allí se encontrará con una cigüeña o garza que los llevará hasta que pueda llegar hasta la Gran Catedral, con sus perfectos techos abovedados formados por nada más que Ley y Número. Me he bebido mi propio orín, y he visto esas cosas.

No hace una hora, el Sr. Danks, el Ministro de Todos los Santos, vino con el Libro y los alguaciles a la celda que comparto con Mary, después de lo cual nos sacaron y nos colgaron en un cadalso en la puerta Norte de la torre hasta que estuvimos casi muertas, con los gaznates medio aplastados. Nos bajaron, y luego nos ataron aquí. Llevando las quemaduras de la cuerda como gloriosas insignias de nuestro cargo, estamos sentadas semiinconscientes y resplandecientes en nuestro trono de leña.

Atada a mi lado, la mano pequeña y cálida de Mary está sobre la mía. No tiene más miedo que yo, calmada por una brisa procedente de las invisibles terrazas, tranquilizada por esa luz malva que cubre sus pastos nocturnos. Incluso aunque nuestras gargantas no estuviesen aplastadas por nuestro linchamiento privándonos del habla, ninguna palabra sería necesaria entre nosotras dos para que supiéramos tales cosas. Es el mismo Reino, la misma idea del Reino, donde la idea del Reino es el Reino mismo. Van a quemarme, y aún no he cumplido los veinticinco.

A través de los fríos campos de marzo los pájaros están construyendo algo delicado y terrible con cuerdas de sonido, con restos de eco. Nosotras dos somos las últimas que serán asesinadas de este modo por Inglaterra. Esto nos lo han dicho duendes y cosas de color que moran en pueblos más altos donde todos los días son uno, donde no hay ayeres ni mañanas aún. Después de esto, se acabó el sebo humano alrededor de una mecha de enaguas. Se acabaron las hermosas mejillas coloreadas por las ampollas.

Ahora alzo lentamente mis pesados párpados hasta que tengo ambos ojos abiertos, justo al mismo tiempo en que Mary hace lo mismo a mi lado. Al ver esto, el rebaño reunido alrededor de nuestra pira profiere grandes suspiros de asombro y dan un paso atrás, sus rostros de chiqueros blancos de terror. La viuda Peak, que dijo que nos había oído hablar acerca de matar a la señora Wise, hace la señal de la cruz sobre su ajada teta y escupe, mientras el Pastor Danks comienza a leer en voz alta de su

libro comido por las polillas, y sus palabras son como cenizas barridas por la mañana.

Si supierais, monos de establo, qué es lo que estáis quemando aquí. No es por mí por quien lo digo, sino por Mary, que es hermosa mientras que yo soy corriente. Si pudierais ver el rabillo de sus ojos cuando está diciendo algo cómico, entonces la conoceríais. Si conocieseis el fuerte sabor de su coño cuando aún no se ha despertado por la mañana, apartaríais la mirada avergonzados y extinguiríais vuestras antorchas. Atrapada en su vello femenino, mi saliva se convertía en joyas dentro de las que había mansiones de diminutos y brillantes homúnculos pintadas con acuarela. Cuando sube escaleras es como una canción, y durante su período sabe hablar en las lenguas de los gatos, pero ¿y qué? Todo esto no es nada. Prendedlo, convertid en cenizas su pelo rojo, los dibujos que hace.

Admitiré que tuvimos la conversación sobre aquellos nueve Duques que gobiernan el Infierno. Ahora que he visto ese lugar, no lo temo, pues es hermoso, y en su entrada hay piedras preciosas. No es sino el rostro del Cielo cuando lo miran los engañados y temerosos, y en todos mis tratos con sus Embajadores los he encontrado caballerosos, majestuosos y de justas maneras. Belial es como un sapo de maravilloso cristal con muchos ojos sobre su frente. Es profundo pero a la vez indescifrable, mientras que Asmodeo es más como una exquisita red que rodea la cabeza: irónico, fiero y talentoso en las artes matemáticas. A pesar de su ira y sus caprichos, no son tan malos con nosotras como otros lo han sido, y a su manera son más que hermosos, y uno debería envidiar a aquellos que estudian tales maravillas de la Naturaleza.

Ahora, un hombre cejijunto que no conozco se adelanta con su antorcha y la acerca a los trapos anudados y a la paja que están al borde de la pira. Cerramos los ojos y suspiramos. No queda mucho, mi amor. No queda mucho camino. Las terrazas invisibles ya no están tan lejos.

Nos conocimos cuando yo tenía catorce años y vine de Cotterstock a Oundle porque mis padres querían deshacerse de mí. Mary tenía la misma edad, era pálida y pecosa, con largos brazos y piernas. Aquellos primeros y fríos meses me dejaba esconderme en el patio trasero de su padre, y algunas noches en su habitación, si podíamos pasar sin que su hermana nos viese y su hermano no estaba. Íbamos al pueblo y jugábamos. Cuando caía la noche nos retábamos la una a la otra a quedarnos bajo el pasaje empedrado del Hotel Talbot que llevaba al oscuro patio de detrás. Jurábamos que oíamos el fantasma de la vieja Reina María que había dormido allí la noche antes de que le cortasen la cabeza, caminando por el rellano de las escaleras con ella bajo el brazo. Chillábamos. Nos abrazábamos en la oscuridad.

A veces nos aventurábamos más allá del enlosado empapado de pis y cerveza hasta el callejón del pozo del tambor, en la parte de atrás del Talbot. Nos quedábamos de pie escuchando el mismo pozo, que hizo un ruido muy parecido al de un tambor la noche en que murió el rey Carlos y también otras veces, como en la muerte de Cromwell. Ladeábamos la cabeza y aguantábamos la respiración, aunque nunca oímos nada.

Corríamos por el campo para escondernos entre los laburnos silvestres, donde había hombres salvajes de culo azul que habían venido de África y que se arrastraban medio desnudos con expresión feroz y divertida entre los adormecedores árboles. Nos metíamos los dedos la una a la otra y al principio nos reíamos, y después nos entraban la seriedad y los calores. Encontramos una musaraña muerta, tiesa, pero con un brillo como si su muerte no fuese más que una capa de barniz, y una tarde la observé orinar entre las prímulas, concentrando mi vista en el ondeante chorrillo de oro trenzado que dejaba un agujero empapado en el suelo; aún puedo oír esa música chispeante y aún puedo ver el chorro entrelazado en mis pensamientos.

Ahora llega el primer beso del humo, la caricia en la nariz de un marido amante, e igual que con un marido ambas cerramos los ojos mientras ocurre. Pronto llegará el momento en que empuje su amarga y asfixiante lengua en nuestros gaznates. Ásperas y ardientes picaduras de ortigas se arraciman detrás de nuestros apretados agujeros de la nariz, y espero que la leña no esté verde y húmeda ni sea lenta en arder, pues cuando hicimos nuestro pacto, el Hombre de Rostro Negro dijo que no conoceríamos los fuegos del castigo. Un silencio sibilante me llena los oídos, como una frase indescifrable que rápidamente se desvanece, ahogada entre el crujido que nos rodea ahora. Calla, Mary Phillips, y no tengas miedo, pues nos hicieron una promesa a ti y a mí.

Encontramos un modo de vida que me convenía, y también una habitación en Benefield donde me alojé los siguientes diez años, aunque rara vez pasaba un día sin que estuviésemos la una en compañía de la otra. Según crecíamos, la gran aventura que había entre nosotras era casi como nuestra barquichuela que nos alejaba justo a tiempo del campo de laburnos, lleno de fantasmas y juegos secretos, para llevarnos entre esas islas mohínas que son los hombres.

Los años siguientes nos revolcamos en hombres, ¿verdad, Mary? Aunque confieso que yo me revolqué más que tú, tú tampoco te quedaste corta. Enterradores, sacristanes, taberneros y carniceros que aún tenían el hedor de la muerte en sus manos. Nos invitaban a una cerveza en el bar del Talbot; nos empujaban contra el muro del malecón un rato y después se detenían a mear en su tambaleante regreso a casa con su mujer y su hogar. A causa de esto no dormía a menudo con ellos, pero cuando lo hacía me quedaba sorprendida: si no están despiertos, son mucho más suaves al tacto, y se parecen más a las mujeres. Qué lástima, entonces, que se movieran nunca.

Pero se movían. Se levantaban antes que yo y se habían ido antes de que terminase de abrir los ojos, y cuando los veía paseando con sus familias los domingos, sólo me miraban las mujeres con expresión ceñuda. Si me veían después en el mercado, reunidas en parejas o tríos, me gritaban «Ahí va una puta», o si no hacían que sus pequeños me insultasen, gritándome «Shaw la puta» y «La zorra Nell» allá por donde fuera. ¿Cómo es que algo tan simple como el placentero y sencillo asunto de las pollas y los coños puede provocar tal desprecio, vergüenza y dolor?

¿Por qué debemos tomar la parte más dulce de nuestro ser y convertirla en otra piedra con la que martirizarnos?

Ahora ocurre algo curioso: frotándome contra mis ataduras, de nuevo abro los ojos y encuentro que todo se ha detenido. El mundo, el humo, las nubes, el gentío y las llamas saltarinas, todo ello está quieto, sin movimiento. Detenido.

Qué extraño y encantador es este reino carente de movimiento, qué perfectamente correcto. Las volutas de humo estático, vistas de cerca, poseen una belleza que se pierde a la vista, con volutas más pequeñas de formas idénticas que florecen, como helechos, partiendo de la retorcida columna principal. Y pensar que nunca me había dado cuenta.

Mirando hacia abajo, siento tan sólo una leve sorpresa al ver que estamos ardiendo, Mary y yo. Vaya, si nuestras sosas faldas nunca han tenido mejor aspecto que ahora, inundadas de fuego, luz y color; llamas de color rubí que no se mueven. No hay dolor, ni siquiera calor, aunque veo que uno de mis pies está negro y carbonizado. En lugar de dolor hay una tristeza pasajera, porque siempre he creído que mis pies son la parte más bonita de mi cuerpo, aunque Mary dice que le gustan mis hombros y mi cuello. Cuando estemos desnudas de forma, caminaremos verdaderamente desnudas de entre nuestras cenizas, y no habrá una parte de nosotras que no sea hermosa.

Aunque estrangulada sin capacidad de hablar, oigo dentro de mí la voz de Mary diciendo Elinor, oh Elinor, y me pide que mire dentro de las llamas, que de algún modo, y sin movimiento aparente, se han alzado hasta mi pecho como un escudo feroz.

Miro fijamente los carámbanos invertidos de oro y luz, y en cada uno de ellos hay un momento, diminuto y completo, atrapado en el tembloroso ámbar. Aquí está mi padre, dándole una paliza a mi madre mientras ella aúlla tumbada sobre la mesa de la cocina, visto como a través de una puerta abierta. Aquí está el sueño que tuve cuando era pequeña sobre una casa infinita llena de más libros de los que hay en el mundo. Aquí está cuando me corté el hombro con un clavo, y aquí está la musaraña muerta, encerada y fría.

Bajo la base de todas las llamas hay una ausencia clara, definida; un hueco misterioso entre la muerte de la sustancia y el nacimiento de la luz, y el mismo tiempo está suspendido en este vacío de transformación, esta pausa entre dos elementos. Ahora comprendo que ha existido un solo fuego que ardía antes de que empezase el mundo y que no se apagará hasta que el mundo haya terminado. Veo a mis iguales en las llamas, los nonatos y los muertos. Veo al niño del cuello cortado. Veo al hombre harapiento que se sienta dentro de un cráneo de hierro candente. Casi los conozco, casi tengo la sensación de qué significan, como las letras de un alfabeto bárbaro.

Al principio todo era en broma, el dibujo hecho con sangre de cerdo y la vela. No creíamos que pasaría nada, ni que se consiguiera nada con tan temible facilidad. Se

dijeron algunos nombres en voz alta, y al final llegaron respuestas desde un lugar oscuro; descendieron a nuestros pensamientos desde una niebla viva. Esto sucedió en febrero del año pasado, cuando todos los estanques estaban cubiertos y helados.

Tiritando, nos sentábamos en mi destartalada habitación y escuchábamos las nuevas palabras que oíamos dentro de nuestras cabezas, un modo de escuchar que no se puede hacer con los oídos, que es más bien como un cambio de humor o de visión que como palabras. Nos contó muchas cosas.

Todos, cada uno de nosotros, somos los fragmentos escocidos y sangrientos de un Dios que quedó hecho pedazos por el llanto del nacimiento de la Eternidad. Cuando llegue el fin de los días, Ella que es la Novia y Madre de todos nosotros reunirá en un mismo lugar cada pedazo del ser diseminado, donde volveremos a saber lo que sabíamos al principio de las cosas, antes de la terrible separación. Todo ser está dividido en lo que es y lo que no es. De estos dos, el último es el mayor y de más importancia. Saberlo es estar en otro país. Todo es real. Todo.

Aunque al principio no era más que una voz interior, el Hombre de Rostro Negro se fue apareciendo en pequeñas medidas. Primero tuvimos la sensación de que había alguien sentado en la silla vacía que se encontraba en un rincón de mi habitación, pero cuando mirábamos no había nadie allí. Podíamos verle mirando con el rabillo del ojo, pero si dirigíamos directamente la mirada desaparecía.

Era alto y terrible, con pelo y bigotes como de bestia y sus brillantes ojos de color amarillo pálido resaltaban en el negro hollín de su cara. Sobre él colgaba una luz púrpura oscura, y parecía que toda su piel estaba sembrada de tatuajes, con líneas sinuosas que parecían serpientes o una nueva caligrafía. Unas cosas que podrían ser ramas o cuernos sobresalían a cada lado de su cabeza, y cuando habló dentro de nuestros pensamientos su voz era lo suficientemente profunda como para hacer que el aire se enfriase. Nos dijo que debíamos estirar los brazos, pero yo fui la única que se atrevió porque Mary estaba muy asustada.

Me quedé allí unos momentos con el brazo extendido y al principio no sentí nada más que creerme tonta. Pronto, sin embargo, pude sentir el más débil roce de algo muy parecido a dedos que se enlazaban con los míos, y eran muy fríos. Cuando habló, me habló sólo a mí, porque cuando Mary y yo hablamos las cosas después, ella me confesó que en ese momento no había oído nada.

Él dijo: «Elinor Shaw, no me temas, pues soy uno con la Creación, como vosotras mismas lo sois».

Luego dijo algo que no entendí, y dijo que tomaría algo prestado de nosotras durante un año y dos meses. No deseaba algo sólido, sino algo inmaterial, y al principio yo tuve miedo, creyendo que me pediría mi Alma. Me tranquilizó diciéndome que tan sólo me pedía la mera Idea de mí, para la que tenía un uso que yo no supe comprender, y que sólo la quería durante un breve tiempo. Incluso hoy, el día de mi muerte, sigo sin entender cómo puede tener algún valor la Idea de mí, ni para quién.

Me prometió que a cambio nos diría cómo invocar Diablos y conseguir su obediencia. Más aún, nos prometió que no sentiríamos las llamas del Infierno ni otro castigo.

No estoy segura de dónde salió el fragmento de pergamino en el que pusimos nuestras marcas con sangre para sellar el trato. Durante un tiempo pensé que fue nuestro visitante quien lo había traído con él, pero no se me ocurre dónde podía llevarlo, dado que estaba desnudo. Ahora se me ocurre que podría haber estado en mi habitación antes de que él viniese, olvidado hasta aquella noche en que lo encontramos. Insistió en que firmásemos con sangre, diciendo que todas las funciones humanas y sus fluidos poseen un poder asombroso, atractivo para aquellos espíritus que no poseen un cuerpo y por lo tanto encuentran esa sustancia novedosa. Diciendo esto, añadió que deberíamos dejar que cuando los invocásemos, los Diablos absorbiesen los fluidos de nuestro sexo, lo que los aplacaría y haría que nos favoreciesen. Esto lo dijo sin ninguna maldad, como si para él un acto así no encerrase ninguna vergüenza, aunque yo me ruboricé, como hizo mi Mary cuando se lo conté.

Lo que ocurrió después no sabría decirlo. En mi confesión he dicho que el Hombre de Rostro Negro se vino con nosotras a la cama, y lo hizo con nosotras, y es muy posible que ocurriese, pero en otro sentido de como estamos acostumbrados. No estoy segura de que estuviese nunca en la cama con nosotras, en carne y hueso, ni de que las cosas que creímos que hizo con nosotras no nos las hiciéramos, después de todo, la una a la otra. Pero ambas lo sentimos allí con nosotras en ese delirante movimiento y enredo, esa intensidad de presencia muy diferente a la de un hombre que entrase en nosotras, frío pero a la vez excitante.

Con él nos encontrábamos fuera del tiempo. Nuestra cama era todas las camas donde hombres o mujeres alguna vez dieron a luz, follaron o murieron. Cuando Mary me chupaba el culo vio una curiosa flor de luz que surgía de él y nos echamos a reír, pero en nuestras cabezas su voz nos dijo: «Ved esta Rosa de Poder. Hay una de ellas junto a cada una de las puertas del cuerpo», tras lo cual nos pusimos más serias.

Cuando alcanzamos nuestro Éxtasis, hubo un momento distinto a todo en el que todo el mundo había desaparecido, o no había existido nunca, y sólo existía la blancura más perfecta, y nosotras éramos la blancura, y ambas éramos sublimes y no éramos nada. Después, como si pudiese haber un después tras tales cosas, dormimos hasta la mañana cuando nos despertamos, encontrándonos solas con una vela apagada y un pergamino ensangrentado.

Ahora mis brazos y mis hombros están en llamas. Junto a mí, bajo la falda de Mary, oigo el siseo y el chisporroteo de su vello del amor quemándose; la insignia secreta, el animal sagrado de nuestra especie. Qué glorioso debe de parecer ahora, cubierto de espléndidas llamas, como una visión. Si frotase ahora mi cara en él, me empaparía la barbilla de chispas en lugar de saliva. Lo idolatraría. Lo adoraría. Sigue sin haber dolor.

Nos acusaron de, en poco más de un año, matar a quince niños, ocho hombres y seis mujeres con nuestras artes diabólicas; de que en un modo similar también barrimos del mundo a cuarenta cerdos, cien ovejas y treinta vacas, lo que según mis cálculos suman tres bestias hechizadas por semana. También hubo unos dieciocho caballos, se me había olvidado. Por todos los alrededores de Oundle, e incluso en Benefield y Southwick, no quedó hormiga pisada sin que nos responsabilizasen de alguna manera de la muerte del pobre bicho. Cuando se les acabaron los asesinatos de los que acusarnos, hicieron una lista de nuestros pecados menores, acusándonos de ser pareja de cama y también «compañeras de labor», lo que nos dio muchos motivos para la chanza.

¿Qué era lo que tejíamos con nuestra cera y arcilla, con nuestros alfileritos? Si soy sincera, la mayoría era poco más que diversión egoísta, aunque según aprendíamos más sobre el Reino Superior que nos tocaba, más reverencia sentíamos por él. Pero seguíamos riendo, inclinadas sobre nuestra labor, y lanzábamos maldiciones y hechizos en series interminables, y cosíamos palabras en forma de maravillas.

Con que dijésemos la mitad del hechizo, aparecían los Demonios que llamábamos y también muchas criaturas más altas. Como he dicho antes, la facilidad con que se puede hacer es temible si a uno le enseñan cómo. Teníamos cuatro clases de demonios a nuestras órdenes, todos ellos con diferentes usos y colores. Algunos eran rojos y conocían las Artes y otros diversos asuntos. Algunos eran pardos, y tenían cuerpo como de anguilas decoradas, o como torsos con cola, y aunque no parecían tan inteligentes como los otros, en sus movimientos y giros oíamos nuestros pensamientos, y sus ondas enviaban nuestros sueños por todo el mundo.

Algunos Demonios eran negros y tenían la piel brillante en la que se reflejaban Todas las cosas, como en un espejo. Éstos tenían cuerpo de hombre, aunque más pequeño, y los usábamos para profecías o para ver desde lejos. Observando sobre su frente, vimos el tiempo oscuro que había tenido lugar antes, y los días del fuego que estaban escritos en sus vientres de ébano.

Los Demonios blancos eran como hurones, o quizá como gatos delgados con manos diminutas como las de los ancianos, y también tenían algo de la cara de un anciano en sus rasgos. Ésos no servían más que para hacer daño. No los usábamos. Bueno, no tan a menudo.

Lo que ocurre con los Demonios es que se les debe dar cosas que hacer a todas horas, o se aburrirán de la compañía de los mortales y se irán. Además es justo que se les recompense tras cada tarea, un premio que Mary y yo les dábamos tumbadas sobre nuestras espaldas en el círculo de tiza, con las faldas levantadas y las piernas abiertas. Después de hacerlo, siempre estábamos cansadas. No los veíamos mientras nos lamían los muslos, sino que a veces simplemente notábamos cómo nos chupaban los botoncitos.

(Aquella miserable noche en que enviaron a por nosotras a Billy Boss y a Jacky

Southwell, el par de policías, nos examinaron. Todos los hombres allí presentes observaron nuestros botoncitos, donde dijimos que nuestros Demonios nos habían chupado, y quedaron muy asombrados, como si no hubiesen visto tales cosas antes. Al describirlos, dijeron que eran como pezones o trozos de carne enrojecida ahí, en nuestras partes pudendas. Compadezco a sus pobres esposas, si es que las tienen).

Además de a Demonios, invocábamos a criaturas muy peculiares que son como perros monstruosos que a veces llaman Shagfoals. Tienen ojos ardientes, y algunos son muy viejos. Viven cerca de cruces de caminos, o en puentes, lugares donde se toman decisiones y donde el velo entre lo que es y lo que no es se desgasta y deshilacha, desgarrándose fácilmente.

Tienen una especie de cachorros, mucho más pequeños y repugnantes de ver, que son negros y ciegos, con largas lenguas que sondean. Su presencia da a las cosas un aire de miedo que sin embargo se convierte en un placer exquisito y espantoso cuando se les toca. Le enviamos un par a Bessy Evans cuando dijo que no tenía diversión en su vida, y fíjate cómo nos ha dado las gracias.

Aún la recuerdo, aquella mañana en su patio con Mary, y Bessy hablando sobre su John y diciendo que hacía un año que no la tocaba, y que dormía en una habitación distinta a la suya. Le dijimos que era tonta por vivir tan lastimosamente, y entonces nos preguntó si le enviaríamos algo que le hiciera sentir bien. Juramos hacer cuanto pudiéramos, y a la mañana siguiente cuando la volvimos a ver parecía una mujer distinta, contándonos que por la noche había soñado que dos cosas parecidas a topos habían trepado a su cama y le habían chupado sus partes, por delante y por detrás, lo que, según nos contó, le había parecido aterrador pero a la vez agradable. Más tarde, cuando presentó pruebas contra nosotras, juró que esas visitas nocturnas le asustaron tanto que tuvo que enviar a por el Sr. Danks el Ministro, que varias noches acudió a su habitación donde rezaron juntos para que las criaturas desaparecieran.

¡Cuatro noches! Según ella misma admitió, ése es el tiempo que esa desagradecida vaca se complació con nuestros cachorrillos antes de que se le ocurriese llamar al Ministro, y sólo porque no se los enviamos más y deseaba tener a un hombre en su habitación para que tomase su lugar. ¡Cuatro noches!

Os digo que aunque normalmente me desagradan los hombres, a veces las mujeres son aún peores. Cuando pienso en las cosas que hicimos por ellas por simpatía porque compartieron nuestro sexo, y cómo todas ellas se apresuraron a acusarnos una vez que se supo todo. Cuando estaban embarazadas y sin casar, o si creían que su hombre se acostaba con otra, la historia era diferente. Entonces nos decían «Nell, quítamelo», o «Mary, hazlo más gordo que un cerdo y que vuelva conmigo». Curamos a sus bebés del garrotillo y hechizamos a sus infieles hombres para que les saliesen verrugas en la polla. Enviamos gemas azules de luz para calmarles los calambres cuando estaban enfermas y les dimos recetas para alejar a violadores y ladrones. Deliramos, profetizamos y leímos el futuro en sus moñigas.

Pero ¿matamos?

Creo que sí. Al menos a la vieja Wise y sí, quizá al chico Ireland. No puedo decir que fuese sin intención, pues la teníamos cuando hicimos nuestros encantamientos, pero al menos yo me arrepiento ahora. Ira, resentimiento, desprecio y esas emociones vulgares y mundanas son lujos peligrosos que uno que trabaja con el Arte no puede permitirse. Volverán a ti como perros hambrientos. Se lo comerán todo.

Con la Sra. Wise fue porque no quería vendernos suero de leche, aunque había algo más. Para empezar, era amiga de las esposas de cara de rata que nos llamaban zorras, y compartía esa opinión con ellas porque Bob Wise, su marido, me metió la mano en el escote y me besó cuando se emborrachó la penúltima Fiesta del Arado.

Es curioso ahora que lo pienso: para la Fiesta del Arado iba disfrazado como el Brujo, como hace alguien siempre todos los años. Llevaba la cara pintada de negro y tenía ramas y astillas atadas en la cabeza como si fueran cuernos, tal como es la tradición. Le pregunté si llevaba cuernos porque su mujer andaba revolcándose en el heno con otro, a lo que me contestó que no le importaba dónde estuviese ella siempre que él me tuviese a mí en su lugar, y después me besó en la boca y me agarró de una teta. Aunque era robusto, áspero y ni mucho menos tan alto, ¿por qué no pensé en el disfraz de Bob Wise cuando vimos por primera vez al Hombre de Rostro Negro? ¿Qué significa ese parecido y por qué no se me había ocurrido hasta ahora?

No importa. Cuando su mujer se negó a vendernos suero de leche, aprovechó para llamarme todos los nombres de las putas que han existido, y me enfurecí y me acordé de todas las veces que paseaba entre los puestos del mercado de Oundle con sus chillidos e insultos aún resonando en mis oídos y yo estaba demasiado asustada y llena de ira como para contestarla. Regresé enfurecida a casa y entré en la habitación de Mary para despertarla como un huracán, y estaba tan furiosa que durante un momento ella no entendía nada de lo que le decía. Cuando me calmé un poco, preparé un muñeco de cera lleno de alfileres, y Mary llamó a un Demonio blanco como un armiño con manos de bebé que respondía al nombre de Chúpame el Pulgar, o a veces, cuando le apetecía, al de Jelerasta. Así apareció, hablando a veces en inglés pero más a menudo en un idioma que creíamos que era griego. Se alimentó del néctar de la Rosa de Luz de Mary y luego le encargamos que provocase esos males reflejados en mi maniquí de sebo, atravesado como un mártir, casi desaparecido bajo un puñado de clavos y alfileres. Esto fue por la tarde.

Esa noche vino a visitarnos la viuda Peak. Aunque el apellido de su marido era Pearce, la llaman la viuda Peak porque el pelo de los lados se le había retirado como les suele ocurrir a los hombres a una cierta edad y le formaba un pico por delante. Había venido a pedirnos si podíamos darle suerte con los hombres para el Año Nuevo, porque estábamos en Nochevieja, pero aunque le escribimos un filtro no se iba, y seguía sentada con nosotras en el momento en que nuestra puerta se abrió de par en par cuando el campanario de la iglesia dio la medianoche. Chúpame el Pulgar entró, volviendo de donde lo habíamos enviado y se deslizó por el suelo y saltó al regazo de Mary, donde disfrutó de la calidez y el olor.

La viuda observaba al Demonio con fascinado terror y apartaba la mirada como si no estuviese segura de qué era lo que veía, o si veía algo en absoluto. Nos hizo sonreír verla tan incómoda, porque hacía rato que la viuda había agotado nuestra paciencia, y creo que Mary pretendía asustarla para que se fuera cuando dijo, señalándome: «¡Mira, la bruja que mató a la vieja Wise haciendo un muñeco de cera y clavándole alfileres!». La viuda Peak se fue poco después de esto, y ambas nos reímos, y no se nos ocurrió que podíamos haber dicho cosas mucho más prudentes.

Al día siguiente supimos que, después de dejarnos, la viuda había ido directamente a casa de la vieja Wise, apresuradamente, donde se encontró a la mujer entre grandes dolores, y poco después de medianoche murió a causa de ellos, que Dios guarde su cruel y desilusionada alma. No me siento tan mal por ella como me siento por el pequeño Charlie Ireland, a quien creo que matamos la semana anterior.

Las dos muertes no dejaban de estar conectadas. En el caso de la señora Wise, Mary utilizó a Chúpame el Pulgar cuando mi muñeco de cera y mis alfileres habrían bastado sin duda para hacer el trabajo. Lo hizo, y se alegraba de hacerlo y darle al Demonio algo que hacer y mantenerlo contento, pues es un hecho que los Demonios se descontrolan y se vuelven irritables si no están siempre ocupados, y el ejercicio parece hacerles más fuertes. Siendo más fuertes exigen más trabajo, y así, una vez que los has invocado, es difícil saber qué mandarles hacer, semana tras semana.

Mary había llamado a Chúpame el Pulgar algo antes de Navidad, cuando, igual que yo con la señora Wise, sufrió un pequeño disgusto. Se lo había causado Charlie Ireland quien, con otros niños de su edad, andaba por el pueblo de Southwick, por donde nosotras paseábamos a menudo. Mary había ido a Southwick a comprar un jamón para hervirlo para la cena, y al regresar del carnicero se vio rodeada por un grupo de muchachos, con Charlie Ireland a la cabeza. Picado por sus compañeros, la llamó vieja bruja y zorra y le preguntó si le comería la polla por un céntimo.

Nunca la había visto de tan mal humor como cuando volvió a casa aquella noche. No dijo una palabra, sino que fue a su cuarto donde primero, tras un silencio, le oí hacer ruidos como si estuviese follando, y luego le oí hablar en voz baja, aunque no sabía con quién. Pasó un tiempo antes de que abriese la puerta, y se quedó en pie desnuda con la delgada criatura blanca susurrándole en francés mientras se enroscaba en sus talones, antes de salir disparado de la habitación y de la casa, y desapareció de la vista.

Aquella noche no volvimos a ver al Demonio, y Mary me dijo que le había enviado a que buscase entre los oscuros y vacíos callejones la casa de los Ireland en Southwick, donde debía ocuparse de las entrañas del muchacho, enfermándolo con calambres y dolores. Pensar en su enfermedad le calmó la ira, y las dos creímos que ahí se había acabado todo hasta la noche siguiente, cuando la criatura de dedos de bebé volvió con nosotras.

Caminaba y chapurreaba en una multitud de lenguas ante nuestro hogar, y al principio parecía amohinarse y luego enfurecerse cuando no le dábamos trabajo que

hacer. Nos miraba fijamente con odio o nos tiraba de la falda con sus manitas calientes y suaves y no se iba a pesar de nuestros ruegos y órdenes de que lo hiciese. Luego empezó a insultarnos en inglés, que fue cuando nos dijo que ahora debíamos llamarle Jelerasta, y que no nos permitiría dormir hasta que encontrásemos una tarea que darle para contentar su naturaleza.

A primeras horas de la mañana, con el ánimo en lo más bajo, le rogué a Mary que se inventase un recado para la bestia o me volvería loca, y, debilitada al ver mi debilidad, accedió. Chúpame el Pulgar (o Jelerasta) fue enviado de nuevo a mordisquear las entrañas del desgraciado muchacho y, como más tarde supimos, le hizo aullar como un perro. Cuando a la noche siguiente la criatura volvió con nosotras era mayor y más insistente, y no nos dejó otra opción que volver a enviarlo a Southwick a casa de los Ireland.

Esta vez regresó casi directamente, en menos de una hora, y parecía furioso y perplejo a la vez. Nos dijo, cayendo a veces en otras lenguas por pura exasperación, que los padres del niño, sin duda aconsejados por metomentodos entrometidos, habían llenado una jarra de piedra con el orín del niño, y dentro habían colocado alfileres y agujas de hierro antes de enterrarlo bajo su hogar. Chúpame el Pulgar, por razones que el Demonio no sabía explicar, fue incapaz de entrar en la casa debido a esta protección, y había regresado para mantenernos despiertas toda la noche con horrendos pellizcos, tirones y frases de queja en otros idiomas.

Al día siguiente, llorosas y contritas, fuimos a ver a la madre del niño, a la que confesamos nuestro crimen y le rogamos que desenterrase la jarra y nos la diera, a lo que neciamente accedió cuando le prometimos que dejaríamos en paz a su hijo. Esa noche el Demonio blanco Jelerasta mató a Charles Ireland en su cama mientras nosotras dormíamos como bebés. Utilizamos los alfileres y las agujas que habíamos encontrado en la jarra de pis para encargarnos de la vieja Wise la semana siguiente, tras lo cual Chúpame el Pulgar pareció satisfecho, y no le hemos visto desde entonces.

Aquéllos fueron nuestros asesinatos. Aquéllos los confieso, pero no más. No matamos a la niña Gorham, ni dejamos coja a la viuda Broughton porque nos negase unos guisantes. Ni tampoco matamos al caballo de tiro de John Webb cuando éste nos llamó brujas, porque su caballo murió mucho antes de que conociésemos al Hombre de Rostro Negro. Entonces no éramos brujas, ni nos lo llamaban, sólo zorras. Aparte de eso, el caballo se moría de puro viejo. ¿Quién iba a agotarse utilizando Brujería para matarlo cuando un soplo de viento hubiese bastado?

Eso sí, cuando Boss y Southwell vinieron a detenernos, rápidamente confesamos haber hecho todas esas cosas, no teníamos elección. Nos empujaron de acá para allá, nos hicieron llorar y nos dijeron que si no confesábamos nos matarían, mientras que si admitíamos haber cometido el asesinato de Lizbeth Gorham y algunos otros nos soltarían. Aunque no nos creímos la última parte de su promesa, creímos la primera, y contamos todas nuestras fechorías, las reales y las otras.

Con el tiempo hubo un Juicio, aunque ya había tan mala opinión pública en nuestra contra, con Bob Wise y la madre de Charlie Ireland llorando desconsolados desde la galería, que el resultado estaba bien claro antes de que hubiese empezado, y el asunto concluyó con insólita rapidez, y nos llevaron a las Mazmorras de Northampton a esperar nuestra quema.

Para entonces, ya no teníamos motivos para fingir, ni para dejar de invocar nuestro Poder, y mientras estuvimos encerradas maldecíamos y reíamos noche y día, y provocábamos escenas de lo más alarmantes.

Una tarde dejaron entrar a visitantes a la mazmorra; para que se emocionasen y temblasen al ver a las presas en toda su miseria. Un hombre llamado Laxon y su esposa habían venido especialmente a ver a las famosas brujas que iban a quemar. Ambos estuvieron un tiempo fuera de nuestra celda y, aunque el marido no tenía mucho que decir, su esposa estaba llena de buenos consejos. Habló muy píamente sobre nuestro error, y nos dijo que nuestra situación demostraba que el Diablo nos había abandonado, como hacía con todos los que le seguían.

Es fácil imaginar que pronto me había cansado de los consejos de la señora Laxon, y recurrí a susurrar ciertos nombres y abjuraciones en la Lengua Angélica, de modo que en un minuto o así las faldas y el guardapolvo de la mujer empezaron a flotar en el aire, y aunque ella y su esposo gritaban e intentaban evitar que se subieran, toda su ropa se había dado la vuelta sobre su cabeza y se quedó mostrando toda su desnudez. Mary y yo nos reímos al verlo, y le dije a la mujer que le había demostrado que mentía.

Unos días después seguíamos riéndonos de la cara que se le había puesto al señor Laxon, y montamos tal algarada que atrajimos al Guardián de la Prisión a nuestra celda y nos amenazó con grilletes. Le dijimos el Gorgo y el Mormo, tras lo cual se vio obligado a arrancarse la ropa y bailar desnudo en el patio de la cárcel una hora o más hasta que cayó exhausto con espuma seca sobre los labios.

Nos divertimos, y al final nos sacaron de allí y nos quemaron. Tenían una Magia más poderosa. Aunque sus libros y palabras eran estériles, aburridos y no tan hermosos como los nuestros, tenían un peso mayor, hasta que al fin nos arrastraron con ellos. Nuestro Arte se ocupa de todo lo que puede cambiar o moverse en la vida, pero ellos pretenden con sus escrituras interminables que todo aquello quede sofocado, aplastado bajo sus manuscritos. Por mi parte, prefiero con mucho el Fuego. Al menos él baila. La pasión no le es extraña.

Miro alrededor y veo que es más tarde, que el cielo es ahora oscuro, cuando hace poco era por la mañana. ¿Dónde se ha ido la multitud? Mary y yo casi nos hemos ido; una mirada furiosa y hosca, reducida a polvo entre la ceniza que se enfría. Mañana, niñas pequeñas bailarán entre nuestras costillas, los combados huesos carbonizados y amontonados como uñas mondas de gigantes sucios. Cantarán, y levantarán nubes grises y sofocantes de nosotras, y si el viento se lleva nuestros fragmentos hasta el ojo de alguno, bueno, entonces quizá haya lágrimas.

Las ascuas se apagan, una a una. Pronto no estarán. Pronto sólo quedará la Idea de nosotras. Hace diez años en el campo de laburnos nos miramos a los ojos y contuvimos la respiración. Abajo, en la hierba, suena un escarabajo. Estamos esperando.

7

ANATOLE FRANCE

La humana tragedia

L’humaine tragédie

Traducción
Mauro Armiño

Anatole France (1844-1924). Escritor francés, nacido en París, con el nombre de Jacques Anatole François Thibault. Bibliotecario del Senado y miembro de la Academia Francesa desde 1896, recibió el Premio Nobel en 1921. Hijo de librero y padre de escritor (Noel France), participó activamente en la vida política y social de su época. Racionalista decidido y anticlerical declarado, dispuso siempre de una conciencia social muy arraigada que expuso en muchas de sus obras. Pensemos en su decidida colaboración con Zola en el *affaire* Dreyfus, en su posición contraria al Tratado de Versalles o en el deslizamiento de sus simpatías políticas, al final de su vida, hacia el Partido Comunista Francés. Escribió novelas, obras de teatro, poemas, ensayos de crítica y filosofía e investigaciones históricas. Entre sus numerosas obras destacaremos la sátira *La Isla de los pingüinos* (*L'Île des Pingouins*, 1908), *La rebelión de los ángeles* (*La Revolte des Anges*, 1914), de la cual existe edición en Valdemar en su colección *El Club Diógenes*, o su monumental, en dos volúmenes, biografía novelada de Juana de Arco, entre otras muchas obras.

La humana tragedia

I
FRAY GIOVANNI

En aquel tiempo, el que, nacido de un hombre, era verdadero hijo de Dios y había tomado por Dama a aquella a quien, como a la Muerte, nadie abre la puerta sonriendo, la pobreza de Nuestro Señor Jesucristo, san Francisco había subido al cielo. La tierra que había perfumado con sus virtudes guardaba su cuerpo desnudo y la semilla de sus palabras. Sus hijos espirituales se multiplicaban entre los pueblos, porque la bendición de Abraham estaba con ellos.

Los reyes y las reinas llevaban ceñido el cordón del pobre de Jesucristo. Los hombres buscaban en tropel, en el olvido de sí mismos y del mundo, el verdadero contento. Y, huyendo de la alegría, la encontraban.

La Orden de San Francisco se extendía por toda la cristiandad; las casas de los pobres del Señor cubrían Italia, España, las Galias y las Alemanias. Y una casa muy santa se elevaba en la ciudad de Viterbo. En ella profesaba la pobreza fray Giovanni. Vivía humilde y despreciado, y su alma era un jardín cerrado.

Tuvo, por revelación, conocimiento de las verdades que escapan a los hombres inteligentes y prudentes. Y, aunque fuera ignorante y simple, sabía lo que no saben los doctores del siglo.

Sabía que la preocupación por la riqueza vuelve a los hombres malvados y miserables, y que, naciendo pobres y desnudos, serían felices si vivían tal como nacieron.

Era pobre con gozo. Se deleitaba en la obediencia. Y, renunciando a formar proyectos, saboreaba el pan del corazón. Porque el peso de las acciones humanas es inicuo, y somos árboles que tienen en sus ramas frutos envenenados. Tenía miedo a obrar, porque el esfuerzo es doloroso y vano. Temía pensar, porque el pensamiento es malo.

Era humilde, por saber que el hombre no tiene como suyo nada de lo que pueda gloriarse, y que la soberbia endurece las almas. Y también sabía que los que no tienen, por todo patrimonio, más que las riquezas del espíritu, si se glorían de ellas, se rebajan por ese defecto hasta los poderosos de este mundo.

Y fray Giovanni superaba en humildad a todos los monjes de la casa de Viterbo. El guardián del convento, el santo hermano Silvestre, no era tan bueno como él, porque el amo siempre es peor que el servidor, y la madre menos inocente que el niño.

Viendo que fray Giovanni tenía la costumbre de quitarse sus ropas para vestir con ellas los miembros dolientes de Jesucristo, el guardián le prohibió, en nombre de la santa obediencia, dar sus ropas a los pobres. Pero el día en que se le había indicado

esa prohibición, Giovanni fue, según su costumbre, a rezar al bosque que cubre las pendientes del Cunino. Era invierno. La nieve caía y los lobos bajaban a las aldeas.

Fray Giovanni, arrodillado al pie de una encina, habló a Dios como un amigo a otro amigo y le suplicó que tuviera piedad de los huérfanos, las viudas y los presos; piedad del dueño de los campos al que ahogan los usureros lombardos; piedad de los gamos y de las ciervas del bosque perseguidos por los cazadores, de las liebres y del pájaro cogido en la trampa. Y quedó en éxtasis, y vio una mano en el cielo.

Cuando el sol se hubo hundido detrás de la montaña, el hombre de Dios se levantó y tomó el camino del convento. En el camino blanco y silencioso encontró a un pobre que le pidió limosna por amor de Dios.

—¡Ay! —le respondió—, no tengo nada más que mi sayal y el guardián me ha prohibido cortarlo para dar la mitad. Por eso no puedo compartirlo contigo. Pero si me amas, hijo mío, me lo robarás entero.

Tras oír estas palabras, el pobre despojó al monje de su sayal.

Y fray Giovanni echó a caminar desnudo bajo la nieve que caía, y entró en la ciudad. Cuando cruzaba la plaza, como no tenía más que un paño en la cintura, los niños que jugaban y reían se burlaron de él. Para injuriarle, le enseñaban el puño pasando el pulgar entre los dedos índice y corazón, y le lanzaban nieve mezclada con barro y piedras.

Había en la plaza del pueblo unas vigas destinadas a la armazón de una casa. Una de aquellas vigas estaba atravesada sobre las otras. Dos niños fueron a sentarse cada uno en un extremo de esa viga y se balancearon. Estos dos niños eran de los que se habían burlado del santo y le habían tirado piedras.

Se acercó a ellos sonriendo y les dijo:

—Hijos míos, ¿me permitís compartir vuestro juego? Y, tras sentarse en uno de los extremos de la viga, se balanceó con los niños.

Y unos ciudadanos que acertaron a pasar, dijeron:

—En verdad que este hombre ha perdido el juicio.

Y, después de que las campanas hubieran tocado el Ave María, fray Giovanni seguía balanceándose. Y ocurrió que unos sacerdotes de Roma, llegados a Viterbo para visitar a los hermanos mendicantes cuya fama era grande en el mundo, pasaron por la plaza pública. Y, tras haber oído a los niños que gritaban: «Ahí está el hermanito Giovanni», aquellos sacerdotes se acercaron al monje y le saludaron con mucho respeto. Pero el santo hombre no les devolvió el saludo y, haciendo como que no los veía, siguió balanceándose sobre la viga que oscilaba. Y los sacerdotes se dijeron entre sí:

—Dejemos a este hombre. Es totalmente estúpido.

Entonces fray Giovanni se alegró, y su corazón quedó inundado de delicias. Porque aquellas cosas las hacía por humildad y por amor de Dios. Y se regocijaba en el oprobio como el avaro guarda su oro en un cofre de cedro provisto de triple cerradura.

Por la noche fue a llamar a la puerta del convento. Y tras ser admitido, apareció desnudo, ensangrentado y cubierto de barro. Sonrió y dijo:

—Un ladrón bienhechor me ha robado mi sayal y unos niños me han juzgado digno de jugar con ellos.

Pero los hermanos se indignaban porque se había atrevido a cruzar la villa en un estado tan poco honorable.

—No teme exponer a la mofa y a la befa a la santa Orden de San Francisco —decían—. Merece ser castigado con dureza.

El General, advertido de que un gran escándalo asolaba la santa Orden, reunió a todos los hermanos del capítulo e hizo que fray Giovanni se pusiera en el centro de rodillas. Con el rostro encendido de cólera, le riñó con voz ruda. Luego consultó a la asamblea sobre la pena que convenía infligir al culpable.

Unos querían que fuera metido en las mazmorras o colgado en una jaula en el campanario de la iglesia. La opinión de otros era que debía encadenársele como a un loco.

Y fray Giovanni les decía, muy contento:

—Tenéis razón, hermanos míos: merezco esos castigos, y otros mayores aún. Sólo valgo para perder en vano todos los bienes de Dios y de mi Orden.

Y el hermano Marciano, que era de gran severidad en sus costumbres y en sus máximas, exclamó:

—¿No oís que habla como un hipócrita y que esa voz melosa sale de un sepulcro blanqueado?

Y fray Giovanni dijo entonces:

—Hermano Marciano, soy capaz de todas las infamias si Dios no viene en mi ayuda.

Mientras tanto, el General meditaba sobre la singular conducta de fray Giovanni, y rogaba al Espíritu Santo que le inspirase en la sentencia que iba a dictar. Y, a medida que rezaba, su cólera se convertía en admiración. Había conocido a san Francisco, en los tiempos en que este ángel, nacido de una mujer, estaba de paso sobre la tierra, y el ejemplo del preferido de Jesús le había dado a conocer la belleza espiritual.

Por eso en su alma se hizo la luz y discernió en las obras de fray Giovanni una simplicidad celestial.

—Hermanos míos —dijo—, lejos de criticar a nuestro hermano, admiremos la gracia que recibe tan abundantemente. En verdad que es mejor que nosotros. Lo ha hecho, lo ha hecho a imitación de Jesucristo, que dejaba que fueran a él los niños y que soportó que los verdugos le despojasen de sus vestiduras.

Y así habló al hermano arrodillado:

—Hermano mío, ésta es la penitencia que os impongo: en nombre de la santa obediencia, os ordeno que vayáis al campo y, cuando encontréis a un pobre, que le pidáis que os despoje de vuestra túnica. Y cuando os haya dejado desnudo, volveréis

a la ciudad y jugaréis en la plaza pública con los niños.

Después de hablar así, el General bajó de su cátedra y, levantando a fray Giovanni, se arrodilló ante él y le besó los pies. Luego, volviéndose hacia los monjes reunidos, les dijo:

—En verdad, hermanos míos, este hombre es el juguete de Dios.

II
LA LÁMPARA

En aquel tiempo, fray Giovanni conoció que los bienes de este mundo proceden de Dios, y que deben corresponder a los pobres, que son los preferidos de Jesucristo.

Los cristianos celebraban el nacimiento del Salvador; y fray Giovanni había ido a la ciudad de Asís. Esta ciudad está sobre una montaña. Y de esa montaña se alzó el Sol de caridad.

Pero la antevíspera de Navidad, fray Giovanni rezaba de hinojos ante el altar bajo el que reposa san Francisco en un pilón de piedra. Y meditaba, pensando que san Francisco había nacido en un establo, como Jesús. Y, hallándose en meditación, el sacristán fue a pedirle que tuviera a bien cuidar de la iglesia mientras él iba a cenar. La iglesia y el altar estaban llenos de ornamentos preciosos. El oro y la plata abundaban en ellos, porque los hijos de san Francisco habían perdido la pobreza primera. Y habían aceptado los regalos de las reinas.

Fray Giovanni respondió al sacristán:

—Hermano mío, id a cenar. Y yo guardaré la iglesia como quiere Nuestro Señor.

Y, tras haber hablado así, prosiguió su meditación. Y mientras estaba solo, rezando, una pobre mujer llegó a la iglesia y le pidió limosna por amor de Dios.

—No tengo nada —respondió el santo varón—, pero el altar está lleno de ornamentos, y voy a ver si puedo daros algo.

Encima del altar colgaba una lámpara de oro, toda adornada de campanillas de plata. Y, contemplando aquella lámpara, se dijo para sus adentros:

—Estas campanillas no son más que vanos ornamentos. El verdadero adorno de este altar es el cuerpo de san Francisco que reposa desnudo bajo la losa con una piedra por almohada.

Y, sacando su navaja del bolsillo, separó las campanillas una tras otra y se las dio a la pobre mujer.

Y cuando el sacristán, después de haber cenado, volvió a la iglesia, fray Giovanni, el santo de Dios, le dijo:

—Hermano mío, no os inquietéis por las campanillas que había en la lámpara. Se las he dado a una pobre mujer que las necesitaba.

Y fray Giovanni había obrado de aquella manera porque sabía por revelación que todas las cosas de este mundo, por pertenecer a Dios, pertenecen a los pobres.

Y en la tierra fue culpado por los hombres apegados a sus riquezas. Pero resultó grato a las miradas de la bondad divina.

III
EL DOCTOR SERÁFICO

Fray Giovanni no estaba muy adelantado en el conocimiento de las letras, y se alegraba de su ignorancia como de un manantial abundante de humillaciones.

Pero, tras haber visto en el convento de Santa María de los Ángeles a varios doctores en teología meditar sobre las perfecciones de la Santísima Trinidad y sobre los misterios de la Pasión, pensó que quizá tenían más amor de Dios que él, debido a sus mayores conocimientos.

Su alma se apenó y, por primera vez, cayó en la tristeza. Pero este sentimiento era contrario a su estado. Porque la alegría corresponde a los pobres.

Decidió plantear su inquietud al general de la Orden, a fin de librarse de ella como de un fardo inicuo. Y entonces era general de la Orden Giovanni di Fidanza.

Estando en mantillas, había recibido de san Francisco el nombre de Buenaventura. Había estudiado teología en la Universidad de París. Y destacaba en la ciencia del amor, que es la ciencia de Dios. Conocía los cuatro escalones que elevan la criatura hasta el Creador, y meditaba el misterio de las seis alas de los querubines. Por eso se le llamaba el doctor Seráfico.

Y sabía que la ciencia es inútil sin el amor. Fray Giovanni fue a su encuentro cuando estaba paseando por el jardín, en la terraza que domina la ciudad.

Era un domingo. Y los artesanos de la ciudad y los campesinos que trabajaban en las viñas subían, al pie de la terraza, por la empinada calle que conduce a la Iglesia.

Y fray Giovanni, viendo al hermano Buenaventura en el jardín, en medio de las azucenas, se acercó a él y dijo:

—Hermano Buenaventura, librad mi espíritu de la duda que me atormenta y respondedme. ¿Puede un ignorante amar a Dios con tanto amor como un sabio?

Y el hermano Buenaventura respondió:

—En verdad os digo, fray Giovanni, que una pobre vieja puede igualar y sobrepasar en amor de Dios a todos los doctores en teología. Y como la única excelencia del hombre está en el amor, os lo digo una vez más, hermano mío: esa vieja tan ignorante será elevada en el cielo por encima de los doctores.

Estas palabras colmaron de gozo a fray Giovanni. Y, asomándose al muro bajo del jardín, miró con amor a los que pasaban. Y les gritó a voz en cuello:

—Mujeres pobres, simples e ignorantes, en el cielo estaréis en un lugar mucho más elevado que el hermano Buenaventura.

Y el doctor Seráfico, al oír las palabras del buen hermano, sonrió entre las azucenas del jardín.

IV
EL PAN SOBRE LA PIEDRA

Como el bondadoso san Francisco había dicho a sus hijos: «Id y mendigad vuestro pan de puerta en puerta», fray Giovanni fue enviado un día a cierta ciudad. Una vez franqueadas las barreras, fue por las calles a mendigar su pan de puerta en puerta, según la regla, por amor de Dios.

Pero la gente de aquella ciudad era más avara que los de Lucca y más duros que los de Perugia. Los panaderos y los curtidores que jugaban a los dados delante de su tienda rechazaron con duras palabras al pobre de Jesucristo. Y las mujeres jóvenes, que tenían entre sus brazos a sus recién nacidos, volvían la cabeza. Y como el buen hermano, que se regocijaba en el oprobio, sonreía a las negativas y a los insultos, los habitantes de la ciudad decían:

—Se burla. Es un insensato, o más bien un vago y un borracho. Ha bebido demasiado vino. Sería un pecado darle siquiera una miga de pan de nuestro arcón.

Y el buen hermano les respondía:

—Tenéis razón, amigos míos; no merezco que os apiadéis de mí, y no soy digno de compartir el alimento de vuestros perros y de vuestros cerdos.

Los niños, que en ese momento salían de la escuela, oyeron estas palabras; persiguieron al hombre santo gritando:

—¡Al loco! ¡Al loco!

Y le arrojaron barro y piedras.

Y fray Giovanni salió al campo. La ciudad se asentaba en la pendiente de una colina, y estaba rodeada de viñedos y olivares.

Bajó por una cañada y, viendo cerca los maduros racimos de la vid que pendían de las ramas de los olmos, extendió los brazos, y bendijo los racimos. Bendijo también los olivos y las moreras y todo el trigo de la llanura. Sin embargo, tenía hambre y sed, y se deleitaba en la sed y en el hambre.

Al final de un camino vio un bosque de laureles. Los hermanos mendicantes suelen ir a rezar a los bosques, entre los pobres animales a los que cazan los hombres crueles. Por eso fray Giovanni entró en el bosque y caminó por la orilla de un riachuelo claro y cantarín. Y vio una piedra llana en la orilla de aquel riachuelo.

En ese momento, un joven de maravillosa belleza, vestido con una túnica blanca, depositó un pan sobre la piedra y se marchó.

Y fray Giovanni, tras arrodillarse, oró, diciendo:

—¡Qué bueno sois, Dios mío, permitiendo que vuestro pobre sea servido por la mano de uno de vuestros ángeles! ¡Oh pobreza bendita! ¡Oh magnífica y esplendida pobreza!

Y comió el pan del ángel y bebió el agua de la fuente. Y se vio fortificado en su cuerpo y en su alma. Y una mano invisible escribió sobre los muros de la ciudad: «¡Malditos sean los ricos!».

V
LA MESA BAJO LA HIGUERA

A ejemplo de san Francisco, su padre bienamado, fray Giovanni iba al hospital de Viterbo para cuidar a los leprosos. Les daba de beber y lavaba sus llagas.

Y, si blasfemaban, les decía: «¡Vosotros sois los preferidos de Jesucristo!». Y había leprosos muy humildes a los que reunía en una habitación y con los que se regocijaba como una madre en medio de sus hijos.

Pero los muros del hospital eran gruesos, y la luz sólo entraba por unas ventanas estrechas y altas. Y, en aquel aire infecto, a los leprosos les costaba seguir vivos. Y fray Giovanni vio que uno de ellos, llamado Lucida, que era de gran paciencia, perecía en aquel aire infecto.

Fray Giovanni amaba a Lucida y le decía:

—Hermano mío, sois Lucida, y no hay piedra más pura que vuestro corazón a los ojos de Dios.

Y dándose cuenta de que Lucida sufría más que los otros el olor pernicioso que se respiraba en aquella posada, le dijo un día:

—Amigo Lucida, querida oveja del Señor, mientras aquí se respira la peste, en los jardines de Santa María de los Ángeles bebemos el perfume de los cítisos. Venid conmigo a la casa de los hermanos. Allí veréis y disfrutaréis del hermoso cielo y seréis aliviado.

Mientras así hablaba, cogió al leproso por el brazo, lo cubrió con su manto y lo llevó a Santa María de los Ángeles.

Llegado a la puerta del convento, llamó al hermano portero con gritos de júbilo:

—Abrid —dijo—, abrid al amigo que os traigo. Se llama Lucida y su nombre es apropiado, porque es una perla de paciencia.

Abrió el portero la puerta. Mas cuando vio entre los brazos de fray Giovanni a un hombre cuyo rostro lívido y como mudo estaba cubierto de escamas, reconoció a un leproso. Y, muy asustado, corrió a avisar al hermano guardián. Este guardián se llamaba Andrea de Padua, y llevaba una vida muy santa. Sin embargo, cuando supo que fray Giovanni traía un leproso al convento de Santa María de los Ángeles, se irritó. Fue a su encuentro, con el rostro encendido de cólera, y le dijo:

—Quedaos fuera con ese hombre. Sois un insensato por exponer así al contagio a vuestros hermanos.

Fray Giovanni, sin responder nada, bajó la cabeza. Toda alegría se había borrado de su rostro. Y Lucida, viendo su pena, le dijo:

—Hermano mío, me aflige que por mi causa os hayáis contristado.

Y fray Giovanni besó al leproso en la mejilla. Luego dijo al guardián:

—Padre mío, ¿me permitiréis que me quede fuera con este hombre y comparta mi comida con él?

El guardián respondió:

—Haced lo que queráis, puesto que os ponéis por encima de la santa obediencia.

Y tras decir esto, volvió a entrar en la casa.

Delante de la puerta del convento había un banco de piedra bajo una higuera. Sobre ese banco puso fray Giovanni su escudilla. Y, mientras comía con el leproso, el guardián mandó abrir la puerta. Fue a ponerse bajo la higuera, y dijo:

—Fray Giovanni, perdonadme por haberos ofendido. Vengo a compartir vuestra comida.

VI
LA TENTACIÓN

Entonces Satán se sentó en la ladera de una colina y miró la casa de los frailes. Era negro y hermoso, semejante a un joven egipcio. Y pensó en su corazón:

—Porque soy el Adversario y porque soy el Otro tentaré a estos monjes, y les diré lo que calla Aquel que es su amigo. Y afligiré a estos religiosos diciéndoles la verdad, y los entristeceré diciéndoles palabras razonables. Hundiré el pensamiento como una espada en su corazón. Y cuando sepan la verdad, serán desgraciados. Porque sólo hay alegría en la ilusión, y sólo en la ignorancia se encuentra la paz. Y porque soy el amo de los que estudian la naturaleza de las plantas y los animales, la virtud de las piedras, los secretos del fuego, el curso de los astros y la influencia de los planetas, los hombres me han dado el nombre de Príncipe de las Tinieblas. Y me llaman el Maligno porque para mí se construyó el cordel con el que Ulpiano[69] enderezó la ley. Y mi Reino es de este mundo. Por eso tentaré a estos monjes, y les haré conocer que sus obras son malas y que el árbol de su caridad produce frutos amargos. Y los tentaré sin odio y sin amor.

Así habló Satán en su corazón. Mientras tanto, como las sombras de la noche se alargaban al pie de las colinas, y como los techos de las cabañas humeaban, el santo varón Giovanni salió del bosque donde solía rezar, y tomó el camino de Santa María de los Ángeles diciendo:

—Mi casa es casa de delicias, porque es casa de pobreza.

Y tras ver a fray Giovanni que caminaba, Satán pensó:

—Éste es uno de los que tentaré.

Y se cubrió la cabeza con su manto negro y se dirigió al encuentro, por el camino bordeado de terebintos, del santo varón.

Y había tomado la apariencia de una viuda velada. Cuando alcanzó a fray Giovanni, adoptó una voz melosa para pedirle limosna, diciendo:

—Dadme limosna por amor de Aquel de quien sois amigo, y al que no soy digno de nombrar.

Y fray Giovanni respondió:

—Por casualidad llevo conmigo una tacita de plata que un señor de la región me ha dado para que fuera fundida y utilizada en el altar de Santa María de los Ángeles. Tomadla, señora; mañana iré a rogar a ese bondadoso señor que me dé otra del mismo peso para la santa Virgen. Así se cumplirán sus deseos y, además, vos habréis recibido limosna por amor de Dios.

Satán cogió la taza y dijo:

—Buen hermano, permitid que una pobre viuda bese vuestra mano. La mano que

da es dulce y perfumada.

Fray Giovanni respondió:

—Guardaos, señora, de besarme la mano. Alejaos, en cambio, enseguida. Porque, según me parece, sois bella de cara, aunque negra como el rey mago que llevó la mirra. Y no conviene que os vea más. Pues todo es peligro para el solitario. Permitidme, pues, que os deje, encomendándoos a Dios. Y perdonad si he faltado a la cortesía con vos. Porque el buen san Francisco solía decir: «La cortesía será el adorno de mis hijos, como las flores adornan las colinas».

Pero Satán insistió:

—Padre mío, indicadme al menos una posada donde pueda pasar honestamente la noche.

Fray Giovanni respondió:

—Id, señora, a la casa de San Damián, con las pobres damas de Nuestro Señor. La que os reciba es Clara, que es un claro espejo de pureza y duquesa de la Pobreza.

Y Satán siguió diciendo:

—Padre mío, soy una mujer adúltera y me he entregado a muchos hombres.

Y fray Giovanni le dijo:

—Señora, si os creéis cargada con los pecados que decís, os pediría como un gran honor permiso para besaros los pies, porque valgo menos que vos, y vuestros pecados son pequeños comparados con los míos. Sin embargo, he recibido gracias mucho mayores de las que vos recibisteis. Pues mientras san Francisco y sus doce discípulos andaban aún sobre la tierra, yo viví con los ángeles.

Y Satán replicó:

—Padre mío, cuando os he pedido limosna por amor de Aquel que os ama, tramaba en mi corazón un mal designio. Y quiero que lo conozcáis. Voy mendigando por los caminos con velo de viuda para recoger una cantidad de dinero que destino a un hombre de Perusa que goza de mi cuerpo, y que se ha comprometido, si recibía esa cantidad, a matar por sorpresa a un caballero al que odio, porque, cuando me ofrecí a él, me despreció. Y esa suma, que aún no había conseguido, el peso de vuestra taza de plata la completa. Y la limosna que me habéis dado será el precio de la sangre. Habéis vendido al justo. Porque ese caballero es casto, austero y piadoso, y por eso le odio. Y vos habréis causado su muerte. Vos habéis puesto un peso de plata en el platillo del crimen.

Al oír estas palabras, el virtuoso fray Giovanni lloró. Y, retirándose a un lado, se puso de rodillas sobre un matorral de zarzas y rogó al Señor diciendo:

—Haced, Señor, que este crimen no caiga sobre esta mujer ni sobre mí, ni sobre ninguna de vuestras criaturas, sino que sea llevado bajo vuestros pies traspasados de clavos y sea lavado por vuestra preciosa sangre. Dejad caer sobre mí y sobre mi hermana del camino una gota de hisopo, y seremos purificados, y superaremos a la nieve en blancura.

Mientras tanto, el Adversario se alejaba pensando:

—No he conseguido tentar a este hombre debido a su extraordinaria simplicidad.

VII
EL DOCTOR SUTIL

Satán volvió a sentarse en la montaña que, enfrente de Viterbo, sonríe bajo su corona de olivos. Y dijo en su corazón:

—He de tentar a ese hombre.

Maquinaba este designio en su espíritu porque había visto a fray Giovanni que, ceñido con una cuerda y un moral al hombro, cruzaba la pradera, dirigiéndose a la ciudad para mendigar en ella su pan, de acuerdo con la regla.

Y Satán tomó la apariencia de santo obispo, y bajó a la pradera. Una mitra relumbrante pesaba sobre su cabeza, y las piedras de aquella mitra lanzaban verdaderas llamas. Su capa estaba cubierta de figuras bordadas y pintadas con tal arte que ningún artesano del mundo habría podido hacerlas semejantes.

Él mismo estaba representado, con seda y oro, en ella, bajo las apariencias de un san Jorge y de un san Sebastián, y también bajo las apariencias de la virgen Catalina y de la emperatriz Elena. La belleza de aquellas caras difundía turbación y tristeza. Y aquella capa era de un artificio maravilloso. Nada comparable en riqueza se ve en los tesoros de las iglesias.

De este modo, llevando la mitra y la capa, y comparable en majestad a ese Ambrosio del que Milán se enorgullece, Satán caminaba, apoyado en su báculo, por la pradera florecida.

Y, acercándose al santo varón, le dijo:

—¡La paz sea contigo!

Pero sin decirle qué clase de paz era. Y fray Giovanni creyó que era la paz del Señor. Pensó:

—Este obispo, que me da el saludo de paz, fue sin duda en vida un santo pontífice y un mártir inquebrantable en su constancia. Por eso Jesucristo ha trocado, en las manos de su confesor, el báculo de madera en báculo de oro. Hoy este santo es poderoso en el cielo. Y por eso, después de su bienaventurada muerte, pasea por la pradera pintada de flores y bordada de perlas de rocío.

Así pensó el santo varón Giovanni, y no le pareció extraño. Y, tras saludar a Satán con una gran reverencia, le dijo:

—Señor, sois misericordioso por apareceros a un pobre hombre como yo. Mas esta pradera es tan bella que no sorprende que los santos del paraíso paseen por aquí. Está pintada de flores y bordada de perlas de rocío, y es una obra amable del Señor.

Y Satán le dijo:

—No es la pradera, es tu corazón lo que vengo a mirar; y para hablarte he descendido de la montaña. Durante siglos he disputado muchísimo en la Iglesia. En

las asambleas de los doctores mi voz rugía como el trueno, mi pensamiento relucía como el relámpago. Soy sapientísimo, y me llaman el doctor Sutil. He discutido con los ángeles. Y quiero discutir contigo.

Fray Giovanni respondió:

—¿Cómo podría disputar el pobre hombrecillo que soy con el doctor Sutil? Yo no sé nada, y mi estupidez es tal que no puedo retener en mi cabeza otra cosa que las canciones en lengua vulgar cuando les han puesto rimas para ayudar a la memoria, como en: *Haced, Jesús, claro espejo, que mi corazón no sea negro; o en: Santa María, Virgen florida*.

Y Satán respondió:

—Fray Giovanni, las damas de Venecia se divierten mostrando su habilidad en meter un gran número de piezas de marfil en una caja de cedro que, en principio, parecía demasiado pequeña para contenerlas. Así introduciré yo en tu cabeza ideas que nadie creía que pudieran caber en ella. Y te llenaré con una sabiduría nueva. Te mostraré que, pensando caminar por la vía recta, yerras como un borracho, y empujas el arado sin preocuparte de alinear los surcos.

Fray Giovanni se humilló diciendo:

—Es verdad que no soy otra cosa que un insensato y que no hago nada sino mal.

Y Satán le dijo:

—¿Qué piensas de la pobreza?

El santo varón respondió:

—Pienso que es una perla preciosa.

Y Satán replicó:

—Pretendes que la pobreza es un gran bien, y quitas a los pobres una parte de ese gran bien dándoles limosna.

Y fray Giovanni pensó y dijo:

—La limosna que doy, la doy a Nuestro Señor Jesucristo cuya pobreza no puede ser disminuida. Porque es infinita, y sale de él como una fuente inagotable, y la derrama sobre sus preferidos, que serán siempre pobres, según la promesa del hijo de Dios. Dando a los pobres, no doy a los hombres, sino a Dios, de la misma manera que los ciudadanos pagan el impuesto al podestá, y el impuesto es para la ciudad que, con el dinero que recibe, provee a sus necesidades. Y lo que doy es para pavimentar la ciudad de Dios. Es inútil ser pobre de hecho si no es uno pobre de espíritu. Porque la verdadera pobreza es espíritu. El sayal, el cordón, las sandalias, las alforjas y la escudilla de madera no son otra cosa que su representación para recordarla. La pobreza que yo amo es espiritual, y la llamo: «Mi Señora» porque es una idea, y porque en esa idea reside toda belleza.

Satán sonrió y replicó:

—Fray Giovanni, tus máximas son las de un sabio de Grecia llamado Diógenes, que enseñaba en las universidades cuando guerreaba Alejandro de Macedonia.

Y Satán añadió:

—¿Es cierto que desprecias los bienes de este mundo?

Y fray Giovanni respondió:

—Los desprecio.

Y Satán le dijo:

—Mira que al mismo tiempo desprecias a los hombres laboriosos que, al producirlos, cumplen la orden que le fue dada a Adán, tu padre, cuando se le dijo: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Si el trabajo es bueno, el fruto del trabajo es bueno. Sin embargo, tú no trabajas ni te preocupas del trabajo de los demás. Pero recibes limosna y la das, despreciando la ley impuesta a Adán y a su semilla en los siglos.

—¡Ay! —suspiró fray Giovanni—, estoy cargado de crímenes y soy el hombre más malvado y más inepto al mismo tiempo del mundo. Por eso no me miréis, y leed en el Libro. Nuestro Señor dijo: «Los lirios del campo no trabajan ni hilan». Y también dice: «María tiene la buena parte que no le será quitada».

Entonces Satán alzó la mano, como quien disputa y se dispone a llevar con los dedos la cuenta de sus argumentos. Y dijo:

—Giovanni, lo que fue escrito con un sentido, tú lo lees con otro, y cuando estudias tu libro pareces menos un doctor en su pupitre que un asno en el pesebre. Voy por tanto a reprenderte como el maestro reprende al escolar. Fue dicho que los lirios del campo no tienen necesidad de hilar, porque son bellos, y la belleza es una virtud. Y también se dijo que María no ha de hacer la casa porque ama al que la visita. Mas tú que no eres hermoso y que no te instruyes, como María, en las cosas del amor, arrastras tristemente por los caminos una vida ignominiosa.

Giovanni respondió:

—Señor, igual que un hábil pintor representa en una estrecha tablilla de madera una ciudad entera con sus casas, sus torres y sus murallas, así vos habéis descrito en pocas palabras mi alma y mi rostro con maravillosa exactitud. Y soy por entero lo que decís. Mas si siguiera perfectamente la regla establecida por san Francisco, el ángel del señor, y si practicase la pobreza espiritual, sería el lirio de los campos y tendría la parte de María.

Y Satán le interrumpió y dijo:

—Pretendes que amas a los pobres. Pero prefieres al rico y sus riquezas, y adoras a Aquel que posee y da tesoros.

Y Giovanni respondió:

—Aquél a quien yo amo posee, no los bienes del cuerpo, sino los del espíritu.

Y Satán replicó:

—Todos los bienes son de carne y se gustan por la carne. Lo enseñó Epicuro, y Horacio, el satírico, lo escribió en sus cantos.

Tras haber escuchado estas palabras, el santo varón Giovanni suspiró:

—Señor, no os entiendo.

Satán se encogió de hombros y dijo:

—Mis palabras son exactas y literales y este hombre no las entiende. Y yo he disputado con Agustín y Jerónimo, y con Gregorio y con aquél al que llamaron Boca de Oro. Y éstos me entendían menos aún. Los miserables hombres caminan a tientas en las tinieblas, y el Error eleva sobre sus cabezas su inmenso dosel. Los simples y los sabios son juguete de la eterna mentira.

Satán siguió diciendo al santo varón Giovanni:

—¿Eres feliz? Si eres feliz, no prevaleceré contra ti. Porque el hombre sólo piensa en el dolor, y no medita más que en la tristeza. Y, atormentado por temores y deseos, se agita ansioso en su lecho y desgarra su almohada de mentiras. ¿Por qué tentar a este hombre? Es feliz.

Pero fray Giovanni suspiró:

—Señor, soy menos feliz desde que os escucho. Y vuestras razones me turban.

Al oír estas palabras, Satán arrojó su báculo pastoral, su mitra y su capa. Y se mostró desnudo. Era negro y más hermoso que el más hermoso de los ángeles.

Sonrió con dulzura, y dijo al santo varón:

—Tranquilízate, amigo mío. Soy el espíritu malo.

VIII
EL CARBÓN ARDIENTE

El hermano Giovanni era simple de corazón y de espíritu y, como carecía de facilidad para expresarse, no sabía hablar a los hombres.

Pero un día que rezaba según su costumbre al pie de una vieja encina, un ángel del Señor se le apareció y le saludó diciendo:

—Yo te saludo porque soy el que visita a los simples y anuncia los misterios a las vírgenes.

Y el ángel tenía en su mano un carbón ardiente. Depositó el carbón sobre los labios del santo. Y continuó hablando y dijo:

—Por este fuego tus labios permanecerán puros y serán ardientes. Y la quemadura que he hecho permanecerá en ellos. Tu lengua se soltará y hablarás a los hombres. Porque es preciso que los hombres oigan la palabra de vida y que sepan que sólo se salvarán por la sencillez del corazón. Por eso el Señor ha desatado la lengua del simple.

Y el ángel retornó al cielo. Y el santo varón Giovanni quedó sobrecogido de espanto. Rezó y dijo:

—Dios mío, es tan grande la turbación de mi corazón que no siento sobre mi labio la dulzura del fuego que sobre él ha puesto vuestro ángel.

»Queréis castigarme, Señor, porque me enviáis a hablar a los hombres, que no me entenderán. Seré odioso a todos, y vuestros mismos sacerdotes dirán: «¡Ha blasfemado!».

»Pues vuestra razón es contraria a la razón de los hombres. Pero hágase vuestra voluntad,

Y, tras levantarse, se dirigió a la ciudad.

IX
LA CASA DE INOCENCIA

Ese día fray Giovanni había salido del convento a la hora matutina en que los pájaros se despiertan cantando. Y se encaminaba a la ciudad. Y pensaba:

—Voy a la ciudad para mendigar en ella mi pan y para dar pan a los que mendigan; y daré lo que haya recibido, y recibiré lo que haya dado. Porque es bueno pedir y recibir por amor de Dios. Y el que recibe es hermano del que da. Y no hay que mirar si es uno u otro de los dos hermanos, pues el don no es nada y todo reside en la caridad.

»El que recibe, si tiene caridad, se iguala con aquel que da. Pero el que vende es enemigo de aquel que compra, y el vendedor obliga al comprador a ser su enemigo. Y ahí está la raíz del mal que envenena las ciudades, lo mismo que el veneno de la serpiente está en su cola. Y es preciso que una dama pise la cola de la serpiente. Esa dama es la Pobreza. Ya ha visitado en su torre al rey Luis de Francia; pero aún no ha entrado en casa de los florentinos, porque es casta y no quiere poner el pie en un lugar malo. La tienda del cambista es un lugar malo. Los banqueros y los cambistas cometen el mayor de los pecados. Las prostitutas pecan en los tugurios, pero su pecado es más pequeño que el de los banqueros y de todo aquel que se enriquece con la banca o con el negocio.

»En verdad que los banqueros y los cambistas no entrarán en el reino de los cielos, ni los panaderos, ni los drogueros, ni los que ejercen el arte de la lana de los que se enorgullece la ciudad de la Flor. Porque dan precio al oro y asignan un valor al cambio, levantan ídolos frente a los hombres. Y cuando dicen: «El oro tiene un valor», mienten. Pues el oro es más vil que las hojas secas que, con el viento de otoño, revolotean y susurran al pie de los terebintos. Sólo es precioso el trabajo del hombre cuando Dios le contempla.

Y mientras meditaba así, fray Giovanni vio que la montaña estaba horadada y que unos hombres sacaban piedras de ella. Y uno de los canteros permanecía echado en el camino, vestido con un jirón de grosera tela; su cuerpo había recibido las agudas mordeduras del frío y del calor. Los huesos de sus hombros y de su pecho estaban como al desnudo sobre su carne extenuada. Y una gran desolación surgía del hueco negro de sus ojos.

Fray Giovanni se acercó a él diciendo:

—¡La paz sea con vos!

Mas el cantero no respondió nada; no volvió la cabeza. Y fray Giovanni, creyendo que no le había oído, dijo de nuevo:

—¡La paz sea con vos!

Y pronunció las mismas palabras una tercera vez. Entonces el cantero le miró furioso y le dijo:

—Sólo alcanzaré la paz con mi muerte. ¡Vete, maldita corneja cuyos deseos me anuncian una felicidad engañosa! ¡Vete a graznar a otros más simples que yo! Sé que la suerte del cantero es totalmente desdichada, y que no hay alivio para su miseria. Arranco piedras desde la mañana hasta la noche, y por precio a mi trabajo recibo un mendrugo de pan negro. Y cuando mis brazos sean menos fuertes que las piedras de la montaña, cuando mi cuerpo se haya debilitado totalmente, me moriré de hambre.

—Hermano mío —dijo el santo varón Giovanni—, no es justo que arranquéis muchas piedras y sólo recibáis un poco de pan.

El cantero se puso de pie:

—Monje, ¿qué ves en lo alto de la colina?

—Hermano mío, veo las murallas de la ciudad.

—¿Y más arriba?

—Veo los tejados de las casas que dominan las murallas.

—¿Y más arriba?

—Las cimas de los pinos, las cúpulas de las iglesias y los campanarios.

—¿Y más arriba aún?

—Veo una torre que domina a todas las demás. La rematan almenas. Es la torre del podestá.

—Monje, ¿qué ves sobre las almenas de esa torre?

—Hermano mío, sobre las almenas de esa torre sólo veo el cielo.

—Sobre esa torre —dijo el cantero—, yo veo una figura repugnante y gigantesca que blande una maza, y sobre esa maza veo escrito: INIQUIDAD. Y la Iniquidad se ha elevado por encima de los ciudadanos sobre la torre de los magistrados y de las leyes.

Y fray Giovanni respondió:

—Lo que uno ve, otro no lo ve, y es posible que esa figura que vos decís esté sobre la torre del podestá, en la ciudad de Viterbo. Pero ¿no hay un remedio a los males que sufrís, hermano mío? El buen san Francisco dejó sobre la tierra tal manantial de consuelo que todos los hombres pueden refrescarse en él.

Y el cantero habló así:

—Unos hombres han dicho: «Esa montaña es nuestra». Y esos hombres son mis amos, y para ellos saco yo la piedra. Y ellos gozan el fruto de mi trabajo.

Fray Giovanni suspiró:

—Tienen que estar locos los hombres para creer que poseen una montaña.

El cantero replicó:

—No están locos. Y las leyes de la ciudad les garantizan esa posesión. Los ciudadanos les pagan las piedras que yo he sacado. Y son mármoles de gran precio.

Y fray Giovanni dijo:

—Habría que cambiar las leyes de la ciudad y las costumbres de los ciudadanos.

San Francisco, el ángel del Señor, dio ejemplo y mostró el camino. Cuando decidió, por orden de Dios, levantar de nuevo la iglesia en ruinas de San Damián, no fue en busca del amo de la cantera. Y no dijo: «Traedme los mármoles más hermosos y yo os daré oro a cambio». Pues aquel que llamaban el hijo de Bernardone y que era verdadero hijo de Dios, sabía que el hombre que vende es enemigo del hombre que compra, y que el arte del negocio es más dañino, si ello es posible, que el arte de la guerra. Por eso no se dirigió a los maestros albañiles ni a ninguno de los que dan mármol, madera o plomo por dinero. Sino que se fue a la montaña, y allí cogió su carga de madera y piedras y él mismo la llevó al lugar consagrado a la memoria del bienaventurado Damián. Él mismo colocó las piedras con la ayuda del cordel, para formar los muros. E hizo el cemento para unir las piedras entre sí. Fue un recinto humilde y tosco. Fue la obra de un brazo débil. Mas quien la contempla con los ojos del alma reconoce en ella el pensamiento de un ángel. Pues el mortero de esa pared no está amasado con la sangre de los desgraciados; pues esa casa de San Damián no fue construida con los treinta denarios que pagaron la sangre del justo, y que, tirados por el Iscariote, corren desde entonces de mano en mano por el mundo pagando toda injusticia y toda crueldad.

»Porque, de todas, esa casa es la única fundada sobre la inocencia, establecida sobre el amor, asentada sobre la caridad, y la única de todas que es la casa de Dios.

»Y os lo digo en verdad, obrero hermano mío, cuando hacía estas cosas el pobre Jesucristo dio al mundo ejemplo de justicia, y un día su locura parecerá sabiduría. Porque en la tierra todo es de Dios, y nosotros somos los hijos de Dios, y las partes de los hijos deben ser iguales. Es decir, que cada cual debe coger lo que necesita. Y para que los grandes no exijan caldo ni los pequeños beban vino, la parte de cada uno no será igual, pero cada uno tendrá la parte conveniente.

»Y el trabajo será alegre cuando no sea pagado. Porque es el oro inicuo el único que provoca la desigualdad de las particiones. Cuando cada uno vaya a la montaña a buscar su piedra y la lleve sobre sus hombros a la ciudad, la piedra será ligera y será piedra de alegría. Y construiremos la casa alegre. Y construiremos la ciudad nueva. Y no habrá en ella ni pobres ni ricos, sino que todos se llamarán pobres pues querrán llevar un nombre que los honra.

Así habló el dulce fray Giovanni, y el miserable cantero pensó:

—Este hombre vestido con un sayal y que ciñe su cintura con una cuerda ha dicho cosas nuevas. No veré el fin de mis miserias y voy a morir de fatiga y de hambre. Pero moriré feliz, pues antes de apagarse mis ojos habrán visto el alba del día de justicia.

X
LOS AMIGOS DEL BIEN

Y en aquel tiempo, en la ilustrísima ciudad de Viterbo había una cofradía formada por sesenta ancianos. Y estos ancianos formaban parte de los principales de la ciudad, acaparaban los honores y las riquezas y profesaban la virtud. Entre ellos se hallaba un gonfalonero de la República, varios doctores en uno y otro derecho, jueces, comerciantes, cambistas de piedad notoria y algunos viejos condotieros debilitados por la edad.

Porque se habían reunido para incitar a los ciudadanos al bien y daban testimonio, se llamaban los Amigos del Bien. Este título estaba inscrito en la bandera de la cofradía, y estaban de acuerdo para persuadir a los pobres de la conveniencia de hacer el bien, para que no sobreviniera ningún cambio en la ciudad.

Solían reunirse el último día de cada mes en el palacio del podestá para comunicarse unos a otros las buenas obras hechas durante el mes en la ciudad. Y daban monedas de plata a los pobres que habían hecho el bien.

Y ese día celebraban los Amigos del Bien su asamblea. En el fondo de la sala había un estrado revestido de terciopelo y sobre ese estrado se alzaba un magnífico dosel soportado por cuatro figuras esculpidas y pintadas. Estas figuras eran la Justicia, la Templanza, la Fuerza y la Castidad. Los principales de la cofradía se sentaban bajo ese dosel. El decano se sentó en medio de ellos en una silla de oro que apenas era inferior en riqueza a ese trono que no hacía mucho vio preparado el discípulo de san Francisco en el cielo para el pobre del Señor. Aquel asiento había sido regalado al decano para honrarle por todas las buenas obras hechas en la ciudad.

Y cuando los miembros de la cofradía se hubieron colocado en el orden conveniente, el decano se levantó para hablar. Felicitó a los sirvientes que habían servido a su amo sin recibir salario, y celebró a los viejos que, no teniendo pan, no lo pedían.

Y dijo:

—Éstos han obrado bien. Y les recompensaremos; porque importa que el bien sea recompensado, y nos corresponde premiarlos porque somos los primeros y los mejores de la ciudad.

Cuando terminó de hablar, la multitud del pueblo que estaba de pie junto al estrado aplaudió.

Pero cuando hubieron terminado de aplaudir, fray Giovanni habló desde el centro de la miserable turba y preguntó en voz alta:

—¿Qué es el bien?

Se produjo entonces un gran rumor en la asamblea. El decano exclamó:

—¿Quién ha hablado?

Y un hombre pelirrojo que se había mezclado con los pobres respondió:

—Es un monje llamado Giovanni, que es el oprobio de su convento. Va desnudo por las calles, llevando sus hábitos sobre la cabeza, y se entrega a toda suerte de extravagancias.

Un panadero dijo a continuación:

—¡Es un loco y un malvado! Mendiga su pan a las puertas de las panaderías.

Varios de los asistentes, que lanzaban grandes clamores, agarraron al hermano Giovanni por los hábitos y, mientras éstos se esforzaban por echarle fuera, otros, más impacientes, lanzaban escabeles y los rompían sobre la cabeza del santo varón. Pero el decano se puso en pie bajo el dosel y dijo:

—Dejad tranquilo a ese hombre, para que me oiga y sea confundido. Pregunta qué es el bien, porque el bien no está en él y está desprovisto de virtud. Y yo le respondo: «El conocimiento del bien está en el interior de los hombres virtuosos. Y los buenos ciudadanos llevan en sí el respeto de las leyes. Aprueban lo que se ha hecho en la ciudad para asegurar a cada uno el goce de las riquezas adquiridas. Sostienen el orden establecido y se arman para defenderlo. Porque el deber de los pobres es defender las riquezas de los ricos. Y así se mantiene la unión de los ciudadanos. Y eso es el bien. Y el rico hace que un servidor le lleve una cesta llena de panes que distribuye a los pobres, y también esto es el bien». Esto es lo que convenía enseñar a ese hombre ignorante y grosero.

Tras hablar así, el decano se sentó y la muchedumbre de pobres dejó oír un murmullo favorable. Pero fray Giovanni, tras subirse a uno de los escabeles que le habían arrojado a la cabeza con oprobio e injuria, habló a todos y dijo:

—¡Oíd las palabras saludables! El bien no está en el hombre. Y el hombre, por sí mismo, no sabe lo que es bueno para él. Pues ignora su naturaleza y su destino. Y lo que estima bueno puede ser malo para él. Lo que cree útil puede serle perjudicial. Y es incapaz de elegir las cosas que le convienen porque no conoce sus necesidades y es como el niño que, sentado en la pradera, chupa como si fuera leche el jugo de la belladona. Y no sabe que la belladona es veneno; pero su madre lo sabe. Por eso el bien es hacer la voluntad de Dios.

»No hay que decir: «Yo enseño el bien, y el bien es obedecer las leyes de la ciudad». Pues esas leyes no son de Dios; sino que son del hombre y participan de su malicia y de su imbecilidad. Se parecen a las reglas que los niños establecen en la plaza de Viterbo cuando juegan a la pelota. El bien no está en las costumbres ni en las leyes. Sino que está en Dios y en el cumplimiento de la voluntad de Dios sobre la tierra. No es a través de los legistas ni de los magistrados como se cumple la voluntad de Dios sobre la tierra.

»Pues los poderosos de este mundo hacen su voluntad, y esa voluntad es contraria a la voluntad de Dios. Mas los que se han despojado de la soberbia y saben que no hay bien alguno en ellos, en éstos hay grandes dones, y Dios mismo gotea en ellos

como la miel en el hueco de las encinas.

»Y es preciso que seamos la encina llena de miel y de rocío. Los humildes, los simples y los ignorantes conocen a Dios. Y a través de ellos reinará Dios sobre la tierra. La salvación no está en el vigor de las leyes ni en el número de soldados. Está en la pobreza y en la humildad.

»No digáis: «El bien está en mí y yo enseño el bien». Decid por el contrario: «El bien está en Dios». Hace demasiado tiempo que los hombres se han endurecido en su propia sabiduría. Hace demasiado tiempo que han puesto el León y la Loba como emblema sobre las puertas de sus ciudades. Su sabiduría y su prudencia han causado la esclavitud, las guerras y la muerte de muchos inocentes. Por eso debéis dejaros guiar por Dios, como el ciego se hace guiar por su perro. Y no temáis cerrar los ojos de vuestro espíritu y perder la razón, pues la razón os ha vuelto desdichados y perversos. Y por ella os habéis vuelto semejantes a ese hombre que, tras haber adivinado los secretos de la Bestia agazapada en la caverna, se enorgullece y, creyéndose sabio, mató a su padre y se casó con su madre.

»Dios no estaba con él. Está con los humildes y los simples. Aprended a no ejercer vuestra voluntad, y él pondrá su voluntad en vosotros. No tratéis de adivinar los enigmas de la Bestia. Sed ignorantes, y ya no tendréis miedo a errar. Sólo los sabios se equivocan.

Cuando fray Giovanni terminó de hablar, el decano se levantó y dijo:

—Ese malvado me ha ofendido, le perdono de buen grado esa ofensa. Pero ha hablado contra las leyes de Viterbo, y conviene que sea castigado.

Y fray Giovanni fue llevado ante los jueces, que mandaron cargarle de cadenas y lo enviaron a la prisión de la ciudad.

XI
LA DULCE REBELDÍA

El santo varón Giovanni fue atado con cadenas a un grueso pilar en medio de las mazmorras sobre las que pasaba el río.

Dos hombres estaban sumidos con él en las viscosas tinieblas. Los dos habían conocido y proclamado la injusticia de las leyes. Uno quería derribar la República por la fuerza. Había cometido crímenes a modo de ejemplo, y meditaba purificar la ciudad por el hierro y el fuego. El otro esperaba cambiar los corazones: había dicho palabras persuasivas. Inventor de sabias leyes, contaba con la belleza de su genio y con la inocencia de sus costumbres para imponerlas a sus conciudadanos. Y los dos habían sido condenados al mismo castigo.

Cuando supieron que el santo varón estaba encadenado con ellos por haber hablado contra las leyes de la ciudad, le felicitaron. Y el que había inventado leyes sabias le dijo:

—Hermano, si alguna vez recobramos la libertad, ya que piensas como yo, me ayudarás a persuadir a los ciudadanos de que deben establecer por encima de ellos el imperio de unas leyes justas.

Peto el santo varón Giovanni le respondió:

—¿Qué importa que la justicia esté en las leyes si no está en los corazones? Y si los corazones son injuriosos, ¿de qué servirá que la equidad reine en la ley?

»No digáis: «Nosotros estableceremos leyes justas, y devolveremos a cada uno lo que le es debido». Porque nadie es justo, y no sabemos lo que conviene a los hombres. Asimismo ignoramos lo que es bueno y lo que es malo para ellos. Y cada vez que los príncipes del pueblo y los jefes de la República han amado la justicia, han hecho perecer a muchos hombres.

»No entreguéis el compás ni el nivel al mal agrimensor. Pues, con instrumentos justos, hará repartos injustos. Y dirá: «Ved, llevo conmigo el nivel, la regla y la escuadra, y soy un buen agrimensor». Mientras los hombres sigan siendo avaros y crueles, harán crueles las leyes más dulces y despojarán a sus hermanos con palabras de amor. Por eso es inútil revelarles las palabras de amor y las leyes de dulzura.

»No opongáis unas leyes a otras, ni levantéis mesas de mármol o de bronce frente a los hombres. Pues todo lo que está escrito en las tablas de la ley está escrito con letras de sangre.

Así habló el santo varón. Y el prisionero que había cometido asesinatos ejemplares y preparado la ruina saludable de la ciudad mostró su aprobación y dijo:

—Compañero, has hablado bien. Has de saber que yo no opondré una ley a otra, la regla derecha a la regla torcida, sino que quiero destruir la ley mediante la

violencia y obligar a los ciudadanos a vivir luego en una bienaventurada libertad. Y has de saber además que maté a jueces y a gente de armas, y que cometí crímenes por el bien.

Tras oír estas palabras, el hombre del Señor se puso de pie, extendió sus brazos cargados de cadenas en la sombra maligna y exclamó:

—¡Malditos sean los violentos! Porque la violencia engendra violencia. El que obra como tú siembra la tierra de odios y de cóleras, y sus hijos se desgarrarán los pies en las zarzas del camino, y las serpientes les morderán en los talones.

»¡Ay de ti!, porque derramaste la sangre del juez inicuo y del soldado brutal, y te has vuelto semejante al soldado y al juez. Y como ellos llevas en las manos la mancha indeleble.

»Insensato el que dice: «Haremos a nuestra vez el mal y nuestro corazón se verá aliviado. Seremos injustos, y eso será el comienzo de la justicia». El mal está en el deseo. No deseéis nada y no tendréis mal. La injusticia sólo es mala para los injustos. Nunca la sufriré si soy justo. La iniquidad es una espada cuya empuñadura desgarra la mano del que la sostiene. Su punta no hiere el corazón del hombre simple y bueno.

»Amáis la vida, y ese afecto está en el corazón de todo hombre. Amad pues el sufrimiento. Porque vivir es sufrir. No envidiéis a vuestros crueles amos. Tened compasión de los publicanos y de los jueces. Los más orgullosos entre ellos han conocido el aguijón del dolor y las ansias de la muerte. Sed más felices, ya que sois inocentes. Que para vosotros el dolor pierda su aguijón y la muerte sus ansias.

»Sed en Dios, y decíos: «Todo es bien en él». Guardaos incluso de querer la felicidad pública con excesiva fuerza y aspereza, no vaya a ser que en vuestro deseo se deslice alguna crueldad. Sino que vuestro deseo de caridad universal tenga el fervor de una oración y la dulzura de una esperanza.

»Será bella la mesa donde todo el mundo reciba su parte equitativa y donde los comensales se laven los pies los unos a los otros. Mas no digáis: «Yo prepararé esa mesa por la fuerza en las calles de la ciudad y en las plazas públicas». Pues no es con el cuchillo en la mano como debéis invitar a vuestros hermanos al banquete de la justicia y de la mansedumbre. Es preciso que la mesa se prepare por sí misma en el Campo de Marte mediante la virtud de la gracia y la buena voluntad.

»Y será un milagro. Mas sabed que los milagros sólo se realizan por la fe y el amor. Si desobedecéis a vuestros amos, que sea por amor. No les carguéis de cadenas ni los matéis. Sino decidles: «Yo no mataré a mis hermanos ni los encadenaré». Soportad, sufrid, aceptad, quered lo que Dios quiere, y vuestra voluntad se hará en la tierra como en el cielo. Lo que parece malo es malo, y lo que parece bueno es bueno. El verdadero mal está en el esfuerzo y en el descontento. No nos esforcemos en absoluto y estemos contentos; no golpeemos a los malvados, para no parecernos a ellos.

»Si tenemos la dicha de ser pobres de hecho, no nos hagamos ricos por el espíritu ni apeguemos nuestro corazón a los bienes que vuelven injustos y desgraciados.

Suframos pacientemente la persecución y seamos esos vasos de amor que cambian en bálsamo la hiel que en ellos se vierte.

XII
PALABRAS DE AMOR

Los jueces ordenaron que compareciera ante ellos el santo varón Giovanni, encadenado al que había lanzado fuego griego contra el Palacio de los Priores. Y dijeron al santo varón:

—Estás con el criminal porque no estás con nosotros. Porque quien no está con los buenos está con los malos.

Y el santo varón les respondió:

—No hay buenos ni malos entre los hombres. Pero todos son desdichados. Y aquéllos a los que no afligen el hambre ni la vergüenza, los atormenta la riqueza y el poder. No es dado a quien nace de mujer escapar a las miserias, y el hijo de la mujer es semejante al enfermo que da vueltas en su lecho sin encontrar reposo, porque no quiere echarse sobre la cruz de Jesús y descansar la cabeza en las espinas, y no disfruta en el sufrimiento. Sin embargo, la alegría sólo está en el sufrimiento. Y quienes aman lo saben.

»Yo estoy con el amor y este hombre está con el odio. Por eso no nos encontraremos nunca. Y yo le digo: «Hermano mío, hiciste mal, y grande es tu pecado». Y hablo así porque la caridad y el amor me lo ordenan. Mas vos condenáis a este criminal en nombre de la justicia. Y, al invocar la justicia, juráis en vano. Pues no hay justicia entre los hombres.

»Todos somos criminales. Y cuando decís: «La vida del pueblo está en nosotros», mentís. Y sois la sepultura que dice: «Soy la cuna». La vida de los pueblos está en las mieses de los campos que se ponen amarillas bajo la mirada del Señor. Está en las vides que cuelgan de los olmos, y en la sonrisa y las lágrimas con que el cielo baña los frutos de los árboles, en los cercados de los huertos. No está en las leyes, que son hechas por los ricos y los poderosos para la conservación del poder y la riqueza.

»Olvidáis que nacisteis pobres y desnudos. Y Aquel que nació en el portal de Belén vino sin provecho para vosotros. Y es menester que vuelva a nacer pobre y que sea crucificado por segunda vez para vuestra salvación.

»El violento se ha servido de las armas de fuego que vosotros habéis forjado. Y es comparable a los guerreros a los que honráis porque han destruido ciudades. Lo que está defendido por la fuerza será atacado por la fuerza. Y si sabéis leer el libro que habéis escrito, en él veréis lo que digo. Porque en vuestro libro habéis puesto que el derecho de gentes es el derecho de guerra. Y habéis glorificado la violencia, rindiendo honores a los conquistadores y elevando sobre vuestras plazas públicas estatuas en honor a ellos y a su caballo.

»Y habéis dicho: «Hay una violencia buena y una violencia mala. Y esto es el

derecho de gentes, y esto es la ley». Pero cuando esos hombres os hayan arrojado fuera de la ley, ellos serán la ley lo mismo que vosotros os convertisteis en la ley cuando derrocasteis al tirano que era la ley antes de vosotros.

»Pero, sabedlo bien, sólo hay derecho verdadero en la renuncia al derecho. No hay ley santa más que en el amor. No hay justicia más que en la caridad. No es por la fuerza como conviene resistir a la fuerza, porque la lucha enardece a los combatientes y la suerte de las batallas es dudosa. Mas si se opone la dulzura a la violencia, ésta, al no encontrar apoyo en su adversario, cae por sí misma.

»Los sabios dicen en los bestiarios que el unicornio que lleva en la frente una espada centelleante traspasa la coraza de hierro del cazador, y se arrodilla a los pies de una doncella. Sed dulces, volveos un alma simple, tened puro el corazón, y no temeréis nada.

»No pongáis vuestra confianza en la espada de los condotieros, pues la piedra del pastor hirió la frente del gigante. Sino fortaleceos en el amor, y amad a los que os odian. El odio que no se devuelve queda reducido a la mitad. Y la parte que perdura, languidece, viuda, y muere. Despojaos a fin de que no os despojen. Amad a vuestros enemigos para que dejen de ser enemigos. Perdonad a fin de que os perdonen. No digáis: «La dulzura perjudica a los pastores de los pueblos». Pues no sabéis nada sobre eso. Los pastores de los pueblos nunca la han probado. Pretenden haber disminuido el mal mediante el rigor. Pero el mal es grande entre los hombres y no se ve que disminuya.

»He dicho a los unos: «No seáis opresores». He dicho a los otros: «No os rebeléis». Y ni los unos ni los otros me han escuchado. Y me han tirado piedras riéndose de mí. Porque estaba con todos, cada uno me dijo: «No estás conmigo».

»He dicho: «Soy el amigo de los miserables». Y no habéis creído que era vuestro amigo porque, en vuestro orgullo, no sabéis que sois miserables. Sin embargo, la miseria del amo es más cruel que la del esclavo. Pero cuando yo os compadecía tiernamente, habéis creído que me burlaba. Y los oprimidos han pensado que estaba de parte de los opresores. Y han dicho: «No tiene ninguna piedad». Mas mi parte está en el amor y no en el odio. Por eso me despreciáis. Y porque anuncio la paz en la tierra, me tenéis por insensato. Os parece que mis palabras van en todas las direcciones, como los pasos de un hombre borracho. Y es cierto que cruzo vuestros campos como esos tañedores de arpa que, la víspera de la batalla, van a tocar delante de las tiendas. Y los soldados dicen, al escucharles: «Son pobres inocentes que van tocando canciones que hemos oído en nuestras montañas». Yo soy ese arpista que pasa en medio de los ejércitos. Cuando veo adónde conduce la sabiduría humana, prefiero estar loco; y agradezco a Dios que me haya dado el arpa y no la espada.

XIII
LA VERDAD

El santo varón Giovanni seguía estando en una mazmorra muy estrecha, sujeto por cadenas a anillas clavadas en el muro. Pero su alma seguía siendo libre, y los tormentos no habían quebrantado su constancia. Y se prometía no traicionar su fe, sino ser el testigo y el mártir de la Verdad, a fin de morir en Dios. Y se decía: «La Verdad me acompañará a la horca. Me mirará y llorará. Dirá: Lloro porque este hombre muere por mí».

Y cuando el santo varón hacía así, en soledad, el coloquio de sus pensamientos, un caballero entró en la prisión, sin que nadie hubiera abierto las puertas. Iba vestido con un manto rojo y en la mano llevaba una linterna encendida.

Fray Giovanni le dijo:

—¿Cómo te llamas, sutil señor que traspasas los muros?

Y el caballero respondió:

—Hermano, ¿de qué sirve decirte los nombres que me dan? Tendré para ti el que me des. Has de saber que vengo a ti compasivo y benévolo, y porque, sabiendo que profesas encarecidamente el amor a la verdad, te traigo una palabra sobre esa Verdad que has tomado por señora y compañera.

Y fray Giovanni empezó dando las gracias al visitante. Mas éste le detuvo:

—Te advierto —le dijo— que al principio esa palabra te parecerá vana y despreciable, porque es como una llavecita que el imprudente arroja sin usarla.

»Mas el hombre avisado la prueba en varias y al fin se da cuenta de que abre un cofre lleno de oro y piedras preciosas.

»Así pues, te digo: Fray Giovanni, puesto que te aventuraste a tomar la Verdad por señora y amiga, te importa mucho saber de ella cuanto se puede saber. Así pues te digo que es BLANCA. Y por su apariencia, que te doy a conocer, descubrirás su naturaleza, cosa que te será muy útil para relacionarte con ella y rodearla de toda clase de delicadezas, como un amigo que adora a su amiga. Ten pues por seguro, buen hermano, que es BLANCA.

Tras oír estas palabras, el santo varón Giovanni respondió:

—Maese Sutil, el sentido de vuestras palabras no es tan difícil de adivinar como al parecer habéis temido. Y mi inteligencia, aunque por naturaleza torpe y dura, ha sido atravesada enseguida por la aguda punta de la alegoría. Decís que la Verdad es blanca para representar la perfecta pureza que hay en ella y demostrar con toda claridad que es una dama inmaculada. Y yo me la represento tal como decís, superando en blancura a las azucenas de los jardines y a la nieve que cubre, durante el invierno, las cimas del Alverne.

Mas el visitante movió la cabeza y dijo:

—Fray Giovanni, no es ése el sentido de mis palabras y no has roto el hueso para sacar el tuétano. Te he enseñado que la Verdad es blanca pero no que es pura. Y es muestra de pequeño entendimiento creer que es pura.

Afligido por lo que acababa de oír, el santo varón Giovanni respondió:

—Así como la luna, cuando la tierra le oculta el sol, está oscurecida por la sombra espesa de este mundo donde se consumó el crimen de Eva, así, maese Sutil, habéis encubierto vos una palabra clara bajo una palabra oscura. Y erráis en las tinieblas. Porque la Verdad es pura, por venir de Dios, fuente de toda pureza.

Y el Contradictor respondió:

—Fray Giovanni, sed mejor físico, y reconoced que la pureza es una cualidad inconcebible. Es lo que hacían, según cuentan, los pastores arcadios, que nombraban dioses puros a los dioses que no conocían.

Entonces, el bondadoso fray Giovanni suspiró y dijo:

—Maese, vuestras palabras son oscuras y están envueltas de tristeza. A veces, en mi sueño, me han visitado los ángeles. Tampoco comprendía yo sus palabras. Mas el misterio de su pensamiento era gozoso.

Y el visitante Sutil replicó:

—Fray Giovanni, argumentemos los dos de acuerdo con las reglas.

Y el santo varón respondió:

—No puedo argumentar con vos. No me siento ni con ganas ni con fuerzas para hacerlo.

—Entonces tendré que buscar —replicó el Sutil— otro contradictor.

Y al punto, levantando el dedo índice de su mano izquierda, con la derecha hizo, con un pico de su capa, una caperuza roja a ese dedo; luego, manteniéndolo levantado ante su nariz dijo:

—Aquí tenéis un dedo de mi mano derecha al que he convertido en doctor y con el que disputaré doctamente. Es un platónico, si no es el propio Platón.

»Maese Platón, ¿qué es lo puro? Os escucho, maese Platón. Afirmáis que el conocimiento es puro cuando está privado de todo lo que se ve, se oye, se toca y generalmente se prueba. Me concedéis, con una seña de vuestra caperuza, que la verdad será verdad pura en las mismas condiciones. Es decir, cuando se la haga muda, ciega, sorda, lisiada, paralítica, tullida en todos sus miembros. Y admito gustoso que, en ese estado, escapará a las ilusiones que se forjan los hombres y no andará de picos pardos. ¡Qué gran bromista sois, maese Platón, y cuánto os habéis reído del mundo! Quitaos la caperuza.

Y el Contradictor, tras soltar el pico de su capa, volvió a dirigir la palabra al santo varón Giovanni:

—Amigo, esos sofistas no sabían qué es la Verdad. Pero a mí, que soy físico y gran observador de las curiosidades naturales, puedes creerme si te digo que es blanca, o mejor dicho, que ella es lo blanco.

»De donde no hay que deducir, como te he dicho, que sea pura. ¿Crees que la señora Eletta, de Verona, que tenía los muslos como la leche, los hubiera abstraído por eso del resto del universo, escondiéndolos en lo invisible y en lo intangible, que es lo puro, según la doctrina aristotélica?

—No conozco a esa señora Eletta —dijo el santo varón Giovanni.

—Dedicó toda su vida —respondió el Contradictor— a dos papas, a sesenta cardenales, catorce príncipes, dieciocho comerciantes, a la reina de Chipre, a tres turcos, a cuatro judíos, al mono del señor obispo de Arezzo, a un hermafrodita y al diablo. Pero nos alejamos de nuestro asunto, que consiste en encontrar el carácter propio de la Verdad.

»Pero si ese carácter, como acabo de establecer frente al mismo Platón, no puede ser la pureza, es creíble que sea la impureza, impureza que es la condición necesaria de todo lo que existe. Pues acabamos de ver que lo puro no tiene vida ni conocimiento. Y tú has demostrado suficientemente, supongo, que la vida y todo lo que se relaciona con ella se halla compuesto, está mezclado, es diverso, con tendencia a crecer o a disminuir, inestable, soluble, corruptible y no puro.

—Doctor —respondió Giovanni—, vuestras razones no valen nada, puesto que Dios, que es totalmente puro, existe.

Y el doctor Sutil replicó:

—Si leyeras mejor tus libros, hijo mío, verías que se ha dicho que Aquel al que acabas de nombrar no «existe», sino que «es». Y existir y ser no son una misma cosa, sino dos cosas contrarias. Tú vives, ¿y no te dices a ti mismo: «No soy nada; soy como si no fuera?». Y no dices: «Soy el que es». Porque vivir es en todo momento dejar de ser. Y también dices: «Estoy lleno de impurezas», porque no eres una cosa única, sino una mezcla de cosas que se agitan y combaten entre sí.

—Habláis con mucha sabiduría —respondió el santo varón—, y por vuestras palabras veo que estáis muy avanzado, maese Sutil, en las ciencias tanto divinas como humanas. Porque es cierto que Dios es el que es.

—Por el cuerpo de Baco —replicó el otro—, es perfecta y universalmente, por lo cual estamos dispuestos a buscarle en cualquier sitio, seguros de que no se encuentra ni más ni menos en un sitio que en cualquier otro, y no sería posible encontrar un solo par de viejas polainas que no contenga su parte justa.

—Eso es admirable y cierto —respondió Giovanni—. Pero conviene añadir que está de manera más especial en las santas especies, por efecto de la transustanciación.

—Y ya lo ves —dijo el doctor—, ahí está comible. Observa además, hijo mío, que es redondo en una manzana, alargado en una berenjena, cortante en un cuchillo y sonoro en una flauta. Tiene todas las cualidades de las sustancias. También tiene todas las propiedades de las figuras. Es agudo y es obtuso, porque es a la vez todos los triángulos posibles; sus radios son iguales y desiguales, puesto que es el círculo y la elipse, y es además la hipérbole, que es una figura indescriptible.

Mientras el santo varón Giovanni meditaba estas sublimes verdades, oyó al doctor

Sutil echarse a reír a carcajadas. Entonces preguntó:

—¿Por qué te ríes?

—Me río —dijo el doctor— pensando que se descubrieron en mí ciertas contrariedades y contradicciones, y que me las reprochan amargamente. Es cierto que tengo muchas. Pero no se ve que, si las tuviera todas, sería semejante al Otro.

Y el santo varón preguntó:

—¿De qué otro hablas?

Y el Contradictor respondió:

—Si supieras de quién hablo, sabrías quién soy. Y mis mejores palabras no las entenderías gustoso, porque se me ha perjudicado mucho. Por el contrario, si ignoras quién soy, te seré muy útil. Te haré conocer que los hombres son extremadamente sensibles a los sonidos que se forman en los labios, y que se hacen matar por palabras que carecen de sentido, como se ve en el ejemplo de los mártires, y en tu propio ejemplo, ¡oh, Giovanni!, que te alegras de ser estrangulado, y luego quemado con el canto de los siete salmos en la plaza de Viterbo, por esa palabra de Verdad a la que te resultaría imposible encontrar una significación razonable.

»Y, cierto, registrarías todos los rincones de tu oscuro cerebro, y removerías todas las telarañas y toda la vieja herrumbre que allí se encuentra, sin descubrir nunca la ganzúa que abre esa palabra y extrae su sentido. Y sin mí, pobre amigo, te habrían hecho ahorcar y luego quemar por tres sílabas que ni tú ni tus jueces entendéis, de manera que nunca se habría sabido a quién despreciar más, si a los verdugos o a la víctima.

»Sabe, pues, que la Verdad, tu dama bienamada, está hecha de elementos donde se encuentran lo húmedo y lo seco, lo duro y lo blando, lo frío y su contrario, y que con esta dama ocurre lo mismo que con las damas carnales, que no tienen igualmente repartido por todo su cuerpo lo tierno y lo cálido.

Fray Giovanni dudaba, en su simplicidad, si estas palabras eran o no honradas. El Contradictor leyó en el pensamiento del santo varón. Y le tranquilizó, diciendo:

—Éstos son conocimientos que se adquieren en la escuela. Soy teólogo.

Se levantó y añadió:

—Lamento separarme de ti, amigo. Pero no puedo seguir estando más tiempo a tu lado. Porque tengo muchas contradicciones que llevar a los hombres. Y no puedo disfrutar de reposo de día ni de noche. Tengo que ir constantemente de un lugar a otro, depositando mi linterna unas veces en el pupitre del culto, otras sobre la cabecera del hombre doliente que vela.

Tras decir esto, se fue como había venido. Y el santo varón Giovanni se preguntó: «¿Por qué ha dicho este doctor que la verdad es blanca?». Y, acostado en la paja, rumiaba esa idea en su cabeza. Su cuerpo participaba de la inquietud de su alma y se volvía a uno y otro lado sin encontrar el descanso.

XIV
EL SUEÑO

Por eso, cuando se quedó solo en la mazmorra, rogó al Señor diciendo:

—Señor mío, vuestra bondad conmigo es infinita y manifiesta vuestra predilección, puesto que quisisteis que me acostase sobre un montón de estiércol, como Job y Lázaro, a los que tanto amasteis. Y me disteis a conocer que la paja inmunda es dulce almohada para el justo. Oh vos, querido hijo de Dios, que descendisteis a los infiernos, bendecid el reposo de vuestro servidor acostado en la oscura fosa. Y, ya que los hombres me han privado de aire y de luz porque confesaba la verdad, dignaos iluminarme con los resplandores del alba eterna y alimentarme con las llamas de vuestro amor, ¡oh viviente Verdad, Señor, Dios mío!

Así rezaban los labios del santo varón Giovanni. Pero a su corazón volvían las palabras del Contradictor. Y se sentía turbado hasta el fondo del alma. Y en la turbación y la angustia se durmió.

Y, como el pensamiento del Contradictor pesaba sobre su sueño, no se durmió como el niño de pecho acostado sobre el seno de su madre. Y su dormir no fue de risa y de leche. Y tuvo un sueño. Y en sueños vio una rueda inmensa que brillaba con vivos colores.

Y se parecía a esas rosas de luz que florecen en el pórtico de las iglesias, gracias al arte de los obreros tudescos, y que muestra en el cristal límpido la historia de la Virgen María y la gloria de los profetas. Pero el toscano ignora el artificio de esas rosas.

Y aquella rueda era mil veces más grande, luminosa y clara que la mejor trabajada de todas esas rosas que fueron divididas a compás y pintadas a pincel en tierra alemana. Y el emperador Carlos no vio una semejante el día de su coronación.

Sólo contempló con sus ojos mortales una rueda más espléndida quien, conducido por una dama, entró vestido de carne en el Santo Paraíso. Y aquella rosa parecía hecha de luz y estaba viva. Mirándola bien, se percibía que estaba formada por una multitud de figuras animadas, y que hombres de toda edad y condición, en compacta muchedumbre, formaban su centro, sus brazos y su circunferencia. Como aquellos hombres iban vestidos según su condición, resultaba fácil reconocer al papa, al emperador, a reyes y reinas, a los obispos, barones, caballeros, damas, escuderos, clérigos, burgueses, comerciantes, procuradores, boticarios, labradores, depravados, moros y judíos. Y como todos los habitantes de la tierra parecía que se encontraban en aquella rueda, en ella se veían los sátiros y los cíclopes, los pigmeos y los centauros que el África alimenta en sus ardientes arenas, y los hombres que encontró Marco Polo el viajero, que nacen sin cabeza, con una cara debajo del ombligo.

Y de los labios de cada uno de estos hombres salía una banderola que llevaba una divisa. Y cada divisa era de un color que no se parecía a ningún otro, y, en el número incalculable de divisas, no se habrían encontrado dos de la misma apariencia. Pero unas habían sido rociadas de púrpura, otras teñidas con los resplandores del cielo y del mar, o con la claridad de los astros. Las había verdeantes como la hierba. Muchas eran muy pálidas, muchas otras muy sombrías. De suerte que la mirada encontraba en aquellas divisas todos los colores con que está pintado el universo.

El santo varón Giovanni empezó a leerlas.

Y por este medio conoció los diversos pensamientos de los hombres. Y tras haber leído bastantes, se dio cuenta de que aquellas divisas eran tan distintas unas de otras por el sentido de las palabras como por el color de las letras, y que las sentencias se oponían entre sí de tal modo que no había una sola que no contradijese a todas las demás.

Mas también vio que esa contrariedad, que existía en la cabeza y el cuerpo de las máximas, no se mantenía en la cola, y que todas concordaban en la parte inferior con mucha exactitud, y que terminaban de la misma manera, porque cada una acababa con estas palabras: TAL ES LA VERDAD.

Y se dijo para sus adentros:

—Estas divisas son semejantes a las flores que los jóvenes y las mozas recogen en las praderas del Arno para hacer ramos. Pues esas flores se parecen fácilmente por las colas, mientras las cabezas se apartan y rivalizan en esplendor Y lo mismo sucede con las opiniones de estas gentes de la tierra.

Y el santo varón encontró en las divisas una multitud de contradicciones sobre el origen de la soberanía, las fuentes del conocimiento, los placeres y las penas, las cosas permitidas y las que no lo están. Y descubrió también grandes dificultades relativas a la figura de la Tierra y a la divinidad de N. S. a causa de los heréticos, los árabes, los judíos, los monstruos del África y los epicúreos, que, en la rueda resplandeciente, parecían una banderola en los labios.

Y cada sentencia concluía con estas palabras: TAL ES LA VERDAD. Y el santo varón Giovanni se maravilló al contemplar tantas verdades diversamente coloreadas. Las veía rojas, azules, verdes, amarillas, y no veía ninguna blanca. Ni siquiera la que proclamaba el papa, a saber: «La Piedra entregó a Pedro las coronas de la tierra». Pues esta divisa estaba totalmente empurpurada y como ensangrentada.

Y el santo varón suspiró:

—Así pues, no encontraré en la rueda universal la Verdad blanca y pura, la alba y cándida Verdad que busco.

Y llamó a la Verdad, diciendo entre lágrimas:

—Verdad por quien muero, ¡muéstrate a las miradas de tu mártir!

Y cuando así gemía, la rueda viva empezó a girar, y las divisas, al mezclarse, dejaron de diferenciarse unas de otras, y sobre el gran disco se formaron círculos de todos los colores, y esos círculos eran mayores a medida que se alejaban del centro.

Y a medida que el movimiento se hizo más rápido, aquellos círculos fueron borrándose unos tras otros; los mayores fueron los primeros en desaparecer, por efecto de la velocidad que era más fuerte hacia la circunferencia. Pero cuando la rueda se volvió tan ágil en sus vueltas que el ojo no podía percibir su movimiento y la consideraba inerte, los círculos menores se desvanecieron como la estrella de la mañana cuando el sol hace palidecer las colinas de Asís.

Entonces la rueda se mostró totalmente blanca. Y superaba en resplandor al límpido astro en que el florentino vio a Beatriz con el rocío.

Y se hubiera dicho que un ángel, tras secar la perla eterna para quitarle las manchas, la había depositado sobre la tierra, mientras la rueda se parecía a la luna que, en lo más alto del cielo, brilla algo velada por la gasa de las ligeras nubes. Pues entonces ninguna figura de hombre con haces al hombro ni signo alguno se marca en su cara de ópalo. Y tampoco había ninguna mancha sobre la luminosa rueda.

Y el santo varón Giovanni oyó una voz que le decía:

—Contempla la Verdad blanca que deseabas conocer. Y sabe que está hecha de todas las verdades contrarias, de la misma forma que el blanco está formado por todos los colores. Y eso los chiquillos de Viterbo lo saben, por haber hecho girar en el aire del mercado sus trompos de colores. Mas los doctores de Bolonia no han adivinado las razones de esa apariencia. Pues en cada una de esas divisas había una parte de la Verdad, y de todas se forma la divisa verdadera.

—¡Ay! —respondió el santo varón—, ¿cómo podría leerla? Mis ojos están deslumbrados.

Y la voz prosiguió:

—Cierto es que sólo se ve fuego en ella. Esa divisa nunca será expresada por ningún carácter latino, árabe o griego, por ningún signo mágico, y no hay mano que pueda trazarla en signos de llamas sobre los muros de los palacios.

»Amigo, no te obstines en leer lo que no está escrito. Has de saber únicamente que todo lo que un hombre ha pensado o creído en su breve vida es una parcela de esa infinita Verdad; y que, así como hay mucha podredumbre en lo que se llama mundo, es decir, arreglo, orden, limpieza, así las máximas de los malvados y los locos, que son el común de los hombres, participan en algo de la universal Verdad, que es absoluta, permanente y divina. Lo cual me hace temer que no existe.

Y, tras haber lanzado una gran carcajada, la voz se calló.

Y el santo varón vio alargarse un pie con calzas rojas que, a través del calzado, parecía hendido y en forma de pata de macho cabrío, pero mucho mayor. Y esa pata golpeó la rueda luminosa en el borde de la circunferencia con tal fuerza que brotaron chispas como de un hierro batido por el martillo del herrero y la máquina saltó para volver a caer lejos deshecha. Al mismo tiempo el aire se llenaba de una risa tan aguda que el santo varón se despertó.

Y en la sombra lívida de la prisión reflexionó tristemente:

—Ya no espero conocer la Verdad si, como acaba de manifestárseme, sólo se

muestra en las contradicciones y en las contrariedades, ¿y cómo me atrevería yo a ser, mediante mi muerte, testigo y mártir de lo que hay que creer después de que el espectáculo de la rueda universal me ha demostrado que toda mentira es una partícula de la Verdad perfecta e incognoscible? ¿Por qué, Dios mío, habéis permitido que viese estas cosas, y que me fuera revelado antes de mi último sueño que la Verdad está en todas partes y que no está en ninguna?

Y, con la cabeza entre las manos, el santo varón lloró.

XV
EL JUICIO

Fray Giovanni fue llevado ante los magistrados de la República para ser juzgado de acuerdo con la ley de Viterbo. Y uno de los magistrados dijo a los guardianes:

—Quitadle sus cadenas. Porque todo acusado debe comparecer libremente ante nosotros.

Y Giovanni pensó:

—¿Por qué pronuncia el juez palabras torcidas?

Y el primero de los magistrados empezó a interrogar al santo varón. Le dijo:

—Giovanni, hombre malvado, tras haber sido encarcelado por la augusta clemencia de las leyes, has hablado contra esas leyes. Y has urdido con los malvados, encadenados en la misma mazmorra que tú, un complot contra el orden establecido en la ciudad.

El santo varón Giovanni respondió:

—He hablado en nombre de la justicia y de la verdad. Si las leyes de la ciudad están conformes con la justicia y la verdad, no he hablado contra ellas. He pronunciado palabras de amor. He dicho:

»No intentéis destruir la fuerza por la fuerza. Sed pacíficos en medio de las guerras, a fin de que el espíritu de Dios se pose en vosotros como el pajarillo en la copa de un álamo, en el valle inundado por el agua del torrente. He dicho: «Sed mansos con los violentos».

Y el juez gritó enfurecido:

—¡Habla! ¡Dinos quiénes son los violentos!

Y el santo varón dijo:

—Queréis ordeñar la vaca que dio toda su leche y saber de mí lo que no sé.

Mas el juez impuso silencio al santo varón, y dijo:

—Tu lengua ha lanzado la flecha del discurso, y el tiro apuntaba a los príncipes de la República. Pero ha caído más abajo, y se ha vuelto contra ti.

Y el santo varón dijo:

—Me juzgáis, no por mis actos ni por mis palabras, que son manifiestas, sino por mis intenciones que sólo son visibles a Dios.

Y el juez respondió:

—Si no viéramos lo invisible y si no fuéramos dioses sobre la tierra, ¿cómo podríamos juzgar a los hombres? ¿No sabes que acaba de decretarse en Viterbo una ley que persigue hasta los pensamientos más secretos? Pues la policía de las ciudades se perfecciona sin cesar, y hasta el sabio Ulpiano, que manejaba la regla y la escuadra en tiempos de César, se sorprendería si viera nuestras escuadras y nuestras mejores

reglas.

Y el juez añadió:

—Giovanni, has conspirado en tu prisión contra la cosa pública. Mas el santo varón negó haber conspirado contra la ley de Viterbo.

Entonces el juez dijo:

—Lo ha atestiguado el carcelero.

Y el santo varón preguntó:

—¿Qué peso tendrá mi testimonio en un platillo cuando el del carcelero está en el otro?

El juez respondió:

—En la balanza el tuyo pesará menos. Por eso el santo varón guardó silencio.

Y el juez dijo:

—Hace un momento hablabas, y tus palabras probaban tu perfidia. Y ahora te callas, y tu silencio es la confesión de tu crimen, y has confesado dos veces que eres culpable.

Y el magistrado que se llamaba Acusador se levantó y dijo:

—La insigne ciudad de Viterbo habla por mi voz, y mi voz será grave y tranquila, porque es la voz pública. Y pensaréis que estáis oyendo hablar a una estatua de bronce, porque no acuso con mi corazón y mis entrañas, sino con las tablas de bronce sobre las que está escrita la ley.

Y acto seguido empezó a agitarse y a pronunciar palabras violentas. Y recitó el argumento de un drama, a imitación del trágico Séneca. Y ese drama estaba lleno de crímenes cometidos por el santo varón Giovanni. Y el Acusador interpretaba sucesivamente todos los personajes de la tragedia. Imitaba los lamentos de las víctimas y la voz de Giovanni, a fin de impresionar más a las almas. Y se creía oír y ver al propio Giovanni, ebrio de odio y de crimen. Y el Acusador se mesó los cabellos, se desgarró la túnica y cayó extenuado sobre su augusto asiento.

Y el juez que había interrogado al acusado tomó de nuevo la palabra y dijo:

—Conviene que un ciudadano defienda a este hombre. Porque, según la ley de Viterbo, nadie puede ser condenado antes de haber sido defendido.

Entonces un abogado de Viterbo subió a un escabel y habló en estos términos:

—Si este monje ha dicho y hecho lo que se le reprocha, es muy malvado. Pero no hay prueba de que haya hablado y obrado de la manera que se cree. Y, bondadosos señores, de haber prueba, convendría considerar aún la extremada simplicidad de este hombre y la debilidad de su entendimiento. En la plaza pública era el hazmerreír de los niños. Es un ignorante. Ha cometido muchas extravagancias; por mi parte, le creo desprovisto de razón. Lo que dice no vale nada, y no sabe hacer nada. Creo que ha frecuentado malas compañías. Repite lo que ha oído sin comprenderlo. Es demasiado estúpido para ser castigado. Buscad a quienes lo adoctrinaron. Ésos son los culpables. Hay mucha incertidumbre en este caso, y el sabio dijo: «En la duda, abstente».

Cuando hubo terminado de hablar, el abogado descendió de su escabel. Y fray

Giovanni recibió su sentencia de muerte. Y le fue dicho que sería colgado en la plaza adonde las campesinas van a vender sus frutos y los niños a jugar a las tabas.

Y un doctor muy insigne en derecho, que se hallaba entre los jueces, se levantó y dijo:

—Giovanni, te conviene firmar la sentencia que te condena, pues, pronunciada en nombre de la ciudad, tú mismo la pronuncias en calidad de parte de la ciudad. Y como ciudadano, te corresponde en ella una parte honorable, y yo te probaré que debes estar satisfecho de ser ahorcado por justicia.

»En efecto, la satisfacción del todo comprende y encierra la satisfacción de las partes, y dado que tú eres una parte, en verdad ínfima y miserable, de la noble ciudad de Viterbo, tu condena, que satisface a la comunidad, debe satisfacerte a ti.

»Y también te demostraré que debes considerar bondadosa y honrada tu condena a muerte. Porque no hay nada tan útil y conveniente como el derecho, que es la justa medida de las cosas, y debe agradarte que te hayan aplicado esa justa medida. De conformidad con las reglas establecidas por César Justiniano, recibiste lo que se te debe. Y tu condena es justa, y por lo tanto agradable y buena. Mas aunque fuera injusta y estuviera manchada y contaminada de ignorancia e iniquidad (no lo quiera Dios), también te convendría aprobarla.

»Pues una sentencia injusta, cuando se pronuncia de acuerdo con las formas de la justicia, participa de la virtud de esas formas y es gracias a ella augusta, eficaz y de gran virtud. Lo de malo que haya en ella es transitorio y de escasa consecuencia, y sólo afecta a lo particular, mientras que, lo que tiene de bueno, deriva de la fijeza y permanencia de la institución de justicia, y, por lo tanto, satisface a la generalidad. Debido a ello, Papiniano proclama que más vale juzgar falsamente que no juzgar en absoluto, porque los hombres sin justicia son como bestias en los bosques, mientras que, a través de la justicia, se manifiesta su nobleza y dignidad, como se ve en el ejemplo de los jueces del Areópago, a quienes los atenienses tenían en gran consideración. Pero ya que es necesario y provechoso juzgar, y no es posible juzgar sin fallo ni error, se sigue que el error y el fallo están comprendidos en la excelencia de la justicia y participan de esa excelencia. Por lo cual, aun creyendo inicua tu sentencia, deberías complacerte en esa iniquidad, en tanto que aliada y amalgamada a la equidad, de la misma manera que el estaño y el cobre se mezclan para formar el bronce, metal precioso y empleado en usos nobilísimos, como dice Plinio en sus historias.

Enumeró luego el doctor las comodidades y ventajas de la expiación que lava la falta, como las sirvientas lavan cada sábado el umbral de las casas. E hizo ver al santo varón el gran beneficio que para él era ser condenado a muerte por la augusta voluntad de la república de Viterbo, que le había dado jueces y un defensor. Y cuando el doctor calló, al final de sus palabras, fray Giovanni fue encadenado de nuevo y llevado otra vez a su mazmorra.

XVI
EL PRÍNCIPE DEL MUNDO

Y la mañana del día señalado para su suplicio, el santo varón Giovanni dormía profundamente. Y tras abrir la puerta del calabozo, el doctor Sutil tiró al durmiente de la manga y exclamó:

—¡Oh, hijo de mujer, despierta! Ya abre el día sus pupilas grises. Canta la alondra, y los vapores de la mañana acarician el flanco de los montes. Por las laderas se ven deslizarse las nubes ágiles y blancas de reflejos de rosa, que son los flancos, los vientres y los muslos de las ninfas inmortales, hijas divinas de las aguas y del cielo, ondulante rebaño de las vírgenes matinales que el viejo Océano conduce por las montañas y que reciben en sus frescos brazos, sobre un lecho de jacintos y de anémonas, a los dioses dueños del mundo, y a los pastorcillos amados por las diosas. Pues hay pastorcillos a quienes sus madres hicieron bellos y dignos del lecho de las ninfas, habitantes de las aguas y de las florestas.

»Y hasta yo mismo, que he estudiado mucho las curiosidades naturales, al ver hace un rato esas nubes deslizándose voluptuosamente por el vientre de la ladera, he concebido deseos, de los que nada sé, salvo que nacen por mis lomos, y que, como Hércules niño, mostraban su fuerza desde la cuna. Y esos deseos no eran más que vapores rosados y nubes ligeras: me recordaban precisamente a una joven llamada Mona Libetta, a la que conocí camino de Castro, en una posada donde ella servía y complacía a muleros y soldados.

»Y la imagen que me hacía yo de Mona Libetta esta mañana, cuando caminaba por las rampas de la colina, estaba maravillosamente hermoseada por la dulzura del recuerdo y el pesar de la ausencia, y se adornaba con todas las ilusiones que, naciendo en ese lugar de los lomos que te he dicho, derraman enseguida su fuego perfumado por todo el alma del cuerpo y la penetran de lánguidos ardores y de deliciosos sufrimientos.

»Pues es preciso que sepas, oh Giovanni, que, viéndola tranquilamente y con mirada fría, esa muchacha no era muy distinta de todas las que, en las campiñas de la Umbría y de las Romañas, van al prado a ordeñar las vacas. Tenía unos ojos negros, lentos y feroces, el rostro moreno, la boca grande, el pecho abultado, el vientre amarillo y la parte delantera de las piernas, a partir de la rodilla, erizada de pelos. Solía reírse con carcajadas estrepitosas; pero en el placer su rostro se ensombrecía, como asombrado por la presencia de un dios. Eso era lo que me había unido a ella, y luego medité mucho sobre la naturaleza de ese afecto, pues soy doctor y diestro en buscar las razones de las cosas.

»Y he descubierto que la fuerza que me atraía hacia esa Mona Libetta, criada de

mesón en Castro, era la misma que gobierna los astros en el cielo, y que sólo hay una fuerza en el mundo, que es el amor, que también es el odio, como explica el ejemplo de esa Mona Libetta, que fue tan jodida como apaleada.

»Y recuerdo que un palafrenero del papa, que era su mejor amigo, la pegó tan fuerte una noche, en el granero donde se acostaba con ella, que la dejó allí por muerta. Y se fue gritando por las calles que unos vampiros habían estrangulado a la muchacha. Son temas estos que hay que meditar si uno quiere hacerse alguna idea de la buena física y de la filosofía natural.

Así habló el doctor Sutil. Y el santo varón Giovanni, incorporándose en su yacija de estiércol, respondió:

—Doctor, ¿son ésas las palabras que conviene decir a un hombre que va a ser colgado dentro de un rato? Escuchándote dudo si tus palabras son propias de un hombre de bien y de un insigne teólogo, o si no proceden más bien de un sueño enviado por el ángel de las tinieblas.

Y el doctor Sutil respondió:

—¿Quién te habla de ser ahorcado? Has de saber, Giovanni, que he venido aquí, desde el amanecer, para liberarte y ayudarte a huir. Mira: me he puesto las vestiduras de un carcelero; la puerta de la prisión está abierta. Vamos, ¡date prisa!

Y el santo varón, tras levantarse, respondió:

—Doctor, tened cuidado con lo que decís. Yo he hecho el sacrificio de mi vida. Y confieso que me costó mucho. Si, creyendo vuestra palabra de verme devuelto a la vida, me llevan otra vez ante los jueces, tendré que hacer un segundo sacrificio más doloroso que el primero, y sufrir dos muertes. Y os confieso que mis deseos de martirio se han ido, y que me ha venido el de respirar el día bajo los pinos de la montaña.

El doctor Sutil replicó:

—Resulta que mi propósito era llevarte bajo los pinos que, al viento, resuenan como la dulzura triste de la flauta. Desayunaremos en la ladera llena de musgo que mira a la ciudad. Vamos. ¿Por qué tardas?

Y el santo varón dijo:

—Antes de irme con vos, quisiera saber quién sois. Mi primera constancia me ha decepcionado. Mi valor no es más que una brizna de paja en la era devastada de mi virtud. Pero me queda la fe en el hijo de Dios, y, por salvar mi cuerpo, no quisiera perder mi alma.

—¿De verdad crees que deseo tu alma? —dijo el doctor Sutil—. ¿Es tan hermosa doncella y tan gentil dama que tienes miedo de que te la robe? Consérvala, amigo mío, no me serviría de nada.

Al santo varón no le tranquilizaron estas palabras que no exhalaban un piadoso aroma. Pero como tenía grandes deseos de ser libre, no se lo pensó dos veces, siguió al doctor y franqueó con él el portillo de la cárcel.

Y sólo cuando estuvo fuera preguntó:

—¿Quién eres, tú que envías sueños a los hombres y pones en libertad a los prisioneros? Tienes la belleza de una mujer y la fuerza de un hombre, y te admiro, pero no puedo amarte.

Y el doctor Sutil respondió:

—Me amarás en cuanto te haya hecho daño. Los hombres sólo pueden amar a quienes les hacen sufrir. Y no hay amor más que en el dolor.

Y, hablando así, salieron de la ciudad y tomaron los senderos de la montaña. Y después de caminar mucho tiempo, vieron en la linde del bosque una casa cubierta de tejas rojas. Delante de la casa, del lado de la llanura se extendía una terraza plantada de árboles frutales y bordeada de viñedos.

Se sentaron en el patio bajo una parra de hojas doradas por el otoño y del que pendían racimos de uva. Y allí una muchacha les sirvió leche, miel y tortas de maíz.

Entonces, alargando el brazo, el doctor Sutil cogió una manzana bermeja, la mordió y se la ofreció al santo varón. Y Giovanni comió y bebió; y su barba estaba toda blanca de leche y sus ojos reían mirando el cielo, que los llenaba de azul y de alegría. Y la muchacha sonrió.

Y el doctor Sutil dijo:

—Mira esta niña; es mucho más bonita que Mona Libetta.

Y el santo varón, ebrio de leche y de miel, lleno de gozo en la luz del día, cantó canciones que su madre cantaba cuando lo llevaba en sus brazos. Eran canciones de pastores y pastoras, y en ellas se hablaba de amor. Y como la muchacha escuchaba en el umbral de la puerta, el santo varón se levantó, corrió tambaleándose hacia ella, la cogió en sus brazos y le dio en las mejillas unos besos llenos de leche, de risa y de alegría.

Y después de que el doctor Sutil hubiera pagado el gasto, los dos viajeros se dirigieron hacia la llanura.

Cuando caminaban a lo largo de los sauces plateados que bordean el río, el santo varón dijo:

—Sentémonos. Porque estoy cansado.

Y se sentaron al pie de un sauce, y veían los lirios inclinar sus hojas hacia la orilla y a las moscas brillantes volar sobre las aguas. Pero Giovanni ya no se reía, y su rostro estaba triste.

Y el doctor Sutil le preguntó:

—¿Por qué estás preocupado?

Y Giovanni le respondió:

—Gracias a ti he sentido la caricia de las cosas que viven, y siento turbado mi corazón. He saboreado la leche y la miel. He visto la criada en el umbral de la casa y he sabido que era bella. Y la inquietud está en mi alma y en mi carne.

»¡Cuánto he caminado desde el momento en que te conocí! ¿Te acuerdas del bosque de encinas donde te vi por primera vez? Porque te reconozco.

»Eres tú el que me visitó en mi ermita y el que se me apareció con ojos de mujer

que brillaban bajo un velo ligero, mientras tu deliciosa boca me enseñaba las dificultades del Bien. Eres tú también el que te mostraste a mí en la pradera bajo tu capa de oro, como un Ambrosio o un Agustín. Yo no conocía entonces el mal de pensar. Y tú me diste el pensamiento. Y pusiste la soberbia como un carbón encendido sobre mis labios. Y medité. Mas, en la rígida novedad del espíritu y en la juventud todavía ruda de la inteligencia, yo no dudaba. Y volviste a venir a mí y me diste la incertidumbre y me hiciste beber la duda como un vino. Y hoy saboreo por ti la deliciosa ilusión de las cosas, y el alma de los bosques y de los ríos, del cielo y de la tierra y de las formas animadas entra en mi pecho.

»¡Y soy desgraciado porque te he seguido, Príncipe de los hombres!

Y Giovanni contempló a su compañero, bello como el día y la noche. Y le dijo:

—Por ti sufro, y te amo. Te amo porque tú eres mi miseria y mi orgullo, mi alegría y mi dolor, el esplendor y la crueldad de las cosas, porque tú eres el deseo y el pensamiento, y porque me has hecho semejante a ti. Porque tu promesa en el Jardín, en el alba de los días, no era vana, y he saboreado el fruto de la ciencia, ¡oh Satán!

Giovanni siguió diciendo:

—Sé, veo, siento, quiero, sufro. Y te amo por todo el mal que me has hecho. Te amo porque me has perdido.

E, inclinándose sobre el hombro del ángel, el hombre lloró.

8

STEPHEN VINCENT BENÉT

El Diablo y Daniel Webster

The Devil and Daniel Webster

Traducción
José Luis Moreno Ruíz

Stephen Vincent Benét (1898-1943) nació en los Estados Unidos de América en Bethlehem (Pensilvania) procedente de una familia de militares. Se graduó en la Academia de Albany (Nueva York) y en la Universidad de Yale. Poeta, novelista y escritor de relatos cortos, fue a la vez, lo cual no es corriente, popular y respetado por la crítica. *John Brown's body*, un extenso poema épico sobre la Guerra Civil, escrito durante una visita a Francia, le permitió ganar el Premio Pulitzer en 1929. Recibiría póstumamente, lo cual tampoco es muy común, un segundo Pulitzer tras su muerte en 1943. El célebre poema «*American Names*» (*Ballads and Poems*, 1931) termina con la frase: «*Bury my heart at Wounded Nee / Enterrad mi corazón en Wounded Knee*». También trabajó en la radio y escribió algún guión que otro para Hollywood.

Algunas obras destacadas: *John Brown's Body* (1928), *Thirteen O'clock* (1937) (donde fue publicado este relato), *The Burning City* (1936), que incluye la famosa en su época «*Litany fot Dictatorships*», y *Nigthmare at Noon* (1939).

El Diablo y Daniel Webster

I

Cuentan esta historia en tierras de frontera, allá donde Massachusetts linda con Vermont y New Hampshire.

Sí, murió Daniel Webster, o al menos lo enterraron. Pero cada vez que cae sobre Marshfíeld una gran tormenta con truenos y relámpagos, las gentes de la región dicen que puedes oír la voz de Daniel Webster saliendo por los agujeros del cielo. Y aseguran que si visitas su tumba y lo llamas con voz fuerte y clara («¡Daniel Webster! ¡Daniel Webster!»), comienza a temblar la tierra y se agitan los árboles; y que al momento se deja sentir una voz profunda, que dice: «Vecino, ¿cómo le van las cosas a la Unión?». Entonces, lo mejor será que le digas que la Unión sigue como estaba, fuerte como una roca, dura cual forrada de cobre, única e indivisible, pues de lo contrario capaz sería de levantarse de su tumba. Al menos todo eso es lo que oía decir cuando fui joven.

Verán; Daniel Webster fue durante su tiempo el hombre más grande y fuerte de la región, y el más apreciado. Nunca llegó a presidente de la nación, sin embargo[70]; pero miles de personas confiaban en él como si realmente estuviese a la diestra de Dios Todopoderoso, y contaban historias y anécdotas de las que era protagonista principal, como se cuentan de los santos y de los antiguos patriarcas. Decían, por ejemplo, que cuando se ponía en pie y tomaba la palabra, las barras y las estrellas lucían en el cielo; y que en una ocasión en la que maldijo un río, éste se ocultó definitivamente en la tierra. También contaban que al caminar Daniel Webster por los bosques con su imbatible caña de pescar, las truchas saltaban de los ríos para meterse en sus bolsillos pues sabían que no podrían resistírsele; y se decía que cuando defendía un caso cualquiera, era tal su elocuencia que podía hacer que sonara música de arpas celestiales o que retumbase de temblores la misma tierra. Así era Daniel Webster; su granja de Marshfield era, en consecuencia, reflejo de sí mismo. Los pollos que mataba tenían una carne excelente, muy blanca, y unos magníficos muslitos, y las vacas que criaba eran tiernas como niños, y el gran carnero al que llamaba Goliat lucía grandes cuernos vueltos y enroscados a la manera de las parras, con los cuales hubiera podido derribar una puerta de hierro. Eso no quiere decir que Daniel fuese uno de esos granjeros que se las dan de caballeros terratenientes; por el contrario, conocía bien la tierra y la mejor y más brillante manera de hacer las tareas que a la tierra son más necesarias. Era un hombre con la boca como un mastín, con la frente como una montaña y con los ojos como antracita ardiente. Pero el caso que con mayor vehemencia defendió nunca fue llevado a los libros, pues versó contra el Diablo, sin darle tregua ni cuartel. He aquí cómo lo oí contar en tiempos.

Había un hombre llamado Jabez Stone, que vivía en Cross Corners, New

Hampshire. No es que fuera un mal hombre, ni de trato difícil, pero tenía muy mala suerte. Si plantaba maíz, obtenía borrajas; si plantaba patatas, sacaba una plaga. No es que su tierra fuese mala, pero en cualquier caso no le ayudaba a ser un hombre próspero; tenía además una esposa honesta que le había dado varios hijos, pero cuantos más hijos le nacían menos tenía para darles de comer. Si en los sembrados de sus vecinos crecía el cereal grande como un pedrusco, en los suyos no había más que piedras; si tenía un caballo débil, se veía obligado a cambiarlo por otro que se tambaleaba y caía, para sacar algún extra. Hay más gente así, según parece. Pero un día Jabez Stone se cansó de todo aquello.

Una mañana en que labraba tropezó con un pedrusco que no estaba allí el día anterior; se quedó mirando la maltrecha hoja de su arado y el caballo comenzó a toser, con una de esas toses que los doctores dedicados a cuidar a los caballos dicen que son muy malas. Dos de sus hijos, para colmo, tenían el sarampión, y su esposa andaba achacosa. A él, encima, le había salido un uñero en el dedo gordo de un pie. Todo aquello, pues, fue para Jabez Stone la gota que colmó el vaso.

—Esto sería suficiente —clamó— para que un hombre decidiera vender su alma al Diablo. Yo lo haría, aunque fuese a cambio de dos centavos.

Entonces sintió una cierta extrañeza, asombrado de haber dicho aquello pues, como un buen hombre de New Hampshire que era, jamás se le hubiera pasado por la cabeza algo semejante. Más tarde, cuando comenzó a caer la noche, recordó lo que había dicho, y se arrepintió profundamente de ello, pues era un hombre muy religioso y devoto. Pero aquello, como se dice en el Buen Libro[71], no iba a pasar inadvertido, y así fue que al día siguiente, a la hora de la cena, llegó hasta su modesta casa un hermoso carruaje en el que iba un extraño todo vestido de negro, que preguntó por Jabez Stone.

Bien, Jabez le dijo a su familia que el visitante era un abogado que había ido a verle por un asunto legal, pero bien sabía de quién se trataba. No le gustaron ni las miradas del extraño, ni su manera de sonreír, enseñando mucho los dientes. Tenía por cierto unos dientes muy blancos, y no le faltaba ni uno; algunos dicen al contar la historia que aquellos dientes del extraño eran largos y muy afilados, pero no me detendré a especular sobre ello. Tampoco gustó nada a Jabez la forma en que su perro salió huyendo y aullando, y con la cola entre las patas, al ver al visitante. Pero como había dado su palabra, al pobre labriego no le quedó otra sino salir de la casa y apartarse con él hasta el granero para cerrar el trato. Jabez Stone tuvo que pincharse un dedo, para signar el acuerdo, lo que hizo con una aguja de plata que le dio el extraño. Fue una herida limpia, que sólo le dejó una leve cicatriz blanca.

II

Tras aquello, las cosas comenzaron a cambiar de golpe y Jabez Stone fue un hombre próspero en muy poco tiempo. Sus vacas se pusieron gordas rápidamente, sus caballos lucieron poderosos, y sus cosechas resultaron las mejores de entre todas las que lograban sus vecinos. Y cuando había tormenta y caían los rayos sobre el valle, su granero quedaba a salvo. Sí, muy pronto se había convertido en uno de los granjeros más prósperos de la región; los demás acudían a consultarle y él les daba consejos; incluso hubo quien habló de proponerlo para un escaño en el Senado. Se comprenderá fácilmente que la familia Stone era muy feliz, como gatos en un buen establo. Y siguieron siéndolo en adelante, aunque las cosas no tardarían en cambiar para Jabez Stone.

Se había sentido satisfecho los primeros años. Desde luego, es una gran cosa que la mala suerte te abandone, pues pocas son las que pueden afectarte tanto como el infortunio. Pero la verdad es que de continuo, y sobre todo en tiempo de lluvias, aquella leve cicatriz blanca de su dedo le causaba terribles punzadas. Y una vez al año, puntual como un reloj, se le presentaba el extraño en su hermoso carruaje. Al sexto año, sin embargo, se acabaron la paz y las bondades en que hasta entonces había vivido Jabez Stone.

Un día se le presentó el extraño mientras araba en el sembrado, golpeándose las magníficas botas negras que llevaba con una fusta —unas botas, sin embargo, que no gustaban nada a Jabez Stone—, y cuando ya estaba a punto de caer el ocaso le dijo:

—Mr. Stone, es usted un hombre de lo más afortunado… ¡Qué hermosa propiedad la suya, Mr. Stone!

—Bueno, algunos somos afortunados y otros no lo son —dijo sin más, como el buen hombre natural de New Hampshire que era.

—No sea usted modesto, reconozca que es muy laborioso —le dijo el extraño, lisonjero, mostrando sus blancos dientes al sonreír—. Después de todo, usted y yo sabemos con qué nos corresponde cumplir a cada uno como parte del trato, con sus correspondientes especificaciones, y usted ha hecho muy bien su parte… Así que, cuando, ejem, cuando venza la hipoteca el próximo año, no tendrá de qué arrepentirse.

—Hablando de esa hipoteca, señor —dijo Jabez Stone mirando al cielo y a la tierra en busca de ayuda—, lo cierto es que me gustaría aclarar un par de dudas que tengo al respecto.

—¿Dudas? —dijo el extraño, no precisamente contento de oír aquello.

—Sí, señor —dijo Jabez Stone—. Unas dudas que tienen que ver con los Estados Unidos y con mi fe religiosa —carraspeó para aclararse la garganta—. Albergo dudas acerca de la legalidad de esa hipoteca; no sé si podría mantenerse su validez ante un

tribunal.

—Bueno, es que hay tribunales y tribunales —dijo el extraño haciendo que le rechinaran los dientes al hablar—. Quizá debamos echar un vistazo al documento original del acuerdo —y se sacó de las ropas un cuaderno grande y negro lleno de papeles—. A ver… Sherwin, Slater, Stevens, Stone —dijo—. Aquí está: «Yo, Jabez Stone, me comprometo a que durante los próximos siete años…». Me parece que todo está en orden.

Pero Jabez Stone no escuchaba, pues permanecía atento a una cosa que flotaba alrededor del cuaderno. Era algo parecido a una polilla, pero no era una polilla. Y cuanto más miraba Jabez Stone aquello, parecía hablarle con una especie de voz aflautada, una voz escasa, débil, pero espantosamente humana.

—¡Vecino Stone, vecino Stone! —oyó bien que le gritaba aquella cosa—. ¡Socorro! ¡Ayúdame, por el amor de Dios!

Pero antes de que Jabez Stone pudiera mover siquiera manos o pies, el extraño sacó un gran pañuelo, con el que atrapó a la criatura como si fuese una mariposa, y ató rápidamente los extremos del pañuelo.

—Disculpe la interrupción —dijo—. Como le iba diciendo…

Pero Jabez Stone temblaba como un caballo aterrado.

—Era la voz de Miser Stevens —apenas acertó a decir, de tan compungido—. ¡Lo tiene atrapado usted en su pañuelo!

El extraño pareció turbarse.

—Sí —dijo con sonrisa afectada—, la verdad es que tendré que meterlo en mi caja de coleccionista; pero tengo ahí algunos especímenes muy raros y no quiero echarles cualquier cosa… Bien, bien… A veces suceden estos pequeños contratiempos.

—No sé qué entiende usted por un contratiempo —dijo Jabez Stone—, pero estoy seguro de que esa voz era la de Miser Stevens… ¡Y no está muerto! No podrá usted decirme que sí, que ha muerto… El martes pasado me lo encontré vivito y coleando como una marmota.

—Sí, en la flor de la vida —dijo el extraño con cierta conmiseración—. Pero escuche usted…

Y se dejó sentir en el valle el tañido de una campana, y Jabez Stone escuchó atentamente ese tañido mientras un sudor frío le bañaba el rostro. Acababa de saber que la campana sonaba por Miser Stevens, porque había muerto.

—Siempre pasa lo mismo —dijo el extraño haciendo un gesto significativo—. Uno detesta que pasen estas cosas, pero los negocios son los negocios.

Aún tenía el pañuelo entre las manos, y Jabez Stone se sintió enfermar al ver cómo el otro jugueteaba, estirándolo y aplastándolo.

—¿Todos son tan pequeños… como eso? —preguntó Jabez con la voz ronca.

—¿Pequeños? —dijo el extraño—. ¡Ah!, ya veo qué quiere decir… Bueno, depende, varían… —calibró a Jabez Stone con los ojos, sin dejar de sonreírle

enseñando los dientes—. Pero no se preocupe, Mr. Stone —dijo—. Usted iría en todo caso con especímenes de alto grado, nunca lo dejaría fuera de mi caja de coleccionista… En lo que a un hombre como Daniel Webster se refiere, sin embargo, está claro que tendríamos que hacer una caja especial, para poder meterlo en ella; supongo, de todas formas, que se asombraría usted al contemplar el tamaño de sus alas. Estoy seguro de que tiene un precio; sólo deseo que veamos pronto la manera de acceder a él. Pero, en lo que a su caso se refiere, Mr. Stone, y por volver a lo que nos ocupa, como le iba diciendo…

—¡Guarde ese pañuelo! —le dijo Jabez Stone, y comenzó a suplicar, aunque no obtuvo del extraño sino un plazo de tres años más, con nuevas condiciones.

Cuando haces un trato así no sabes cuán rápidamente pasan los años. En los últimos meses de aquellos años, Jabez Stone ya lo sabía todo sobre el Estado, y hasta se dijo que podría presentar su candidatura como gobernador del mismo, algo que, sin embargo, a la vez lo dejaba atónito, incapaz de hablar, como con la boca llena de polvo y ceniza. Todos los días, cuando se acostaba con la vana pretensión de descansar, se decía: «Una noche más que se va». Pues todas y cada una de sus noches las pasaba pensando en aquel gran cuaderno negro, y en el alma de Miser Stevens, y al final de ese último año, resolvió enganchar su caballo a la carreta e ir a ver a Daniel Webster… Daniel Webster había nacido en New Hampshire, a pocas millas de distancia de Cross Corners, y era sabido de todos que su casa estaba abierta siempre, como un refugio, para sus vecinos.

III

Era muy temprano cuando llegó a Marshfield, pero Daniel ya estaba levantado, bregando con Goliat, hablando sobre la mejor manera de cuidar de la granja, domesticando a un caballo y preparando el próximo discurso con que rebatir a John C. Calhoum[72]. Pero apenas supo que aquel vecino de New Hampshire acudía a verlo, salió a recibirle cordialmente, dejando todas las tareas en que se empleaba, pues así era Daniel Webster. Ofreció a Jabez Stone un buen desayuno, tan abundante que no hubieran podido tomárselo cinco hombres, habló de la historia viviente de los hombres y de las mujeres de Cross Corners, y finalmente preguntó al que acudía a él en qué podría ayudarle.

Jabez Stone le dijo que se trataba de una hipoteca.

—Bueno, hace mucho tiempo que no se me presenta ningún caso de hipotecas, y la verdad es que no suelo llevarlos, salvo si se trata de presentar un recurso de casación ante la Corte Suprema —dijo Daniel—. Pero, si está en mi mano, te ayudaré.

—Es la primera vez en diez años que se me ocurre pleitear —dijo Jabez Stone y pasó a ofrecerle los detalles del caso.

Daniel no dejaba de caminar de un lado a otro mientras escuchaba, con las manos a la espalda, preguntando algunos pormenores y pidiendo aclaraciones de vez en cuando, clavando la vista en el suelo como si lo fuera a taladrar con los ojos. Cuando Jabez Stone concluyó su relato, Daniel hizo un gesto la mar de expresivo, hinchando sus mejillas y soplando acto seguido. Luego, con una sonrisa, se volvió a Jabez, a quien esa sonrisa pareció el sol iluminando Monadnock[73].

—Te has vendido al Diablo, vecino Stone, y está muy claro que no va a permitir que levantes ni un momento el azadón de su sembrado —le dijo Daniel—. Pero acepto encargarme de tu caso.

—¿De veras? —dijo Jabez Stone como si no diera crédito.

—Sí —dijo Daniel Webster—. Tengo unos setenta y cinco casos entre manos, ahora mismo, entre otros el de la firma del Tratado con Missouri[74], pero acepto llevar el tuyo. No encargarme de aunque sólo fuesen dos casos de hombres de New Hampshire contra el Diablo, sería como devolverles a los indios nuestro país —estrechó la mano de Jabez Stone, para sellar el acuerdo, y le dijo—: ¿Has tardado mucho en llegar hasta aquí?

—Me tomó un tiempo —respondió Jabez Stone.

—Bien, pues ahora iremos a tu casa tan aprisa como nos sea posible —dijo como si quisiera insuflar a la carreta de su vecino la fuerza de la Constitución unida a la fuerza de las constelaciones, y así pareció suceder, pues las ruedas de la carreta de

Jabez echaron chispas por los caminos, corriendo a la par del veloz carruaje tirado por sendos caballos que llevaba Daniel Webster.

Bien, no creo necesario contar cuán feliz y esperanzada se sintió a raíz de aquello la familia Stone al completo; el solo hecho de tener de su lado al gran Daniel Webster, y recibirlo como huésped, los llenaba de felicidad. En el camino de vuelta a casa el viento había arrebatado a Jabez Stone su sombrero, pero no prestó atención a eso. Tras la cena envió a la cama a su familia, para seguir hablando tranquilamente con Daniel. La señora Stone les sugirió que hablasen en el salón principal de la casa, pero a Daniel Webster no le gustaban los salones, prefería conversar en las cocinas. Así que allí fueron a sentarse, quedando ambos a la espera de que apareciese el extraño, con una jarra sobre la mesa y al amparo del buen fuego del fogón, un fuego que hallaba parangón en sus corazones. El extraño, según lo había acordado con su deudor, llegaría hacia la medianoche.

Nadie podría haber gozado, en una circunstancia como aquélla, de mejor compañía que la de Daniel Webster y una buena jarra. Pero a cada hora que daba el reloj Jabez Stone se iba sintiendo más y más triste y acongojado. Miraba de continuo a un lado y otro, y la verdad es que no se sirvió ni un trago de la jarra. Al fin, a las once y media de la noche, sin poder contenerse ya, tomó a Daniel Webster del brazo.

—¡Mr. Webster, Mr. Webster! —dijo para despertarlo, y su voz denotaba desesperación y pánico—. Por el amor de Dios, Mr. Webster, enganche sus caballos y váyase de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—Vecino —le dijo Daniel con gran calma, sirviéndose un poco más de la jarra—, ¿me has hecho venir hasta tu casa para decirme ahora que no gustas de mi compañía?

—¡Es cierto! ¡Qué miserable soy! —se arrepintió al instante Jabez Stone—. Pero lo he embarcado a usted en esta historia de manera infame, y ahora me doy cuenta de mi locura… Permita usted que ese maldito se me lleve, si quiere hacerlo… Yo no tengo remedio, después de todo, y he hecho un trato que debo cumplir… Usted, sin embargo, es el orgullo de New Hampshire y uno de los grandes estadistas de la Unión. No puede tratar con ese maldito.

Daniel Webster miraba al atribulado granjero, que aparecía más ceniciento que pálido a la luz del fuego, y le puso una mano en el hombro.

—Vecino Stone, me siento obligado contigo, te he dado mi palabra —le dijo con gran gentileza—. Pero no puedo irme. Hay una jarra en la mesa y me traigo un caso entre manos. Y nunca dejo una jarra ni un caso a la mitad. Y nunca lo haré, en lo que me reste de vida.

Y justo en ese momento se dejó sentir una llamada en la puerta.

—¡Ah! —exclamó Daniel Webster, que aparecía completamente fresco—. Me da la impresión de que su reloj va un poco atrasado, vecino Stone —él mismo se levantó para abrir la puerta—. Adelante, pase —se le oyó decir.

Entró el extraño —alto, imponente a la luz del fuego, todo vestido de negro—, con una caja bajo el brazo, una caja japonesa con algunos agujeritos en la tapa. Al

vérsela, Jabez Stone no pudo ahogar un grito y retrocedió espantado hasta un rincón.

—Mr. Webster, supongo —dijo el extraño con gran corrección, pero con los ojos propios de un zorro al acecho en lo más profundo del bosque.

—Sí, el abogado de Jabez Stone —respondió Daniel Webster, también con los ojos encendidos—. ¿Puedo preguntarle cuál es su nombre?

—Me conocen por muchos nombres —dijo el extraño, siempre cortés—, pero quizá de noche se me ajuste mejor el nombre de Scratch[75]. Así es como me llaman preferentemente, por lo demás, en estas regiones —tras decir esto tomó asiento a la mesa y se sirvió de la jarra. El licor estaba frío, pero comenzó a echar humo apenas lo vertió en el vaso—. Ahora —siguió diciendo el extraño, sin dejar de sonreír, mostrando sus dientes— requiero sus servicios como hombre de leyes, para que me ayude a tomar posesión de lo que me pertenece.

Con aquello se dio inicio a las argumentaciones, que fueron duras e incluso enconadas. Al principio, Jabez Stone albergaba esperanzas, pero cuando vio que Daniel Webster tenía que dar marcha atrás en sus exposiciones, una y otra vez, volvió a estremecerse al punto de recular de nuevo hasta el rincón, sin quitar la vista de encima a la caja japonesa del extraño. No había la menor duda de que había signado el trato con el extraño, y eso era lo más grave del caso. Daniel Webster abría y cerraba la mano sobre la mesa, unas veces para golpearla con la palma y otras con el puño, pero no lograba avanzar un paso en la pugna. Se ofreció como mediador en el trato, pero el extraño no quiso ni oír hablar de componendas. En todo momento hacía valer el hecho de que la granja se había revalorizado y decía que aún podría ser más próspera, apelando de continuo a lo establecido en las leyes. Daniel Webster sería un gran abogado, pero todos sabemos quién es el gran rey de reyes de las leyes, pues nos lo dice la Biblia, y Daniel Webster parecía a punto de perder su primer caso.

Finalmente, el extraño pareció ceder un poco.

—Sus esfuerzos por defender a su cliente le honran, Mr. Webster, pero si no me ofrece mejores argumentos —dijo—, me veré obligado a no perder más el tiempo.

Jabez Stone se echó a temblar al oír aquello.

Daniel Webster tenía el semblante oscuro como nubes de tormenta.

—Pierda o no el tiempo usted —replicó—, no consentiré que se lleve a este hombre. Mr. Stone es un ciudadano americano, y ningún ciudadano americano puede ser obligado a servir a cualquier príncipe extranjero. Por eso luchamos contra Inglaterra, y por eso seguiremos luchando cuanto haga falta.

—¿Extranjero? —dijo el extraño—. ¿Quién me llama extranjero?

—Bueno, nunca he oído hablar de que el Diablo haya pedido la nacionalidad norteamericana…

—¿Y quién tendría mayor derecho a esa nacionalidad? —dijo el extraño con una de sus temibles sonrisas—. Cuando se cometió la primera brutalidad con el primer indio, allí estaba yo; cuando se hizo cautivo al primer esclavo del Congo, allí estaba yo. ¿Y acaso no aparezco en todos sus libros de historias y de creencias, desde los

primeros tiempos de la colonia? ¿Acaso no se habla de mí desde entonces en todas las iglesias de Nueva Inglaterra? ¿Y no es menos cierto que en el norte se dice que soy del sur, y en el sur que soy del norte? Pero, en realidad, no soy ni del norte ni del sur; sólo soy un ciudadano americano honesto, como usted mismo, como los mejores ciudadanos de esta tierra, y vengo además de la mejor descendencia. A decir verdad, Mr. Webster, mi nombre es tan antiguo en esta tierra como el suyo propio.

—¡Ajá! —exclamó Daniel Webster, marcándosele las venas en la frente—. Bien, pues entonces, y en nombre de la Constitución, pido que el caso de mi cliente sea visto en juicio.

—Es un caso difícil de llevar ante un tribunal al uso —dijo el extraño parpadeando violentamente—. Además, lo avanzado de la hora en que estamos…

—Se hará en el tribunal que usted elija, siempre y cuando haya un juez y un jurado norteamericanos —dijo Daniel Webster recrecido en su orgullo de patriota.

—De acuerdo, usted lo ha querido así —dijo el extraño, y apuntando con su dedo hacia la puerta comenzaron a suceder cosas de pronto, tales como un rugido del viento y el ruido de unos pasos nítidos que avanzaban hacia la casa en mitad de la noche. Pero no eran pasos de seres vivos.

—¡En el nombre de Dios! —gritó Jabez Stone, presa del pánico—. ¿Quién podría venir hasta aquí a estas horas de la noche?

—Son los miembros del jurado que su abogado, Mr. Webster, ha solicitado —dijo el extraño soplando un poco en su vaso ardiente—. Disculpen ustedes la apariencia poco conveniente que puedan tener un par de ellos, pero es que vienen de muy lejos.

IV

Con aquello el brillo del fuego de la cocina adquirió un tono azul, se abrió la puerta y entraron en la casa doce hombres, uno tras otro.

Si Jabez Stone había sentido ya lo que era el miedo, ahora lo cegó un terror nuevo. Allí estaba Walter Butler, el hombre de leyes que tanto fuego y espanto hizo correr por el Valle de Mohawk en los días de la Revolución; y Simon Girty, el renegado que a tantos hombres blancos ató a estacas para quemarlos, con la ayuda de los indios… Tenía los ojos verdes como los de un puma, y la sangre que manchaba su camisa no era precisamente la de un ciervo. Y también estaba allí King Philip, tan violento y orgulloso como siempre lo fuera en vida, mostrando en su cabeza la herida que le causó la muerte; y el cruel gobernador Dale, el que a tantos hombres descuartizó en el potro de tortura. Y allí estaba también Morton, el de Marry Mount, el que a tantas vejaciones sometió a la colonia de Plymouth, con toda su gallardía, bien parecido, con el gesto sempiterno de un dios vengativo. Y Teach, el pirata sanguinario, con la negra barba cayéndole hasta el pecho. Y el reverendo John Smeet, con sus manos de estrangulador y su toga ginebrina, caminando delicadamente, como cuando lo llevaron a la horca. Aún tenía en el cuello la marca de la soga, pero no por eso se había desprendido de su perfumado pañuelo, que llevaba en una mano. Uno tras otro fueron haciendo su entrada en la casa, llevando tras de sí estelas infernales… El extraño había ido anunciando sus nombres a medida que traspasaban el umbral de la puerta, así como las culpas por las que habían sido reos. El extraño había dicho la verdad: todos ellos habían jugado un papel de relevancia en la construcción de América.

—¿Está por fin satisfecho con la composición del jurado, Mr. Webster? —preguntó el extraño, burlón.

El sudor cubría la frente de Daniel Webster, pero así y todo habló claro y alto.

—Bastante satisfecho —dijo—. Pero supuse que también vendría el general Arnold, al frente de la compañía.

—No, Benedict Arnold[76] está ocupado con otros asuntos —dijo el extraño, aún más sarcástico—. Pero, claro está, usted reclama la presencia de un juez, como es lógico —y apuntando de nuevo con el dedo hacia la puerta, hizo que entrara un hombre con toda la pinta de los más aherrojados puritanos, con la fiera mirada de los fanáticos, y ataviado a la manera de los más soberbios magistrados, que de inmediato buscó un lugar preeminente en el que situarse—. El juez Hathorne —siguió diciendo el extraño— es un magistrado de gran experiencia y fama, la cual le viene dada por haber presidido cierto tribunal en Salem… Hubo unos cuantos que luego se arrepintieron de aquello, pero él no…

—¿Arrepentirme yo de aquella injusticia, de tanto dolor causado a inocentes? —intervino entonces el juez—. No, nada de eso… ¡Que cuelguen a todos los que se arrepintieron! —dijo como si hablara para sí mismo, lo que heló aún más el corazón de Jabez Stone.

El proceso comenzó pronto, y como puede suponerse, con las mayores dificultades para la defensa. Jabez Stone no pudo hacer mucho más, en defensa de sí mismo, que prestar declaración como si fuese un mero testigo. Echar una mirada a Simon Girty bastaba para que se estremeciera de la cabeza a los pies. Y le hacían estar de pie en un rincón, a punto de desvanecerse.

El proceso no se detuvo un instante. Daniel Webster se había tenido que enfrentar en muchas ocasiones a jurados muy duros y a jueces implacables, pero aquella corte ante la que ahora argumentaba, compuesta por hombres de mirada ardiente y cruel, y la voz tranquila y segura del extraño, no le daban tregua. Apenas manifestaba una objeción, oía cómo le era rechazada; y apenas cualquiera de ellos hablaba, el juez aceptaba lo que fuese. Bueno, hubiera sido estúpido pretender *fair play* en alguien como Mr. Scratch.

Finalmente se le concedió a Daniel Webster el turno de alegaciones, y comenzó a golpear con argumentos que sonaban como hierro en la forja. Al hablar parecía sumir en la mayor confusión al jurado y al juez, pues lo hacía con argumentos legales de gran contundencia, para los que no tenían réplica. Y no le importaba si aquello pudiera desatar las iras de la corte en pleno, o si le haría sufrir represalias. Tampoco pareció preocuparse de la suerte que pudiera correr Jabez Stone, y se expresaba por momentos con más pasión que mesura, aunque pensando bien cada una de las cosas que decía. Al final, curiosamente, y cuanto más pensaba, mientras hablaba, en la necesidad de buscar palabras poco hirientes, más lo eran éstas.

Finalmente, ante la conclusión de sus argumentos, se deslizó por la senda de las conclusiones finales, en un afán de revertir el proceso. Pero antes de dar inicio a sus conclusiones, se quedó mirando unos instantes al juez y al jurado, alternativamente, un efecto dramático que solía aplicar con éxito. Pero se dio cuenta de que, lejos de aplacarse aquel fulgor bestial que tenían todos en la mirada, se incrementaba su furia. Y que parecieron ir a levantarse para echársele encima. Lo miraban como la jauría que ha detectado la presencia del zorro, cual dispuestos a saltar sobre él. Y percibió Daniel que a todos envolvía una infernal neblina azulada. No obstante, aquello lo reafirmó aún más en lo que había pensado hacer, y se quitó con la mano el sudor de la frente, como quien acabase de salvar un pozo en la oscuridad del bosque.

Acababa de darse cuenta de que todos ellos habían ido por él, no sólo por Jabez Stone. Lo vio en aquel fulgor bestial de sus ojos, en la manera en que se repasaban la boca con la mano. Pero no podía luchar con las mismas armas que ellos, pues eso, precisamente, le hubiera hecho sucumbir a sus maléficos poderes. Por supuesto que vio perdido el caso en esos breves instantes en que cruzó su mirada con las del juez y los miembros del jurado. Pero fueron su mirada y su cólera creciente lo que poco a

poco apagó el fuego de aquellos ojos que se le clavaban. Eso le dio ánimos; tenía que insistir en su actitud si no quería perder definitivamente el juicio. Así que se los quedó mirando un buen rato en silencio, con sus ojos negros ardientes como la antracita. Y tras esa pausa estudiada comenzó a hablar.

Comenzó expresándose con una voz baja y suave, para que no pudiera malinterpretarse ninguna de sus palabras. Sus vecinos decían que a veces su voz era como la música de un arpa. O como la música sacra. Y lo que dijo se correspondía con aquello más simple que un hombre pueda expresar cuando se ve adornado de razones. No condenó, no rivalizó. Se limitó a hablar de cosas que hacen que un país lo sea de verdad. Y que un hombre sea un hombre.

Habló, pues, para decir esas cosas sencillas que cualquiera puede entender, que a cualquiera pueden llegarle al corazón: de las bondades de una mañana espléndida, y de cuánto se disfrutan esos días cuando se es joven; y del gusto y placer que dan los alimentos cuando se tiene hambre; y de lo impagablemente nuevo que es cada día cuando se es niño… Habló, simplemente, de cosas que llegan al corazón de un hombre. De cosas que son en sí mismas buenas para cualquier hombre. Y les dijo que, sin libertad, los hombres enferman moralmente. Y cuando les habló de la esclavitud, y de las penurias de esa esclavitud, su voz se alzaba como el tañido de una campana. Se expresó después sobre los días primeros de la fundación de América, y de los hombres que protagonizaron dichos días. No fue un discurso vibrante, pero sí conveniente, claro, elocuente. Admitió de igual manera que en aquellos tiempos se cometieron muchos errores e injusticias, pero para demostrar después que tras los errores y las injusticias siempre aparece la corrección de los mismos, lo que hace que impere al cabo la justicia y que se acabe con el sufrimiento y la devastación para dar paso a una nueva era. Una nueva era en la que todo el mundo tiene un lugar, incluso los que fueron traidores.

Luego se volvió a Jabez Stone y habló de él exponiendo lo que realmente era: un hombre común que había tenido mala fortuna, que había luchado lo indecible, y que era merecedor, por ello, de una recompensa. Y añadió que, precisamente por aspirar a esa recompensa de la que era acreedor, se le quería penar por toda una eternidad. Pero Jabez Stone era un hombre bueno, y nunca había hecho daño a nadie. Había cometido errores, como cualquiera, pero precisamente porque era un hombre, y también cometen errores los hombres cuando aspiran a su bien y al de los suyos. Ser hombre a veces es triste, pero también es la de hombre una condición de la que el mundo puede sentirse orgulloso. Dijo Daniel Webster igualmente que, incluso en el infierno, si se es hombre, uno puede seguir aspirando a su orgullo de serlo. Y con una voz que era entonces como música de órgano, aseguró que jamás condenaría en adelante a un hombre, por muy equivocado que estuviese, para exponer a continuación las glorias y fracasos de la humanidad en su largo viaje. Un viaje lleno de accidentes, caídas y sinsabores, pero un gran viaje al fin y al cabo. Un viaje que nunca podría hacer un demonio, por mucho que se apropiara de los hombres.

V

Comenzó a agostarse el fuego del hogar y a soplar el viento que precede a la mañana. Una luz tenue y gris iluminaba ya la casa cuando Daniel Webster concluyó su exposición. Aquellas palabras suyas de tan tétrica noche acabarían derramándose por New Hampshire para hacer más próspera y bonancible esta tierra que sus gentes aman y cultivan. Tal cuadro ofreció de ella merced a sus palabras que cada uno de los miembros del jurado hubo de pensar en cosas largamente olvidadas. No en vano las palabras de Daniel Webster llegaban al corazón como un regalo, y en ello radicaba su verosimilitud y por lo tanto su fuerza. Para cada uno de los miembros del jurado fue la voz de Daniel como un bosque que revela sus secretos, como la tormenta que agita los mares; y todos y cada uno vieron en sus palabras el grito de la nación a la que pertenecían, y que habían supuesto perdida para siempre. Y alguno hasta rememoró tiernas escenas de otro tiempo, que había olvidado durante años y más años. Pero cuando Daniel Webster quedó en silencio no supo decirse si había salvado o no a Jabez Stone. Aunque sí tuvo la sensación de que había logrado un milagro, pues a todos les había desaparecido de los ojos aquel fulgor bestial, y volvían a ser hombres, al menos por unos momentos, y además sabían que eran hombres.

—La defensa ha terminado —dijo entonces Daniel Webster, crecido como una montaña, aún resonándole sus propias palabras.

No oyó nada más durante un largo rato, hasta que el juez Hathorne anunció:

—El jurado se retira a considerar su veredicto.

Walter Butler se levantó entonces de su asiento con un gesto de apacible orgullo.

—El jurado ya ha considerado su veredicto —dijo mirando a Scratch a los ojos—. Creemos en la inocencia de Jabez Stone.

Al extraño se le borró de golpe la sonrisa, pero Walter Butler no se arredró.

—Quizá —prosiguió— nuestro fallo no esté en estricta consonancia con las evidencias, pero incluso así hemos de aceptar la elocuencia y argumentos de Mr. Webster.

Con eso lanzó el gallo su canto al cielo gris de la mañana, y el juez y el jurado salieron uno tras otro de la casa, tal y como habían llegado, como humo que se pierde en el aire, como si jamás hubieran estado allí.

El extraño se volvió a Daniel Webster, y con una amarga sonrisa le dijo:

—El Mayor Butler siempre fue un hombre audaz y valiente, nunca he tenido dudas al respecto, pero jamás imaginé que lo fuera hasta el punto en que hoy lo ha demostrado… En cualquier caso, y dado que ambos somos caballeros, le felicito a usted.

—Gracias, pero deme primero ese papel, por favor —dijo Daniel Webster, y tomando el papel lo rompió, no sin notar cuán caliente estaba—. Y ahora, ya lo tengo

en mi poder —y con sus manos poderosas, con su fuerza de oso, hizo presa en un brazo del extraño, pues bien sabía que una vez derrotado en buena lid alguien como Mr. Scratch, sus poderes se esfuman. Y vio claramente que Mr. Scratch lo sabía.

El extraño trató de resistirse, pero fue en vano.

—Vamos, Mr. Webster —decía con una pálida sonrisa—. Todo esto es ridículo… ¡Ay! No apriete tanto, por favor… Si está usted enfadado por las costas del juicio, yo correré con los gastos.

—Pues claro que va a pagar usted —le dijo Daniel Webster, presionándole aún más, hasta hacer que le rechinaran los dientes—. Para empezar, tomará usted asiento a esta mesa y procederá a la redacción de un documento en el que prometa que jamás volverá a molestar con cualquier tipo de reclamación a Jabez Stone, ni a sus herederos o beneficiarios, ni a cualquier natural de New Hampshire, de aquí en adelante, hasta el día del Juicio Final. Y sean cuales sean los hados que se ciernan sobre este Estado, seremos sus naturales quienes nos levantemos, sin la ayuda de extraños.

—¡Ay! —gritó de nuevo el extraño, al sentir en su brazo la presión de Daniel Webster—. ¡Ay! De acuerdo, nunca se verán en esa tesitura los habitantes de este Estado, estoy dispuesto a firmarlo.

Cedió entonces, tomó asiento a la mesa y redactó el documento en esos términos. Daniel Webster no le quitaba la mano del cuello.

—Y ahora, ¿puedo irme? —preguntó el extraño con humildad, cuando Daniel comprobó la redacción del documento y aceptó su validez legal.

—¿Irte? —dijo Daniel dándole un pescozón—. Pero si todavía no he decidido qué hacer contigo… Has firmado el documento, te has comprometido a pagar todas las costas legales… pero aún no hemos ajustado cuentas tú y yo… Creo que te llevaré conmigo a Marshfield —añadió Daniel como si tramase algo—. Tengo allí un carnero llamado Goliat, capaz de derribar de un topetazo una puerta de hierro. Me gustaría soltarte en el campo y ver qué hace Goliat contigo…

Bien, tras esas palabras, el extraño comenzó a pedir clemencia una y otra vez. Y lo hizo con tanto sentimiento y humildad que al cabo Daniel Webster, que a fin de cuentas era un hombre de buen corazón, decidió dejarlo marchar libremente. El extraño se mostró muy agradecido, y dijo, a fin de hacer ver a Daniel que podían ser amigos, que antes de irse quería leerle la palma de la mano para comprobar si en verdad era un hombre de buena fortuna. Daniel se mostró de acuerdo con eso, aunque no tenía muy en cuenta esas cosas.

El extraño, naturalmente, veía las cosas de otra manera. Bien, el caso fue que leyó las líneas de la mano de Daniel Webster, y le hizo varias observaciones en las que llevaba razón, aunque pertenecientes todas al pasado.

—Sí, todo eso es verdad, todo eso ocurrió, como dices —le aseguró Daniel Webster—, pero… ¿qué hay del futuro?

Sonrió el extraño, un tanto feliz, y sacudió la cabeza.

—Es que el futuro no es lo que usted cree —le dijo—. Es algo oscuro, difícil de ver… Porque es usted un hombre muy ambicioso, Mr. Webster.

—Tienes razón, lo soy —reconoció Daniel, pues como sabía todo el mundo aspiraba a ser presidente de la nación.

—Hay algo que sugiere la posibilidad de que usted alcance una meta que se propone, pero a la vez no se ve claramente que lo consiga. Hombres con menos merecimiento que usted llegarán a la Presidencia, y usted se quedará en el camino, eso es lo que parece.

—Pero si así ocurriera, seguiré siendo Daniel Webster, no obstante. Continúa…

—Usted tiene dos hijos muy fuertes —dijo el extraño, sacudiendo la cabeza—. Pero las líneas de su mano dicen que ambos morirán en una guerra sin haber llegado a ser nada.

—Vivos o muertos, por siempre serán mis hijos —dijo Daniel Webster—. Continúa…

—Es usted un gran orador y hace discursos extraordinarios —dijo el extraño—. Pues bien, seguirá haciéndolos.

—¡Ah! —dijo Daniel Webster.

—Pero su último gran discurso —siguió diciendo el extraño— hará que muchos de los que le sostuvieron se vuelvan contra usted. Lo llamarán entonces Ichabod. Y le llamarán con otros nombres aún más hirientes. Incluso en Nueva Inglaterra habrá quien diga que se cambió usted de chaqueta y que vendió su país, y a esas voces se irán uniendo otras, y le perseguirán hasta que muera.

—Da igual. Si mi último discurso será en verdad honesto, no importa lo que consideren los demás —dijo Daniel Webster, mirando al extraño a los ojos, que cerró los suyos—. Una cosa más —dijo Daniel—. Siempre he luchado por la Unión, toda mi vida… ¿Veré la victoria de la Unión sobre aquellos que quieren destruirla?

—No vivirá para verlo —dijo el extraño con gesto serio—. Pero la Unión vencerá. Y después de que usted muera, serán miles y miles los que combatan para defender su causa, Daniel Webster, gracias precisamente a sus discursos.

—Bien, entonces, tú, el tramposo, el malhadado, el adivino, el artero —dijo Daniel Webster riéndose—, puedes regresar ya a las regiones donde moras, no sin que antes te marque con mi sello. Por las trece colonias primigenias, que ya he puesto las bases necesarias para salvar la Unión.

Y con aquello dio al extraño una patada que hubiera tumbado a un caballo, y eso que sólo le dio un poco con la puntera de su bota. No obstante, el extraño salió volando con su caja de coleccionista bajo el brazo.

—Y ahora —dijo Daniel Webster mirando a Jabez Stone, que se recuperaba ya de su desvanecimiento— veamos si queda algo en esa jarra, pues hablar tanto, durante toda la noche, cansa mucho y te deja seca la garganta… Y espero que tengas un buen pastel para el desayuno, vecino Stone.

Cuentan que desde entonces, por dondequiera que sea que el Diablo se acerque a

Marsfíeld, incluso ahora, Daniel Webster levanta un muro para que no pase. Aunque se asegura que desde entonces no se le ha visto por New Hampshire. No puedo decir lo mismo de Massachusetts y Vermont.

9

ROBERTSON DAVIES

Cuando Satán vuelve a casa por Navidad

When Satan goes Home for Christmas

Traducción
José Luis Moreno Ruíz

Robertson Davies (Thamesville, Ontario 1913 - Toronto 1995). Hijo del senador William Rupert Davies, se graduó en Literatura en el Balliol College de Oxford, tras cursar estudios en diversas universidades de su país. En los comienzos de su carrera literaria hay que destacar su afición al drama y la práctica continuada del periodismo profesional. Su tesis doctoral, *Shakespeare's Boy Actors*, apareció en 1939. En 1940, y en el marco del mundo del teatro, conoció a Brenda Mathews, con la que contrajo matrimonio. Fue «Editor» (1940-1955) y «Publisher» (1955-1965) del Peterborough Examiner. Con el seudónimo de Samuel Marchbanks escribió numerosos ensayos humorísticos, recopilados en diversos volúmenes. Escribió once novelas, organizadas en su mayor parte como trilogías. Destacaremos entre ellas: *Fifth Business* (1970), continuada por *The Manticore* (1972) y *World of Wonders* (1975), que componen la que ha dado en llamarse «*la Trilogía de Deptford*». Están muy influidas por las teorías psicológicas de Carl Gustav Jung. Desde 1961, y durante 21 años hasta su retiro, enseñó Literatura en la Universidad de Toronto.

Cuando Satán vuelve a casa por Navidad

Uno de los más distinguidos profesores de este *College* —cuyo nombre os resulta muy familiar a todos— me dijo hace unas semanas: «Bueno, supongo que escucharemos alguna de tus rutilantes historias de fantasmas».

Mi oído es muy sensible, por lo que me pareció que esa manera de hacer hincapié en este punto contenía, más que un cierto grado de entusiasmo, una aceptación resignada. No tuve más remedio que preguntarle acerca de lo que no le gustaba de mis historias de fantasmas.

—Los fantasmas —me dijo como si nada—. Ya te hemos oído hablar de tus encuentros con las sombras de la reina Victoria, Jorge V y Jorge VI, sin olvidarnos de sir John A. Macdonald[77]… Lo cuentas como si sólo tú pudieras relacionarte con gente que ocupa un lugar de tanta importancia en la historia. Lo tuyo viene a ser una especie de elitismo ectoplasmático, que resulta especialmente desagradable.

Tenía que haberle dicho que aquellos fantasmas no eran una invención; que yo no los buscaba, sino que eran ellos los que acudían a mí. Pero no tiene sentido discutir con personas a las que, si se les aparece un fantasma, será en todo caso un fantasma de rango inferior, uno que viene de las ramas más modestas del funcionariado. Pero tomé la decisión de instruirle al respecto, aunque no esperaba encontrarme con ningún fantasma este año; después de todo, ya es bastante poder alinear a cinco fantasmas seguidos, incluso en el *College* más encantado de cualquier universidad; además, acaso fuese mejor inventarme alguna historia de fantasmas que pudiera ser fácilmente aceptada por unos oyentes con puntos de vista fuertemente igualitaristas.

Y así lo hice. Fue la mía una historia excelente —una de esas que en otro tiempo se llamaban *de maravillosa invención*—, y ciertamente original. Una historia que trata de un joven y supuesto profesor de nuestro *College*, un tipo llamado Frank Einstein, biólogo brillante y descubridor del secreto de la vida tras el hallazgo que hiciera de un antiguo manuscrito de alquimia, gracias al cual creó una criatura viviente a partir de unos despojos que robase del laboratorio del departamento de disección de la Facultad de Medicina. Había llevado aquellos restos a su habitación, secretamente, y allí fue donde procedió a ejecutar el experimento. Pero como no pudo dotar de alma a su criatura, o a su monstruo, si se prefiere decirlo así, éste mató al tesorero de la universidad, y luego al bibliotecario, y después desfloró y se comió a la novia del propio Frank Einstein, una estudiante recién graduada llamada Mary Shelley… Esto, desde luego, es mera narrativa, una pura invención, y hube de buscar muchas referencias para hacerla, especialmente en lo que se refiere a los soliloquios del monstruo, pero anoche…

Anoche celebramos en el *College* nuestro baile de Navidad, lo que quiere decir que no hubo tiempo para el sueño hasta bien entrada la madrugada, cosa que es propia cuando la juventud y los placeres encuentran y hasta cazan las horas más

gloriosas que caminan sobre pies ligeros. Ocurrió alrededor de la una de la madrugada, cuando me hallaba echando un vistazo en el salón de baile circular donde se divertía el alumnado, allá donde esas horas de pies ligeros danzan circularmente, que es cuanto se puede esperar, después de todo, en un salón de baile circular. En un momento dado salí de allí para dirigirme a la capilla y tomar algo de resuello y descansar al menos diez minutos, pues me pareció que en un lugar así estaría tranquilo, que no habría nadie. Pero la capilla no estaba precisamente vacía.

El hombre que se hallaba de pie ante el altar, y que miraba intensamente el iconostasio, no era precisamente un tipo raro, salvo si se entiende por tal que fuese extraordinariamente llamativo en todos los sentidos. Era un hombre de edad mediana, aunque no pertenecía al claustro de profesores. Por lo general reconoces a un hombre de mediana edad que pertenezca al claustro de profesores por el corte de su traje, uno de esos trajes que llevamos desde treinta años atrás y que podríamos seguir llevando durante los próximos cuarenta y cinco años, si la vida nos diese para tanto. Pero la levita de aquel hombre semejaba haber sido hecha el día anterior, de tan nueva como estaba, no obstante su corte tradicional.

Lucía el extraño largo el cabello, pero elegantemente arreglado y peinado, y una barba que le daba un toque de gran distinción. Me resulta difícil describir la belleza de su rostro, una belleza que no parecía consciente de sí misma, pero que lo era rotunda; una belleza, en cualquier caso, con un toque de helada prepotencia displicente. De inmediato me hice una composición de lugar: se trataría, me dije, de un nuevo profesor visitante, de un lector llegado de cualquier universidad norteamericana del medio oeste.

—Hermosa pieza, ¿verdad? —dije señalando el iconostasio.

Ni me miró.

—Muy interesante —dijo en voz baja—. Estos retratos de familia suelen ser muy interesantes.

Supuse que estaba sordo.

—Es un iconostasio ruso, del siglo XVII —dije alzando la voz—; un iconostasio que ha viajado mucho a lo largo de estos siglos, hasta llegar aquí.

—Es una lástima que no esté representado el Padre; no obstante, no es de las peores piezas de esta clase que he visto —dijo sin dejar de ignorarme.

—Me pregunto si no será usted profesor invitado de nuestro departamento de arte —le dije abruptamente.

Entonces se volvió despacio y me miró. Fue la suya una de esas miradas que contienen a partes iguales conmiseración y desprecio. Me sentí mal, porque no me miraban así desde el último examen oral al que fui sometido, hace ya más de treinta años de aquello.

—¿No me conoces? —me preguntó el extraño.

Aquello me hizo dudar, y hasta sentir molesto. No soy muy bueno para los nombres, pero sí para las caras. Y estaba seguro de no haberlo visto nunca antes. No

obstante… había algo en aquel tipo que me resultaba familiar, por así decirlo.

—¿Quieres que te dé una pista? —dijo, y al instante se transformó. De golpe lo vi vestido con un traje rojo muy brillante, y cubierto por una capa igualmente roja y no menos brillante, mientras el sonido de la música procedente del salón de baile, en la planta superior, se convertía lentamente en una sucesión de compases que remitían a Gounod[78].

—¡Claro! —exclamé—. Es usted el nuevo director de la escuela de ópera… ¡Qué bien le sienta ese fantástico traje!

—¡No! —gritó con cierta impaciencia, transformándose de nuevo; ahora se me presentó con una especie de terno animal, peludo y áspero, y con unos zapatos que parecían pezuñas; de la frente le salían dos cuernos, y en el final de la espalda, allá donde antes le quedaban los fondillos del pantalón, tenía una especie de cara muy fea, en la que sobresalía una boca no menos fea, y de la cual pendía algo parecido a una lengua larga y muy roja que se balanceaba obscenamente.

—Claro, claro —dije echándome a reír como un imbécil porque comenzaba a estar un poco nervioso—; seguro que es usted uno de esos actores de la Poculi Ludique Societas[79] que representan obras medievales… ¡Qué buen disfraz!

—¡Maldita sea! —rugió el extraño como un león al tiempo que la lengua que le colgaba de la boca de la cara trasera azotaba el aire y se ponía del color de la frambuesa, desesperada—. Pero ¿qué clase de estúpido incrédulo eres tú, muchacho? ¿Qué voy a hacer contigo? —y para mi mayor sorpresa, una sorpresa que me llevó al borde del desmayo, apareció de golpe, allí mismo, sí, en la capilla, justo a mi espalda, un dragón rojo con siete cabezas y una corona y diez cuernos en cada cabeza. El ruido que hacían aquellas siete cabezas resultó insoportable a mis nervios, porque además un hedor pestilente se impuso a la delicada colonia que exhalaba de aquel hombre tan bello, y a punto estuve de vomitar. Me repuse, no obstante, y me aparté unos pasos, para buscar asiento en uno de los bancos, pero caí estrepitosamente al suelo.

—¡El Diablo! —dije entonces, y de súbito se esfumó el dragón pestilente y vi ante mí al muy apuesto caballero.

—Bueno, al fin sabes quién soy —me dijo, tendiéndome la mano para ayudar a que me levantase.

Apenas podía sostenerme en pie. Sé bien cuándo estoy fuera de combate. Caí de rodillas.

—¡Oh, Señor! —exclamé, pero como no me pareció que mi voz tremolase como era debido, lo que es decir de manera suficientemente teatral, añadí—: Oh, tú, mi Señor… ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que te pongas de pie y te olvides de todas esas estupideces medievales —me espetó el Diablo, y digo que era él, pues entonces ya no me cupo duda alguna al respecto—. Vosotros, estúpidos mortales, insistís en tratarme como si yo fuese el mismo de las representaciones vistas desde el siglo XVI; no tenéis en cuenta que soy

un ser intemporal, un ser que viaja a través de las edades.

—De acuerdo —dije levantándome—. Entonces, ¿qué puedo hacer por usted? Arriba, en un salón de la biblioteca, sirven una cena excelente; y si quiere un par de almas que llevarse, puedo hacerle una lista de todos los residentes en el *College*, con acotaciones al margen, para que elija.

—¡Ay, querido mío! Pero ¿qué clase de Diablo crees que soy? —me dijo condescendiente—. ¿Es que me tomas por un tipo que se vende a cambio de nada? No tengo el menor interés por cualquiera de tus alumnos, ni por cualquiera de tus amigos y colegas. Sé bien cómo seleccionar a los miembros de mi *staff*.

Un pensamiento de dimensiones terribles —o de mera vanidad, quizá— se apoderó de mí. Intenté sacar la mejor de mis voces, una de la que pudiera sentirme realmente orgulloso, y dije en tono solemne:

—¿Entonces ha venido por mí?

El Diablo se echó a reír —fue la suya una risa sorda y plateada, si pueden imaginar algo así— y me palmoteó amistosamente las costillas con ambas manos.

—Bueno, muchacho —me dijo—, dejémonos ya de cumplidos y tonterías.

Aquellas palmaditas que me dio en las costillas sirvieron para reanimarme. Siempre había pensado que el Diablo sería un ser hosco, incluso temible, pero con ello me había demostrado que no tenía motivos para temerlo.

—Bien —dije—; estoy seguro de que no habrá venido por venir… Si no quiere almas, ni siquiera hacerse con una propiedad espiritual tan interesante como mi alma misma, ¿qué puedo ofrecerle?

—Nada, salvo que observes como es debido este maravilloso iconostasio —me respondió—. Seguro que lo que voy a decirte te parecerá extraño, pero en esta época del año, cuando se celebra la Navidad, me siento un poco melancólico… Siempre oigo decir a la gente que vuelve a casa por Navidad… No sabes, muchacho, cuánto me gustaría volver de verdad a casa por Navidad.

Me cuidé mucho de no hacer el menor comentario.

—Claro está —siguió diciendo el Diablo tras una pausa— que no puedo hacerlo, pues nadie me invita —un velo de exquisita melancolía, en efecto, cubría su rostro hermoso, su gesto altivo, dándole una expresión que jamás había contemplado en nadie.

Cuando yo era niño cobró mucha fama una novela de Marie Corelli titulada *The Sorrows of Satan*[80], pero ni siquiera ella expuso ahí que una de las mayores penas de Satán fuese la de no poder ir a casa por Navidad.

Me sentía inmerso en un dilema. De una parte, sabía que mi obligación era la de defender al College de un Diablo tan poderoso como insensato; de otra, el sentimentalismo me impedía actuar convenientemente. Tenía que proceder, pues, con un tacto exquisito.

—¿Eran felices las Navidades en su casa? —le pregunté, suponiendo que mi tono amable y coloquial serviría para sacarlo de aquel estado.

—No puedo hablar de eso —respondió—; como ya te he contado, jamás he tenido Navidades pues nunca he sido invitado a celebrarlas, ni se celebraban en mi casa por la opinión de mi padre, contrario a hacerlo. Pero hace ya tantos años… Da igual, las Navidades seguirán existiendo hasta el fin de los eones.

—Creo que comprendo su situación —le dije—, pero no se sienta tan desgraciado; la culpa no es suya, después de todo; es usted eso que llamamos la consecuencia de un hogar roto.

El Diablo me echó entonces una mirada que me hizo sentir francamente incómodo.

—No creas que porque tengo tu compasión —me dijo— no puedo leer en ti como si fueses un libro abierto. Te crees muy inteligente, mucho más que yo; pero eso no es más que una vana ilusión, perfectamente académica, por otra parte.

—No me creo más inteligente que usted —repliqué—; sé perfectamente qué les ocurre a los profesores que se creen más listos que el Diablo. El infortunado Doctor Fausto, por ejemplo… Pero sé que jugará usted limpio conmigo; me pide usted compasión y, sin embargo, cuando le doy lo mejor de mí, me acusa de hipocresía… Hablemos en términos de estricta honestidad intelectual, se lo ruego.

De nuevo resonó en la capilla el latigazo de la larga lengua color de frambuesa que tenía en la fea cara trasera, y temí que el Diablo se volviese a presentar de aquella guisa, tan diferente a su actual aspecto de respetabilísimo caballero, irreprochablemente contemporáneo, o lo que es peor, que apareciese de nuevo el dragón hediondo, aunque de momento, la lengua inconvenientemente situada se dejaba sentir, pero no estaba a la vista.

—La honestidad intelectual significa, supongo, que hemos de jugar con tus reglas —me respondió—, y la verdad es que prefiero jugar con las mías, pues con ellas podremos llegar más lejos, mucho más lejos… ¿Acaso me crees tan estúpido como para no ser capaz de sostener más de un punto de vista al tiempo? Tú no podrías hacerlo, tonta criatura, la más tonta criatura de cuantas hay sobre la faz de la tierra. Yo disfruto tornándome sentimental durante la Navidad; al fin y al cabo es la fiesta de cumpleaños de mi hermano pequeño… Pero no creas por ello que precisamente por eso voy a perder la menor oportunidad de darle un disgusto.

Hizo una pausa y pude ver que en el fondo estaba de buen humor, añorante y hasta expansivo, si no fanfarrón, lo que ayudó a que me tranquilizara.

—Creo que los *christmas* de Navidad —siguió diciendo— son una de mis mayores invenciones. Sí, las tarjetas de Navidad han hecho más que cualquier otra cosa por convertir estas fiestas en algo horrísono… Creo que con ello demostré ser inteligente, un sabio. Hasta varios pintores Victorianos se dieron a pintar christmas, y así… bueno, ahí los tiene, juzgue por sí mismo.

Asentí mientras me frotaba el brazo, que tenía acalambrado como suelen tenerlo los escritores.

—También los regalos —siguió diciendo— son ridículos, por mucho que tengan

su origen en la tradición de los magos. Conozco bien a los magos, como podrás imaginarte. Melchor, Gaspar y Baltasar, unos tipos muy graciosos, incluso encantadores, que ofrecían oro, incienso y mirra como trasunto de sus nobles corazones… Pero cuando me apropié de su idea, y la convertí en la costumbre de hacer un regalo de Navidad, alcancé realmente la cumbre de mi inventiva. Las gentes, lo sabes bien, gustan de regalar cosas a quienes quieren, pero yo hice de eso algo tan obligatorio que incluso regalan a quienes detestan… Míralo como quieras, pero eso es algo irónico, terriblemente irónico.

No pude dejar de observar que a medida que hablaba perdía su aspecto señorial, llevado acaso del sarcasmo que adornaba su conversación. Tenía ahora la cara muy roja, la mandíbula desencajada y los labios húmedos. Y tuve la sensación de que lo rodeaba algo así como un zumbido procedente de las siete cabezas del dragón pestilente, que silbaran como serpientes.

—Santa Claus, ¿sabes?, Santa Claus, sí, también es una invención mía —prosiguió—. Observa este iconostasio… Ahí tienes a San Nicolás, el trabajador errante. Un tipo excelente. Lo conocí bien cuando fue obispo de Myra… Le encantaba hacer regalos. Era muy hospitalario, a todos abría sus brazos y tendía la mano, como únicamente lo hacen los santos. Pero en cuanto me puse en marcha y comencé a muñir, el engranaje rodó perfectamente. Ahora, ahí tienes sus imágenes por todas partes; y ahí lo tienes a él, un viejo apacible y gordo vestido de rojo, dispuesto a conseguirte todo lo que le pides, da igual si es una suscripción a cualquier revista, unas bebidas suaves, bisutería, productos de uso diario, secadores de pelo, receptores de televisión, muñecas… Pide lo que quieras que Santa te lo trae. Me encuentro al bueno de San Nicolás aquí y allá. Ahí que va el pobre hombre, intentando mantener viva la Navidad, y te aseguro que cuando me lo encuentro no puedo evitar un sentimiento de vergüenza ajena. Y no sólo eso.

A estas alturas de su discurso era cada vez más perceptible la degeneración que se iba obrando en el Diablo. Su elegante terno estaba arrugado, hecho un montón de harapos; el cabello le caía escaso y grasiento; su estómago y las posaderas se le habían descolgado de tal manera que parecía tener la forma de una pera, y el pañuelo que sacó para enjugar las lágrimas que le provocaba su risa estaba terriblemente sucio.

Yo no sabía qué hacer. Sentía que la situación era desesperada. Pero entonces tuve una idea.

Hay una actividad, muy popular en el mundo de la educación, a la que llamamos asesoramiento psicológico. Todos los años recibo montones de cartas en las que se me pregunta por el asesoramiento psicológico que ofrecemos en nuestro *College*, cartas que preguntan, por ejemplo, cuántas personas se encargan de dicho asesoramiento, a lo que invariablemente respondo que yo solo, pues es cierto que me encargo de eso yo solo. Estaba claro, ahora, que era el momento de poner en práctica algo parecido, aunque me echaba para atrás, en cierto modo, la sospecha de que

seguramente había sido el Diablo quien se inventara lo del asesoramiento psicológico. ¿Cómo arriesgarme, pues, en ese auténtico sinsentido que él mismo había creado? No obstante, quizá fuese interesante probar.

—Es evidente que ha venido usted aquí para admirar nuestro iconostasio —le dije, pasándole el brazo por los hombros en lo que deseaba fuera un gesto paternal y a la vez muy respetuoso—. Mírelo bien y recuerde su antiguo hogar, acuérdese de su familia… Por desgracia, es verdad, no aparece representado ahí su Padre de usted…

—El retrato que le hizo Miguel Ángel es, con mucho, la mejor de sus representaciones —me interrumpió—. Merece la más alta de las calificaciones.

—Mire a sus hermanos, no obstante —le recomendé—; observe a los arcángeles Miguel y Gabriel… ¡Qué hermosos son! Observe su extraordinaria condición física, a despecho de que tengan la misma edad que usted… Y recuerde, le sugiero, que usted fue alguna vez tan hermoso como ellos…

De inmediato quité el brazo que le había pasado por los hombros. Percibí en el Diablo, de golpe, los síntomas más terribles de su degeneración física y espiritual, pues encima lo vi de golpe a mi lado desnudo y con unas grandes alas negras.

—Ahora soy como ellos —dijo orgullosamente, pero para mi sorpresa supe entonces que el Diablo era en realidad un hermafrodita. No obstante, los cinco años que llevaba ya como rector del *College* me habían preparado para cualquier sorpresa.

—¡Bien, todo un arcángel! —exclamé, y acto seguido me salió una de esas cosas, una frase de ánimo, propias de un consejero psicológico—: Verá, creo que puede conseguir usted lo que se proponga, cualquier cosa; pero este insólito asalto que pretende hacer a la Navidad me parece impropio de usted. ¿No le parece que ya hemos tenido suficiente? Considere que la gente aún celebra la Navidad, ¿sabe?, con un espíritu no del todo semejante al que pueden sugerir las tarjetas para felicitar las fiestas, ni los regalos forzados, ni la imagen degradada de San Nicolás —hice un alto para pensar en aquella noche de celebración, y en todos los que disfrutábamos de la Navidad en el *College*, pero me di cuenta de que el Diablo me miraba ceñudo.

—Sí, pero lo hacen por mi hermano menor, ya sabes. Parece como si nadie más hubiera nacido. Nadie celebra mi cumpleaños.

Puedo asegurar que al decir eso lloriqueaba como un niño.

Yo no soy en vano profesor de interpretación dramática. Sé reconocer de inmediato cuándo alguien interpreta y cuándo no.

—No se lamente más —le dije—; yo celebraré su cumpleaños.

—¡Bah! —me espetó—. ¿Y quién eres tú?

—¡Ajá! O sea, que quiere hacer que caiga en el pecado del orgullo —le dije—. Sabe muy bien quién soy, no hace falta que se lo recuerde.

Me hizo gracia que me mirase un tanto desconcertado.

—Bueno, di lo que quieras; total, nadie te va a oír… ¿Quién iba a reconocerte, seas lo que seas?

—Todo el *College* sabe quién soy —repliqué.

—¡Bah! ¡El *College*! —dijo con cierta rudeza, pero dubitativo.

—¡Es un *College* para graduados! —dije yo—; más aún, estamos en una auténtica escuela de pensamiento —tenía yo la esperanza de que no pudiera seguirme si utilizaba una jerga semejante.

—¿Me tratas entonces como si fuese uno de tus compañeros de claustro? —me preguntó con un brillo en sus ojos que denotaba mucho más que complacencia.

—Así es —le dije—. Ahora, dígame en qué fecha estamos.

Dudó, pero sólo unos instantes.

—Verás, nunca digo esta fecha a un alma —y se acercó a mí, echándome el aliento al oído, para decírmela muy bajo; su aliento me hizo sentir calor en la oreja, pero puedo decir que desde entonces oigo mejor por ese oído que por el otro.

Mucha gente sostiene que el Diablo es un tipo vulgar, pero no son pocos los que le consideran todo un caballero. Éste fue el aspecto de su carácter que quiso mostrar entonces.

—Eres muy considerado conmigo —siguió diciendo—, y me gustaría hacerte patente mi gratitud por ello. ¿Qué quieres que te conceda? Y dímelo, sea lo que sea; no reprimas tu ambición.

No me salió una sola palabra, por lo que el Diablo se echó a reír de nuevo, con esa risa suya de antes, sorda y plateada.

—Estoy seguro de que piensas en Fausto —me dijo—, pero, si te digo la verdad, no me dio más que un alma carcomida; tú, sin embargo, me has dado ya algo que nadie me había ofrecido, cual lo es el privilegio de la amistad de un profesor del *College* de Massey. Pero, venga; si no quieres algo para ti, pídemelo al menos para el *College*. ¿Acaso no lo aceptarías? ¿Qué te parece un bonito donativo? Los académicos siempre precisan de dinero, andan muy escasos… ¡Dime a quién enviárselo!

Pero el Diablo me había subestimado. Yo sé con qué se hacen las mejores amistades entre los colegas del claustro de profesores, y no es precisamente con dinero, por muy delicioso que resulte el dinero. Mis ojos estaban fijos en el iconostasio. En la tercera fila de los iconos hay uno que muy poca gente es capaz de reconocer. Es un símbolo tan extraordinario, de significado tan profundo y de tantas y tan infinitas aplicaciones que ni siquiera el profesor Marshall McLuhan ha sido capaz de reventarlo. Es el símbolo de Santa Sofía, la divina sabiduría.

El Diablo supo al instante qué era lo que absorbía mi atención.

—Te desvelaré ese enigma, pues sabes qué es lo que debes preguntar al respecto.

—Será en beneficio del *College*, al fin y al cabo —dije.

Asintió.

—Muy bien —dijo—, pero tienes que comprender que sólo estoy en posesión de la mitad de lo que me pides, la sabiduría divina. Tendrás para tu *College*, sin embargo, esa otra mitad a la que aspiras, y te aseguro que será un regalo de gran valor. Lo que no sé es cuándo te harás con la otra mitad, la mía.

—Yo sí lo sé —le dije—; sé que también me concederá usted el conocimiento que atesora su mitad la próxima vez que vuelva a casa por Navidad.

Se echó a reír, desplegando sus espléndidas alas, y desapareció.

Regresé ya bien entrada la madrugada a mi habitación en el *College*, para tomar estas notas apresuradas y acaso también para dar cuenta del paso de un nuevo día, y después, como siempre, quizá hasta el final de los días, tañer veintiuna veces la campana para llamar a las actividades lectivas. De nuevo, y bajo circunstancias que no me fue dado prever ni anticipar, nuestro College había recibido la visita, no de un fantasma, pues se trataba el Diablo de un hombre fuerte, poderoso y enérgico como cualquiera de nosotros, o mucho más, sino de un espíritu tocado por las más altas distinciones. Suspiré sobre todo pensando en nuestros igualitaristas, para quienes los fantasmas no son más que un entretenimiento de la *petit bourgeoisie*. El baile ya había concluido, pero nuestras fiestas de Navidad no habían hecho más que empezar.

10

CLEVE CARTMILL

Hoy no hay noticias

No News Today

Traducción
José Luis Moreno Ruíz

Cleve Cartmill (1908-1964). Escritor norteamericano especializado en relatos cortos. Desempeñó, antes de dedicarse a la escritura, numerosos y diversos oficios (contable, operador de radio, etc.). Trabajó en diversas publicaciones controladas por John W. Campbell y conoció cierto éxito, en gran medida porque al estar exento del servicio militar por razones médicas ocupó el lugar de otros escritores menos afortunados consagrados al esfuerzo bélico. Al margen de su tarea como escritor, que desempeñó sin destacar con profesionalidad y competencia, está su faceta de coinventor de un sistema tipográfico de alta velocidad. Fue miembro de pleno derecho de la asociación de escritores de ficción especulativa: Mañana Society, que contaba entre sus miembros con autores como Robert A. Heinlein, Anthony Boucher, Leigh Bracket, L. Ron Hubbard o Edmond Hamilton, y otros.

Hoy no hay noticias

Algunos de ustedes se mostrarán disconformes porque en esta edición del *Argus* no haya noticias, sino una información completa a propósito de cierto problema habido en nuestro periódico. Pero me parece que este artículo es mucho más importante que cualquier información. Y hasta es más que posible que algunos anunciantes se muestren disconformes de igual manera, pues no hay hoy hueco para las páginas de anuncios por palabras. Pero la primera obligación de un periódico es la de informar a sus lectores.

No me verán más, así que sólo pretendo grabar en sus impresiones lo siguiente, un hecho claro:

El doctor Evan Scot no es un hijo de Satanás.

Tienen que creerme. Paso a ofrecerles las razones por lo que no lo creo, y así verán; después, una vez haya concluido mi exposición, y Mamá Grace haya impreso suficientes ejemplares para nuestros suscriptores, limpiaremos bien las prensas, nos tomaremos un par de tragos, y saldremos por la puerta para adentrarnos en ese negro vacío que nos espera ahí fuera, desde hace tres días, con las luces apagadas.

Ya les hablaré de la oscuridad, incluso de la negrura, a su debido tiempo. Antes, sin embargo, quiero decir que el rumor acerca del doctor Scot jamás se hubiera propalado de haber atendido Mamá Grace a su trabajo como es debido.

Ocurrió la semana pasada, al día siguiente de los últimos exámenes de *High School*, los definitivos para la graduación. Mamá Grace entró en mi despacho, llegado aprisa del cuarto de composición, y extendió las galeradas sobre mi mesa.

—No voy a… en… enviar un e… ejemplar al hi… hijo de Sa… Satanás —dijo Mamá Grace; el pobre tipo tartamudea cuando está nervioso.

Bajé los pies de la mesa y eché un vistazo a las galeradas. Contenían un informe sobre los ejercicios puestos como examen e incluían un extracto del discurso del doctor Scot en la ceremonia de graduación. Entonces miré a Mamá Grace.

Mamá Grace tenía pintada la indignación en el rostro; su cabello blanco estaba revuelto y tenía desorbitados los ojos azules; su barbilla parecía abombada como una concha.

No dije nada. Simplemente, me levanté para ir despacio al cuarto de composición de textos y echar un vistazo a la botella de *whisky* que hizo a Judith llamarlo Mamá. Judith había dicho que Mamá Grace acunaba la botella en sus brazos como si fuese un niño perdido al que hubiera encontrado en la noche de un sábado. La botella estaba intacta ahora, igual que en el último mes; Mamá Grace se había pasado todo ese tiempo de un lado a otro, inmerso en la investigación que hacía en sus ratos libres.

De vuelta a mi despacho lo miré ceñudo.

—Y bien, Mamá… ¿De qué se trata?

—Evan Scot es de la semilla de Lucifer. Maldito sea yo si encuentro a otro tipo que se corresponda como él a esa estirpe.

—El doctor Scot es uno de nuestros más distinguidos ciudadanos.

—Precisamente por eso, Buck.

—Lo que dices no tiene sentido, explícate.

—No sé si seré capaz de hacerlo, Buck. Sabes que te aprecio. Quita el nombre de Scot de la historia y ya está.

—No podemos quitar el nombre de Scot. Fue una de las estrellas de la graduación. El claustro entero de profesores se nos tiraría al cuello. Y también Judith. Querría saber por qué le hemos mutilado la historia. ¿Qué le dirías?

—No le daría ninguna explicación, Buck… Como no te la daría a ti, si pudiera permitírmelo.

No quise quemarlo más. Es un buen editor y un impresor excelente. Ha dado la vuelta al mundo varias veces, ha trabajado en todos los Estados de la Unión, y sabe tratar a las linotipias como si fueran su hermano pequeño. Comenzó a trabajar conmigo hace dos años y muy pronto tuve que darle el cargo de jefe de edición por lo bien que lo hacía. No, no quería quemarlo más de lo que ya estaba, pero tampoco podía hacer dejación de mis obligaciones, una de las cuales es la de imponer cierta disciplina en el trabajo.

—Imprímelo tal cual está —le dije.

—Haz… haz… hazlo tú… mis… mo… Yo di… dimito.

Se quitó la bata de impresor, se puso el abrigo y salió con un brillo sediento en los ojos.

Muchos de ustedes habrán oído hablar acerca de lo que hizo este hombre aquel día. Se emborrachó como una cuba y comenzó a propalar aquel rumor acerca del doctor Scot. No creo, sin embargo, que le prestaran mayor atención, excepto Ralph Lake, pero estuvimos atentos a neutralizar a Ralph por la noche. Seguro que tampoco se lo había creído mucho, y además no leerá este editorial, eso también es seguro.

Mientras Mamá se emborrachaba, yo era por completo ajeno a que lo hacía, por supuesto. Es muy cansado trabajar con los tipos de imprenta, con las cajas, con todo eso… No soy tan bueno como él para este trabajo de composición, cosa que ya habrán notado… Por eso escribí mal el nombre de Henry Longernin y, peor aún, por eso no apareció impresa su historia, aun habiéndola anunciado. Y por eso en algunos artículos faltaban párrafos enteros cuando di la noticia de ciertos hechos acaecidos en distintos lugares del mundo. También salieron varias galeradas sin corregir, y no hubo encima ejemplares suficientes como para satisfacer todas las suscripciones que Judith había hecho por sí misma, pues arruiné parte de la tirada.

Mientras me encargaba de la impresión de aquellas páginas, sin embargo, recordé lo que hizo un editor cuando se quedó corto de material para rellenar una primera plana. No es que la página en sí fuera en blanco, ni mucho menos, sino que en el margen de la primera plana, abajo y a la derecha, le quedaba un espacio vacío, muy

feo de ver. Era uno de esos cruzados del periodismo que tanto color supieron dar a la prensa americana de los primeros tiempos, y salvó la situación inventándose esto: *Un banquero y un ratero se liaron anoche a puñetazos, en la esquina de la calle Primera con la calle Principal, hasta que un caballero que dormía cerca de una alcantarilla despertó para pedirles calma*.

Aquellos tres hombres de la historieta llamaron mucho la atención de todos los editores, y se dice que a partir de ahí comenzó la práctica del relleno de los espacios en blanco de las primeras planas.

En cualquier caso, yo tenía material más que suficiente para llenar, y los espacios en blanco no eran otra cosa que fallos míos. En cuanto acabé el trabajo, no muy satisfecho de lo que había hecho, me fui a casa y me metí en la cama, pues estaba realmente agotado. No tenía idea de qué había pasado con Mamá; me dormí pensando que tenía que contratar un nuevo editor e impresor.

Tuve pronta noticia de lo que había hecho Mamá al día siguiente, apenas hube llegado a mi despacho, cuando el doctor Evan Scot entró abruptamente. No mostró la menor educación conmigo, e incluso se negó a tomar asiento.

—He venido a pedirle una explicación, Mr. Buck —me dijo.

No era, desde luego, el muy pomposo y pagado de sí mismo doctor Scot que hasta entonces conocía. Tenía una mirada fría como el hielo en los ojos y sus manos siempre cálidas y expresivas estaban ahora rígidas. Tomé un ejemplar del *Argus* y eché un vistazo a la crónica de la ceremonia de graduación que yo mismo había tenido que imprimir.

—¿Quizá aparece citado erróneamente, doctor? ¿Hemos escrito mal su nombre?

Alzó una mano tan blanca como impaciente.

—No lo sé, la verdad es que no he visto su periódico… Pero me han contado que uno de sus empleados, un hombre apellidado Grace, va por ahí denigrándome…

—Ya no trabaja conmigo.

El doctor Scot alargó su cabeza hacia mí, en una especie de extraña salutación. O como si se le estuviese rompiendo el cuello.

—Muy bien, pues tendré que poner el caso en manos de las autoridades… Perdone que le haya molestado, Mr. Buck.

Y se dio la media vuelta, saliendo a paso rápido justo cuando entraba Mamá Grace, que apenas conseguía sostenerse sobre sus piernas. Estaba completamente borracho.

—Usted, el diabólico… —dijo al doctor Scot por todo saludo.

El doctor lo miró de la cabeza a los pies, como si lo examinara, con los ojos llenos de una remota curiosidad, primero, ojos que al instante se clavaron en el rostro macilento de Mamá Grace, y en su cabello completamente blanco, y en sus ropas desastradas, y en su barba de un día, que lo hacía aparecer aún más sucio.

—¡No diga tonterías, habla usted demasiado! —le espetó el doctor Scot.

—Pero lo hago con conocimiento de causa, doctor —replicó Mamá.

—¿Con qué autoridad?

—Con la más alta, me temo… Con la autoridad del *Sabaticón*.

—¿Y eso qué es?

—No se haga el inocente, príncipe.

La reacción del doctor Scot fue lo que me hizo tener en cuenta, al menos, la opinión de Mamá Grace, como si la oficina de relaciones públicas de Satanás nos hubiera puesto al cabo de la calle del asunto. El doctor Scot se mostró furioso. Le temblaban las mandíbulas, tensos los músculos de la cara; y sus anchos hombros parecieron caérsele. Su rabia era además fría, lo que acaso le hiciera contenerse y buscar las palabras precisas. Mantuvo sus ojos clavados en los de Mamá Grace al menos durante diez segundos, al cabo de los cuales dijo:

—Habla usted demasiado —y salió a toda prisa por la puerta.

Mamá Grace lo contempló irse, a su vez, durante unos segundos, en silencio, y después se derrumbó en una silla.

—Buck, tengo que hablar contigo.

—Será mejor que lo hagas… ¿De qué va todo esto, Mamá? ¿Es posible que hables en serio acerca del doctor Scot?

—Mortalmente en serio, Buck… Y sé bien por qué digo que todo esto es mortalmente serio, créeme. No sé si estaré mucho por aquí, pero antes de desaparecer quiero hacer pública cierta información.

—Pero ¿qué dices de desaparecer? ¿De qué hablas? ¿Es que te vas a esfumar?

—¡Quién sabe! ¿Acaso no han desaparecido otros? ¿Es que no ha habido quienes tras salir por la puerta de su casa no regresaron jamás y nadie volvió a verlos? No puedo saber qué fue de ellos, claro, ni por dónde andan, pero sí creo conocer el porqué de su desaparición… ¿No has oído hablar de todo esto?

—Cuéntamelo tú, si es divertido y breve, claro. No digas tonterías… Estás borracho.

Mamá me miró sin saber qué decir, pero febrilmente, como si deseara comunicarme algo.

—Sí, he bebido un poco —dijo al fin—, pero eso no tiene nada que ver con que me dé miedo contártelo… Aunque no puedo seguir guardándomelo… Espera.

Se dirigió tambaleante al cuarto de composición y lo pude oír rebuscar en el cubículo anexo donde a veces echaba un sueño. Salió de allí poco después con un libro un tanto peculiar y unas cuantas hojas escritas con su cuidadosa caligrafía. Puso todo eso en mi mesa.

—Aquí tienes el *Sabaticón*, Buck.

Estaba encuadernado en piel que parecía de becerro, sin letras ni motivo alguno; las páginas eran muy finas, casi transparentes, y tenían la textura de un *crêpe* algo

basto. Esas páginas aparecían cubiertas por símbolos casi en su totalidad, símbolos que me resultaban completamente extraños. Nunca había visto una escritura con esos caracteres, ni siquiera remotamente similares.

Dejé el libro a un lado.

—¿Y bien?

—Ahí lo tienes, Buck. Es el libro de cabecera de los hijos de Satanás.

—Bueno, Mamá, olvidémonos de todo esto desde el principio. Lo que haces no tiene sentido.

Comenzó a hablar muy excitado, y tras varios minutos sin dejarme decir una palabra salí hasta la recepción y cerré la puerta que daba acceso a mi despacho. No quería que nadie nos interrumpiese.

Me contó que, según lo que se decía en aquel libro, había una organización social muy amplia, llamada de los hijos de Satanás, que databa de los inicios de nuestra civilización. El nombre de dicha sociedad se correspondía fielmente, según Mamá, con lo que eran sus miembros: descendientes directos del Demonio, concebidos en las celebraciones del Sabbat por los adoradores del maligno.

—¿Cómo te has hecho con este libro? —le pregunté.

Mamá Grace bajó los ojos al responderme.

—Era de mi madre, Buck.

—¡Dios mío! ¿Y eso qué significa?

—No lo sé. O mejor dicho, no quiero saberlo… Mi madre murió al nacer yo, y me educó uno de mis tíos; él me lo dio pasado el tiempo, junto con otras pertenencias de ella. Me he pasado media vida intentando traducirlo; como ves, no está escrito ni en latín, ni en griego, ni en sánscrito, ni en cualquier otra lengua conocida. Al fin acabé su traducción hace un par de semanas.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que tu traducción es correcta?

—Yo… yo *siento* que lo es, Buck. Estoy seguro de haber acertado. Aquí la tienes; aquí tienes sus normas, sus modos de operar —y me alargó las hojas manuscritas.

No voy a reproducir aquí el contenido de aquellas hojas. No hay espacio suficiente, ni tiempo, quizá… Siempre nos sentimos acuciados por el tiempo. Siempre andamos hambrientos de tiempo y deseosos de no sufrir. Pero vayamos a través de las puertas que dan acceso a ese culto mortal, sórdido y negro.

Las reglas y normativas… Se supone que los hijos de Satanás son personas de buena posición y mejor conducta. Sin más. No nadan en la abundancia, por lo general, pero son eso que consideramos gente respetable y admirable. Los hombres más activos de la comunidad; esa clase de ciudadanos que se pone como ejemplo a los niños.

Los hijos de Satanás no son muchos, sin embargo; sólo los justos para disfrutar de un éxito moderado en cualquier parte donde estén, para no tener que compartir más de lo necesario.

La gente respeta sus opiniones, que son, naturalmente, diversas. Así atraen a las dos partes de cualquier asunto. Eso les ayuda, además, a airear cualquier conflicto que desde su punto de vista les resulte interesante suscitar. Su consejo más querido, para dar a los jóvenes, es el que dice: «Trabaja duro. Gánate el pan con el sudor de tu frente. Apártate del éxito vano, y piensa que conseguirás el verdadero sólo si eres diligente».

—Pretenden hacer virtud de la mayor maldición que haya caído sobre el ser humano —dijo Mamá Grace.

—Hombre, la diligencia es una virtud —dije—; los hombres consiguen el éxito más cierto a través de su esfuerzo. De un esfuerzo constante.

—¿Y cuánto esfuerzo es necesario, según tú? —dijo Mamá Grace riéndose—. ¿Cuántos de aquellos que sacrifican su vida alcanzan un mínimo de confort? Te lo diré… Sólo quienes son capaces de expandir por el mundo la envidia, el desamparo, la insatisfacción, las dificultades… Lo tienes ahí, léelo…

Leí aquello que venía en el Sabaticón. Efectivamente, así eran los hijos de Satanás. Así son, debo escribir para expresarlo mejor, pues el texto estaba escrito en presente de indicativo. Aunque he de dejar claro que no creo en su existencia. Tampoco deben creerlo ustedes.

Cuando acabé de leer aquellas indicaciones miré fijamente a Mamá Grace.

—No me creo una palabra —le dije.

Tomó el libro en sus manos y lo abrió por la última página.

—Compruébalo por ti mismo. Si mi traducción es fiel, resulta que hemos tenido a uno de los muchachitos de Satanás aquí mismo… Sí, ese viejo muchacho ha venido a nuestra oficina.

—No seas idiota.

—¿Quieres que te lo demuestre? ¿Quieres que convoque al príncipe de las tinieblas para demostrarte que tengo razón? Aunque siempre me ha dado miedo, la verdad.

—Puede que tu traducción sea correcta, pero ese libro es, a buen seguro, un cuento fantástico de tiempos remotos.

—¿Escrito por quién, Buck, por quién?

—¡Y yo qué sé! —aquella sensación extraña que tuve mientras leía el fragmento que de su traducción me recomendó Mamá Grace empezaba a resultarme incómoda, aunque no podía explicármela— Bien, pues pongámonos en marcha… Llama al Demonio —dije—. Le haremos una entrevista en exclusiva.

Mamá Grace recogió las hojas de su traducción, que puso a un lado de mi mesa. Arrimó una silla y tomó asiento. A pesar de su borrachera y de su aspecto lamentable tenía un aire de gran dignidad.

—Confío en que ambos sepamos bien qué voy a hacer —dijo con una voz baja y temblorosa, y al instante comenzó a entonar un cántico monocorde.

Apenas había dicho dos palabras de aquel cántico, o dos frases, o lo que fuese, y en una lengua realmente extraña, cuando tuvimos visita.

Se hizo presente en la puerta que yo había cerrado, la que unía mi despacho con la recepción. Apareció de súbito, silenciosamente, sin la aparatosidad que señala la tradición, eso del humo y el olor a azufre. Era joven, y al margen de sus orejas, un tanto peculiares, y de su raro traje negro, un tanto anticuado, no se diferenciaba mucho de cualquiera de nosotros.

Interrumpió el cántico monocorde de Mamá Grace.

—Eres muy lenguaraz —le dijo, apuntando con su dedo muy negro el Sabaticón—; no tienes ningún derecho a hacer lo que haces —y el libro se esfumó de golpe, al igual que las hojas de la traducción—. ¡Cállate! —gritó cuando Mamá Grace abrió la boca para esbozar una protesta—. Escucha, escuchadme los dos… Me voy, pero cuando queráis estaré con vosotros; no tenéis más que llamarme desde la puerta o desde la ventana, y vendré a responder a cualquier asunto que os interese; tendréis siempre la mayor de mis atenciones.

Ya se disponía a largarse.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le dije, y me echó una mirada impaciente.

—¿Qué quieres?

—Has dicho algo sobre la mayor de tus atenciones —respondí—. ¿Eso qué significa?

—Ya lo sabrás.

—¿De veras eres Satanás? —le preguntó Mamá Grace.

—Claro que no —respondió la criatura—. Tiene muchas cosas más importantes en las que ocuparse que venir a veros… Pertenezco a su oficina de relaciones públicas.

—Pe… pero… la… la invocación… —comenzó a decir Mamá Grace—. Se su… supo… supone que es pa… para invocar a… a… Sa… Satanás…

La criatura miró a Mamá Grace larga y pensativamente, en un silencio que no nos atrevimos a romper.

—Bien, ¿y qué pretendéis, qué os proponéis? —dijo al cabo—. Mirad, yo me largo; ya nos veremos —y se esfumó.

Mamá Grace cayó de rodillas. Temblaba, aunque no más que yo mismo… Aquello, desde luego, me había impactado terriblemente. Nos miramos el uno al otro y movimos los labios esforzándonos por decir algo, pero no conseguimos emitir ni un sonido… Mamá Grace se levantó para dirigirse a la puerta.

Me percaté de que le sucedía algo extraño. No era algo físico, pues seguía como antes, sino una impresión, como si contemplase cualquier cosa… Miraba fijamente a la calle, desde la puerta, como si atisbara a través de los cristales de la ventana. Al fin le salió la voz, o un gruñido parecido a su voz.

—Ven a… aquí, Bu… Buck.

Entonces me percaté de la oscuridad.

No podía ver nada a través de la ventana, ni a través del cristal de la puerta de mi despacho. Oía el ruido del tráfico en la calle, como siempre, pero nada más, no veía ni un coche. El rótulo con el nombre del periódico, ARGUS, impreso en el cristal de la ventana más grande, resaltaba extraordinariamente contra la densa oscuridad.

No era como si alguien hubiese pintado de negro los cristales de la ventana y de la puerta de mi despacho. Tenía yo la impresión, por el contrario, de que esa oscuridad existía y palpitaba más allá de los cristales de la puerta y de las ventanas. Sentí como si poseyera… entidad, eso es… Y sigo sintiendo algo parecido ahora, cuando escribo estas líneas.

Me costó mucho pronunciar palabra.

—Abre la puerta, Mamá —dije al fin.

Fue hacia la puerta, la abrió, la dejó abierta. Retrocedió unos pasos mientras yo me dirigía hacia la puerta, para acabar haciendo lo mismo que él: retroceder unos pasos.

No se veía nada más allá de la puerta.

Me resulta muy difícil hablar de esa oscuridad. Si lo intento, me parece que suena francamente ridículo, aparte de increíble. Así que mejor no lo hago. Crean lo que les digo, sin más; si esbozase una explicación la tendrían ustedes por ridícula. Aunque allí no había nada ridículo, sino terrible.

Alguien llamó desde fuera.

—Hola, Buck; hola, Mamá.

Ambos levantamos la mano instintivamente para saludar. Y nada más hacerlo Judith apareció de entre aquella oscuridad, con su cabello brillante como nunca con aquella oscuridad de fondo, que también resaltaba de forma incontestable su silueta vestida de blanco, como recortada sobre una cartulina negra.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Mamá Grace miraba al suelo, como si lo examinase en detalle. Yo intentaba ver el tráfico de la ciudad a través de la ventana. Judith nos miraba a los dos, extrañada… Supe de golpe qué pasaría si abandonaba mi despacho para ir al exterior. Tenía, pues, que comprobar si estábamos encantados o no. Saqué un lápiz del bolsillo.

—Toma este lápiz y tíralo por la ventana —le dije a Judith.

—¿Es un juego? —preguntó desconfiada.

—Hazlo.

Lo hizo. Escuché bien el sonido del lápiz al caer en la acera. Pero al mirar a través de la ventana seguí sin ver nada.

—Ahora ve y tráeme el lápiz —le pedí a Judith.

—No soy tu perro —me respondió—, ve a recogerlo tú.

—Hazlo, Judith, por favor… Te aseguro que no es una broma.

Sacudió su cabellera, con mucha resignación y más que confusa, y salió en silencio para adentrarse en la nada.

Subió al poco sin el lápiz que tiré por la ventana.

Entonces no escuché su sonido al caer en la acera.

Judith parpadeó como si no diese crédito a lo que pasaba.

—Deberías dedicarte al teatro, Buck —me dijo—. Un bonito truco. He visto cómo tirabas el lápiz por la ventana, pero nada más hacerlo lo he perdido de vista, no lo veo en la acera.

—¿Y qué ves ahora, un pollo?

—¿Qué veo? No, un pollo no, aunque eso hubiera mejorado mucho el resultado. No veo nada, pero me imagino que es cosa del truco, algo sé de ilusionismo, he visto muchos espectáculos… Ya te digo, vi volar el lápiz cuando lo arrojabas por la ventana, y… bueno, pues luego lo perdí de vista en su vuelo, como si se esfumase… ¿Cómo lo haces?

—Es un secreto —dije, y añadí dirigiéndome a Mamá Grace—: Ya es suficiente, pongámonos a trabajar.

Se fue al cuarto de composición. Miré de nuevo a través de la puerta y de las ventanas, y luego me volví para verlo irse.

—Buck —me dijo Judith entonces—, un segundo…

Parecía turbada, confusa.

—¿Pasa algo, preciosa?

—Quería hablarte de Ralph, Buck… Y de lo que Mamá Grace le contó anoche.

—Entra —en mi despacho no se percibía la oscuridad, o al menos no la percibía yo—. Cuéntame.

—Pues, verás… Mamá Grace, como sabes, se agarró anoche una buena borrachera, y empezó a contarle a Ralph un montón de chorradas sobre un tipo que pertenece a un club de demonios o algo así… Lo diría con mucha convicción, porque Ralph se lo ha creído al pie de la letra, o hace como que se lo ha creído porque tiene una historia que publicar, y quiere echar las campanas al vuelo y contarlo, aunque nos perjudique que se sepa por ahí lo de la borrachera de Mamá… Al parecer, Mamá decía que al infierno el trabajo, que ya nada importa, y cosas así; decía que para qué trabajar, con la que se nos viene encima… No sé qué hacer con Ralph… Quizá esté cabreado porque aún no le hemos pagado el seguro dental…

¿Qué podía decirle? A esas alturas ya me creía por completo la historia de Mamá.

—Tráetelo mañana como puedas, Judith —traté de ganar tiempo—. Intentaré que Mamá le diga que todo fue una película, o algo así… Ya se nos ocurrirá algo… Y tú, tómate el día libre, si quieres.

—Gracias, Buck, pero tengo un par de tonterías que escribir.

—Déjame las notas y lo escribiré yo… Me quedo esperando a un tipo que al parecer tiene algo muy importante de lo que hablar, una conferencia o algo así.

Me dio unos cuantos folios mecanografiados.

—Mira, son los discursos que se pronunciarán esta noche en el Club Moderne. Utiliza el material como mejor te venga en gana. Y aquí tienes los resultados de la liga de béisbol, los de la jornada de ayer, y unas notas de la policía… Un borracho,

dos vagabundos… Poca cosa, en esta ciudad no pasa nada… Vale, Buck; hasta mañana.

Me fui a hablar con Mamá Grace.

He de pedir a los suscriptores del *Argus* que se hagan cargo de lo muy difícil que me resulta no sólo contar sino interpretar los hechos que se produjeron hasta el mismo momento en que los cuento. Seré honesto con ustedes. Créanme, voy a contarles lo que pienso, pues me parece necesario para hacer un análisis correcto de esos hechos, alguno de los cuales no creo que merezca la pena referir, pues resultarían confusos y nos apartarían del asunto principal.

Una de las cosas que primero aprende un reportero es cómo sesgar los hechos para elaborar su reportaje de la manera que le parezca más conveniente o incisiva. Para eso vale con dotar de una cierta inflexión a una frase, o con eliminar ciertos hechos; o basta con sustituir una palabra clara y concreta por otra imprecisa y susceptible de varias interpretaciones, y vale también con introducir en el conjunto del reportaje datos que no sean de relevancia, para ocultar mejor la verdad. Pero les aseguro que no hago ni haré en adelante cualquiera de esas cosas; les aseguro que seré totalmente honesto. Quiero que lo presente sea una especie de testamento, lo que es decir la verdad. Es a lo único que aspiro.

Eliminaré, sin embargo, una cosa, que no es otra sino la que Mamá Grace metió en la linotipia mientras Judith y yo hablábamos de Ralph Lake. Y lo hago, sin más, porque no se corresponde con la verdad. No quiero que se confundan los lectores, ni que den pábulo a lo que no es cierto. Por su bien.

Cuando entré en el cuarto de composición, Mamá Grace extraía una de las galeradas. Me la dio sin hacer el menor comentario. Leí aquello, y entonces, debo confesarlo, me lo creí.

—Esto que citas del *Sabaticón* es de memoria, ¿no? —le pregunté.

—Claro, es que puedo hacerlo —me respondió—. Estoy tan familiarizado con ese libro diabólico, es más, me lo sé tan de memoria, mejor dicho, que puedo citarlo palabra por palabra… Nunca podré olvidarme de todo eso.

Volví a leer la galerada. Luego miré hacia el mismo ventanuco al que miraba Mamá Grace, situado sobre la linotipia. A través de su cristal no se percibía más que una suerte de oscuridad polarizada, lo que es decir una oscuridad que permitía la entrada de una luz muy débil, pero impedía ver el exterior.

—Quiero comprobar que vemos lo mismo, Mamá —le dije—. ¿Tú aprecias una cierta oscuridad?

—Sí, Buck… Y observé lo mismo que tú a propósito de ese maldito lápiz… Y se me pusieron de punta hasta los pelos de las cejas.

—Quizá no podamos distribuir un solo ejemplar del periódico…

—Ya he pensado en eso, Buck, pero hemos de intentarlo… Tenemos que comunicar al mundo lo que sabemos.

—Sí, vale… Tenemos que contárselo al mundo… Pero mira… Si sólo hay un hijo de Satanás entre cien mil ciudadanos, ¿cómo descubrirlo? ¿No crees que podríamos desatar una caza de brujas como las del siglo XVII? La gente podría asesinar de nuevo a miles de inocentes.

—Los hijos de Satanás tienen un estigma que los señala, Buck.

Me dijo cuál era el estigma en cuestión, pero no lo voy a describir aquí, porque, como ya he dicho, no quiero distraer la atención de los lectores sobre los aspectos del suceso que realmente interesan. Además… no me lo creí del todo.

Pero sí les pido que recuerden aquello que dije al principio, pues me parece de suma importancia: el doctor Evan Scot no es un hijo de Satanás. Les pido que lo consideren, que me tengan fe en esto. Verán que llevo razón. Por eso no les hablo de cuál es el estigma al que aludió Mamá Grace, para que a nadie se le ocurra importunar al doctor buscándoselo… No quiero confundirles, y tampoco quiero asustarlos.

—Escucha, Mamá —le dije tan pronto pude recuperar mi voz después de oírle contar lo del estigma—; si no podemos arrojar un lápiz a través de la puerta principal o de una ventana, pues desaparece, ¿cómo vamos a sacar de la prensa los ejemplares del periódico para distribuirlos? Tampoco creo que sea cosa de perder el tiempo en experimentos estúpidos para hallar una manera de hacerlo… Quizá sea mejor que saquemos una edición sin contar nada de todo esto. Una especie de globo sonda, por así decirlo. Para comprobar si podemos distribuir el periódico cuando no se hable de nada de todo esto. Si podemos hacerlo, mañana comprobaremos qué pasa con una edición en la que refiramos toda la historia.

—Puede que tengas razón, Buck.

—Otra cosa… Nuestro… nuestro visitante dijo que regresaría… ¿Tú qué crees?

—¡Y yo qué sé!

—Sabes de ellos mucho más que yo, eso está claro… Conoces bien ese maldito libro, ¿o no?

Eso pareció dejarle tocado, pero no quise insistir. Sonrió amargamente, sacudiendo la cabeza como si acabara de golpearlo con una vejiga de cerdo, y me miró después fríamente.

—Buck —dijo—, si crees que soy un hijo de Satanás, cosa que puedes suponer porque te he contado cómo llegó a mis manos ese maldito libro, mejor será que me mates ahora mismo para que no pueda largarme por ahí; porque si crees de verdad que hay algo perverso en mis antepasados, no podrás confiar en mí. Quiero dar a la gente la información que precisa, para ayudar; pero si me temes, me largaré a enfrentarme a lo que sea, me abandonaré a mi suerte.

—Venga, muchacho, vamos a trabajar —dije poniéndole una mano en el hombro.

Conseguimos sacar aquella edición, pero, como bien lo saben ustedes, ningún ejemplar del periódico pudo llegar a sus manos, igual que sucedió ayer mismo. Para colmo, la linotipia se descacharró. Eso pasa en ocasiones, no hay que pensar en

causas sobrenaturales; ocurrió que uno de los ejes se había cristalizado. No es una cosa muy dramática, salvo que te pringas de grasa y de tinta.

No tuvimos tiempo, sin embargo, de avisar ni a Judith ni a Ralph, que habían avisado de que volverían más tarde.

Lo hicieron. Anoche. Igual que la criatura que se apareció en mi despacho mientras Mamá Grace entonaba aquel cántico monocorde que venía en el *Sabaticón*. Habíamos conseguido reparar la máquina, ya nos habíamos lavado convenientemente y tomábamos un trago, cuando se volvió a presentar de golpe, en la misma sala de composición, donde estábamos ahora.

Le temblaban extrañamente sus fantásticas orejas.

—Tengo un millón de cosas por hacer —dijo—, y vosotros, par de imbéciles, venga a molestar con estas triquiñuelas… Sobre todo tú, Grace… ¡Cállate! Escucha y no me repliques. Escuchadme los dos. Se os ha preparado una recepción muy especial, precisamente porque sois unos bocazas. Yo mismo he recibido el encargo de andar por ahí, metiéndome en las casas de esta ciudad, para escuchar lo que se dice… Y lo que cuentan es lo mismo que habéis propalado vosotros… ¡Idiotas! Dad gracias a que estoy muy ocupado, que si no… Os ibais a enterar bien de cómo me las gasto…

No había nada que hacer, aparentemente, salvo mostrarle miedo, o simpatía, qué sé yo…

—El idiota eres tú —me atreví a decirle, aún no sé muy bien la razón de que lo hiciera—. ¿Por qué dejaste un ejemplar de ese libro por ahí, para que cualquiera pudiese leerlo?

—¡A callar! —me soltó—. Yo no tengo la culpa de eso, ocurrió antes de que me encargara de lo que ahora es mi cometido principal… Te aseguro que de haber estado entonces en activo eso no hubiese ocurrido.

—Bien, pero pasó y así están las cosas… Tampoco es culpa nuestra… ¿Por qué hemos de padecer las consecuencias que nos anuncias?

—Pues porque a mí me da la gana de que las sufráis…

—Eso quiere decir que te da miedo que se conozca la verdad… ¿O no? ¿Quizá temes que la gente sepa que esos horrores eternos con que amenazáis, esas eternas verdades que preconizáis, no son más que tonterías, bromas ni siquiera tan pesadas cuando se os conoce bien?

—¿Y quién ha hablado de lo que es verdad o mentira, imbécil?

—Tus actos hablan por sí solos. No hace falta que abras el pico.

—En ningún momento he dicho que ese libro contenga la verdad… Escucha… El problema, ese muro de oscuridad circundante, no está en este edificio porque tú hayas descubierto la verdad, sino porque tú crees que lo que supones es verdad. Tú y tú… Los dos… —se volvió a Mamá Grace, que trataba de ver algo a través del ventanuco que había sobre la maquinaria—: ¿Has hablado de todas estas tonterías a alguien más, aparte de este idiota?

Mamá Grace distrajo su atención de lo que miraba entonces, y antes de que

pudiera clavar los ojos en la criatura y decir algo, se dejó sentir en el exterior la voz de Judith.

—¡Ah, Buck! ¡Estáis aquí! ¡Hemos llegado!

Mamá Grace, en cualquier caso, respondió a la pregunta:

—No se lo he contado a nadie.

—¿Quiénes son? —preguntó la criatura.

—Son dos de mis empleados, tenemos que hablar del trabajo.

—Pues que no entren. No quiero que me vean. Ya empiezo a estar harto de todo este embrollo.

—Bien, voy a hablar con ellos.

Pedí a Judith y a Ralph que esperasen en la recepción y regresé con los otros. Tenía que hacer una pregunta más.

—Mira —dije a la criatura—, no tienes que admitir, y tampoco negar, la historia de Mamá Grace; pero respóndeme, por favor, a lo siguiente… ¿Es el Sabaticón una mera broma, una fantasía? ¿De veras se pretende con ese libro incrementar el número de los desgraciados e infelices de este mundo?

Sonrió.

—Eso indicaría un gran refinamiento, desde luego… Que la gente lo creyese, que cada uno mirase a su vecino como si fuese un demonio… Sí, sería muy bonito… Lo tendré en cuenta para futuras acciones.

—¿Entonces no es cierto?

—Bueno, tampoco he dicho eso —replicó veloz—. En realidad prefiero no decir una palabra.

—Pues yo afirmo que lo del Sabaticón es una patraña. Y es más, digo que toda esa historia de los hijos de Satanás es una mentira. Y así se lo pienso decir mañana a mis lectores.

—Muy bien —dijo—; si les convences de que tienes razón ya no me será preciso poner sobre esta ciudad el muro de oscuridad. Me habrás quitado un gran peso de encima y podré dedicarme tranquilamente a mis obligaciones.

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Mamá Grace—. ¿Qué… qué… pa… pasaría si… si… ca… cambiásemos y nos lo cre… creyéramos?

—Ya, si os lo creyerais… Pero es que ya no podéis creerlo. Vuestra convicción al respecto es muy firme. En fin, que ya he perdido mucho tiempo. La verdad es que me importa un pito lo que hagáis… Aunque os prevengo: si pretendéis ir más lejos y embrollar el caso aún más de lo que está, y seguir propalando habladurías por ahí, tendréis un recibimiento muy especial cuando salgáis de aquí para intentar traspasar el muro de oscuridad.

Se fue tan inopinadamente como había llegado, y tuve la impresión de que, en efecto, le importábamos poco, de que ya no volvería a visitarnos. Y ahora que lo pienso, la verdad es que no sabría decir si tenía rabo, o si no lo tenía…

Pero sí puedo decir dónde radicaba el error en todo este caso. He expresado en

varias ocasiones que, para mí, el Sabaticón no tenía ningún valor cierto; que era una gran mentira, vamos… Y una vez que he profundizado en esa monumental broma, tan de mal gusto, por lo demás, tampoco puedo creer ni por asomo en la existencia de los hijos de Satanás. Una vez convencido de todo esto, y profundamente convencido, además, lo primero que hice fue tirar las pruebas que Mamá Grace había metido en prensa —y que prefiero no incluir aquí para no aumentar la confusión— y poner en marcha, después, la linotipia ya reparada.

Luego hubo que convencer a Ralph, pero también lo conseguí. Le hice creer que Mamá Grace había sufrido un episodio de delirium tremens. Convinimos en que eso no tenía la menor importancia, que podía pasarle a cualquiera. Muchos de quienes conocen a Ralph, y saben de su perspicacia y afanes en busca de la verdad, considerarán que no sería tan sencillo convencerlo de lo anterior, pero puedo asegurarles que sí lo fue. Se lo creyó, y harán bien ustedes, igualmente, en creerme.

Mamá Grace y yo, además, dimos una buena cantidad de dinero, de nuestros bolsillos, a Judith y a Ralph, así como cheques en blanco —a despecho de nuestro balance económico—, para comprar su promesa de que tomarían al día siguiente el primer tren hacia Kansas City, donde contraerían matrimonio. Lo cuento aquí para que en el banco no les ponga pegas cuando vayan con los cheques.

***

Los tres asteriscos de más arriba indican una interrupción. El doctor Evan Scot vino a verme cuando me encontraba tecleando este editorial en la máquina de escribir. No tengo tiempo de volver sobre el principio. Mamá y yo estamos hambrientos y deseosos de irnos a comer algo. Mamá se ha pasado el rato tomando los folios de mi máquina, a medida que los concluía, para llevarlos a componer. El presente es el folio veinticinco. Estoy seguro de que sabrán ustedes perdonarme por no haber hallado las palabras más apropiadas en cada momento, y también por haber usado en algún caso expresiones en exceso coloquiales, pero la urgencia manda. Discúlpenme también por el exceso de dramatismo con que quizá haya cargado algunos pasajes para hacerlos más expresivos.

Mamá Grace y el doctor Scot se pusieron a charlar. El doctor Scot pretendía una disculpa, una reparación moral. Mamá se negó a dársela.

Medié entre ambos para que cesara la discusión estúpida que mantenían. Mamá Grace llegó a tomar al doctor Scot por la pechera de la camisa cuando éste quiso parar las máquinas para que imprimiésemos una disculpa. Estaba furioso.

—¿Có… có… cómo se a… atre… atreve, hijo de Lu… cifer? —le decía Mamá.

El doctor Scot, finalmente, se limitó a echarle una fría mirada, llena de desprecio, y a desnudarse lentamente de cintura para abajo, ofreciéndole la espalda… Mamá Grace, con los hombros caídos, observó demudado la espalda ahora combada del doctor.

—Le pido perdón, doctor —dijo Mamá finalmente—. Admito que… que… esta… estaba equivo… vocado… ¡Maldita sea! —y volvió al cuarto de composición.

El doctor Scot volvió a cubrirse decorosamente, me dijo un frío adiós y se perdió en la oscuridad que rodeaba nuestro edificio. Pude oír sus pasos sobre la acera, pero no verle; tampoco vi luces, ni farolas, ni estrellas en el cielo. La negra cortina era aún más densa.

Bueno, trataremos de atravesar ese muro de oscuridad apenas hayamos metido en prensa todos estos folios. No saben cuánto me alegro de que todo esto no les ofrezca el menor peligro.

Será mejor que no crean en la existencia de los hijos de Satanás. Yo no creo en eso. Lo digo de nuevo: yo no creo en eso. Y ustedes tampoco *deben* creer en eso. No crean.

Si lo hicieran, el muro de oscuridad rodearía sus casas.

11

JACQUES CAZOTTE

El Diablo enamorado
Novela española

Le Diable amoureux

Traducción y notas
Mauro Armiño

Jacques Cazotte (1719-1792). Nacido en Dijon (Francia), y educado por los jesuitas, se fue a la edad de 27 años a la Martinica para desempeñar un cargo público. A su regreso en 1760, y ya como Comisionado General, comenzó su carrera como escritor Su primer éxito lo constituyó una obra en la que se entremezclaban la prosa y el verso: *Ollivier*. Escribió también diversas fantasías orientales y otra novela: *Lord Impromptu* (1771).

Iluminista con dotes proféticas, acabó siendo guillotinado durante la Revolución al descubrirse unas cartas donde criticaba las rudimentarias y criminales fantasmagorías de sus obnubilados contemporáneos. Su obra más popular, entonces y ahora, es *Le Diable amoureux* (1772), considerada con razón una de las primeras, si no la primera, obra de literatura fantástica en lengua francesa.

El Diablo enamorado

Tenía yo veinticinco años y era capitán en los guardias del rey de Nápoles: pasábamos mucho tiempo entre camaradas y como jóvenes, es decir, mujeres, juego, hasta donde nos alcanzaba la bolsa, y filosofábamos en nuestros cuarteles cuando no nos quedaba otro recurso.

Una noche, tras habernos extenuado en razonamientos de toda índole alrededor de una pequeñísima frasca de vino de Chipre y de algunas castañas secas, la conversación cayó sobre la cábala y los cabalistas[81].

Uno de nosotros sostenía que era una ciencia real, y que sus operaciones eran ciertas, cuatro de los más jóvenes le replicaban que era un montón de absurdos, una fuente de pillerías para embaucar a la gente crédula y entretener a los niños.

El mayor de nosotros, flamenco de origen, fumaba una pipa con aire distraído, y no decía palabra. Su aire frío y su distracción me llamaban la atención en medio de aquel guirigay discordante que nos aturdía y me impedía participar en una conversación demasiado poco ordenada para que pudiera interesarme.

Estábamos en la habitación del fumador; la noche avanzaba: llegó la hora de separarse, y nos quedamos solos nuestro veterano y yo.

Él siguió fumando flemático; yo permanecí con los codos apoyados sobre la mesa, sin decir nada. Por fin mi hombre rompió el silencio:

«Joven —me dijo—, acabáis de oír mucho ruido. ¿Por qué os habéis mantenido al margen de la trifulca?

—Porque prefiero callarme antes que aprobar o censurar lo que no conozco —le respondí—: Ni siquiera sé lo que quiere decir la palabra *cábala*.

—Tiene varias significaciones —me dijo—; pero no se trata de ellas, sino de la cosa en sí. ¿Creéis que pueda existir una ciencia que enseña a transformar los metales y a someter los espíritus a nuestra obediencia?

—No sé nada de los espíritus, empezando por el mío, salvo que estoy seguro de su existencia. En cuanto a los metales, conozco el valor de un carlín[82] en el juego, en la posada y en otras partes, y no puedo asegurar ni negar nada acerca de la esencia de unos ni de otros, de las modificaciones e impresiones de que son susceptibles.

—Mi joven camarada, me encanta vuestra ignorancia; vale tanto como la doctrina de los demás; vos, por lo menos, no estáis en el error, y, si no sois instruido, sois susceptible de serlo. Vuestro temperamento, la franqueza de vuestro carácter, la rectitud de vuestro juicio me agradan; yo sé algo más que el común de los hombres; juradme guardar el mayor secreto bajo palabra de honor, prometed comportaros con prudencia, y seréis mi discípulo.

—La proposición que me hacéis, mi querido Soberano, es para mí muy grata. La curiosidad es la más fuerte de mis pasiones. Debo confesaros que, por naturaleza, no estoy muy interesado en nuestros conocimientos ordinarios; siempre me han parecido

demasiado limitados, y he adivinado esa elevada esfera a la que queréis ayudarme a ascender; pero ¿cuál es la primera clave de la ciencia de que habláis? Según lo que decían nuestros camaradas en la discusión, son los propios espíritus los que nos instruyen; ¿podemos entrar en relación con ellos?

—Vos lo habéis dicho, Álvaro: no aprenderíamos nada por nosotros mismos; en cuanto a la posibilidad de relacionarnos con ellos, voy a daros una prueba indiscutible»…

Cuando terminaba esta frase, acababa su pipa: la golpea tres veces para hacer salir un poco de ceniza que quedaba en el fondo, la coloca sobre la mesa bastante cerca de mí, y dice alzando la voz: «Calderón, venid a buscar mi pipa, encendedla y traédmela de nuevo».

Apenas acababa de dar la orden cuando veo desaparecer la pipa y, antes de que yo hubiera podido razonar sobre los medios, ni preguntar quién era aquel Calderón encargado de sus órdenes, la pipa encendida estaba de vuelta; y mi interlocutor había reanudado su ocupación.

Prosiguió con ella un rato, menos para saborear el tabaco que para disfrutar de la sorpresa que me procuraba; luego, levantándose, dijo: «Entro de guardia al alba, tengo que descansar. Id a acostaros; sed prudente, ya volveremos a vernos».

Me retiré lleno de curiosidad y ávido de ideas nuevas, con las que me prometía saciarme pronto con la ayuda de Soberano. Le vi al día siguiente, y los siguientes; no tuve otra pasión; me convertí en su sombra.

Le hacía mil preguntas; él eludía unas y respondía a otras con un tono de oráculo. Por último, le presioné sobre el asunto de la religión de los suyos. «Es la religión natural», me respondió. Entramos en algunos detalles; sus decisiones cuadraban mejor con mis inclinaciones que con mis principios, pero quería alcanzar mi objetivo y no debía contrariarle.

«Mandáis sobre los espíritus —le decía—; yo quiero, como vos, tener trato con ellos; lo quiero, lo quiero.

—Sois impetuoso, camarada, no habéis pasado vuestro tiempo de prueba; no habéis cumplido ninguna de las condiciones que permiten abordar sin temor esa sublime categoría…

—¿Y me falta mucho tiempo?…

—Quizá dos años…

—Abandono entonces el proyecto —exclamé—; me moriría de impaciencia entretanto. Sois cruel, Soberano. No podéis concebir la viveza del deseo que habéis creado en mí; me consume…

—Os creía más prudente, joven, me hacéis temblar por vos y por mí. ¡Cómo! ¿Os expondríais acaso a evocar a los espíritus sin ninguna preparación?…

—¿Y qué podría ocurrirme?

—Yo no digo que necesariamente haya de ocurriros algo malo; si tienen poder sobre nosotros es porque nuestra debilidad, nuestra pusilanimidad se lo da; en el

fondo hemos nacido para mandar en ellos…

—¡Ah! Yo mandaré en ellos…

—Sí, tenéis el corazón fogoso, pero ¿y si perdéis la cabeza, si os asustan hasta un punto que…?

—Si basta con no tenerles miedo, no les será fácil asustarme…

—¿Y si vierais al Diablo?…

—Le tiraría de las orejas al gran Diablo del infierno.

—¡Bravo! Si tan seguro estáis de vos, podéis arriesgaros, y os prometo mi ayuda. El próximo viernes os espero a cenar con dos de los nuestros, y entonces llevaremos a buen fin la aventura».

Estábamos sólo a martes: jamás cita galante alguna fue esperada con tanta impaciencia. Por fin llega el día fijado; encuentro en casa de mi camarada a dos hombres de una fisonomía poco solícita. Cenamos. La conversación versa sobre cosas triviales.

Después de cenar, alguien propone un paseo a pie hacia las ruinas de Portici[83]. Nos ponemos en camino, llegamos. Aquellos restos de los monumentos más augustos, derruidos, rotos, dispersos, cubiertos de zarzas, traen a mi imaginación ideas poco habituales en mí. «He aquí, decía yo, el poder del tiempo sobre las obras del orgullo y de la habilidad de los hombres». Nos adentramos en las ruinas y llegamos por último, casi a tientas, a través de aquellos restos a un lugar tan oscuro que ninguna luz exterior podía penetrar en él.

Mi camarada me guiaba del brazo; él deja de caminar y me detengo. Entonces uno del grupo golpea el pedernal y enciende una vela. La estancia donde nos encontrábamos se ilumina, aunque débilmente, y descubro que estamos bajo una bóveda bastante bien conservada, de veinticinco pies cuadrados aproximadamente, y con cuatro salidas.

Guardábamos el más absoluto silencio. Mi camarada, ayudándose con una caña que le servía de apoyo para caminar, traza un círculo a su alrededor sobre la fina arena que cubría el terreno, y sale de él tras haber dibujado algunos caracteres en ella. «Entrad en ese pentáculo[84], amigo mío —me dice—, y no salgáis hasta no recibir las buenas señales…

—Explicaos mejor; ¿a qué señales debo salir?…

—Cuando todo se os haya sometido; mas, si antes el espanto os hiciera dar un paso en falso, podríais correr los mayores riesgos».

Entonces me da una fórmula de evocación[85] breve, perentoria, mezclada con algunas palabras que no olvidaré nunca. «Recitad ese conjuro con firmeza —me dice—, y repetid luego tres veces claramente *Belcebú*, pero ante todo no olvidéis lo que habéis prometido hacer».

Recordé que me había jactado de tirarle de las orejas. Mantendré mi palabra, me dije, dispuesto a no tener que desdecirme. «Os deseamos mucho éxito —me dice—; cuando hayáis acabado, hacédnoslo saber. Estáis exactamente frente a la puerta por la

que debéis salir para reuniros con nosotros». Se retiran.

Nunca fanfarrón alguno se encontró en crisis más delicada: estuve a punto de llamarlos; pero hubiera sido demasiado vergonzoso para mí; suponía, además, renunciar a todas mis esperanzas. Me afiancé en el lugar donde estaba; reflexioné un momento. Han querido asustarme, me dije; quieren ver si soy pusilánime. Los que me ponen a prueba están a dos pasos de aquí, y después de mi evocación debo esperar alguna tentativa de su parte para asustarme. Resistamos; volvamos la burla contra los bromistas pesados.

Esta deliberación fue bastante corta, aunque algo turbada por el canto de los búhos y de los autillos que habitaban en los alrededores, e incluso en el interior de mi caverna.

Algo más tranquilo tras mis reflexiones, me afirmo de nuevo sobre mis riñones, me aseguro sobre mis pies; pronuncio la evocación con una voz clara y sostenida, y, elevando el tono, llamo tres veces y a intervalos muy breves: *Belcebú*.

Un escalofrío recorría todas mis venas, y los cabellos se erizaban en mi cabeza.

En cuanto hube terminado, frente a mí se abre una ventana de dos batientes, en lo alto de la bóveda: un torrente de luz más deslumbrante que la del día se precipita por esa abertura: una cabeza de camello[86] horrible, tanto por su tamaño como por su forma, aparece en la ventana; tenía, sobre todo, unas orejas desmesuradas. El odioso fantasma abre sus fauces y, con un tono acorde al resto de la aparición, me responde: *Che vuoi*[87]?

Todas las bóvedas, todos los panteones de los alrededores resuenan a porfía con el terrible: *Che vuoi*?

No sabría describir mi estado; no sabría decir qué fue lo que sostuvo mi valor y me impidió caer desfallecido ante la visión de aquel cuadro, ante el ruido más espantoso todavía que resonaba en mis oídos.

Sentí la necesidad de hacer acopio de mis fuerzas; un sudor frío iba a disiparla. Nuestra alma debe de ser enorme y tener un resorte prodigioso; una multitud de sentimientos, de ideas, de reflexiones conmueven mi corazón, pasan por mi cabeza, y dejan su impresión todos al mismo tiempo.

La resolución surte efecto, consigo dominar mi terror. Miro atrevidamente al espectro.

«¿Qué pretendes, temerario, mostrándote bajo esa forma repelente?».

El fantasma vacila un momento.

«Tú me has llamado, dice en un tono de voz más bajo…

—¿El esclavo trata de asustar a su amo?, le digo. Si vienes a recibir mis órdenes, adopta una forma conveniente y un tono sumiso.

—Amo, me dice el fantasma, ¿con qué forma me presentaré para seros agradable?».

Como la primera idea que me vino a la cabeza fue la de un perro, le dije: «Ven bajo el aspecto de un podenco».

Nada más dar la orden, el espantoso camello alarga el cuello de dieciséis pies de longitud, baja la cabeza hasta el centro de la sala, y vomita un podenco blanco de finas y brillantes lanas, con las orejas colgándole hasta el suelo.

La ventana se ha cerrado otra vez, cualquier otra visión ha desaparecido, y bajo la bóveda, suficientemente iluminada, sólo quedamos el perro y yo.

Él daba vueltas alrededor del círculo moviendo la cola y haciendo zalemas.

«Amo —me dijo—, querría lameros la punta de los pies; mas el temible círculo que os rodea me repele».

Mi confianza había llegado hasta la audacia; salgo del círculo, tiendo el pie, el perro lo lame; hago un movimiento para tirarle de las orejas, él se recuesta sobre el lomo, como para implorarme gracia; entonces vi que era una hembra joven.

«Levántate —le dije—; te perdono, ya ves que tengo compañía; esos señores esperan a cierta distancia de aquí; el paseo ha debido darles sed, quiero ofrecerles una colación; necesito fruta, conservas, helados, vinos de Grecia; y entiéndelo bien; ilumina y decora la sala sin fasto, pero de manera apropiada. Hacia el final de la colación, te presentarás como un virtuoso de primer orden, y traerás un arpa: ya te avisaré yo cuando debas aparecer. Cuida de representar bien tu papel, pon expresión en tu canto, decoro, discreción en tu porte…

—Obedeceré, amo, pero ¿bajo qué condición?…

—Bajo la de obedecer, esclavo. Obedece sin réplica, o…

—No me conocéis, amo; me trataríais con menos rigor; la única condición que yo tal vez pondría sería calmar vuestra cólera y complaceros».

Apenas había acabado el perro cuando, girando sobre sus talones, veo mis órdenes ejecutarse con mayor rapidez de lo que se cambia un decorado en la Ópera. Las paredes de la bóveda, hasta entonces negras, húmedas, cubiertas de musgo, adquirían un tono suave, unas formas agradables; era un salón de mármol jaspeado. La arquitectura presentaba una cintra sostenida por columnas. Ocho candelabros de cristal, con tres velas cada una, derramaban una luz viva, distribuida de manera uniforme.

Un momento después quedan dispuestos la mesa y el ambigú, llenos de todos los manjares de nuestro festín; las frutas y las mermeladas eran de la especie más rara, más sabrosa y de la más hermosa apariencia. La porcelana empleada en el servicio y sobre el ambigú era del Japón. La perrilla daba mil vueltas por la sala, hacía mil zalemas a mi alrededor, como para adelantar el trabajo y preguntarme si estaba satisfecho.

«Muy bien, Biondetta —le dije—; poneos librea, e id a decir a estos caballeros que están cerca de aquí que les espero, y que están servidos».

Apenas había apartado un instante la mirada cuando veo salir a un paje con mi librea, vestido con presteza, llevando una antorcha encendida; poco después, volvió guiando a mi camarada el flamenco y a sus dos amigos.

Preparados para algo extraordinario por la llegada y los cumplidos del paje, no lo

estaban para el cambio que se había producido en el lugar donde me habían dejado. Si no hubiera tenido yo la mente ocupada, me habría divertido más con su sorpresa; sorpresa que estalló en su grito, se manifestó en la alteración de sus facciones y en sus actitudes.

«Caballeros —les dije—, habéis hecho mucho camino por amor a mí, y todavía nos queda mucho para volver a Nápoles; he pensado que este pequeño festín no os disgustaría, y que tendríais a bien disculpar el escaso surtido y la falta de abundancia en favor de la improvisación».

Mi espontaneidad los desconcertó todavía más que el cambio del escenario y la vista de la elegante colación a la que se veían invitados. Me di cuenta; y, resuelto a terminar pronto una aventura de la que en mi interior desconfiaba, quise sacar todo el partido posible, forzando incluso la alegría propia de mi carácter.

Les urgí a sentarse a la mesa, el paje acercaba los asientos con maravillosa prontitud. Estábamos sentados; yo había llenado las copas, repartido la fruta; mi boca era la única que se abría para hablar y comer, los otros estaban atónitos; cuando les incité a probar la fruta, mi confianza les decidió; brindo a la salud de la cortesana más hermosa de Nápoles; bebemos por ella. Hablo de una ópera nueva, de una *improvisadora* romana llegada hacía poco, y cuyos talentos son la comidilla de la corte; insisto en los talentos agradables, en la música, en la escultura; y de paso les hago reconocer la belleza de algunos mármoles que adornan el salón. Una botella se vacía, y la sustituye otra mejor. El paje se multiplica, y el servicio no languidece ni un instante. A hurtadillas le echo una mirada: imaginaos al Amor con gregüescos de paje; mis compañeros de aventura, por su parte, lo escrutaban con una cara en la que se pintaban la sorpresa, el placer y la inquietud. Me desagradó la monotonía de aquella situación; vi que había llegado el momento de romperla: «Biondetto —le dije al paje—, la *signora* Fiorentina me ha prometido dedicarme unos instantes; id a ver si ha llegado». Biondetto sale de la estancia.

Aún no habían tenido tiempo mis huéspedes de extrañarse ante la extravagancia del mensaje cuando se abre una puerta del salón y entra Fiorentina, sosteniendo su arpa; llevaba una bata gruesa y decente, sombrero de viaje y un crespón muy claro sobre los ojos; deja el arpa a su lado, saluda con soltura, con gracia: «Señor don Álvaro, dice, no me han avisado que tuvierais compañía; no me habría presentado vestida como vengo, estos señores sabrán disculpar a una viajera».

Se sienta, y nosotros le ofrecemos a porfía los restos de nuestro pequeño festín, en los que pica por complacencia.

«¡Cómo, señora! —le digo—, ¿sólo estáis de paso por Nápoles? ¿No habría manera de reteneros?

—Un compromiso ya antiguo me obliga, señor: tuvieron muchas bondades conmigo en Venecia en el pasado carnaval; me hicieron prometer que volvería, y cobré arras; de no ser por eso, no habría podido negarme a las ventajas que aquí me ofrecía la corte ni a la esperanza de merecer los sufragios de la nobleza napolitana,

distinguida por su buen gusto superior al de toda la de Italia».

Los dos napolitanos se inclinan para responder al elogio, estupefactos ante la verdad de la escena hasta el punto de frotarse los ojos. Invité a la virtuosa a que nos hiciera oír una muestra de su talento. Estaba resfriada, cansada; temía con justicia venir a menos en nuestra opinión. Finalmente se decidió a ejecutar un recitativo obligado y una patética arieta[88], que remataban el tercer acto de la ópera en que debía debutar.

Toma su arpa, preludia con una mano pequeña, algo larga, regordeta, blanca y purpúrea a la vez, cuyos dedos insensiblemente redondeados en la punta remataba una uña de una forma y una gracia inconcebibles; todos nosotros estábamos sorprendidos, creíamos asistir al más delicioso de los conciertos.

Canta la dama. Con más voz no se tiene más alma, más expresión: no se podría dar más exagerando menos. Me sentía emocionado hasta el fondo del corazón, y casi olvidaba que era yo el creador del hechizo que me encantaba.

La cantante me dirigía las expresiones tiernas de su recitado y de su canto. El fuego de sus miradas traspasaba el velo; era de una intensidad, de una dulzura inconcebibles; aquellos ojos no me resultaban desconocidos. Finalmente, juntando los rasgos tal como el velo me los dejaba percibir, reconocí en Fiorentina al bribón de Biondetto; mas la elegancia, los atractivos de su cuerpo se hacían notar mucho más bajo las ropas de mujer que bajo la librea de paje.

Cuando la cantante hubo terminado de cantar, le hicimos merecidos elogios. Quise incitarla a interpretarnos una arieta animada para darnos ocasión de admirar la diversidad de sus talentos.

«No —respondió—, lo haría mal en la disposición de ánimo en que estoy; además, habéis debido daros cuenta del esfuerzo que he hecho para obedeceros. Mi voz se resiente del viaje, la tengo tomada; ya os he advertido que parto esta noche. Me ha traído hasta aquí un cochero de alquiler; estoy a sus órdenes; os pido como gracia que aceptéis mis disculpas y me permitáis retirarme». Diciendo esto, se levanta, quiere llevarse su arpa. Se la quito de las manos, y, tras haberla acompañado hasta la puerta por la que había entrado, me reúno con mis acompañantes.

Yo debía haber inspirado alegría, y veía obligación en las miradas; recurrí al vino de Chipre. Lo había encontrado delicioso; me había devuelto mis fuerzas, mi presencia de ánimo; doblé la dosis y, como la hora avanzaba, dije a mi paje, que había recuperado su puesto detrás de mi asiento, que fuese a disponer mi carruaje. Biondetto sale inmediatamente, va a cumplir mi deseo.

«¿Tenéis aquí carruaje? —me dice Soberano.

—Sí —repliqué—, di orden de que me siguiera y supuse que si nuestra velada se prolongaba, no os molestaría regresar cómodamente. Bebamos otra copa, no corremos el riesgo de dar un mal paso en el camino».

No había acabado mi frase cuando vuelve el paje, seguido por dos corpulentos lacayos armados, bien formados, ricamente vestidos con mi librea. «Señor don

Álvaro —me dice Biondetto—, no he podido acercar vuestro coche; está más allá, pero muy cerca de las ruinas que rodean estos lugares». Nos levantamos, Biondetto y los criados armados nos preceden, caminamos.

Como no podíamos avanzar de cuatro juntos en fondo entre las basas y las columnas rotas, Soberano, el único que se hallaba solo a mi lado, me estrechó la mano. «Nos habéis preparado un buen festín, amigo; os va a costar caro.

—Amigo —repliqué—, me satisface mucho que os haya gustado; os lo ofrezco por lo que me cuesta».

Llegamos al carruaje; encontramos otros dos criados armados, un cochero, un postillón, un coche de campo a mi disposición, tan cómodo como hubiéramos podido desear. Hago los honores, y velozmente tomamos el camino de Nápoles.

Guardamos silencio durante un rato; por fin, uno de los amigos de Soberano lo rompe: «No le pregunto en absoluto su secreto; pero tenéis que haber hecho tratos singulares. Nadie fue servido nunca como vos lo sois; y, en cuarenta años de trabajo, nunca he conseguido ni la cuarta parte de las complacencias que acaban de tener con vos en una noche. No me refiero a la visión más celeste que sea posible tener, mientras que nosotros afligimos nuestros ojos más a menudo de lo que pensamos alegrarlos; en fin, conocéis nuestros asuntos, sois joven; a vuestra edad se desea demasiado para tener tiempo de reflexionar, y nos precipitamos a la hora de disfrutar de los placeres».

Bernadillo, tal era el nombre de este hombre, se escuchaba al hablarme, y me daba tiempo para pensar mi respuesta.

«Ignoro —le repliqué— por qué vías he podido granjearme favores distinguidos; auguro que serán muy breves, y mi consuelo será haber compartido todos con buenos amigos». Vieron que me atenía a mi reserva, y la conversación decayó.

Sin embargo, el silencio trajo la reflexión: recordé lo que había hecho y visto; comparé las palabras de Soberano y de Bernadillo, y llegué a la conclusión de que acababa de salir del peor paso en el que una curiosidad vana y la temeridad hubieran puesto nunca a un hombre de mi clase. No carecía de instrucción; había sido educado hasta los trece años bajo la vigilancia de don Bernardo de Maravillas, mi padre, gentilhombre sin tacha, y por doña Mencía, mi madre, la mujer más religiosa, más respetable que existió en Extremadura. «¡Oh, madre mía! —decía yo—, ¿qué pensaríais de vuestro hijo si le hubierais visto, si todavía le vieseis? Pero esto no durará, me lo prometo».

Entretanto, el carruaje llegaba a Nápoles. Acompañé a sus casas a los amigos de Soberano. Él y yo volvimos a nuestro acuartelamiento. El esplendor de mi carruaje deslumbró un poco a la guardia, ante la que pasamos revista, pero las gracias de Biondetto, que iba en el pescante de la carroza, sorprendieron todavía más a los espectadores.

El paje despide el carruaje y a la servidumbre, con una antorcha de la mano de los criados armados, y atraviesa los pabellones para guiarme a mi aposento; mi ayuda de

cámara, más sorprendido incluso que los demás, quería hablar para pedirme razón del nuevo tren de vida del que acababa de dar muestra. «Ya basta, Carlo —le digo entrando en mi aposento—, no os necesito; podéis ir a descansar, mañana os hablaré».

Estamos solos en mi dormitorio, y Biondetto ha cerrado la puerta tras nosotros; mi situación era menos embarazosa en medio de la compañía de la que acababa de separarme y del tumultuoso lugar que acababa de atravesar.

Queriendo poner fin a la aventura, me recojo durante un momento. Pongo los ojos en el paje, los suyos están fijos en el suelo: un rubor le asoma sensiblemente al rostro; su actitud revela apuro y mucha emoción; al fin me decido a hablarle.

«Biondetto, me habéis servido bien, y habéis puesto encanto incluso en lo que habéis hecho por mí, pero como estabais pagado de antemano, creo que estamos en paz…

—Don Álvaro es demasiado noble como para creer que pueda haber satisfecho su deuda a ese precio…

—Si habéis hecho más de lo que me debéis, si os debo algo a cambio, dadme vuestra cuenta, pero no respondo de que seréis pagado pronto. La paga de este trimestre ya me la he comido; debo en el juego, en la posada, al sastre…

—Vuestras bromas están fuera de lugar…

—Si dejo el tono de broma será para pediros que os retiréis, pues es tarde, y tengo que acostarme…

—Y con la hora que es, ¿tendríais la descortesía de despedirme? No esperaba semejante trato de parte de un caballero español. Vuestros amigos saben que he venido aquí; vuestros soldados, vuestra gente me ha visto y ha adivinado mi sexo. Si yo fuera una vil cortesana, tendríais alguna consideración con el decoro de mi estado, mas vuestro proceder conmigo es infamante, ignominioso: ninguna mujer dejaría de sentirse humillada…

—¿Conque ahora os gusta ser mujer para granjearos atenciones? Pues bien, para evitar el escándalo de vuestra retirada, tened la precaución de hacerla por el agujero de la cerradura…

—¡Cómo! En serio, sin saber quién soy…

—¿Puedo ignorarlo?

—Lo ignoráis, os lo aseguro, no atendéis más que a vuestras prevenciones; pero, quienquiera que sea, estoy a vuestros pies, con lágrimas en los ojos: os imploro a título de cliente. Una imprudencia mayor que la vuestra, excusable quizá, puesto que vos sois su objeto, me ha hecho hoy arrostrar, sacrificar todo para obedeceros, entregarme a vos y seguiros. He sublevado contra mí a las pasiones más crueles, más implacables; no me queda más protección que la vuestra, más asilo que vuestra habitación; ¿me la cerraréis, Álvaro? ¿Se dirá que un caballero español ha tratado con semejante rigor, con semejante indignidad, a alguien que ha sacrificado por él un alma sensible, un ser débil desprovisto de cualquier otra ayuda que la suya; en una

palabra, a una persona de mi sexo?».

Yo retrocedía tanto como me era posible para salir del aprieto; mas ella se abrazaba a mis rodillas y me seguía sobre las suyas; finalmente, me arrincona contra la pared. «Levantaos —le digo—, sin daros cuenta acabáis de recordarme mi juramento.

»Cuando mi madre me dio mi primera espada, me hizo jurar sobre su guarda que serviría toda mi vida a las mujeres, y que no ofendería a una sola. Aunque se trate de lo que pienso, que hoy…

—Pues bien, cruel, a título de lo que sea, permitidme acostarme en vuestro cuarto…

—Consiento por lo raro del hecho, y para llevar a su colmo lo insólito de mi aventura. Procurad instalaros de manera que no os vea ni os oiga; a la primera palabra, al primer movimiento capaces de inquietarme, elevo el tono de mi voz para preguntaros a mi vez, *Che vuoi*?».

Le doy la espalda, y me acerco a mi cama para desnudarme. «¿Puedo ayudaros? —me dice.

—No, soy militar y me sirvo yo mismo». Me acuesto.

A través de la gasa de mi cortina veo al presunto paje disponer en el rincón de mi cuarto una estera usada que ha encontrado en un gabinete. Se sienta encima, se desnuda completamente, se envuelve en uno de mis abrigos que estaba encima de una silla, apaga la luz, y la escena termina ahí por el momento; mas no tardó en volver a empezar en mi cama, donde yo no conseguía conciliar el sueño.

Parecía como si el retrato del paje estuviese pegado al dosel y a las cuatro columnas de la cama; era lo único que yo veía. En vano me esforzaba por relacionar aquel objeto encantador con la idea del espantoso fantasma que había visto; la primera aparición servía para realzar el encanto de la última.

Aquel melodioso canto que había oído yo bajo la bóveda, aquel seductor tono de voz, aquella manera de hablar que parecía salir del corazón, seguían resonando en el mío y excitaban en él un singular estremecimiento.

¡Ah, Biondetta!, me decía yo, ¡si no fueseis un ser fantástico! ¡Si no fueseis aquel vil dromedario!

Pero ¿por qué impulso me he dejado arrastrar? He vencido al espanto, desarraiguemos un sentimiento más peligroso. ¿Qué dulzura puedo esperar? ¿No estaría siempre marcado por su origen?

El fuego de sus miradas tan conmovedoras, tan dulces, es un cruel veneno. Esa boca, tan bien formada, tan coloreada, tan fresca, y en apariencia tan ingenua, sólo se abre para imposturas. Aquel corazón, si es que lo era, sólo se encendería para una traición.

Mientras me entregaba a las reflexiones ocasionadas por los diversos impulsos que me agitaban, la luna había llegado a lo alto del hemisferio y, en un cielo sin nubes, lanzaba todos sus rayos sobre mi habitación a través de tres grandes

ventanales.

Hacía unos movimientos prodigiosos en mi cama; no era nuevo; los largueros se separan, y los tres tablones que sostenían mi colchón caen con estrépito.

Biondetta se levanta, corre hacia mí con tono de espanto. «Don Álvaro, ¿qué desgracia acaba de ocurriros?».

Como no la perdía de vista a pesar de mi accidente, la vi levantarse y acudir; su camisa era una camisa de paje, y, al pasar, la luz de la luna dio sobre sus muslos, que parecieron ganar con el reflejo.

Muy poco afectado por el mal estado de mi cama, que sólo me exponía a estar algo peor acostado, lo fui mucho más al encontrarme estrechado en los brazos de Biondetta.

«No me ha ocurrido nada —le dije—, retiraos; corréis sobre las baldosas sin zapatillas; vais a resfriaros, retiraos…

—Pero estáis muy incómodo…

—Sí, porque es incomoda la situación en que ahora me ponéis; retiraos, o, ya que queréis ocultaros en mi casa y cerca de mí, os ordenaré ir a dormir en esa tela de araña que hay en el rincón de mi cuarto». No esperó al final de la amenaza, y fue a acostarse sobre su estera sollozando muy bajo.

La noche se acaba, y la fatiga, imponiéndose, me procura algunos momentos de sueño. No me desperté hasta que fue de día, es fácil adivinar el camino que tomaron mis primeras miradas. Busqué con los ojos a mi paje.

Estaba sentado, completamente vestido, a excepción de su jubón, en un pequeño taburete; había soltado sus cabellos, que llegaban hasta el suelo, cubriendo de rizos flotantes y naturales su espalda y sus hombros, e incluso toda su cara.

Como no podía hacerlo mejor, desenredaba su cabellera con los dedos. Jamás peine de un marfil más bello paseó por un bosque más tupido de cabellos rubio ceniza; su finura era igual a todas sus demás perfecciones; como un leve movimiento que hice había anunciado mi despertar, aparta con sus dedos los rizos que le ocultaban el rostro. Imaginaos la aurora en primavera, surgiendo entre los vapores de la mañana con su rocío, su frescor y todas sus fragancias.

«Biondetta —le dije—, coged un peine; hay uno en el cajón de ese escritorio». Obedece. No tardaron sus cabellos en quedar sujetos, con la ayuda de una cinta, sobre su cabeza con tanta habilidad como elegancia. Coge su jubón, termina su aderezo y se sienta en su silla con un aire tímido, apurado, inquieto, que incitaba vivamente a compasión.

Si al cabo del día he de ver mil escenas a cual más excitante, seguro que no podré resistirlo, me decía yo, provoquemos el desenlace, a ser posible.

Le dirijo la palabra.

«Ya es de día, Biondetta; hemos cumplido con las conveniencias, podéis salir de mi cuarto sin temor al ridículo…

—Ahora estoy por encima de ese temor —me responde—. Pero vuestros intereses

y los míos me inspiran otro mucho más fundado. No permiten que nos separemos.

—¿Queréis explicaros?, le digo…

—Voy a hacerlo, Álvaro.

»Vuestra juventud, vuestra imprudencia, os cierran los ojos a los peligros que hemos congregado a nuestro alrededor. Apenas os vi bajo la bóveda, aquel aplomo heroico a la vista de la más horrenda aparición, decidió mis inclinaciones; si para lograr la felicidad, me dije a mí misma, debo unirme a un mortal, tomemos un cuerpo: ha llegado la hora. He ahí el héroe digno de mí. Aunque se indignen los despreciables rivales que por él sacrifico, aunque me vea expuesta a su resentimiento, a su venganza, ¿qué me importa? Amada por Álvaro, unida con Álvaro, ellos y la naturaleza se someterán a nosotros. Lo que luego ocurrió, vos lo habéis visto; éstas son las consecuencias.

»La envidia, los celos, el despecho, la rabia, me preparan los castigos más crueles a que pueda verse sometido un ser de mi especie, degradado por su propia elección, y sólo vos podéis protegerme de ellos. En cuanto se ha hecho de día, los delatores se han puesto en camino para denunciaros, por nigromante, a ese tribunal que conocéis[89]. Dentro de una hora…

—Deteneos —exclamé poniéndome los puños cerrados sobre los ojos—, sois el más hábil, el más insigne de los falsarios. Habláis de amor, presentáis su imagen, envenenáis su idea, os prohíbo decirme una palabra más. Dejad que, si puedo, me calme lo bastante para ser capaz de tomar una resolución.

»Si debo caer en manos del tribunal, no dudo, por el momento, entre vos y él; mas si me ayudáis a salir de aquí, ¿a qué me comprometo? ¿Puedo separarme de vos cuando quiera? Os conmino a responderme con claridad y precisión…

—Para separaros de mí, Álvaro, bastará un acto de vuestra voluntad. Lamento incluso que mi sumisión sea forzada. Si en lo sucesivo no apreciáis en lo que vale mi interés, seréis imprudente, ingrato…

—No creo nada, salvo que es necesario partir. Voy a despertar a mi ayuda de cámara: tiene que conseguirme dinero, ir a la posta. Me dirigiré a Venecia para ver a Bentinelli, banquero de mi madre.

—¿Os hace falta dinero? Afortunadamente ya lo había previsto: lo tengo a vuestra disposición…

—Guardadlo. Si sois una mujer, aceptándolo cometería una bajeza…

—No es un regalo, sino un préstamo lo que os propongo. Dadme una orden de pago para vuestro banquero; haced una relación de lo que debéis aquí. Dejad sobre vuestro escritorio una orden a Carlo para que pague. Disculpaos por carta ante vuestro comandante alegando un asunto indispensable que os obliga a partir sin permiso. Yo iré a la posta a buscaros un carruaje y caballos. Pero antes, Álvaro, obligada a separarme de vos, vuelvo a caer en todos mis temores; decid: *Espíritu que sólo te has unido a un cuerpo para mí, y sólo para mí, acepto tu vasallaje y te otorgo mi protección*».

Mientras me prescribía esta fórmula, se había postrado a mis rodillas, me cogía la mano, la apretaba, la bañaba en lágrimas.

Yo estaba fuera de mí, sin saber qué partido tomar; le dejo que me bese la mano, y balbuceo las palabras que le parecían tan importantes: en cuanto he terminado, se levanta. «Soy vuestra —exclama con frenesí—; podré llegar a ser la más feliz de todas las criaturas».

En un momento, se pone un larga capa, se cala un gran sombrero hasta los ojos, y sale de mi aposento.

Yo me hallaba en una especie de estupidez. Encuentro una relación de mis deudas. Escribo al pie la orden a Carlo de pagarlas; cuento el dinero necesario; escribo al comandante y a uno de mis amigos más íntimos cartas que debieron parecerles muy extraordinarias. El carruaje y el látigo del postillón ya se hacían oír en la puerta.

Biondetta, siempre con el rostro embozado en la capa, regresa y me arrastra consigo. Carlo, despertado por el ruido, aparece en camisa. «Id a mi escritorio, le digo, allí encontraréis mis órdenes». Subo al carruaje. Parto.

Biondetta había entrado conmigo en el carruaje; estaba en la parte delantera. Una vez que salimos de la ciudad, se quitó el sombrero que la mantenía en sombra. Sus cabellos estaban recogidos en una redecilla carmesí; sólo se les veía la punta, eran perlas en el coral. Su rostro, despojado de cualquier otro ornamento, brillaba con sus solas perfecciones. Se creía ver una transparencia en la tez. Era imposible de concebir cómo la dulzura, el candor, la ingenuidad podían aliarse con el carácter de sutileza que brillaba en sus miradas. Me sorprendí haciendo, a pesar mío, estas observaciones, y, juzgándolas peligrosas para mi descanso, cerré los ojos para tratar de dormir.

Mi intento no fue vano, el sueño se apoderó de mis sentidos, y me ofreció los sueños más agradables, los más apropiados para distraer mi alma de las pavorosas y extravagantes ideas que la habían fatigado. Duró, además, mucho, y más tarde mi madre, reflexionando un día sobre mis aventuras, sostuvo que aquel sopor no había sido natural. Al fin, cuando desperté, estaba a orillas del canal donde se embarca para ir a Venecia.

Era muy entrada la noche; siento que alguien me tira de la manga, era un mozo de cuerda: quería hacerse cargo de mis bultos. Yo ni siquiera tenía un gorro de dormir.

Biondetta apareció en otra portezuela para decirme que la embarcación que debía llevarme estaba lista. Me apeo maquinalmente, subo en la falúa y vuelvo a caer en mi letargia.

¿Qué diré? A la mañana siguiente me encontré alojado en la plaza de San Marcos, en el más bello aposento de la mejor posada de Venecia. Lo conocía. Lo reconocí de inmediato. Veo ropa blanca, una bata bastante magnífica junto a mi cama. Sospeché que podía tratarse de una atención del hostelero a cuya casa había llegado desprovisto de todo.

Me levanto y miro si soy el único objeto viviente en la habitación; buscaba a

Biondetta.

Avergonzado de este primer impulso, di gracias a mi buena fortuna. Ese espíritu y yo no somos por lo tanto inseparables; me he librado de él; y, tras mi imprudencia, si no pierdo más que mi compañía en los guardias, debo considerarme muy afortunado.

Valor, Álvaro, continué; hay otras cortes, otros soberanos además del de Nápoles; esto debe corregirte, si no eres incorregible, y te comportarás mejor. Si rechazan tus servicios, una madre tierna, Extremadura y un patrimonio razonable te tienden los brazos.

Pero ¿qué quería de ti ese trasgo que no te ha dejado desde hace veinticuatro horas? Había adoptado una apariencia muy seductora; me ha dado dinero; quiero devolvérselo.

No había terminado de hablar cuando veo llegar a mi acreedor; me traía dos criados y dos gondoleros. «Debéis ser servido mientras aguardáis la llegada de Carlo. En la posada me han asegurado la inteligencia y la fidelidad de estos criados, y aquí tenéis a los remeros más audaces de la República.

—Me satisface vuestra elección, Biondetta —le digo—; ¿os hospedáis aquí?

—He tomado —me responde el paje con los ojos bajos—, en el mismo piso de Vuestra Excelencia, la habitación más alejada de la que ocupáis, para causaros la menor molestia posible».

Encontré deferencia y delicadeza en aquella atención de poner distancia entre ella y yo. Se lo agradecí.

En el peor de los casos, me decía yo, no podría expulsarla del vacío del aire, si decide quedarse invisible en él para obsesionarme. Si ella está en una habitación concreta, sabré calcular mi distancia. Satisfecho con mi razonamiento, daba mi aprobación a todo sin pensarlo demasiado.

Yo quería salir para visitar al corresponsal de mi madre. Biondetta impartió sus órdenes para mi arreglo personal, y, una vez acabado, me dirigí a donde tenía propósito de ir.

El negociante me dispensó un recibimiento que me dio motivos para sorprenderme. Se hallaba en su banca; de lejos me acaricia con la mirada, viene hacia mí.

«Don Álvaro —me dice—, no os sabía aquí. Llegáis muy a propósito para impedir que se cometa un garrafal error; iba a enviaros dos cartas y dinero.

—¿El de mi paga trimestral?

—Sí —respondió—, y algo más. Aquí tenéis doscientos cequíes[90] extra que han llegado esta mañana. Un anciano gentilhombre, a quien he dado un recibo, me los ha entregado de parte de doña Mencía. Al no recibir noticias vuestras, os creyó enfermo, y encargó a un español conocido vuestro que me los confiara para hacéroslos llegar…

—¿Os ha dicho su nombre?

—Lo he escrito en el recibo; es don Miguel Pimientos, que dice haber sido escudero en vuestra casa. Como no sabía que hubierais llegado, no le pregunté su

dirección».

Recogí el dinero. Abrí las cartas; mi madre se quejaba de su salud, de mi dejadez, y no hablaba de los cequíes que enviaba; esto me hizo más sensible aún a sus bondades.

Viéndome con la bolsa tan a propósito y tan bien provista, volví alegremente a la posada; me costó encontrar a Biondetta en la especie de alojamiento en que se había refugiado. Entraba en él por un pasadizo alejado de mi puerta: me aventuré en él por azar, y la vi inclinada junto a una ventana, muy ocupada en reunir y encolar los restos de un clavicordio.

«Tengo dinero —le dije—, y os traigo el que me habéis prestado». Se ruborizó, como siempre le ocurría antes de hablar; buscó mi obligación, me la entregó, cogió la suma de dinero, y se limitó a decirme que era demasiado puntual, y que ella hubiera deseado disfrutar más tiempo del placer de tenerme obligado.

«Pero aún estoy en deuda con vos —le dije—, porque habéis pagado las postas». Tenía el recibo encima de la mesa. Lo pagué. Me marchaba con una sangre fría aparente; ella me pidió mis órdenes, no tuve ninguna que darle, y volvió tranquilamente a su tarea; estaba de espaldas: la observé un rato; parecía muy atareada, y ponía en su trabajo tanta destreza como actividad.

Regresé a mi cuarto para pensar. Ahí tienes, me decía, el igual de aquel Calderón que encendía la pipa de Soberano, y aunque tenga un aire muy distinguido, no es de mejor casa. Si no se vuelve exigente ni incómodo, si no tiene pretensiones, ¿por qué no quedarme con él? Me asegura, además, que para despedirlo basta un acto de mi voluntad. ¿Por qué apresurarme a querer enseguida lo que puedo querer en cualquier instante del día? El anuncio de que la cena estaba servida interrumpió mis reflexiones.

Me senté a la mesa. Biondetta, con librea de gala, estaba detrás de mi asiento, atenta a adelantarse a mis necesidades. No tenía necesidad de volverme para verla: tres espejos, dispuestos en el salón, repetían todos sus movimientos. Acaba la cena, se levanta la mesa. Ella se retira.

El posadero sube, ya nos conocíamos. Estábamos en carnaval; mi llegada no tenía por qué sorprenderle. Me felicitó por el aumento de mi tren de vida, que suponía un mejor estado de mi fortuna, y se deshizo en alabanzas de mi paje, el joven más bello, más afectuoso, más inteligente, más dulce que nunca había visto. Me preguntó si pensaba tomar parte en los placeres del carnaval; ésa era mi intención. Me puse un disfraz, y subí a mi góndola.

Recorrí la plaza; fui al espectáculo, al *Ridotto*[91]. Jugué, gané cuarenta cequíes, y me retiré bastante tarde, después de haber buscado la disipación en cualquier parte donde creí poder encontrarla.

Mi paje, con una antorcha en la mano, me recibe al pie de la escalera, me entrega a los cuidados de un ayuda de cámara y se retira, después de haberme preguntado a qué hora ordenaba que entrasen en mi aposento. «A la hora de costumbre», respondí,

sin saber lo que decía, sin pensar que nadie estaba al corriente de mi manera de vivir.

Me desperté tarde al día siguiente, y me levanté enseguida. Puse por casualidad la vista sobre las cartas de mi madre, que habían quedado sobre la mesa. «¡Digna mujer! —exclamé—; ¿qué hago aquí? ¿Por qué no voy a ponerme al amparo de vuestros sabios consejos? Iré, ¡ah!, iré, es el único recurso que me queda».

Como hablaba en voz alta, se dieron cuenta de que me había despertado; entraron en mi cuarto, y volví a ver el escollo de mi razón. Tenía un aire desinteresado, modesto, sumiso, y por ello no me pareció sino más peligroso. Me anunciaba la visita de un sastre y telas; hecho el trato, desapareció con él hasta la hora del almuerzo.

Comí poco, y corrí a precipitarme en el torbellino de las diversiones de la ciudad. Busqué las máscaras; escuché, hice bromas insulsas, y terminé la escena con la ópera y, sobre todo, con el juego, hasta entonces mi pasión favorita. En esta segunda sesión gané mucho más que en la primera.

Diez días transcurrieron en la misma situación de corazón y de espíritu, y poco más o menos en disipaciones semejantes; encontré viejas amistades; hice otras nuevas. Fui presentado en las reuniones más distinguidas; fui admitido en las partidas de los más nobles en sus casas de recreo.

Todo habría ido bien si mi fortuna en el juego no se hubiera truncado; pero perdí en el *Ridotto*, en una velada, trescientos cequíes que había atesorado. Nadie jugó nunca con tan mala suerte. A las tres de la mañana me retiré, desplumado, debiendo cien cequíes a conocidos míos. Mi pesadumbre estaba escrita en mis miradas y en toda mi apariencia. Biondetta me pareció afectada; pero no abrió la boca.

Al día siguiente me levanté tarde. Me paseaba a zancadas por mi cuarto dando golpes con los pies. Me traen la comida, no como nada. Retirado el servicio, Biondetta se queda, contra su costumbre. Me mira un instante, deja escapar algunas lágrimas: «Habéis perdido dinero, don Álvaro, quizá más del que podéis pagar…

—Y si así fuera, ¿dónde hallaría el remedio?…

—Me ofendéis; mis servicios siguen estado a vuestra orden al mismo precio; mas no llegarían lejos si se limitasen únicamente a haceros contraer conmigo obligaciones de esas que os creeríais en la necesidad de satisfacer inmediatamente. Permitidme tomar asiento; me embarga una emoción que no me permitiría sostenerme de pie; además, tengo cosas importantes que deciros. ¿Queréis arruinaros?… ¿Por qué jugáis con esa furia si no sabéis jugar?…

—¿No conoce todo el mundo los juegos de azar? ¿Alguien podría enseñármelos? …

—Sí; prudencia aparte, los juegos de suerte, que vos llamáis impropiamente juegos de azar, se aprenden. En el mundo no existe el azar; en él todo ha sido y será siempre una sucesión de combinaciones necesarias que sólo pueden comprenderse mediante la ciencia de los números, cuyos principios son, al mismo tiempo, tan abstractos y tan profundos que no se pueden captar si no nos guía un maestro; pero antes hay que haber sabido proporcionárselo y consagrarse a él. Sólo puedo

describiros ese conocimiento sublime con una imagen. El encadenamiento de los números produce la cadencia del universo, regula lo que se denomina los hechos fortuitos y supuestamente determinados, forzándolos mediante péndulos invisibles a que cada uno caiga a su vez, desde lo más importante que ocurre en las esferas alejadas, hasta los miserables y pequeños golpes de suerte que os han despojado hoy de vuestro dinero».

Esta perorata científica en una boca infantil, esta proposición algo brusca de ofrecerme un maestro, me provocaron un leve temblor, un poco de aquel sudor frío que me había embargado bajo la bóveda de Portici. Miro fijamente a Biondetta, que bajaba la vista. «No quiero ningún maestro, le digo; tendría miedo a aprender demasiado; pero intentad demostrarme que un gentilhombre puede saber algo más que el juego, y a utilizarlo sin comprometer su carácter». Aceptó el reto, y he aquí en sustancia el resumen de su demostración.

«La banca está combinada sobre la base de un beneficio desorbitado que se renueva en cada lance; si no corriese riesgo, la república estaría robando de modo manifiesto a los particulares. Pero los cálculos que podemos hacer son supuestos, y la banca siempre lleva las de ganar, ya que por cada persona instruida tiene enfrente a diez mil incautos».

La convicción llegó más lejos. Me enseñó una sola combinación, muy simple en apariencia; no adiviné sus principios, pero desde esa misma noche el éxito me demostró su infalibilidad.

En una palabra, siguiéndola volví a ganar todo lo que había perdido, pagué mis deudas de juego y devolví a Biondetta, al regresar a la posada, el dinero que me había prestado para intentar la aventura.

Tenía fondos; pero estaba más preocupado que nunca. Mis recelos sobre los designios de la peligrosa criatura cuyos servicios había aceptado se habían renovado. No sabía a ciencia cierta si podría alejarla de mí: en cualquier caso, no tenía fuerza para desearlo. Apartaba la vista para no ver dónde estaba, y lo veía en todas partes donde no estaba.

El juego dejaba de ofrecerme una disipación atractiva. El faraón[92], que me gustaba con locura, al no estar ya sazonado con el riesgo, había perdido todo lo que de picante tenía para mí. Las mascaradas del carnaval me aburrían; los espectáculos me resultaban insípidos. Aunque hubiera tenido el corazón lo bastante libre para desear tener una relación entre las mujeres de alto rango, me desalentaba de antemano la languidez, el ceremonial y la servidumbre del chichisbeo[93]. Me quedaba el recurso de las casas de recreo de los nobles, donde ya no quería jugar, y el trato de las cortesanas.

Entre las mujeres de esta última especie, había algunas más distinguidas por la elegancia de su fasto y la jovialidad de su compañía que por sus atractivos personales. En sus casas encontraba una libertad real de la que me gustaba gozar, una alegría ruidosa que podía aturdirme si no podía complacerme; en una palabra, un abuso

continuo de la razón que por algunos momentos me alejaba de los estorbos de la mía. Cortejaba a todas las mujeres de esta clase en cuyas casas era admitido, sin abrigar proyectos sobre ninguna; pero la más célebre de ellas tenía planes sobre mí que no tardó en manifestar.

La llamaban Olympia. Tenía veintiséis años, una gran belleza, talento y gracia. Pronto me dejó percibir la afición que sentía por mí, y, sin tenerla yo por ella, me insinué para liberarme, en cierto modo, de mí mismo.

Nuestra relación empezó de manera brusca, y, como encontraba pocos encantos en ella, juzgué que terminaría de la misma manera, y que Olympia, molesta por mis distracciones con ella, no tardaría en buscar un amante que le hiciese mayor justicia, tanto más cuanto que nuestra relación se basaba en la pasión más desinteresada; pero nuestra estrella decidió de otra manera. Sin duda era preciso, para castigo de aquella mujer soberbia e impulsiva, y para ponerme en aprietos de otra índole, que concibiese un amor desenfrenado por mí.

Ya no era dueño de volver por la noche a mi posada, y durante el día me veía abrumado con notitas, mensajes y vigilantes.

Se quejaba de mi frialdad. Sus celos, para los que aún no había encontrado motivo preciso, arremetían contra todas las mujeres que podían atraer mis miradas, e incluso habría exigido de mí descortesías con ellas si hubiera podido influir en mi carácter. Me desagradaba aquel tormento casi perpetuo, pero no me quedaba otro remedio que vivir en él. Me esforzaba de buena fe en amar a Olympia por amar algo y apartarme la peligrosa inclinación que conocía en mí; entretanto, una escena más intensa aún se preparaba.

En mi posada, era vigilado en secreto por orden de la cortesana. «¿Desde cuándo —me dijo un día— tenéis a ese bello paje que tanto os interesa, con el que tenéis tantas atenciones, y al que no dejáis de seguir con la vista cuando su servicio lo llama a vuestros aposentos? ¿Por qué le obligáis a observar ese austero retiro? Porque no se le ve nunca en Venecia.

—Mi paje —respondí— es un joven de buena familia, cuya educación tengo encomendada por deber. Es…

—Es, traidor —replicó ella con los ojos encendidos de ira—, es una mujer. Uno de mis confidentes la ha visto por el ojo de la cerradura mientras hacía su aseo…

—Os doy mi palabra de honor de que no es una mujer…

—No añadas la mentira a la traición. Esa mujer lloraba: la han visto; no es feliz. Sólo sabes atormentar a los corazones que se entregan a ti. La has engañado, como me engañas a mí, y la abandonas. Devuelve esa joven a sus padres; y si tus prodigalidades no te permiten hacerle justicia, que la tenga de mí. Le debes un destino; yo se lo daré; pero quiero que desaparezca mañana.

—Olympia —repliqué lo más fríamente que me fue posible—, os he jurado, os lo repito y vuelvo a juraros que no es una mujer; y ojalá el cielo…

—¿Qué quieren decir esas mentiras y ese «ojalá el cielo», monstruo? Devuélvela

a su casa, te digo, o… Pero tengo otros recursos; te desenmascararé, y ella se avendrá a razones si tú no eres capaz de hacerlo».

Agotado por aquel torrente de injurias y amenazas, pero simulando no estar nada afectado, me retiré a mi posada, aunque fuese tarde.

Mi llegada pareció sorprender a mis criados, y sobre todo a Biondetta: manifestó cierta inquietud por mi salud; respondí que no estaba nada alterada.

Casi nunca le dirigía la palabra desde mi relación con Olympia, y no había habido ningún cambio en su conducta conmigo; pero sí se notaba en sus rasgos: en el tono general de su fisonomía había un tono de abatimiento y de melancolía.

Al día siguiente, apenas me había despertado cuando Biondetta entra en mi habitación con una carta abierta en la mano. Me la entrega, y leo:

AL SUPUESTO BIONDETTO

«No sé quién sois, señora, ni qué podéis hacer en casa de don Álvaro; pero sois demasiado joven para no ser perdonada, y estáis en manos demasiado malas para no inspirar compasión. Ese caballero os habrá prometido lo que promete a todo el mundo, lo que aún me jura todos los días, aunque esté resuelto a traicionarnos. Se dice que sois tan juiciosa como bella; sabréis admitir un buen consejo. Estáis en edad, señora, de reparar el daño que podéis haberos hecho; un alma sensible os ofrece los medios para ello. No se escatimarán esfuerzos en el sacrificio que debe hacerse para asegurar vuestro descanso. Ha de ser proporcionado a vuestra situación, a las perspectivas que os hicieron abandonar, a las que podéis tener para el futuro; y, por consiguiente, vos misma lo valoraréis todo. Si persistís en querer ser engañada y desdichada, y en hacer que otras lo sean, esperad de mí lo más violento que la desesperación puede sugerir a una rival. Espero vuestra respuesta».

Tras haber leído esta carta, se la devuelvo a Biondetta. «Responded a esa mujer —le dije— que está loca, y que vos sabéis mejor que yo hasta qué punto lo está…

—Vos la conocéis, don Álvaro, ¿no teméis nada de ella?…

—Temo que me siga importunando más tiempo, por lo tanto la dejo; y para librarme de ella con mayor seguridad, esta misma mañana alquilaré una bonita casa que me han ofrecido a orillas del Brenta[94]». Me vestí acto seguido y me fui a cerrar el trato. De camino, pensaba en las amenazas de Olympia. ¡Pobre loca!, me decía, quiere matar a… Nunca pude, y sin saber por qué, pronunciar la palabra.

En cuanto hube terminado el trato, volví a casa, almorcé, y, temiendo que la fuerza de la costumbre me arrastrase a casa de la cortesana, resolví no salir en todo el día.

Cojo un libro. Incapaz de concentrarme en la lectura, lo dejo; voy a la ventana, y la multitud, la variedad de los objetos me chocan en lugar de distraerme. Paseo arriba y abajo por mi aposento, tratando de tranquilizar mi mente con la agitación continua del cuerpo.

En ese paseo indeterminado, mis pasos se dirigen hacia un oscuro gabinete donde mis criados guardaban las cosas necesarias para servirme que no debían encontrarse a mano. Nunca había entrado allí; la oscuridad del lugar me agrada. Me siento sobre un arcón y paso unos minutos.

Al cabo de ese breve espacio de tiempo, oigo ruido en una pieza contigua; un hilo de luz que me da en los ojos me atrae hacia una puerta condenada: salía por el agujero de la cerradura; aplico a él el ojo.

Veo a Biondetta sentada frente a su clavicordio, con los brazos cruzados, en la actitud de una persona entregada a profundas ensoñaciones. Rompió el silencio.

«¡Biondetta! ¡Biondetta! —dice—. Me llama Biondetta. Es la primera, la única palabra cariñosa que haya salido de su boca».

Se calla y parece volver a caer en su ensoñación. Pone por fin las manos sobre el clavicordio que yo le había visto reparar. Delante tenía un libro cerrado sobre el atril. Preludia y canta a media voz acompañándose.

Inmediatamente distinguí que lo que cantaba no era una composición concreta. Poniendo más atención, oí mi nombre, el de Olympia; improvisaba en prosa sobre su supuesta situación, sobre la de su rival, que le parecía mucho más feliz que la suya; y por último, sobre los rigores que yo tenía con ella, y las sospechas que provocaban una desconfianza que me alejaba de mi felicidad. Ella me habría guiado por el camino de las grandezas, de la fortuna y de las ciencias, y yo habría hecho su felicidad. «¡Ay!, decía, es imposible. Aunque me conociese como soy, mis débiles encantos no podrían detenerlo; otra…».

La pasión se apoderaba de ella, y las lágrimas parecían sofocarla. Se levanta, va a coger un pañuelo, se enjuga las lágrimas y se acerca al instrumento; quiere sentarse de nuevo y, como si la escasa altura del asiento la hubiese tenido hasta entonces en una postura demasiado molesta, coge el libro que estaba en el atril, lo pone sobre el taburete, se sienta, y preludia de nuevo.

No tardé en comprender que la segunda escena musical no sería de la misma clase que la primera. Reconocí el aire de una barcarola muy de moda entonces en Venecia. La repitió dos veces; luego, con voz más nítida y firme, cantó la siguiente letra:

¡Ay, qué quimera la mía!
Hija del cielo y los vientos,
por Álvaro y por la tierra
abandono el universo;
sin brillo ni poderío
me humillo hasta el cautiverio;
y ¿cuál es mi recompensa?
Me desprecian y yo sirvo.

Corcel, las manos que os llevan

a acariciaros se ofrecen;
os cautivan, os molestan,
pero haceros daño temen.
El esfuerzo que os ordenan
acrecienta vuestro honor,
y el mismo freno que os templa
nunca a humillarte alcanzó.

¡Ay!, Álvaro, otra te incita
y de tu pecho me aleja;
dime, ¿con qué atractivo
logró tu frialdad vencer?
A juzgar por lo que dicen
parece ser muy sincera,
ella gusta, y yo no puedo,
por vivir bajo sospecha.

Esa cruel desconfianza
emponzoña mis favores.
Es temida mi presencia,
y en mi ausencia soy odiada.
Mis tormentos, los supongo;
y gimo, aunque sin razón;
si hablo, es que me impongo
si me callo, es traición.

Paso, Amor, por impostor
cuando tuya es la impostura,
¡ah!, para vengar mi injuria,
disipa por fin su error.
Que el ingrato me conozca,
y, sea cual fuere el motivo,
toda inclinación detesta
cuyo objeto no sea yo.

Mi rival sale triunfante,
ha decidido mi suerte,
y yo me veo en la espera
del destierro o de la muerte:
No rompáis vuestra cadena,
latidos de un pecho ansioso;
despertaríais su odio…

Ya me contengo: callaos.

El tono de la voz, el canto, el sentido de los versos, su cariz, me sumen en un desorden que no puedo expresar. ¡Ser fantástico, peligrosa impostura!, exclamé saliendo rápidamente del puesto en el que había permanecido demasiado tiempo; ¿se puede imitar mejor los rasgos de la verdad y de la naturaleza? ¡Qué dichoso me siento por no haber conocido hasta hoy el ojo de esta cerradura, cómo habría venido a embriagarme, cómo me habría ayudado a engañarme a mí mismo! Salgamos de aquí. Vayamos mañana a orillas del Brenta. Vayámonos esta misma noche.

Llamo acto seguido a un criado, y hago enviar, en una góndola, todo lo necesario para ir a pasar la noche en mi nueva morada.

Me hubiera sido demasiado difícil esperar la noche en la posada. Salí. Caminé sin rumbo. Al doblar una esquina, creí ver entrar en un café a aquel Bernadillo que acompañaba a Soberano en nuestro paseo en Portici. ¡Otro fantasma!, me dije; me persiguen. Entré en mi góndola, y recorrí toda Venecia de canal en canal; eran las once cuando regresé. Quise partir para el Brenta, y, como mis gondoleros cansados se negaran a prestarme el servicio, hube de recurrir a otros: llegaron; y mis criados, advertidos de mis intenciones, me preceden en la góndola, cargados con sus propios efectos. Biondetta me seguía.

Apenas pongo los pies en la embarcación, unos gritos me obligan a volverme. Una máscara apuñalaba a Biondetta: «¡Puedes más que yo! ¡Muere, muere, odiosa rival!».

Fue tan rápida la ejecución que uno de los gondoleros que aún estaba en la orilla no pudo impedirla. Quiso atacar al asesino poniéndole la antorcha en los ojos; acude otra máscara y lo rechaza con una acción amenazadora y una voz de trueno en la que creí reconocer la de Bernadillo.

Fuera de mí, salto de la góndola. Los asesinos han desaparecido. Con la ayuda de la antorcha veo a Biondetta, pálida, bañada en su sangre, moribunda.

Imposible describir mi estado. Cualquier otra idea se borra. Sólo veo a una mujer adorada, víctima de una prevención ridícula, sacrificada a mi vana y extravagante confianza, y abrumada por mí, hasta entonces, con los ultrajes más crueles.

Me precipito, pido al mismo tiempo auxilio y venganza. Un cirujano, traído por el tumulto de la aventura, acude. Hago trasladar a la herida a mis aposentos; y, por temor a que no la lleven con suficiente cuidado, yo mismo me encargo de la mitad del bulto.

Cuando la hubieron desnudado, cuando vi aquel hermoso cuerpo ensangrentado lastimado por dos enormes heridas que parecían tener que atacar las dos fuentes de la vida, dije e hice mil extravagancias.

Biondetta, supuestamente sin conocimiento, no debía de oírlas; mas el posadero y su gente, un cirujano, dos médicos que habían sido llamados, consideraron peligroso para la herida que me quedara a su lado. Me sacaron de la habitación.

Dejaron a mis criados cerca de mí, pero, cuando uno de ellos cometió la torpeza de decirme que el facultativo había considerado mortales las heridas, me puse a gritar a pleno pulmón.

Agotado al fin por mis arrebatos, caí en un abatimiento y no tardé en dormirme.

Creí ver a mi madre, en sueños; le contaba mi aventura, y para hacérsela más sensible, la llevaba hacia las ruinas de Portici.

«No vayamos allí, hijo mío —me decía ella—, estáis en un peligro evidente». Cuando pasábamos por un estrecho desfiladero en el que me adentraba muy seguro, una mano me empuja de pronto a un precipicio; la reconozco, es la de Biondetta. Al caer, otra mano me salva, y me encuentro entre los brazos de mi madre. Me despierto, todavía jadeante de pavor. ¡Tierna madre!, exclamé, no me abandonáis ni siquiera en sueños.

¡Biondetta!, ¿queréis perderme? Mas este sueño es fruto del desconcierto de mi imaginación. ¡Ah!, ahuyentemos unas ideas que me harían faltar a la gratitud, a la humanidad.

Llamo a un criado y lo envío en busca de noticias. Dos cirujanos velan: ha perdido mucha sangre; temen la fiebre.

Al día siguiente, una vez retirado el apósito, se decidió que las heridas sólo eran peligrosas por su profundidad; pero sobreviene la fiebre, aumenta, y hay que agotar a la paciente con nuevas sangrías.

Fue tanta mi insistencia para entrar en el aposento que no les fue posible negármelo.

Biondetta deliraba, y repetía continuamente mi nombre. La miré; nunca me había parecido tan bella.

¿Es esto, me decía yo, lo que tomaba por un fantasma coloreado, un montón de vapores brillantes sólo reunidos para engañar a mis sentidos?

Tenía vida como la tengo yo, y la pierde porque nunca quise escucharla, porque la expuse al peligro voluntariamente. Soy un tigre, un monstruo.

Si tú mueres, tú, la criatura más digna de ser querida y cuyas bondades he reconocido tan indignamente, no quiero sobrevivirte. ¡Moriré después de haber sacrificado sobre tu tumba a la bárbara Olympia!

Si me eres devuelta, seré tuyo; reconoceré tus favores; coronaré tus virtudes, tu paciencia; me uno a ti con vínculos indisolubles, y para mí será un deber hacerte feliz mediante el sacrificio ciego de mis sentimientos y de mis voluntades.

No describiré los penosos esfuerzos del arte y la naturaleza para devolver a la vida un cuerpo que parecía destinado a sucumbir bajo los recursos empleados para aliviarlo.

Veintiún días transcurrieron sin que pudiera decidirse entre el temor y la esperanza; al fin se disipó la fiebre, y dio la impresión de que la enferma recobraba el conocimiento.

La llamé mi querida Biondetta; ella me estrechó la mano. Desde ese instante,

reconoció todo lo que la rodeaba. Yo estaba a su cabecera: sus ojos se volvieron hacia mí; los míos estaban bañados de lágrimas. No sabría describir, cuando me miró, la gracia, la expresión de su sonrisa. «¡Querida Biondetta! —repitió—; soy la querida Biondetta de Álvaro». Quería seguir hablándome; me obligaron una vez más a alejarme.

Decidí quedarme en su aposento, en un lugar en el que no pudiera verme. Por fin me dieron permiso para acercarme. «Biondetta —le dije—, he ordenado perseguir a vuestros asesinos.

—¡Ah!, perdonadlos —dijo—; ellos me han hecho feliz. Si muero, será por vos; si vivo, será para amaros».

Tengo razones para abreviar las escenas de ternura que se sucedieron entre nosotros hasta el momento en que los médicos me aseguraron que podía transportar a Biondetta a orillas del Brenta, donde el aire sería más propicio para devolverle sus fuerzas. Nos instalamos allí. Le había puesto dos mujeres a su servicio, desde el primer instante en que se reveló su sexo cuando se hizo necesario vendar sus heridas. Reuní a su alrededor todo cuanto podía contribuir a su comodidad, y sólo me ocupé de aliviarla, entretenerla y complacerla.

Sus fuerzas se restablecían a ojos vistas, y su belleza parecía adquirir cada día nuevo brillo. Finalmente, creyendo que ya podía entablar una conversación bastante larga, sin perjuicio para su salud, le dije: «¡Oh Biondetta!, estoy colmado de amor, persuadido de que no sois un ser fantástico, convencido de que me amáis a pesar del indignante proceder que con vos he tenido hasta ahora. Pero sabéis hasta qué punto eran fundadas mis inquietudes. Reveladme el misterio de la extraña aparición que afligió mis ojos bajo la bóveda de Portici. ¿De dónde venían, en qué se convirtieron aquel monstruo horrible, aquella perrilla que precedieron a vuestra llegada? ¿Cómo, por qué los reemplazasteis para uniros a mí? ¿Quiénes eran? ¿Quién sois? Acabad de tranquilizar un corazón que es vuestro por entero, y que quiere consagrarse a vos de por vida.

—Álvaro, respondió Biondetta, los nigromantes, sorprendidos por vuestra audacia, quisieron jugar a humillaros y conseguir reduciros por la vía del terror al estado de vil esclavo de sus voluntades. Os preparaban por anticipado al terror, provocándoos con la evocación del más poderoso y más temible de todos los espíritus; y, con la ayuda de aquellos cuya categoría les está sometida, os presentaron un espectáculo que os hubiera hecho morir de espanto si el vigor de vuestra alma no hubiese conseguido volver contra ellos su propia estratagema.

»Ante vuestro heroico comportamiento, los Silfos, las Salamandras, los Gnomos, las Ondinas, encantados con vuestro coraje, decidieron concederos toda la ventaja sobre vuestros enemigos.

»Soy Sílfide de origen, y una de las más notables entre ellas. Me presenté bajo la forma de la perrilla; recibí vuestras órdenes, y todos a porfía nos apresuramos a cumplirlas. Cuanta más grandeza, resolución, facilidad e inteligencia poníais en regir

mis movimientos, mayor admiración y celo sentíamos por vos.

»Me ordenasteis serviros como paje, divertiros como cantante. Me sometí con alegría, y gocé de tales placeres en mi obediencia que resolví consagrárosla para siempre.

»Decidamos, me decía yo, mi estado y mi felicidad. Abandonada en el vacío del aire a una incertidumbre necesaria, sin sensaciones, sin goces, esclava de las evocaciones de los cabalistas, juguete de sus fantasías, necesariamente limitada tanto en mis prerrogativas como en mis conocimientos, ¿seguiré vacilando en la elección de los medios con que puedo ennoblecer mi esencia?

»Se me permite tomar un cuerpo para asociarme a un sabio: aquí está. Si me reduzco al simple estado de mujer, si pierdo con este cambio voluntario el derecho natural de las Sílfides y la ayuda de mis compañeras, gozaré de la felicidad de amar y ser amada. Serviré a mi vencedor; lo instruiré acerca de la sublimidad de su ser, cuyas prerrogativas ignora: él someterá a nosotros, junto con los elementos cuyo imperio habré abandonado, los espíritus de todas las esferas. Está hecho para ser el rey del mundo, y yo seré la reina, la reina adorada por él.

»Estas reflexiones, más súbitas de lo que podéis creer en una sustancia liberada de órganos, me decidieron en el acto. Conservando mi figura, tomo un cuerpo de mujer para no abandonarlo más que con la vida.

»Cuando hube tomado un cuerpo, Álvaro, me di cuenta de que tenía un corazón. Yo os admiraba, os amaba; pero ¡qué fue de mí cuando no vi en vos sino repugnancia, sino odio! No podía ni cambiar, ni siquiera arrepentirme; sometida a todos los reveses a que están sujetas las criaturas de vuestra especie, habiéndome granjeado la irritación de los espíritus, el odio implacable de los nigromantes, sin vuestra protección me convertía en el ser más desdichado que hubiese bajo el cielo, ¿qué digo?, aún seguiría siéndolo de no ser por vuestro amor».

Mil gracias difundidas en el rostro, la acción y el sonido de la voz, se añadían al prestigio de este interesante relato. Yo no era capaz de concebir nada de lo que oía. Pero ¿había algo concebible en mi aventura?

Todo aquello me parecía un sueño, me decía a mí mismo; pero ¿es otra cosa la vida humana? Y mi sueño es más extraordinario que cualquier otro, eso es todo.

La he visto con mis ojos, aguardando toda ayuda del arte, llegar casi a las puertas de la muerte, y pasando por todos los términos del agotamiento y del dolor.

El hombre fue una mezcla de un poco de barro y agua. ¿Por qué una mujer no estaría hecha de rocío, vapores terrestres y rayos de luz, de los restos condensados de un arco iris? ¿Dónde está lo posible?… ¿Dónde lo imposible?

El resultado de mis reflexiones fue entregarme todavía más a mis inclinaciones creyendo consultar a mi razón. Colmaba a Biondetta de atenciones, de inocentes caricias. Se prestaba a ellas con una franqueza que me encantaba, con ese pudor natural que obra sin ser el efecto de las reflexiones o del temor.

Había transcurrido un mes entre dulzuras que me habían embriagado. Biondetta,

totalmente restablecida, podía seguirme a pasear por todas partes. Le había mandado hacer un traje de amazona: con ese atuendo, con un gran sombrero sombreado de plumas, atraía todas las miradas, y nunca nos dejábamos ver sin que mi felicidad fuera objeto de la envidia de todos esos felices ciudadanos que pueblan, los días de buen tiempo, las encantadas riberas del Brenta; hasta las mujeres parecían haber renunciado a esos celos de que se las acusa, subyugadas por una superioridad que no podían negar, o desarmadas por un porte que anunciaba el olvido de todos sus atractivos.

Conocido por todo el mundo como el amante amado de una criatura tan fascinante, mi orgullo igualaba a mi amor, y yo mismo me elevaba todavía más cuando se me ocurría jactarme del brillo de su origen.

No podía dudar de que ella poseyese los conocimientos más raros, y suponía, con razón, que su objetivo era adornarme con ellos; pero sólo me hablaba de cosas corrientes, y parecía haber perdido de vista el otro objetivo. «Biondetta —le dije una tarde que paseábamos por la terraza de mi jardín—, cuando una inclinación demasiado halagüeña para mí os decidió a unir vuestra suerte a la mía, os prometisteis hacerme digno de ella dándome conocimientos que no están reservados al común de los hombres. ¿Os parezco ahora indigno de vuestros cuidados? Un amor tan tierno, tan delicado como el vuestro, ¿puede no desear ennoblecer su objeto?

—¡Oh Álvaro! —me respondió—, soy mujer desde hace seis meses, y mi pasión, así me lo parece, no ha durado un día. Perdonad si la más dulce de las sensaciones embriaga un corazón que nunca había sentido nada. Querría enseñarte a amar como yo; y, por ese sentimiento solo, estaríais por encima de todos vuestros semejantes; pero el orgullo humano aspira a otros goces. La inquietud natural no le permite gozar de una felicidad si no puede ver otra mayor en perspectiva. Sí, os instruiré, Álvaro. Olvidaba complacida mi interés; él lo quiere, puesto que debo recuperar mi grandeza en la vuestra; mas no basta que me prometáis ser mío, debéis entregaros, sin reservas y por siempre».

Estábamos sentados en un banco de césped, bajo un refugio de madreselva al fondo del jardín; me postré a sus rodillas. «Querida Biondetta, le dije, os juro una fidelidad a toda prueba.

—No —decía ella—, vos no me conocéis, no me conocéis: necesito una entrega absoluta. Sólo ella puede tranquilizarme y bastarme».

Le besaba la mano apasionadamente, y redoblaba mis juramentos; ella me oponía sus temores. En el fuego de la conversación, nuestras cabezas se inclinan, nuestros labios se encuentran… En ese instante siento que me tiran del faldón de mi casaca y que una extraña fuerza me sacude…

Era mi perro, un cachorro danés que me habían regalado. Todos los días le hacía jugar con mi pañuelo. Como la víspera se había escapado de la casa, había mandado atarlo para prevenir una segunda evasión. Acababa de romper su atadura; guiado por el olfato, me había encontrado y me tiraba de la capa para demostrarme su alegría e

incitarme al juego, por más que lo ahuyenté con la mano, con la voz, fue imposible alejarlo; corría, volvía a mí ladrando; finalmente, vencido por su inoportunidad, le agarré por el collar y lo llevé de nuevo a la casa.

Cuando volvía a la glorieta para reunirme con Biondetta, un criado, que casi me pisaba los talones, nos avisó que la mesa estaba servida y fuimos a ocupar nuestros puestos en la mesa. Por suerte éramos tres: un joven noble había venido a pasar la velada con nosotros.

Al día siguiente entré en la alcoba de Biondetta, resuelto a hacerla partícipe de las serias reflexiones que me habían ocupado durante la noche. Estaba todavía en la cama, y me senté a su lado. «Ayer —le dije—, estuvimos a punto de cometer una locura de la que me hubiera arrepentido el resto de mis días. Mi madre se empeña por encima de todo en que me case. No podría ser de otra que no fuerais vos, y no puedo contraer ningún compromiso serio sin su consentimiento. Como os considero ya como mi esposa, querida Biondetta, mi deber es respetaros.

—¿Y acaso no debo respetaros yo, Álvaro? Mas ¿no sería ese sentimiento el veneno del amor?

—Os equivocáis —repliqué—, es su condimento…

—¡Bonito condimento!, que os devuelve a mí con un semblante helado y me petrifica a mí misma. ¡Ay, Álvaro, Álvaro! Por suerte no tengo nada en el mundo, ni padre ni madre, y quiero amar con todo mi corazón sin ese condimento. Debéis consideración a vuestra madre; es natural; basta que su voluntad ratifique la unión de nuestros corazones; ¿por qué ha de precederla? Los prejuicios han nacido en vos a falta de luces, y, razonando o sin razonar, vuelven vuestra conducta tan inconsecuente como extraña. Sometido a deberes de verdad, os imponéis uno que es o imposible o inútil cumplir; en fin, tratáis de que os aparten del camino cuando perseguís el objeto cuya posesión os parece más deseable. Nuestra unión, nuestros lazos se vuelven dependientes de la voluntad ajena. ¿Quién sabe si a doña Mencía le parecerá mi casa lo bastante buena como para entrar en la de Maravillas? ¿Y he de verme desdeñada? O, en lugar de obteneros de vos mismo, ¿habré de obteneros de ella? Quien me habla, ¿es un hombre destinado a la alta ciencia, o un niño que sale de las montañas de Extremadura? ¿Y debo carecer de delicadeza cuando veo que la de otros se respeta más que la mía? ¡Álvaro, Álvaro!, se alaba el amor de los españoles; siempre tendrán más orgullo y altanería que amor».

Yo había visto escenas absolutamente extraordinarias; no estaba preparado para aquélla. Quise disculpar mi respeto por mi madre; el deber me lo prescribía, y la gratitud, y el cariño, más fuertes que aquél. No me escuchaba. «No me he transformado en mujer para nada, Álvaro: vos me tenéis a mí, yo quiero teneros a vos. Doña Mencía ya desaprobará después, si está loca. No me habléis más de ello. Desde que se me respeta, desde que nos respetamos, desde que respetamos a todo el mundo, me vuelvo más desgraciada que cuando me odiaban». Y se puso a sollozar.

Afortunadamente soy orgulloso, y este sentimiento me protegió del impulso de

debilidad que me arrastraba a los pies de Biondetta para intentar templar aquella cólera irracional, y detener unas lágrimas cuya sola vista me desesperaba. Me retiré. Pasé a mi gabinete. Si me hubieran encadenado en él, me habrían hecho un favor; al fin, temiendo el resultado de los combates que padecía, corro a mi góndola: en un camino encuentro a una de las criadas de Biondetta. «Voy a Venecia —le digo—. Me necesitan allí por el proceso entablado contra Olympia», Y salgo inmediatamente, presa de las más devoradoras inquietudes, descontento de Biondetta y más todavía de mí al ver que sólo podía tomar decisiones viles o desesperadas.

Llego a la ciudad; me apeo en la primera calle. Recorro con aire asustado todas las calles que encuentro a mi paso, sin darme cuenta de que una tormenta atroz está a punto de abatirse sobre mí, y que debo preocuparme de encontrar refugio.

Era a mediados del mes de julio. No tardó en cargar contra mí una abundante lluvia mezclada con mucho granizo.

Ante mí veo una puerta abierta: era la de la iglesia del gran convento de los franciscanos[95]; me refugio allí.

Mi primera reflexión fue que había sido necesario un accidente semejante para hacerme entrar en una iglesia desde mi llegada a los Estados de Venecia; la segunda fue hacerme justicia sobre ese completo olvido de mis deberes.

Por último, queriendo librarme de mis pensamientos, contemplo los cuadros y trato de ver los monumentos que hay en esa iglesia: era una especie de viaje curioso que hacía alrededor de la nave y del coro.

Llego por fin a una capilla interior iluminada por una lámpara, pues hasta ella no podía penetrar la luz exterior; algo sorprendente llama la atención de mis ojos en el fondo de la capilla: era un monumento.

Dos genios bajaban a una tumba de mármol negro una figura de mujer. Otros dos genios rompían a llorar junto a la tumba.

Todas las figuras eran de mármol blanco, y su brillo natural, realzado por el contraste, al reflejar intensamente la débil luz de la lámpara, parecía hacerlas brillar con una luz que les fuese propia, e iluminar también el fondo de la capilla.

Me acerco; contemplo las figuras; me parecen de las más bellas proporciones, llenas de expresión y de la ejecución más acabada.

Fijo mis ojos en la cabeza de la figura principal. ¿Qué me ocurre? Creo ver el retrato de mi madre. Un dolor intenso y tierno, un santo respeto se apoderan de mí.

«¡Oh, madre mía!, ¿es para advertirme que mi falta de cariño y el desorden de mi vida os llevarán a la tumba por lo que este frío simulacro se vale aquí de vuestro amado parecido? ¡Oh, vos, la más digna de las mujeres!, por extraviado que esté, vuestro Álvaro ha conservado todos vuestros derechos en su corazón. Antes de apartarse de la obediencia que os debe, preferiría morir mil veces: lo atestigua este insensible mármol. ¡Ah!, me devora la más tiránica de las pasiones; ya me resulta imposible dominarla. Vos acabáis de hablar a mis ojos; hablad. ¡Ah!, hablad a mi corazón, y si debo desterrarla, enseñadme cómo podré hacerlo sin que me cueste la

vida».

Mientras pronunciaba con fuerza esta acuciante invocación, me había prosternado con la cara contra el suelo, y esperaba, en esa actitud, la respuesta que estaba casi seguro de recibir, tanto era mi entusiasmo.

Pienso ahora, cosa que entonces no estaba en condiciones de hacer, que en todas las ocasiones en que necesitamos ayudas extraordinarias para regular nuestra conducta, si las pedimos con fuerza, aunque no hayamos de ser escuchados, al menos, recogiéndonos para recibirlos, nos ponemos en disposición de emplear todos los recursos de nuestra propia prudencia. Merecía ser abandonado a la mía, y esto fue lo que me sugirió: «Entre tu pasión y tú pondrás un deber que cumplir y un espacio considerable; los acontecimientos te iluminarán».

Vamos, me dije, al levantarme precipitadamente, vamos a abrir mi corazón a mi madre, y pongámonos una vez más bajo ese querido amparo.

Vuelvo a mi posada habitual; busco un coche y, sin preocuparme del séquito, tomo el camino de Turín para dirigirme a España por Francia, pero antes meto en un sobre un pagaré de trescientos cequíes contra el banco y la carta que sigue:

A MI QUERIDA BIONDETTA

«Me arranco de vuestro lado, mi querida Biondetta, y eso sería arrancarme de la vida si la esperanza del más pronto regreso no consolase mi corazón. Voy a visitar a mi madre; animado por vuestra encantadora idea, lograré convencerla y volveré para formar con su consentimiento una unión que debe hacer mi felicidad. Feliz por haber cumplido mis deberes antes de entregarme por completo al amor, sacrificaré a vuestros pies el resto de mi vida. Conoceréis a un español, Biondetta mía; por su conducta juzgaréis que, si obedece a los deberes del honor y de la sangre, sabe igualmente satisfacer los demás. Viendo el dichoso efecto de sus prejuicios, no tacharéis de orgullo el sentimiento que le une a ellos. No puedo dudar de vuestro amor: me había profesado una total obediencia; lo reconoceré todavía mejor por esta débil condescendencia ante propósitos que sólo tienen por objeto nuestra común felicidad. Os envío lo que puede ser necesario para el mantenimiento de nuestra casa. Desde España os mandaré lo que crea menos indigno de vos, esperando que la más viva ternura que nunca haya existido os devuelva para siempre a vuestro esclavo».

Voy camino de Extremadura. Estábamos en la estación más hermosa y todo parecía contribuir a la impaciencia que tenía por llegar a mi patria. Ya divisaba los campanarios de Turín cuando una silla de posta en bastante mal estado, tras adelantar a mi carruaje, se detiene y me deja ver, a través de una portezuela, a una mujer que

hace señales y se precipita para salir.

Mi postillón decide detenerse; me apeo y recibo a Biondetta en mis brazos; en ellos queda desfallecida sin conocimiento; sólo había podido decir estas pocas palabras: «¡Álvaro, me habéis abandonado!».

La llevo a mi silla, único lugar en que pude sentarla cómodamente: por suerte era de dos plazas. Hago cuanto puedo para facilitarle la respiración, liberándola de las ropas que la oprimen; y, sosteniéndola en mis brazos, prosigo mi camino en una situación fácil de imaginar.

Nos detenemos en la primera posada de cierta apariencia; hago llevar a Biondetta a la habitación más cómoda; ordeno que la pongan sobre una cama, y me siento a su lado. Me había hecho traer aguas espirituosas, elixires adecuados para disipar un desvanecimiento. Finalmente abre los ojos.

«Has querido mi muerte una vez más —dice—; estarás satisfecho.

—¡Qué injusticia! —le digo—, un capricho os hace rechazar unas gestiones sentidas y necesarias de mi parte. Me arriesgo a faltar a mi deber si no puedo resistiros, y me expongo a disgustos, a remordimientos que perturbarían la tranquilidad de nuestra unión. Tomo la decisión de escaparme para ir en busca del consentimiento de mi madre…

—¿Y por qué no me dais a conocer vuestra voluntad, cruel? ¿No estoy hecha para obedeceros? Os habría seguido. Pero abandonarme sola, sin protección, a la venganza de los enemigos que me he granjeado por vos, verme expuesta, por vuestra culpa, a las más humillantes afrentas…

—Explicaos, Biondetta; ¿se ha atrevido alguien acaso a?…

—¿Y qué riesgo había contra un ser de mi sexo, desprovisto tanto de reconocimiento como de cualquier ayuda? El indigno Bernadillo nos había seguido a Venecia; en cuanto desaparecisteis, al dejar de temeros, impotente contra mí desde que soy vuestra, pero con poder para turbar la imaginación de la gente unida a mi servicio, hizo asediar por fantasmas de su creación vuestra casa del Brenta. Mis sirvientas, asustadas, me abandonan. Según un rumor general, autorizado por muchas cartas, un duende ha secuestrado a un capitán de la guardia del rey de Nápoles, y lo ha llevado a Venecia. Aseguran que yo soy ese duende; y casi lo confirman los indicios. Todos se apartan de mí con pavor. Imploro ayuda, compasión; no las encuentro. Finalmente el oro obtiene lo que se niega a la humanidad. Me venden muy cara una mala silla de posta; encuentro guías, postillones; os sigo…».

Mi firmeza estuvo a punto de derrumbarse ante el relato de las desgracias de Biondetta: «No podía prever hechos de esa naturaleza —le digo—. Os había visto objeto de la atención, del respeto de todos los habitantes de las orillas del Brenta; y parecía bien conseguido para vos ese tributo. ¿Podía imaginar que os lo disputarían en mi ausencia? ¡Oh Biondetta! Sois inteligente, ¿no debíais prever que, contrariando propósitos tan razonables como los míos, me obligaríais a resoluciones desesperadas? ¿Por qué?…

—¿Somos siempre dueños de no contrariar? Soy mujer por mi propia decisión, Álvaro, pero mujer al fin, expuesta a sentir todas las impresiones; no soy de mármol. Elegí entre las zonas la materia elemental que compone mi cuerpo: es muy susceptible; si no lo fuera, yo carecería de sensibilidad, vos no me haríais sentir nada y os resultaría insípida. Perdonadme por haber corrido el riesgo de asumir todas las imperfecciones de mi sexo, a fin de reunir, si podía, todas sus gracias, pero la locura está hecha, y, constituida como ahora lo estoy, mis sensaciones son de una viveza incomparable, mi imaginación es un volcán. Tengo, en una palabra, pasiones de una violencia que debería asustaros si no fuerais vos el objeto de la más arrebatada de todas, y si no conociésemos los principios y los efectos de esos impulsos naturales mejor de lo que los conocen en Salamanca. Allí les dan nombres odiosos; hablan de sofocarlos, por lo menos. ¡Sofocar una llama celeste, el único resorte mediante el cual el alma y el cuerpo pueden actuar recíprocamente uno sobre otro y forzarse a colaborar al mantenimiento necesario de su unión! ¡Es una estupidez, mi querido Álvaro! Hay que regular esos impulsos, pero a veces hay que ceder ante ellos; si los contrariamos, si los sublevamos, escapan todos a la vez, y la razón ya no sabe dónde fundarse para gobernar. Cuidad de mí en estos momentos, Álvaro; sólo tengo seis meses, estoy en el entusiasmo de todo lo que siento; pensad que uno de vuestros rechazos, una palabra desconsiderada que me digáis, indignan al amor, sublevan al orgullo, despiertan el despecho, la desconfianza, el temor, ¿qué digo?, ¡desde aquí veo mi pobre cabeza perdida y a mi Álvaro tan desdichado como yo!

—¡Oh Biondetta! —repliqué—, a vuestro lado no deja uno de asombrarse; mas creo ver a la naturaleza misma en la confesión que hacéis de vuestras inclinaciones. Encontraremos medios contra ellas en nuestro mutuo cariño. ¿Qué no debemos esperar, por otra parte, de los consejos de la digna madre que va a recibirnos en sus brazos? Os querrá, todo me lo asegura, y todo nos ayudará a vivir días felices…

—Debo querer lo que vos queréis, Álvaro. Conozco mejor mi sexo y no espero tanto como vos; mas quiero obedeceros para agradaros, y me entrego».

Satisfecho de encontrarme camino de España, del consentimiento y en compañía de la criatura que había cautivado mi razón y mis sentidos, mi apresuré a buscar el paso de los Alpes para llegar a Francia; mas parecía que el cielo se volvía contra mí desde que no estaba solo; tormentas espantosas suspenden mi viaje y vuelven malos los caminos y los pasos impracticables. Los caballos se desploman; mi coche, que parecía nuevo y bien armado, lo desmiente en cada posta y falla por el eje, por el tren o por las ruedas. Por último, tras infinitos contratiempos, llego al Col de Tende.

Entre los motivos de inquietud, las complicaciones que me causaba un viaje tan ajetreado, admiraba al personaje de Biondetta. Ya no era aquella mujer tierna, triste o impulsiva que había visto; parecía que quisiera aliviar mis cuitas entregándose a los arranques de la alegría más intensa, y persuadirme de que las fatigas no tenían nada de enojoso para ella.

Todo aquel jugueteo agradable se mezclaba con caricias demasiado seductoras

para que yo pudiera rechazarlas; me entregaba a ellas, pero con reserva; mi orgullo comprometido servía de freno a la violencia de mis deseos. Ella leía demasiado bien mis ojos para no percatarse de mi desorden y tratar de aumentarlo. Estuve en peligro, debo reconocerlo. En una ocasión, entre otras, si una rueda no se hubiera roto, no sé en qué hubiera parado mi amor propio. Esto me puso un poco más en guardia con vistas al futuro.

Tras increíbles fatigas llegamos a Lyon. Consentí, por atención a ella, en descansar allí unos días. Hacía que me fijara en la naturalidad, en la libertad de costumbres de la nación francesa. «Es en París, es en la corte donde querría veros instalado. No os faltarían recursos de ninguna clase; haríais el papel que quisierais hacer, y tengo medios seguros para haceros desempeñar un papel superior; los franceses son galantes; si no presumo demasiado de mi figura, los más distinguidos vendrán a rendirme homenaje, y yo los sacrificaría a todos en aras de Álvaro. ¡Qué gran motivo de triunfo para una vanidad española!».

Me tomé esa proposición como un juego. «No —dijo ella—, tengo ese antojo de verdad…

—Partamos, pues, cuanto antes hacia Extremadura —repliqué—, y volveremos para hacer presentar en la corte de Francia a la esposa de don Álvaro Maravillas, pues no os convendría aparecer allí como una aventurera…

—Estoy en el camino de Extremadura —me dice—, y estoy muy lejos de considerarla como el término donde debo a encontrar mi felicidad. ¿Cómo haría para no llegar nunca?

Oía, veía su repugnancia, pero yo avanzaba hacia mi meta y no tardé en encontrarme en territorio español. Los obstáculos imprevistos, los baches, las rodadas impracticables, los arrieros borrachos, los mulos repropios me daban menos tregua aún que en el Piamonte y la Saboya.

Se habla muy mal de las posadas de España, y con razón; sin embargo, me consideraba feliz cuando las contrariedades sufridas durante el día no me obligaban a pasar una parte de la noche en medio del campo o en un granero aislado.

«¿Qué tierra vamos a buscar —decía ella—, a juzgar por lo que padecemos? ¿Nos falta mucho todavía?

—Estáis en Extremadura —respondí—, y a diez leguas a lo sumo del castillo de Maravillas…

—No llegaremos de ninguna manera; el cielo nos impide acercarnos. Mirad los vapores con que está cargándose».

Miré al cielo, y nunca me había parecido tan amenazador. Hice observar a Biondetta que el granero donde estábamos podía protegernos de la tormenta. «¿Nos protegerá también del rayo? —me dice.

—¿Y qué os importa el rayo, a vos que, acostumbrada a vivir en el aire, tantas veces lo habéis visto formarse y debéis conocer tan bien su origen físico?…

—No lo temería si lo conociese menos; por vuestro amor me he sometido a las

causas físicas, y las temo porque matan y porque son físicas».

Estábamos sobre dos montones de paja en los dos extremos del granero. Mientras tanto, la tormenta, tras haberse anunciado de lejos, se acerca y brama de una manera espantosa. El cielo parecía un brasero agitado por los vientos en mil sentidos contrarios; los truenos, repetidos por los antros de las montañas vecinas, resonaban horriblemente a nuestro alrededor. No se sucedían, parecían chocar unos con otros. El viento, el granizo, la lluvia, disputaban entre sí cuál añadiría más al horror del pavoroso cuadro que afligía nuestros sentidos. Surge un relámpago que parece abrasar nuestro refugio; le sigue un estallido horroroso. Biondetta, con los ojos cerrados y los dedos en las orejas, corre a precipitarse en mis brazos: «¡Ay, Álvaro, estoy perdida!…».

Quiero tranquilizarla. «Poned la mano sobre mi corazón» —me decía. Me la coloca sobre su pecho, y aunque se equivocase apoyándomela sobre un punto donde los latidos no debían de ser más sensibles, percibí que el movimiento era extraordinario. Me abrazaba con todas sus fuerzas, que aumentaban a cada relámpago. Finalmente estalla un rayo más horrible que todos los que se habían dejado oír; Biondetta se oculta de manera que, en caso de accidente, aquel rayo no pudiese herirla sin haberme alcanzado a mí primero.

Me pareció singular este efecto del miedo, y empecé a temer para mí, no las consecuencias de la tormenta, sino las de una conspiración formada en su cabeza para vencer mi resistencia a sus propósitos. Aunque más excitado de lo que puedo expresar, me levanto: «Biondetta —le digo—, no sabéis lo que hacéis. Dominad ese pavor; este estruendo no nos amenaza ni a vos ni a mí».

Debió de sorprenderla mi flema; pero podía ocultarme sus pensamientos si continuaba aparentando turbación. Por suerte la tormenta había hecho su último embate. El cielo se despejaba y pronto la claridad de la luna nos anunció que ya no teníamos nada que temer del desorden de los elementos.

Biondetta permanecía en el lugar donde se había colocado. Me senté a su lado sin proferir una sola palabra; fingió dormir, y yo me puse a pensar, más tristemente que nunca desde el comienzo de mi aventura, en las secuelas necesariamente enojosas de mi pasión. Sólo haré el esbozo de mis reflexiones. Mi amante era encantadora, pero yo quería convertirla en mi mujer.

Como me sorprendió el día en estos pensamientos, me levanté para ir a ver si podría proseguir mi camino. Por el momento resultaba imposible. El mulero que conducía mi calesa me dijo que sus mulos estaban fuera de servicio. Cuando me hallaba en semejante aprieto, Biondetta se reunió conmigo.

Empezaba a perder la paciencia cuando un hombre de una fisonomía siniestra, pero de vigorosa complexión, apareció delante de la puerta de la granja arreando dos mulos de muy buena apariencia. Le propuse que me llevara a mi casa; sabía el camino, acordamos el precio.

Iba a subir de nuevo a mi coche cuando creí reconocer a una campesina que

cruzaba el camino, seguida de un criado; me acerco, la miro.

Es Berta, honrada granjera de mi pueblo y hermana de mi nodriza. La llamo, se detiene, me mira a su vez, pero con aire de consternación. «¡Cómo, sois vos, señor Álvaro! —me dice—. ¿Qué venís a buscar en un lugar donde se ha jurado vuestra perdición, donde habéis sembrado la desolación?

—¿Yo, mi querida Berta? ¿Y qué he hecho?…

—¡Ay!, señor Álvaro, ¿no os reprocha la conciencia la triste situación a la que vuestra digna madre, nuestra buena señora, se ve reducida? Se muere…

—¿Se muere?, exclamé.

—Sí —prosiguió—, y es a consecuencia del dolor que le habéis causado; en el momento en que os hablo, ya no debe estar con vida. Le han llegado cartas de Nápoles, de Venecia. Le han escrito cosas que hacen temblar. Nuestro buen señor, vuestro hermano, está furioso: dice que solicitará en todas partes órdenes contra vos, que os denunciará, que os entregará incluso…

—Idos, Berta, y si volvéis a Maravillas y llegáis antes que yo, anunciad a mi hermano que pronto me verá».

Inmediatamente, y tras enganchar la calesa, ofrezco la mano a Biondetta, ocultando el desorden de mi alma bajo una apariencia de firmeza. Ella, mostrándose asustada, dice: «¿Cómo?, ¿vamos a entregarnos a vuestro hermano? Con vuestra presencia vamos a amargar a una familia irritada, a unos vasallos desolados…

—No podría temer a mi hermano, señora; si me imputa culpas que no tengo, es importante que le desengañe. Si las tengo, debo excusarme, y como no proceden de mi corazón, tengo derecho a su compasión y a su indulgencia. Si he llevado a mi madre a la tumba con el desorden de mi conducta, debo reparar el escándalo y llorar tan fuertemente esta pérdida que la verdad, la publicidad de mi dolor borre a los ojos de toda España la mancha que esa falta de carácter imprimiría en mi sangre…

—¡Ah, don Álvaro! Corréis a vuestra perdición y a la mía; esas cartas escritas desde todas partes, esos prejuicios difundidos con tanta prontitud y afectación son secuela de nuestras aventuras y de las persecuciones que sufrí en Venecia. El traidor Bernadillo, a quien no conocíais suficiente, importuna a vuestro hermano; le inducirá…

—¿Y qué puedo temer yo de Bernadillo y de todos los cobardes de la tierra? Yo señora, soy el único enemigo temible para mí mismo. Nadie llevará nunca a mi hermano a la venganza ciega, a la injusticia, a acciones indignas de un hombre razonable y valeroso, indignas, en una palabra, de un gentilhombre[96]». El silencio sucede a esta conversación bastante viva; hubiera podido resultar embarazoso para ambos; pero, tras unos instantes, Biondetta va adormeciéndose poco a poco y termina por dormirse.

¿Podía no mirarla? ¿Podía contemplarla sin emoción? En aquel rostro en el que resplandecían todos sus tesoros, la pompa y, en fin, la juventud, el sueño añadía a las gracias naturales del reposo esa frescura deliciosa, animada, que vuelve todos los

rasgos armoniosos; un nuevo hechizo se apodera de mí; aparta mi desconfianza; mis inquietudes quedan en suspenso, o, si me queda alguna bastante viva, es que la cabeza de la criatura de la que estoy prendado, bamboleada por el traqueteo del carruaje, no siente ninguna incomodidad por la brusquedad o la rudeza de las sacudidas. Sólo me ocupo de sostenerla, de protegerla. Pero sentimos una sacudida tan intensa que me resulta imposible pararla. Biondetta lanza un grito, y volcamos. Se había roto el eje; por suerte, los mulos se habían parado. Me incorporo, me precipito hacia Biondetta, dominada por los más vivos temores. Sólo tenía una ligera contusión en el codo, y pronto estamos en pie en pleno campo, pero expuestos al ardor del sol en pleno mediodía, a cinco leguas del castillo de mi madre, sin medios aparentes para poder dirigirnos hacia allí, porque a nuestras miradas no se ofrecía ningún lugar que pareciese estar habitado.

Sin embargo, a fuerza de mirar con atención, creo distinguir, a la distancia de una legua, una humareda que se eleva tras un bosquecillo con unos cuantos árboles bastante altos; entonces, confiando mi carruaje a la guarda del mulero, animo a Biondetta a caminar conmigo hacia la parte que me ofrece apariencia de alguna ayuda.

A medida que avanzamos, más se fortalece nuestra esperanza; el bosquecillo ya parece dividirse en dos; pronto forma una alameda en cuyo fondo se divisan edificaciones de estructura modesta; finalmente, una considerable granja remata nuestra perspectiva.

Todo parece estar en movimiento en esa vivienda, por otra parte aislada. En cuanto nos ven, un hombre se adelanta y sale a nuestro encuentro.

Nos aborda con cortesía. Su apariencia es honesta; va vestido con un jubón de raso negro labrado en color fuego, adornado con algunos pasamanos de plata. Su edad parece estar entre veinticinco y treinta años. Tiene la tez de un campesino; la frescura se trasluce bajo el bronceado, y revela vigor y salud.

Le pongo al tanto del accidente que me trae a su casa. «Señor caballero, me responde, sois siempre bienvenido, y a una casa de gente llena de buena voluntad. Tengo una forja, y vuestro eje será reparado; pero aunque hoy me dieseis todo el oro de mi señor el duque de Medina Sidonia, mi amo, ni yo ni ninguno de los míos podría ponerse a la tarea. Mi esposa y yo acabamos de llegar de la iglesia; es nuestro día más hermoso. Entrad. Viendo a la novia, a mis parientes, amigos y vecinos, a los que debo festejar, juzgaréis si puedo hacerles trabajar ahora. Además, si la señora y vos no despreciáis una compañía compuesta por gente que subsiste de su trabajo desde el comienzo de la monarquía, vamos a sentarnos a la mesa, hoy todos somos felices; sólo de vos dependerá compartir nuestra satisfacción. Mañana pensaremos en trabajos». Al mismo tiempo ordena que vayan en busca de mi carruaje.

Heme aquí huésped de Marcos, el granjero del señor duque, y entramos en el salón preparado para el banquete de bodas; adosado al edificio principal, ocupa todo el fondo del patio; es una enramada en forma de arcadas, adornada con guirnaldas de

flores, desde donde la vista, interrumpida al principio por los dos bosquecillos, se pierde agradablemente en el campo, a través del intervalo que forma la alameda.

La mesa estaba servida. Luisa, la recién casada, está entre Marcos y yo; Biondetta, al lado de Marcos. Los padres, las madres y los demás parientes están frente a frente; la juventud ocupa ambos extremos.

La novia bajaba dos grandes ojos negros que no estaban hechos para mirar hacia abajo; todo lo que le decían, hasta las cosas indiferentes, la hacían sonreír y ruborizarse.

La gravedad preside el inicio de la comida; es el carácter del país; pero a medida que los odres dispuestos alrededor de la mesa se desinflan, las fisonomías se vuelven menos serias.

Empezábamos a animarnos cuando, de pronto, aparecen alrededor de la mesa los poetas improvisadores de la región. Son ciegos que cantan las coplas siguientes, acompañándose de sus guitarras:

Marcos le pregunta a Luisa:
«¿Quieres mi amor y palabra?
Responde ella: sígueme,
hablaremos en la iglesia.
Allí, con boca y con ojos,
se han prometido uno y otro
una pasión viva y pura:
Si sentís curiosidad
de ver esposos felices,
venid hasta Extremadura.

Luisa es discreta y es bella,
y a Marcos todos envidian,
mostrándose digno de ella
él consigue desarmarlos;
y, a coro todos aquí,
aplaudiendo su elección,
elogian pasión tan pura;
si sentís curiosidad
de ver esposos felices,
venid hasta Extremadura.

Con qué dulce simpatía
están sus pechos unidos,
ya sus rebaños se juntan
en un solo y mismo aprisco;

sus penas y sus placeres,
cuitas, votos y deseos
guardan el mismo compás.
Si sentís curiosidad
de ver esposos felices,
venid hasta Extremadura.

Mientras escuchábamos estas canciones, tan sencillas como aquéllos para los que parecían estar hechas, todos los criados de la granja que va no eran necesarios para el servicio se reunían alegremente a comer las sobras del banquete; mezclados con gitanos y gitanas llamados para aumentar el placer de la fiesta, formaban bajo los árboles de la alameda unos grupos tan bulliciosos como variados, y embellecían nuestra perspectiva.

Biondetta buscaba continuamente mis ojos, obligándolos a dirigirse hacia los objetos en que parecía agradablemente entretenida, como si me reprochase no compartir con ella toda la diversión que le procuraban.

Pero el banquete ya parece haber durado demasiado a la juventud, que espera el baile. Son las personas de edad madura las que deben mostrar complacencia. Se levanta la mesa, los tablones que la forman, los toneles en los que se sostiene, son empujados al fondo de la enrama da; convertidos en tablados, sirven de escenario a los sinfonistas. Se tocan fandangos sevillanos, jóvenes gitanas los bailan con sus castañuelas y panderetas; la boda se mezcla con ellas y las imitan; el baile se vuelve general.

Biondetta parecía devorar con los ojos el espectáculo. Sin moverse de su sitio, ensaya todos los movimientos que ve hacer. «Creo —dice— que me gustaría este baile hasta la locura». No tarda en lanzarse y me obliga a bailar.

Al principio muestra cierta timidez e incluso un poco de torpeza; pronto parece habituarse y unir la gracia a la fuerza, a la ligereza, a la precisión. Se anima: necesita su pañuelo, el mío, el que caiga en sus manos: sólo se detiene para secarse.

El baile no fue nunca mi pasión; y mi alma no estaba lo bastante a gusto para poder entregarme a una diversión tan vana. Me escapo y gano uno de los extremos de la enramada, buscando un lugar donde poder sentarme y pensar.

Un parloteo muy ruidoso me distrae, y casi a pesar mío llama mi atención. Dos voces se han levantado a mi espalda: «Sí, sí —decía una—, es un hijo del planeta. Entrará en su casa. Mira, Zoraidilla, nació el tres de mayo a las tres de la mañana…

—¿De verdad, Lelagisa? —respondía la otra—. Pobres de los hijos de Saturno, éste tiene a Júpiter de ascendente, a Marte y a Mercurio en conjunción trina con Venus[97]. ¡Oh, qué joven tan guapo! ¡Qué prendas naturales! ¡Qué esperanzas podría concebir! ¡Qué éxito debería tener!, pero…».

Yo conocía la hora de mi nacimiento, y la oía detallar con la más singular precisión. Me vuelvo y miro a las charlatanas.

Veo a dos viejas gitanas, menos sentadas que en cuclillas sobre sus talones. Una tez más que olivácea, unos ojos hundidos y ardientes, una boca sumida, una nariz fina y desmesurada que, partiendo de lo alto de la cabeza va a parar, curvándose, al mentón; un trozo de tela que tuvo rayas blancas y azules da dos vueltas al cráneo semipelado, cae cruzado sobre el hombro, y de ahí hasta la cintura, de modo que quede medio desnuda; en una palabra, criaturas casi tan repugnantes como ridículas.

Las abordo. «¿Hablabais de mí, señoras? —les digo, viendo que seguían mirándome y haciéndose señas…

—¿Nos escuchabais entonces, señor caballero?

—Por supuesto —repliqué—; ¿y quién os ha informado tan bien sobre la hora de mi nacimiento?…

—Tendríamos muchas otras cosas que deciros, afortunado joven; pero hay que empezar por poner la señal en la mano.

—Que por eso no quede —respondí, y acto seguido les doy un doblón[98].

—Mira, Zoraidilla, dijo la más vieja, mira lo noble que es, y cómo está hecho para gozar de todos los tesoros que le están destinados. Vamos, rasguea la guitarra y acompáñame». Y canta:

España os ha dado el ser,
mas Parténope os crió;
la tierra a su dueño ve en vos,
y del cielo, si queréis serlo,
el favorito seréis.

La dicha que yo os presagio,
voluble, os puede dejar.
Sólo la tenéis de paso:
es preciso, si sois sabio,
cogerla sin vacilar.

¿Quién es ese amable ser
sometido a vuestro imperio?
Es…

Las viejas estaban animadas. Yo era todo oídos. Biondetta ha dejado el baile: corre hacia mí, me tira del brazo, me obliga a alejarme. «¿Por qué me habéis abandonado, Álvaro? ¿Qué hacéis aquí?

—Escuchaba —contesté.

—¿Cómo? —me dijo mientras me arrastraba—, ¿escuchabais a esos viejos monstruos?…

—En realidad, mi querida Biondetta, esas criaturas son singulares; tienen más

conocimientos de los que se les supone; me decían…

—Claro —replicó con ironía—, hacían su trabajo, os decían la buenaventura, ¿y las creeréis? Con tanta inteligencia, sois simple como un niño. ¿Y ésos son los objetos que os impiden ocuparos de mí?…

—Al contrario, mi querida Biondetta, iban a hablarme de vos.

—¿Hablar de mí? —replicó vivamente, con una especie de inquietud—, ¿qué saben ellas? ¿Qué pueden decir de mí? Qué disparates. Bailaréis toda la noche para hacerme olvidar este desaire».

La sigo; vuelvo de nuevo al círculo, pero sin prestar atención a lo que pasa a mi alrededor, a lo que hago. Sólo pensaba en escaparme para reunirme, donde pudiera, con mis diosas de la buenaventura. Por fin creo ver un momento propicio: lo aprovecho. En un abrir y cerrar de ojos vuelo hacia mis brujas, las encuentro y las llevo bajo una pequeña glorieta al final del huerto de la granja. Allí les suplico que me digan en prosa, sin enigma, de manera muy sucinta, en fin, cuanto puedan saber de interés sobre mi persona. El conjuro era fuerte, porque yo tenía las manos llenas de oro. Ellas ardían en deseos de hablar, como yo de oírlas. Pronto no pude dudar de que conocían las particularidades más secretas de mi familia, y confusamente de mis relaciones con Biondetta, de mis temores, de mis esperanzas; creía enterarme de muchas cosas, y esperaba enterarme de otras más importantes todavía; pero nuestro Argo me pisaba los talones.

Biondetta no corrió, voló. Yo quería hablar. «Nada de excusas —dijo—, la reincidencia es imperdonable…

—¡Ah, estoy seguro de que me la perdonaréis! —le dije—; aunque no me hayáis dejado averiguar cuanto hubiera podido saber, ahora ya sé lo suficiente…

—Para cometer alguna extravagancia. Estoy furiosa, mas no es éste el momento de peleas; si estamos en disposición de tratarnos sin consideración, se la debemos a nuestros huéspedes. Vamos a la mesa, y yo me sentaré a vuestro lado; no pienso tolerar que me abandonéis».

En la nueva distribución del banquete, estábamos sentados frente a los recién casados. Ambos están animados por los placeres de la jornada: Marcos tiene la mirada encendida, Luisa la tiene menos tímida: el pudor se venga y le cubre las mejillas del más vivo encarnado. El vino de Jerez da la vuelta a la mesa y parece haber desterrado hasta cierto punto la reserva; incluso los viejos, animándose con el recuerdo de sus placeres pasados, provocan a la juventud con ocurrencias que provocan menos la viveza que la petulancia. Tenía ante mi vista este cuadro; pero a mi lado había otro más movido y más variado.

Biondetta, que parecía alternativamente entregada a la pasión o al despecho, la boca armada con las gracias altivas del desdén, o embellecida por la sonrisa, me molestaba, me ponía mala cara, me pellizcaba hasta hacerme sangre, y terminaba por pisarme suavemente los pies. En una palabra, en un instante se sucedían un favor, un reproche, un castigo y una caricia, de modo que, entregado a esa vicisitud de

sensaciones, me hallaba en una turbación inconcebible.

Los novios han desaparecido; una parte de los comensales los han seguido por una u otra razón. Dejamos la mesa. Una mujer, que era la tía del granjero como ya sabíamos, coge una vela de cera amarilla, nos precede, y, siguiéndola, llegamos a un cuartito de doce pies cuadrados; una cama que no tiene cuatro de ancho, una mesa y dos sillas constituyen todo su mobiliario. «Señor y señora, nos dice nuestra guía, éste es el único aposento que podemos ofreceros». Pone su vela sobre la mesa y nos deja solos.

Biondetta baja la vista. Le dirijo la palabra: «¿Es que habéis dicho que estábamos casados?

—Sí —responde—, no podía decir más que la verdad. Yo tengo vuestra palabra, vos tenéis la mía. Eso es lo esencial. Vuestras ceremonias son precauciones adoptadas contra la mala le, y no les hago ningún caso. El resto no ha dependido de mí. Además, si no queréis compartir la cama que nos ofrecen, me causaréis la mortificación de veros pasar la noche incómodo. Yo necesito descansar; estoy más que rendida, estoy agotada en todos los sentidos». Mientras pronuncia estas palabras con el tono más animado, se tiende sobre la cama, de cara a la pared. «¡Dios mío, Biondetta! —exclamé—, ¡os he disgustado, estáis realmente enfadada! ¿Cómo puedo expiar mi falta? ¡Pedidme la vida!

—Álvaro, me responde sin inmutarse, id a consultar a vuestras gitanas sobre la manera de devolver la calma a mi corazón y al vuestro.

—¡Cómo! ¿Es la conversación que he tenido con esas mujeres el motivo de vuestra cólera? ¡Ah!, habréis de disculparme, Biondetta. ¡Si supierais hasta qué punto coinciden con las vuestras las noticias que me han dado, y que me han decidido finalmente a no volver al castillo de Maravillas! Sí, está decidido, mañana partimos para Roma, para Venecia, para París, hacia todos los lugares donde queráis que vaya a vivir con vos. Allí esperaremos el consentimiento de mi familia…».

A estas palabras, Biondetta se vuelve. Su cara estaba seria, severa incluso. «¿Recordáis, Álvaro, lo que soy, lo que esperaba de vos, lo que os aconsejaba hacer? ¿Entonces?… Cuando sirviéndome con discreción de las luces de que estoy dotada no he podido llevaros a nada razonable, ¡resulta que la regla de mi conducta y de la vuestra va a basarse en las palabras de dos de los seres más peligrosos para vos y para mí, si es que no son los más despreciables! Cierto —exclamó en un arrebato de dolor—, siempre he temido a los hombres; he dudado durante siglos en hacer una elección, ya está hecha, es irreversible. ¡Qué desgraciada soy!». Entonces se deshace en lágrimas, que intenta ocultar de mi vista.

Combatido por las más violentas pasiones, caigo a sus rodillas: «¡Oh Biondetta! —exclamé—, ¡no veis mi corazón! Si no, dejaríais de desgarrarlo.

—Vos no me conocéis, Álvaro, y antes de conocerme me haréis sufrir cruelmente. Es preciso que un último esfuerzo os descubra mis recursos, y seduzca hasta tal punto vuestra estima y vuestra confianza que ya no me vea expuesta a más repartos

humillantes o peligrosos; vuestras pitonisas están demasiado conformes conmigo como para no inspirarme justos terrores. ¿Quién me asegura que Soberano, Bernadillo, vuestros enemigos y los míos, no estén escondidos bajo esas máscaras? Acordaos de Venecia. Opongamos a sus estratagemas un tipo de prodigios que sin duda no esperan de mí. Mañana llego a Maravillas, de donde su política trata de alejarme; allí me recibirán las más envilecedoras, las más abrumadoras de todas las sospechas; pero doña Mencía es una mujer justa, digna de estima; el alma de vuestro hermano es noble, me confiaré a ellos. Seré un prodigio de dulzura, de complacencia, de obediencia, de paciencia, superaré las pruebas».

Se detiene un momento. «¿Te rebajarás así lo bastante, desdichada sílfide?», exclama en tono dolorido; quiere proseguir, mas la abundancia de lágrimas le priva del uso de la palabra.

¿En qué convertí estos testimonios de pasión, estas pruebas de dolor, estas resoluciones dictadas por la prudencia, estos impulsos de un coraje que parecía heroico? Me siento a su lado; trato de calmarla con caricias; pero primero se me rechaza; poco después, sin embargo, ya no encuentro resistencia, sin tener motivos para aplaudirme por ello; su respiración se vuelve dificultosa, tiene los ojos entornados, el cuerpo sólo obedece a movimientos convulsos, una frialdad sospechosa se propaga por toda su piel, el pulso ya no tiene movimiento perceptible, y el cuerpo parecería totalmente inanimado si las lágrimas no corrieran con la misma abundancia.

¡Oh poder de las lágrimas! ¡Ése es sin duda el más poderoso de todos los rasgos del amor! Mis recelos, mis resoluciones, mis juramentos, todo queda olvidado. Queriendo secar el manantial de aquel precioso rocío, me había acercado demasiado a aquella boca en la que el frescor se une al dulce perfume de la rosa; y si quería alejarme, dos brazos cuya blancura, cuya dulzura y cuya forma no sabría describir los lazos de los que me resulta imposible liberarme.....
.....

«¡Oh, Álvaro mío! —exclama Biondetta—, he triunfado; soy el más feliz de todos los seres».

Yo no tenía fuerza para hablar; sentía una turbación extraordinaria; diré más; estaba avergonzado, inmóvil. Ella se precipita de la cama, se echa a mis rodillas, me descalza. «¡Cómo, querida Biondetta! —exclamé—, ¿cómo, os rebajáis?…

—¡Ah! —responde—, ingrato, te servía cuando no eras más que mi déspota: déjame servir a mi amante».

En un momento me veo despojado de mis ropas; mis cabellos, recogidos con orden, quedan recogidos en una redecilla que ha encontrado en su bolso. Su fuerza, su actividad, su habilidad han triunfado de todos los obstáculos que yo quería oponer. Con la misma prontitud hace su breve aseo nocturno, apaga la vela que nos

alumbraba y ya están las cortinas corridas.

Entonces, con una voz cuya dulzura no podría compararse con la más deliciosa música, dice: «¿He hecho feliz a mi Álvaro como él me ha hecho a mí? Claro que no: yo sigo siendo la única feliz; él lo será, quiero que lo sea; lo embriagaré a delicias, le colmaré de ciencias, lo elevaré a la cima de las grandezas. ¿Querrás, corazón mío, querrás ser la criatura más privilegiada, someter conmigo, para ti, a los hombres, a los elementos, a la naturaleza entera?

—¡Mi querida Biondetta! —le digo, aunque forzándome un poco a mí mismo—, tú me bastas: tú colmas todos los deseos de mi corazón…

—No, no —replicó vivamente—, Biondetta no debe bastarte; ése no es mi nombre; tú me lo pusiste; me halagaba, lo llevaba con placer; pero has de saber quién soy… Soy el diablo, mi querido Álvaro, soy el diablo…».

Pronunciando esta palabra con un acento de una dulzura encantadora cerraba el paso, más que exactamente, a las respuestas que yo habría querido darle. En cuanto pude romper el silencio le dije: «Deja, mi querida Biondetta, o quien seas, de pronunciar ese nombre fatal y de recordarme un error adjurado hace mucho tiempo.

—No, mi querido Álvaro, no, no era un error; hube de hacértelo creer, mi querido hombrecito. Había que engañarte para volverte por fin razonable. Vuestra especie huye de la verdad; sólo cegándoos se os puede hacer felices. ¡Ah, tú lo serás mucho si quieres serlo! Quiero satisfacerte. Habrás de reconocer que no soy tan repugnante como los que me pintan con tan negros colores».

Esta broma acabó de desconcertarme. Me resistía a seguirla, y la ebriedad de mis sentidos ayudaba a mi distracción voluntaria.

«Vamos, respondedme —me decía ella.

—¿Qué queréis que responda?…

—Ingrato, pon la mano sobre este corazón que te adora; que se anime el tuyo, a ser posible, con la más ligera de las emociones que tan sensibles son en el mío. Deja fluir por tus venas un poco de esa llama deliciosa que abrasa las mías; suaviza, si puedes, el tono de esa voz tan propicia para inspirar el amor, y de la que sólo te sirves para asustar en exceso a mi alma tímida; por último, dime si puedes, pero con la misma ternura que yo siento por ti: «Mi querido Belcebú, te adoro…».

A este nombre fatal, aunque pronunciado con tanta ternura, un pavor mortal se apodera de mí; el asombro y el estupor abruman mi alma, que creería aniquilada si la voz sorda del remordimiento no gritase en el fondo de mi corazón. Pero entretanto, la rebelión de mis sentidos subsiste con tanto más imperio cuanto que no puede ser reprimida por la razón. Me entrega indefenso a mi enemigo, que me engaña y me convierte fácilmente en su conquista.

No me deja tiempo para volver en mí, para reflexionar sobre la falta de la que es mucho más el autor que el cómplice. «Nuestros asuntos están arreglados —me dice, sin alterar sensiblemente aquel tono de voz al que me había acostumbrado—. Tú has venido a buscarme; yo te he seguido, servido, favorecido; en fin, he hecho lo que has

querido. Deseaba tu posesión, y, para conseguirla, necesitaba que te entregaras libremente por ti mismo. Debo sin duda a ciertos artificios la primera complacencia; en cuanto a la segunda, ya había dicho mi nombre: sabías a quién te entregabas, y no puedes escudarte en tu ignorancia. En adelante, Álvaro, nuestro vínculo es indisoluble, pero para cimentar nuestra sociedad importa que nos conozcamos mejor. Como yo te conozco casi de memoria, para que nuestras ventajas sean recíprocas, debo mostrarme a ti tal como soy».

Sin tiempo para reflexionar sobre aquella singular arenga, suena a mi lado un silbido muy agudo. Al instante se disipa la oscuridad que me rodea; la cornisa que remata el revestimiento de la habitación se llena de gruesas babosas; sus cuernos, que hacen moverse con energía a manera de báscula, se convierten en chorros de luz fosfórica, cuyo resplandor y cuyo efecto aumentan mediante la agitación y el alargamiento.

Casi deslumbrado por aquella iluminación súbita, fijo la vista a mi lado; en lugar de una figura encantadora, ¿qué veo? ¡Oh cielos! Es la espantosa cabeza de camello. Articula con voz de trueno aquel tenebroso *Che vuoi* que tanto me había asustado en la gruta, suelta una carcajada humana más pavorosa todavía, saca una lengua desmesurada…

Corro, me escondo debajo de la cama, con los ojos cerrados y la cara contra el suelo. Sentía latir mi corazón con una fuerza terrible; sufría un sofoco como si fuera a perder la respiración. No puedo calcular el tiempo que debía de haber pasado en aquella indecible situación, cuando siento que me tiran del brazo; mi espanto crece; forzado sin embargo a abrir los ojos, una luz deslumbrante los ciega.

No era la de los caracoles, ya no los había en las cornisas; pero el sol me caía a plomo sobre la cara. Vuelven a tirarme del brazo; insisten; reconozco a Marcos.

«¡Eh, señor caballero! —me dice—, ¿a qué hora pensáis partir? Si queréis llegar hoy a Maravillas, no tenéis tiempo que perder, es casi mediodía».

Yo no respondía; él me examina: «¡Cómo!, os habéis quedado totalmente vestido en la cama; ¿habéis pasado entonces catorce horas sin despertaros? Debíais tener una gran necesidad de reposo. Vuestra señora esposa ya se lo figuraba; por temor sin duda a molestaros ha ido a pasar la noche con una de mis tías; pero ha sido más diligente que vos; por orden suya, muy temprano, todo está preparado en vuestro carruaje, y podéis montar en él. En cuanto a la señora, no la encontraréis aquí. Le hemos dado una buena mula; ha querido aprovechar el fresco de la mañana; os precede, y debe esperaros en el primer pueblo que encontréis en vuestra ruta».

Marcos sale. Me froto maquinalmente los ojos y me paso las manos por la cabeza en busca de aquella red que debía envolver mis cabellos… La tengo desnuda, en desorden, mi trenza está igual que la víspera; la lazada sigue sujetándola. ¿Estaría dormido?, me digo entonces. ¿He dormido? ¿Sería suficientemente afortunado para que todo no haya sido más que un sueño? La vi apagar la luz… La apagó… Ahí está… Marcos vuelve. «Si queréis tomar algo, señor caballero, está preparado.

Vuestro coche está enganchado».

Bajo de la cama; apenas puedo sostenerme, se me doblan las corvas. Consiento en tomar algún alimento, pero me resulta imposible. Entonces, quiero agradecer al granjero e indemnizarle por el gasto que le he ocasionado, pero él rehúsa.

«La señora nos ha recompensado —me respondió—, y con la mayor nobleza; vos y yo, señor caballero, tenemos dos buenas esposas». Tras estas palabras, monto sin responder nada en mi silla, que se pone en movimiento.

En absoluto voy a describir la confusión de mis pensamientos; era tal que la idea del peligro en que debía encontrar a mi madre sólo débilmente figuraba en ellos. Con los ojos alelados, boquiabierto, era menos un hombre que un autómata.

Mi conductor me despierta. «Señor caballero, debemos encontrar a la señora en ese pueblo».

No le contesto. Cruzábamos una especie de villorrio; se informa en cada casa si no han visto pasar a una joven dama de tales y cuales prendas. Le responden que no se ha parado. Se vuelve, como queriendo leer en mi rostro mi inquietud al respecto. Y si no sabía más que yo, debí de parecerle muy turbado.

Estamos fuera del pueblo, y empiezo a jactarme de que la causa actual de mi pavor se ha alejado al menos por un tiempo. ¡Ay!, si pudiera llegar, postrarme a las rodillas de doña Mencía, me digo a mí mismo, si pudiera ponerme bajo la salvaguardia de mi respetable madre, ¿os atreveréis, fantasmas, monstruos que os encarnizáis sobre mí, a violar ese asilo? Allí volveré a encontrar, junto con los sentimientos de la naturaleza, los saludables principios de los que me había apartado, de ellos haré un escudo contra vosotros.

Pero ¿y si las penas ocasionadas por mis desórdenes me han privado de ese ángel tutelar?… ¡Ay!, sólo quiero vivir para vengarla en mí mismo. Me sepultaré en un claustro… ¡Eh!, ¿quién me librará allí de las quimeras engendradas en mi cerebro? Abracemos el estado eclesiástico. Sexo encantador, tengo que renunciar a vos: una larva infernal se ha revestido de todas las gracias que yo idolatraba; lo más conmovedor que viera en vos me recordaría…

En medio de estas reflexiones en las que mi atención está concentrada, el carruaje ha entrado en el patio principal del castillo. Oigo una voz: «¡Es Álvaro! ¡Es mi hijo!». Alzo la vista y reconozco a mi madre en el balcón de su aposento.

Nada iguala entonces la dulzura, la viveza del sentimiento que me embarga. Mi alma parece renacer; mis fuerzas se reaniman todas al mismo tiempo. Corro, vuelo a los brazos que me esperan. Me prosterno. «¡Ah! —exclamé con los ojos bañados en lágrimas, la voz entrecortada por sollozos—, ¡madre mía! ¡Madre mía! ¿Así que no soy vuestro asesino? ¿Me reconoceréis por hijo vuestro? ¡Ay!, madre mía, me abrazáis»…

La pasión que me transporta, la vehemencia de mi acción han alterado del tal modo mis rasgos y el sonido de mi voz que doña Mencía concibe cierta inquietud. Me levanta bondadosa, me abraza de nuevo, me obliga a sentarme. Yo quería hablar:

me resultaba imposible; me precipitaba sobre sus manos bañándolas de lágrimas, cubriéndolas de las caricias más arrebatadas.

Doña Mencía me contempla con aire de asombro; supone que debe de haberme ocurrido algo extraordinario; hasta teme algún desarreglo en mi razón. Mientras su inquietud, su curiosidad, su bondad, su ternura se dibujan en sus complacencias y en sus miradas, su previsión ha hecho poner al alcance de mi mano aquello que puede aliviar las necesidades de un viajero fatigado por un camino largo y penoso.

Los criados se apresuran a servirme. Mojo mis labios por complacencia; mis miradas distraídas buscan a mi hermano; alarmado al no verlo, digo: «Señora, ¿dónde está el estimable don Juan?

—Se pondrá muy contento al saberos aquí, pues os había escrito para que vinierais; pero como sus cartas, fechadas en Madrid, no pueden haber salido hasta hace unos días, no os esperábamos tan pronto. Sois coronel del regimiento que él tenía, y el rey acaba de nombrarlo para un virreinato en las Indias.

—¡Cielos! —exclamé—. ¿Sería todo falso en el horrible sueño que acabo de tener?… Pero es imposible…

—¿De qué sueño habláis, Álvaro?

—Del más largo, del más sorprendente, del más espantoso que pueda tenerse». Entonces, superando el orgullo y la vergüenza, le cuento con detalle todo lo que me había ocurrido desde mi entrada en la gruta de Portici hasta el feliz momento en que había podido abrazar sus rodillas.

Aquella respetable mujer me escucha con una atención, una paciencia y una bondad extraordinarias. Como yo conocía la extensión de mi falta, consideró que era inútil exagerármela.

«Mi querido hijo, habéis corrido tras las mentiras y, desde el primer instante, fuisteis rodeado por ellas. Juzgadlo por la noticia de mi indisposición y de la cólera de vuestro hermano mayor. Berta, con quien creíste hablar, está postrada en cama por una enfermedad desde hace un tiempo. Nunca pensé enviaros doscientos cequíes además de vuestra pensión. Habría temido alimentar vuestros desórdenes, o hundiros en ellos por una liberalidad mal entendida. El honrado escudero Pimientos murió hace ocho meses. Y de los mil ochocientos campanarios que quizá posea el señor duque de Medina Sidonia en todas las Españas, no hay una pulgada de tierra en el lugar que designáis; lo conozco perfectamente, y habréis soñado esa granja y todos sus habitantes.

—¡Ah!, señora —repuse—, el mulero que me ha traído lo vio igual que yo. Bailó en la boda».

Mi madre ordena que hagan venir al mulero, pero había desenganchado al llegar, sin pedir su salario.

Esa precipitada huida, que no dejaba rastro alguno, despertó algunas sospechas en mi madre. «Núñez —dijo a un paje que cruzaba el aposento—, id a decir al venerable don Quebracuernos[99] que mi hijo Álvaro y yo le esperamos aquí.

»Es doctor por Salamanca —prosiguió—; tiene mi confianza y la merece; podéis darle la vuestra. En el final de vuestro sueño hay una particularidad que me deja perpleja; don Quebracuernos conoce los términos y definirá estas cosas mucho mejor que yo».

El venerable no se hizo esperar; imponía, incluso antes de hablar, por la gravedad de su porte. Mi madre me hizo repetir en su presencia la sincera confesión de mi atolondramiento y las secuelas a que había dado lugar. Él me escuchaba con una atención mezclada de asombro y sin interrumpirme. Cuando hube acabado, tras haberse recogido un poco, tomó la palabra en estos términos:

«Desde luego, señor Álvaro, acabáis de escapar al mayor peligro a que un hombre pueda estar expuesto por su culpa. Habéis provocado al espíritu maligno, y le habéis proporcionado, por una serie de imprudencias, todos los disfraces que necesitaba para conseguir engañaros y perderos. Vuestra aventura es muy extraordinaria; no he leído nada semejante en la *Demonomanía* de Bodino[100] ni en el *Mundo encantado* de Bekker[101]. Y hemos de reconocer que, desde que esos grandes hombres escribieron, nuestro enemigo se ha refinado de modo prodigioso en la manera de preparar sus ataques, aprovechando estratagemas que los hombres del siglo emplean recíprocamente para corromperse. Copia la naturaleza fielmente y con tino, emplea el recurso de los talentos amables, da fiestas muy sonadas, hace hablar a las pasiones su lenguaje más seductor; imita incluso hasta cierto punto a la virtud. Esto me abre los ojos sobre muchas cosas que ocurren: desde aquí veo muchas grutas más peligrosas que la de Portici, y a una multitud de maníacos que por desgracia no se figuran que lo son. Respecto a vos, si tomáis juiciosas precauciones para el presente y para el futuro, os creo liberado por completo. Vuestro enemigo se ha retirado, de eso no cabe duda. Os sedujo, cierto, mas no consiguió llegar a corromperos; vuestras intenciones, vuestros remordimientos os han preservado con la ayuda de los socorros extraordinarios que recibisteis; así, su pretendido triunfo y vuestra derrota no han sido para vos y para él más que una ilusión de la que el arrepentimiento acabará de lavaros. En cuanto a él, se ha visto obligado a una retirada forzosa; mas admirad cómo ha sabido ocultarla y, al irse, dejar la turbación en vuestro espíritu y connivencias en vuestro corazón para poder renovar el ataque, si ocasión de ello le dieseis. Tras haberos deslumbrado tanto como quisisteis serlo, obligado a mostraros a vos en toda su deformidad, obedece como esclavo que trama la revuelta; no quiere dejaros ninguna idea razonable y nítida, mezclando lo grotesco a lo terrible, lo pueril de sus babosas luminosas al espantoso descubrimiento de su horrible cabeza, en fin, la mentira a la verdad, el descanso a la vigilia, de manera que vuestra confusa mente no distinga nada, y podáis creer que la visión que os impresionó era menos efecto de su malicia que un sueño ocasionado por los vapores de vuestro cerebro; pero apartó cuidadosamente la idea de ese fantasma agradable del que durante mucho tiempo se ha servido para extraviaros; os lo volverá a acercar si se lo permitís. No creo sin embargo que la barrera del claustro, o de nuestro Estado, sea la que debáis oponerle.

Vuestra vocación no está suficientemente decidida; las personas instruidas por su experiencia son necesarias en el mundo. Creedme, formad vínculos legítimos con una mujer; que vuestra respetable madre presida vuestra elección; y, por más que la que consigáis de su mano tenga gracias y talentos celestiales, nunca caeréis en la tentación de tomarla por el Diablo».

EPÍLOGO DE *EL DIABLO ENAMORADO*

Cuando apareció la primera edición de *El Diablo enamorado*, a los lectores les pareció demasiado brusco el desenlace. La mayoría hubiera deseado que el héroe cayese en una trampa cubierta con las suficientes flores para poder salvarlo del sinsabor de la caída. Les parecía, en fin, que la imaginación había abandonado al autor al llegar a las tres cuartas partes de su pequeña carrera; entonces la vanidad, que no quiere perder nada, sugirió a éste, para vengarse del reproche de esterilidad y justificar su propio gusto, leer a personas de su conocimiento la novela completa tal como la había concebido en su primera inspiración. En ella, Álvaro era embaucado por su enemigo, y entonces la obra, dividida en dos partes, acababa en la primera con esta enojosa catástrofe, cuyas secuelas desarrollaba la segunda parte; de maníaco que era, Álvaro, convertido en poseso, no era más que un instrumento en manos del Diablo, del que éste se servía para sembrar el desorden por todas partes. El bosquejo de esta segunda parte, que daba mucho vuelo a la imaginación, abría una cantera más amplia a la crítica, al sarcasmo, a la licencia.

Las opiniones se dividieron sobre este relato; unos pretendieron que se debía conducir a Álvaro inclusivamente hasta la caída y detenerse ahí; otros, que no debían suprimirse sus consecuencias.

En esta nueva edición se ha procurado conciliar las ideas de los críticos. Álvaro es embaucado hasta cierto punto, pero sin ser víctima; para engañarle, su adversario se ve obligado a mostrarse honesto y casi mojigato, lo cual destruye los efectos de su propio sistema y vuelve incompleto su éxito. Por último, a su víctima le ocurre lo que podría ocurrirle a un hombre galante seducido por las más honestas apariencias; habría sufrido sin duda ciertas pérdidas, pero salvaría el honor, si las circunstancias de su aventura llegaran a conocerse.

Es fácil adivinar las razones que hicieron suprimir la segunda parte de la obra: si era susceptible de cierto tipo de comicidad fácil, picante, aunque forzada, presentaba ideas funestas, y no deben ofrecerse de esa especie a una nación de la que puede decirse que, si la risa es un carácter distintivo del hombre como animal, en ella es donde más agradablemente se encuentra acentuado. No es menos agraciada en la ternura; pero tanto al divertirla como al interesarla, hay que respetar su buen carácter y ahorrarle las convulsiones.

La obrita que hoy se ofrece reimpresa y aumentada, aunque poco importante, tuvo en un principio motivos razonables, y su origen es lo bastante noble para que no se deba hablar aquí de ella más que con la mayor de las consideraciones. Fue inspirada por la lectura del pasaje de un autor infinitamente respetable, en el que se habla de las artimañas que puede emplear el Demonio cuando quiera agradar y seducir. Las hemos reunido, en la medida que nos ha sido posible, en una alegoría en la que los principios se enfrentan con las pasiones; el alma es el campo de batalla; la curiosidad

desencadena la acción, la alegoría es doble, y los lectores se darán cuenta de ello fácilmente.

No llevaremos más lejos la explicación: recordamos que a los veinte años, recorriendo la edición completa de las obras del Tasso, caímos sobre un volumen que sólo contenía la aclaración de las alegorías encerradas en la *Jerusalén libertada*. Mucho nos guardamos de abrirlo. Estábamos apasionadamente enamorados de Armida, de Herminia, de Clorinda; perdíamos unas quimeras demasiado agradables si aquellas princesas quedaban reducidas a ser únicamente simples emblemas.

ADVERTENCIA DEL EDITOR
(1772)

Pese a la necesidad *indispensable*, que todo el mundo conoce, de adornar con *grabados* todas las obras que se tiene el honor de ofrecer al público, poco ha faltado para que ésta no se haya visto forzada a prescindir de ellos. Todos nuestros grandes artistas están abrumados a obras, todos nuestros grabadores trabajan por las noches y apenas dan abasto; el autor estaba desesperado y no podía, ni por oro ni por plata, encontrar ni dibujos ni grabados. Publicar su obra sin eso, era echarla a perder; por ello estaba decidido a guardarla cuando felizmente encontró en una posada a uno de esos hombres de genio que la Naturaleza se complace en formar, y cuya imaginación nunca enfrió el arte con sus reglas esclavizadoras. De Estrasburgo a París no hay casi chimenea que no lleve la impronta del fuego de sus composiciones, del humo ondulante de sus pipas y de la flema filosófica de sus fumadores.

Accedió a poner sobre el papel su idea ardiente y rápida; y si los fríos expertos no encuentran en ella el acabado amanerado de un buril chatamente exacto, seguro que la gente de gusto quedará impresionada por la verdad de la expresión. La seriedad imponente de un filósofo instruido en los secretos más impenetrables de la cábala, la ávida curiosidad de un adepto que arde por instruirse y cuya atención se comunica hasta sus piernas, le saltarán a la vista. Lo que no se les escapará a buen seguro es el brazo del servidor infernal de *Soberano* que sale de una nube para obedecer a su amo, y llevarle, a la primera señal, la pipa que pide; es, por último, la facilidad del talento del artista para poner con tanta naturalidad, sobre la pared del cuarto, la estampa, felizmente desaliñada, que representa ese sorprendente efecto del poderío mágico.

¡Y que no podamos describir con la misma extensión las obras maestras de otros dos genios que han prestado sus seductores lápices! Mas ¿por qué negarnos a ello? El espíritu de un dibujo, la expresión de un grabado, ¿no dicen casi siempre más y mejor que las palabras más sonoras y las mejor ordenadas? ¿Qué expresiones traducirían, como el grabado, el valor tranquilo de *Álvaro*, que el cavernoso *che vuoi* no consigue desquiciar?

¿Cómo pintar con tanta calidez, al escribir, su frío asombro cuando, desde su cama rota, dirige la mirada a su encantador paje que se peina con los dedos?

¿Qué frases darán nunca una idea más neta del *claroscuro* que la cuarta de nuestras estampas, cuyo autor, como tenía que representar dos habitaciones, ha puesto de forma tan ingeniosa todo el *oscuro* en una y todo el *claro* en la otra? ¿Y qué servicio no ha prestado, con este afortunado contraste, a tanta gente que tiene la locura de hablar de ese arte sin conocer sus primeras nociones? Si no temiéramos herir su modestia, añadiríamos que su manera nos ha parecido deber mucho a la del famoso Rembrandt.

El perro de Álvaro que, en el bosquecillo, le salva, desgarrándole la ropa, del

precipicio donde iba a hundirse, prueba sobradamente que la gente de ingenio tiene menos a menudo que los animales.

Finalmente la última, que deriva bastante del plumeado tan ingenioso de la primera, aunque de otra mano nos ha parecido tan sublime como moral es; ¡qué multitud de ideas presenta a la imaginación su elocuente sequedad! Un campo alejado de toda ayuda humana; unos corceles fogosos, emblema de las pasiones, que, al romper sus cinchas, dejan muy lejos a su espalda el frágil carruaje que tan bien representa la humanidad; un ser embriagado que se precipita para no abrazar más que un vapor; una nube horrible, de donde sale un monstruo cuya figura describe, a ojos de un mortal engañado, la imagen viva de lo que su imaginación libertina le había embellecido tan locamente.

Pero ¿adónde nos arrastra el deseo de hacer justicia a los deliciosos autores de estos cuadros sorprendentes? ¿Cuál de nuestros lectores no encontrará en ellos un millón de ideas que nosotros nos reprocharíamos señalarles? Dejémoslo ahí, y séanos permitido únicamente decir *unas palabras* de la obra.

Se pensó en una noche y se escribió en un día; no es en absoluto, como de costumbre, un robo hecho al autor; la escribió para su placer y un poco para edificación de sus conciudadanos, porque es muy moral; su estilo es rápido; nada de espíritu a la moda, nada de metafísica, nada de ciencia, menos todavía de lindas impiedades y de audacias filosóficas; sólo un pequeño asesinato para no chocar frontalmente con el gusto actual, y eso es todo. Parece como si el autor se hubiera dado cuenta de que un hombre que ha perdido la cabeza por amor ya es muy de lamentar; pero que cuando una mujer se enamora de él, le mima, le importuna, lo lleva y quiere hacerse amar por fuerza, es el diablo.

Muchos franceses, que no presumen de ello, han estado en grutas haciendo evocaciones, y han encontrado en ellas infames animales que les gritaban che vuoi? y que, tras su respuesta, les presentaban un animalillo de trece o catorce años. Es bonito, se lo llevan; los baños, los trajes, las modas, los barnices, los maestros de toda especie, el dinero, los contratos, las casas, todo está en el aire; el animal se vuelve amo, el amo se vuelve animal. Pero ¿por qué? Porque los franceses no son españoles; porque el diablo es muy malicioso; porque no siempre es tan feo como se dice.

ADVERTENCIA DEL EDITOR
(1776)

Esta obra apareció por primera vez enriquecida con grabados más que grotescos que salían en su totalidad de la mano de nuestros mejores maestros. Un hombre de gran inteligencia unió a ellos un prólogo que se elimina con pesar en esta edición; contenía una crítica tan fina como agradable; pero como se refería casi por entero a

las estampas de las que no se ha considerado oportuno tirar nuevas pruebas, se ha creído que debían suprimirse; en la actualidad, por no poder ser comprendida, perdería casi todo el encanto que tenía.

12

C. M. KORNBLUTH

Las palabras de Guru

The Words of Guru

Traducción
José Luis Moreno Ruíz

Cyril M. Kornbluth. Nacido en Nueva York en 1923, y muerto treinta y cinco años más tarde, es conocido fundamentalmente por las obras que escribió en colaboración con Frederick Pohl (1919), uno de los últimos y más destacados supervivientes de la Edad de Oro del género fanta-científico. Cursó estudios en Chicago y combatió en Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Destaca entre sus obras la novela *Mercaderes del espacio*, coescrita con el autor antes citado, una amarga y eficaz sátira sobre el mundo de la publicidad. Destacó en la elaboración de historias cortas que han permanecido tras su muerte como piezas maestras. Publicó la primera cuando sólo contaba con diecisiete años de edad. Formó equipo literario con la también escritora de ciencia ficción, y esposa de Pohl, Judith Merrill, con el seudónimo de Ciryl Judd. Fue uno de los primeros autores en introducir las ciencias sociales en el Género.

Las palabras de Guru

Ayer, cuando iba a encontrarme en el bosque con Guru, me salió al paso un hombre y me dijo:

—Muchacho, ¿qué haces por aquí a la una de la madrugada? ¿Sabe tu madre dónde estás? ¿Cuántos años tienes, para andar solo a estas horas?

Lo miré y vi que tenía los cabellos blancos, así que me eché a reír. Los viejos nunca ven; la verdad es que los hombres no ven nada. Las mujeres jóvenes, a veces, sí ven algo; pero los hombres, rara vez.

—En mi próximo cumpleaños haré doce —le respondí, y como no quería que viviese para que pudiera contárselo a nadie, añadí—: Y ando por aquí a estas horas porque voy a ver a Guru.

—¿Guru? —se extrañó él—. ¿Quién es Guru? ¿Un extranjero, quizá? Mala cosa, muchacho, juntarse con extranjeros… ¿Quién es ese tal Guru?

Le dije entonces quién era Guru, y cuando el viejo comenzó a hablarme de revistuchas baratas y de cuentos de hadas pronuncié una de las palabras que Guru me había enseñado, y el tipo se calló al instante. Al fin y al cabo, no era más que un viejo, por lo que tenía las articulaciones duras, lo que hizo que no se desmembrase, sino que cayera de golpe, de una pieza, golpeándose la cabeza contra un pedrusco. Y me fui de allí.

Aunque voy a cumplir sólo doce años, sé muchas cosas que los mayores desconocen. Y recuerdo otras muchas que la mayor parte de los chicos de mi edad no pueden.

Recuerdo haber nacido de la oscuridad, y recuerdo también el ruido que hacía la gente a mi alrededor. Recuerdo igualmente que cuando tenía sólo dos meses empecé a comprender que esos sonidos poseían el mismo significado que las cosas que había en mi cabeza. Supe así que yo también podía emitir aquellos sonidos, y cuando lo hice todos se sorprendieron grandemente. «¡Ya habla!» —exclamaron, y lo repetían una y otra vez—. «¡Con lo pequeño que es! ¿Cómo lo has conseguido, Clara?».

Clara era mi madre. Y Clara les respondió así: «No sé nada. Jamás hubo un genio en mi familia, y estoy segura de que tampoco lo ha habido en la de Joe».

Joe era mi padre.

Clara me presentó un día a un hombre al que nunca había visto antes, y me dijo que era reportero, un tipo que escribía cosas en un periódico.

El reportero comenzó a hablarme como si fuese yo un niño cualquiera; no le respondí, no quise hacerlo; sólo le miraba fijamente, hasta que bajó los ojos y se fue. Después oiría leer a Clara una cosa que venía en el periódico, una cosa que al parecer tenía mucha gracia, una cosa según la cual el reportero me hacía preguntas y yo respondía con los sonidos propios de un bebé… No era cierto, por supuesto que no… No había respondido yo una sola palabra al reportero, y él no me había hecho ni una

sola de aquellas preguntas que venían en el periódico.

Yo oía leer a Clara aquella noticia, pero mientras lo hacía miraba un bicho que trepaba por la pared. Y cuando Clara acabó de leer en voz alta, pregunté:

—¿Qué es esa cosa gris?

Miró hacia donde yo señalaba, pero no pudo ver nada.

—¿Qué cosa gris, Peter? —me dijo; yo le había ordenado que me llamara por mi nombre completo, Peter, y no con algún estúpido nombre como *Petey* o algo similar—. ¿Qué cosa gris?

—Es tan grande como tu mano, Clara, pero parece muy blando… No creo que tenga huesos… Trepa por la pared; pero no le veo la cabeza… Tampoco tiene patas…

Creo que Clara se preocupó algo, pero trató de distraerme poniendo su mano en la pared y haciendo como que buscaba aquella cosa. Yo le indicaba que fuese más a la izquierda, o más a la derecha, hasta que puso la mano justo sobre el bicho. Pero entonces me percaté de que ella no veía la cosa, y de que no creía que realmente hubiese algo en la pared. No volví a decir una sola palabra sobre aquello hasta que hubieron transcurrido varios días.

—Clara, ¿cómo llamarías a una cosa que una persona puede ver y otra no?

—Una ilusión, Peter —me respondió—; si es eso a lo que te refieres.

No dije más; me llevó a la cama como siempre y cuando apagó la luz y se hubo marchado, esperé unos instantes y empecé a llamar en voz muy baja y suave: «¡Ilusión! ¡Ilusión!».

Y entonces Guru acudió a mí por primera vez. Me saludó con una inclinación de cabeza, como siempre hace, y me dijo:

—Esperaba tu llamada.

—No sabía cómo llamarte ni cómo encontrarte —le dije.

—Siempre que me necesites, allí estaré, no importa dónde sea… Te enseñaré muchas cosas, Peter, si quieres aprenderlas… ¿Sabes qué es lo que voy a enseñarte?

—Dime qué es esa cosa gris que hay en la pared y te escucharé —le respondí—. Y atenderé también a lo que digas, si me enseñas acerca de las cosas reales y de las irreales.

—Sobre eso —comenzó a decir pensativo— son muy pocos los que quieren aprender algo… Y hay algunas cosas más sobre las que nadie quiere realmente saber nada… También hay ciertas cosas sobre las que no deseo enseñar una palabra —sonrió burlón entonces y añadió medio riéndose—: Bien, aquí está tu maestro… El maestro Guru.

Así supe su nombre. Aquella misma noche me enseñó una palabra con cuya sola mención lograría cosas tales como que se echara a perder la comida.

Desde aquel día, hasta la última vez que nos vimos, la noche pasada, apenas ha cambiado; yo, ahora, soy tan alto como él; pero su piel sigue siendo tersa y brillante, y su rostro tan huesudo como siempre, coronado por una gran cabeza de cabello fosco y negro.

A mis diez años, una noche me fui a la cama sólo para aguardar a que transcurriese el tiempo suficiente como para que Joe y Clara creyeran que me había dormido. Dejé en mi lugar algo que aparece únicamente cuando digo una de las palabras de Guru, y bajé por el canalón que hay junto a la ventana de mi cuarto. Ya bajaba y subía por ahí sin el menor problema desde que tenía ocho años.

Me reuní con Guru en el Inwood Hill Park.

—Llegas tarde —me dijo.

—No es tan tarde —repliqué—; nunca lo es para este tipo de cosas.

—¿Y tú cómo lo sabes? —me dijo un tanto abrupto—. Es tu primera vez.

—Y puede que la última —respondí—. No me gusta la idea de no aprender nada nuevo la segunda vez, así que, si veo que no puedo hacerlo, no vendré más.

—No tienes ni idea —dijo—, no sabes una palabra de todo esto; las voces, y los cuerpos resbaladizos por el ungüento que los cubre, las llamas vivas; ¡es un ritual de plenitud mental! No podrías hacerte una idea siquiera aproximada sin haber participado.

—Bueno, ya lo veremos —respondí—. ¿Qué tal si nos vamos de aquí?

—Bien —dijo.

Pronunció entonces la palabra que tenía que aprender yo, y la repetimos a la vez.

Nos vimos de inmediato en un lugar bañado por luces rojas; me pareció que las paredes de aquel sitio eran de pura roca. Pero en realidad no se podía ver nada y las luces rojas sólo lo parecían, y las paredes no eran de pura roca.

Cuando nos acercábamos al fuego nos interpeló una voz.

—¿Quién viene contigo? —preguntó aquella voz, llamando a Guru por otro nombre. No supe hasta entonces que también tenía ese nombre, el de alguien muy poderoso.

Guru me miró de reojo y dijo lentamente:

—Es Peter, del que tanto os he hablado.

Aquella mujer que nos había salido al paso me miró sonriente, alargando hacia mí sus brazos aceitosos.

—Ah, o sea que es Peter —dijo melosa como los gatos que me hablan de noche—. ¿Acudirás a mí cuando te lo pida, Peter? ¿Me llamarás cuando estés solo, en la oscuridad de la noche?

—¡Déjalo en paz! —gritó entonces Guru, empujándola para apartarla de mí—. Aún es muy joven, podrías echarlo a perder para siempre.

—¡Guru y su pupilo! —gritó ella a nuestras espaldas, despectivamente—. ¡Vaya par! Muchacho —me dijo—, Guru no es más real que yo; aquí el único real eres tú.

—No le hagas caso —me recomendó Guru—; está enrabietada; siempre se ponen así cuando llega esta época del año.

Nos acercamos entonces a la hoguera, sentándonos sobre unas piedras. En ese momento la congregación mataba distintos animales y pájaros, y hacían cosas raras con ellos. Por ejemplo, recogían su sangre en un cuenco de piedra que se iban

pasando después de mano en mano. Una que estaba a mi izquierda me lo ofreció.

—Bebe —me dijo mostrando su sonrisa de dientes muy finos y blancos.

Bebí dos sorbos y le pasé el cuenco a Guru.

Cuando todos hubimos bebido del cuenco, procedimos a quitarnos la ropa. Algunos, como el propio Guru, no llevaban ropa, pero casi todos los allí congregados iban vestidos. La mujer sentada a mi izquierda se me acercó más, echándome sus jadeos espesos en la cara, por lo que me aparté de ella.

—Dile que me deje en paz, Guru —le pedí—; sé bien que esto no forma parte del ritual.

Guru se dirigió a ella en tono acre en su idioma común, y la mujer se cambió de sitio, casi gruñendo.

Empezamos a cantar. Batíamos palmas y nos golpeábamos los muslos para llevar el ritmo. Una de aquellas mujeres se puso de pie y comenzó a dar vueltas alrededor de la hoguera con paso lento, mientras sus ojos giraban desorbitados. Además, abría la boca y cruzaba sus brazos con tanta violencia que pude escuchar el crujido de sus codos al romperse. Arrastró los pies sobre el suelo de piedra mientras iba echando el cuerpo hacia atrás poco a poco, y los músculos tensos de su vientre parecían barras que se le salieran por la piel, mientras el aceite le chorreaba por todo el cuerpo hasta caerle por los muslos. Cuando tocó el suelo con las palmas de las manos llevadas hacia atrás, se derrumbó gimoteando como para poner un contrapunto al cántico que hacíamos los demás, acompañado de nuestras palmas. Entonces se levantó otra para hacer lo mismo, y cantamos aún con más brío, y lo mismo hicimos, pero aún con mayor entusiasmo, cuando se levantó una tercera. A ésta acudió a levantarla otra más, mientras se incrementaba la furia de nuestro cántico y de nuestras palmas, para llevarla hasta un altar de obsidiana, tumbarla sobre el altar y sacrificarla con un cuchillo de piedra. La luz de la hoguera se reflejaba en el filo mellado de obsidiana, por el que vimos chorrear la sangre resplandeciente de la mujer sacrificada, hasta caer en un canalón del altar, momento en que cesamos en nuestro cántico y se consumieron las llamas de la hoguera.

No obstante aquella oscuridad, seguía viéndose lo que pasaba, porque en realidad las cosas que pasaban no ocurrían de verdad; simplemente, parecían suceder, como las cosas y la gente que allí había parecían ser lo que eran. Sólo yo era real. Quizá era precisamente por eso por lo que me deseaban tanto.

Finalmente, cuando se extinguieron los rescoldos de la hoguera, Guru susurró excitado: «¡La presencia!». Lo dijo hondamente conmovido.

De la charca de sangre derramada del cuerpo de la tercera bailarina brotó la Presencia. Era más alta que ninguno de los allí congregados; su voz era profunda; sus órdenes, prontamente obedecidas.

—¡Haceos sangre! —dijo, y todos empezamos a lacerarnos la carne con piedras. La presencia sonrió complacida entonces y mostró unos grandes dientes, muy afilados y muy blancos, más que los de cualquiera de los que estábamos allí.

»¡Haceos agua! —dijo después y comenzamos a escupirnos los unos a los otros. La Presencia desplegó entonces sus alas y comenzaron a darle vueltas los ojos en las cuencas, unos ojos más rojos y más grandes que los de cualquiera de quienes estábamos allí.

»¡Haceos fuego! —dijo entonces, y respiramos y exhalamos humo y llamas.

La Presencia se irguió más aún y de su boca salieron unas llamas azuladas, más grandes y temibles que las que salían por las bocas de los que estábamos allí.

Regresó a la charca de sangre y prendimos de nuevo la hoguera. Guru tenía la mirada fija al frente. Le tomé entonces del brazo e inclinó la cabeza extrañado, como si nos viésemos por primera vez aquella noche.

—¿Qué piensas? —le pregunté—. Quizá debiéramos irnos ya de aquí.

—Sí —dijo pesadamente—. Vayámonos —y pronunciamos al unísono la palabra que nos sacó de allí.

El primer hombre al que maté fue el hermano Paul, del colegio en el que aprendía las cosas que Guru no me enseñaba.

Aún no hace un año de aquello, aunque me parece que ha pasado mucho tiempo. He matado tantas veces desde entonces…

—Eres un chico muy brillante, Peter —me había dicho el hermano Paul.

—Gracias, hermano.

—Pero hay cosas de ti que no comprendo… Normalmente, hablaría con tus padres, pero me parece que tampoco lo entenderían. Eres un niño prodigio, ¿verdad?

—Sí, hermano.

—Bueno, no hay nada realmente extraño en eso, es una cosa de las glándulas, según he oído decir… ¿Sabes qué son las glándulas?

Aquello me alarmó. Había oído hablar de eso, yo también, pero no estaba seguro de si eran esos enanitos verdes vestidos tan sólo con metal, o esos seres con muchas patas con los que hablaba en el bosque.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? —le pregunté.

—¡Pero Peter! ¡Pareces muy asustado, muchacho! Yo, la verdad, no sé nada de todo eso; es el padre Frederick quien está al tanto. Tiene un montón de libros que hablan de esas cosas, pero la verdad es que dudo mucho que crea en ello.

—¿Es que no son buenos libros, hermano? —le pregunté—. Entonces habría que quemarlos.

—Esa idea es terrible, muchacho… Pero volviendo a tu problema…

No podía dejar que continuara, sabiendo lo que él sabía sobre mí. Pronuncié entonces una de las palabras que Guru me había enseñado, cosa que pareció sorprenderlo mucho; luego pareció experimentar un dolor muy fuerte y cayó sobre la mesa. Le tomé el pulso para cerciorarme, porque hasta entonces no había hecho uso de aquella palabra. Estaba muerto.

Sentí unos pasos muy fuertes que llegaban de afuera y me hice invisible. Entró el

corpulento padre Frederick; también estuve a punto de matarlo con la palabra, pero sabía que eso resultaría bastante raro. Preferí esperar, y me fui de allí mientras el padre Frederick se abalanzaba sobre el cuerpo del hermano muerto. Pensó que estaba dormido.

Fui por el pasillo hasta el despacho del sacerdote, que estaba repleto de libros; hice una pila con ellos en el centro de la habitación y les pegué fuego con mi aliento. Luego, una vez en el patio, me hice visible de nuevo, aprovechando que no había nadie que pudiera observarme. Era muy fácil. Al día siguiente maté a un hombre en la calle, cuando pasé a su lado.

Había una niña, Mary, que vivía cerca de mi casa. Tenía catorce años y la deseaba tanto como los de la cueva más allá del tiempo y del espacio me habían deseado a mí.

Así que, cuando vi a Guru, y después de que me saludase con su habitual inclinación de cabeza, le hablé de eso. Me miró muy sorprendido.

—Estás creciendo, Peter —me dijo.

—Es verdad, Guru. Y creo que llegará el momento en que tus palabras ya no sean lo suficientemente poderosas para mí.

Se echó a reír.

—Vamos, Peter —me dijo—; sígueme, si lo deseas: Hay algo que está por hacer —y tras pasar la lengua por sus labios muy finos y purpúreos, añadió—: Ya te he dicho cómo será.

—Claro que iré —dije—. Enséñame la palabra —y me la dijo, y al momento la pronunciamos al unísono.

Aparecimos en un lugar completamente distinto a los otros en los que ya había estado con Guru. Era el No-lugar. Hasta entonces siempre había existido una apariencia de tránsito de tiempo y materia, pero aquí no había ni tan siquiera eso; aquí, Guru y los demás se despojaron finalmente de sus formas y fueron al cabo lo que eran. El No-lugar era el único lugar donde podían hacer algo así.

No era como la Cueva, pues ésta estaba más allá del tiempo y del espacio; este lugar no era suficiente ni tan siquiera para eso. Era, ciertamente, el No-lugar.

Lo que allí aconteció no se puede referir con palabras, pero sí puedo decir que conocí a unos cuantos que nunca salían de allí. Todo convergía en ellos mientras existían. No poseían un color, ni un aspecto, ni una forma.

Allí supe, pues, que me uniría a ellos finalmente, pues había sido seleccionado como el único ser de mi planeta capaz de habitar el No-lugar, sin necesidad de tener que permanecer allí para siempre.

Una vez más, Guru y yo dijimos la palabra y nos fuimos.

—¿Y bien? —me dijo Guru mirándome directamente a los ojos.

—Sí, lo deseo —respondí—. Ahora, enséñame una palabra…

—Vaya —dijo y sonrió—. ¿La chica?

—Así es. Enséñame la palabra que más significará para ella.

Aún sonriente me enseñó cuál era la palabra.

Mary, que por aquel entonces tenía catorce años, ahora tiene quince, y dicen que está loca, sin cura posible.

Anoche volví a ver a Guru por última vez. Me saludó con su habitual inclinación de cabeza.

—Peter —me dijo con mucha calidez.

—Enséñame la palabra —le solté sin más preámbulos—. No es demasiado tarde. Enséñame la palabra.

—Puedes retirarte… Con todo lo que ya sabes podrías convertirte en el amo del mundo. Tendrías oro, piedras preciosas, riquezas infinitas. Piensa en ello, Peter… Vivirías rodeado de terciopelo, pisando alfombras magníficas.

—Enséñame la palabra.

—Piensa, Peter, en la casa que podrías construirte. Una casa de mármol blanco, con un rubí en el centro de cada una de las losetas del piso; una casa con la puerta de oro bruñido, levantada alrededor de una esbelta torre de marfil tallado, que se alzaría milla a milla en el cielo turquesa, y desde la cual podrías ver las nubes bajo tus ojos.

—Enséñame la palabra.

—Tu lengua saborearía esas uvas que tienen el gusto de la plata fundida. Oirías cantar de continuo al ruiseñor y a la alondra, que son como la estrella de la mañana convertida en música… Disfrutarías del aroma de los nardos que florezcan incluso de aquí a mil años. Y acariciarían tus manos las plumas de los cisnes purpúreos del Himalaya, que son más suaves que una nube bajo la luz incipiente del ocaso.

—Enséñame la palabra.

—Piensa que podrás poseer mujeres con la piel negra del ébano o con la piel de la blanca nieve. Podrás poseer mujeres que sean duras como la piedra o suaves como las nubes en las puestas de sol.

—Enséñame la palabra.

Guru sonrió de nuevo y pronunció la palabra.

No sé si diré o no esa palabra, la última que me enseñó Guru, hoy o mañana, o acaso dentro de un año.

Es una palabra que hará estallar este planeta como lo haría un cartucho de dinamita puesto en una manzana podrida.

13

E. HOFFMAN PRICE

El extranjero del Kurdistán

The Stranger from Kurdistan

Traducción
José Luis Moreno Ruíz

E. (Edgar) Hoffmann (Trooper) Price (1898-1988), californiano de pura cepa y uno de los escritores más prolíficos de la época del *pulp*, es recordado por su colaboración con H.P. Lovecraft en el relato: «*A través de la puerta de la llave de plata*», que forma parte del ciclo de Randolph Carter. Graduado en West Point, participó con la fuerza expedicionaria norteamericana en la Primera Guerra Mundial. Vivió después, durante años, una vida propia de un «soldado de fortuna» viajando a México y Filipinas entre otros lugares. El boxeo, el aprendizaje de la lengua árabe y el orientalismo formaron parte de su bagaje vital autodidacta. La ciencia ficción, el horror, el crimen, y la fantasía fueron algunos de los géneros que profesó, aunque donde más destacó fue en las fantasías de toque oriental. Durante los años setenta y ochenta experimentó un *revival* literario; forma parte de esta etapa su novela *The Devil Wives of Li Fong* (1979). En 1984 recibió el Premio Mundial de Fantasía por el trabajo de toda una vida.

El extranjero del Kurdistán

«¿Sostiene usted que el culto al Demonio concluyó con el final de la Edad Media, y que sus adoradores se extinguieron? Pero es que yo no hablo de los yezidis del Kurdistán, los que proclamaban que el Diablo es merecedor del mismo culto que Dios, en tanto que, y en virtud de la dualidad consustancial a todas las cosas, la bondad jamás pueda darse sin su antítesis, que es lo demoníaco. Me refiero, más bien, a los adoradores del Demonio en nuestros días, en nuestro mundo civilizado, en nuestra cristiana Europa del siglo XX; hablo de esos que se ocultan, pero que no por ello dejan de ser reales; esos que se dan a una adoración basada en la perversión más sacrílega de los ritos de la Iglesia… ¿Que cómo sé de ellos? Eso no tiene nada que ver con el asunto en sí mismo; baste decir que lo sé, sin más».

Tan alta era la torre de Semaxii que parecía acariciar las estrellas; tan profundamente arraigados estaban sus cimientos que se hundían en la tierra tanto como la torre llegaba al cielo. La luz de la luna bañaba su cúspide mientras su base quedaba envuelta por siete velos de oscuridad. Antigua como las pirámides era esta gran pilastra de granito que tomó su nombre de una ciudad en ruinas tan vieja como la propia torre, ruinas que se expandían alrededor de su base.

Una forma oscura se acercaba, avanzando ligera entre las ruinas; una oscuridad aherrojada de sombras; una presencia fantasmagórica que se movía con siniestra certeza.

Aquella sombra se detuvo de repente y su inmovilidad pasó a formar parte de la oscuridad circundante. Otras formas más leves de la oscuridad pasaron a su lado para dirigirse silenciosas a la entrada cavernosa de Semaxii, donde se esfumaban los senderos oscuros. Nada ni nadie, sin embargo, poseía consciencia de la presencia de aquella forma fantasmagórica que todo lo observaba desde su inmovilidad, desde su posición privilegiada.

Se abrió una nube. Un rayo de luz de luna cayó sobre la oscura forma sintiente, disolviéndolo todo salvo su oscuridad; y esa oscuridad de la forma, empero, se reveló como la de un hombre cubierto por una capa negra y tocado con un alto sombrero igualmente negro y forrado en seda.

Se hizo otra resquebrajadura en las nubes; hubo así más luz de luna y fue más perceptible la silueta de aquel hombre, de aquel extranjero, pero menos que todo lo que le rodeaba. El extranjero tenía la nariz afilada como un ave de cetrería; sus ojos eran fríos y despiadados como los de un ídolo azteca, y sus finos labios mostraban una sonrisa cínica; era un hombre implacable aun en su derrota.

«Los más tontos se han reunido en asamblea para pagar su tributo a su tontería; setenta y siete de ellos adorarán esta noche a su Señor y Maestro… ¿Bajo qué ritual? Hace tanto tiempo que presencié algo semejante…».

Hizo una pausa en sus reflexiones para contar las campanadas que se oían a lo largo y ancho de aquella tierra baldía.

«Pocas cosas quedan ya de mi última noche; no obstante, he de perder el tiempo ahora».

Y tras decirse eso se embozó en la capa para dirigirse a buen paso hacia la entrada de la torre.

—¡Alto! —se dejó sentir una voz desde la entrada.

El rayo de luz de una linterna eléctrica rompió la oscuridad para estrellarse de lleno contra la cara del extranjero.

—¡Alto! ¡Contraseña!

—¿Soy yo quien da, o tú quien recibe? —dijo el extranjero recitando la contraseña como quien invoca una fórmula.

—¡Entra!

Y avanzó el extranjero entre la guardia exterior de aquel santuario demonolátrico, el santuario de todos los santuarios en los que Satán recibe las ofrendas de sus vasallos. Aún le quedaba un gran trecho, más allá de la guardia exterior, para acceder al lugar donde se haría la celebración de la misa negra, donde el Señor del Mundo sería honrado por sus fieles con ritos blasfemos.

Cien escalones de granito helado, serpenteantes como colas de gusanos de tierra, conducían a los cimientos de la torre. A intervalos le eran pedidas al extranjero nuevas contraseñas; y quienes las recibían no podían sino bajar los ojos ante la dura mirada de aquel hombre.

Por fin se halló ante una puerta guardada por dos hombres enmascarados y cubiertos con capas de color bermellón. De nuevo le pidieron contraseñas, y al recibirlas de él aquellos dos hombres enmascarados le hicieron una reverencia y abrieron la puerta para que entrase en aquel santuario abovedado donde aquella noche se iba a invocar al Demonio.

El extranjero se destocó al entrar, y con su alto sombrero en la mano hizo una cortés inclinación de cabeza para saludar a quienes allí estaban reunidos, y avanzó para tomar asiento en uno de los taburetes situados en líneas a semejanza de los bancos de una capilla. Una vez hubo tomado asiento, miró a su alrededor para ver rápidamente cuanto le rodeaba.

Apenas reparó en el altar negro que tenía frente a sí, con la cruz en la que había una caricatura de Cristo; tampoco reparó especialmente en los muros y el techo abovedado de la cripta, cubiertos por motivos obscenos perceptibles a pesar del ambiente acre y cargado de humo. El acólito que encendía en aquel momento las velas negras del altar no pareció llamarle especialmente la atención, ni que el piso de la cripta estuviese cubierto por polvo de cinnabar[102]. En realidad estudiaba a la congregación en sí misma, en su grupo compacto, observando con el mayor interés a los viejos y a los jóvenes, a los hombres y a las mujeres; en suma, a los setenta y siete allí reunidos en asamblea para adorar a Satán, su Señor y Maestro.

Aquellos setenta y siete eran, en su mayor parte, gente de buena posición, muy distinguida; gentes que, habiendo disfrutado de todo cuanto el humano de buena

posición puede disfrutar, buscaban nuevas sensaciones en los ritos medievales y propios de la adoración del Demonio; un apetito de sensaciones que culminaba extraordinariamente en la orgía que seguía a la celebración de la misa negra. Entre ellos se encontraban también algunos ateos que, habiendo considerado que su ateísmo no era una forma de rebelión adecuada, en tanto resultaba pasiva, buscaban la satisfacción de sus anhelos de iconoclastia en los rituales sacrílegos.

Los acólitos iban y venían entre la congregación, llevando bandejas en las que ofrecían vasos de vino y pastillas de color ambarino que los fieles disolvían en el vino o se tomaban de golpe.

El extranjero se volvió hacia el iniciado que tenía al lado.

—Dime, hermano… ¿Qué rito vamos a celebrar esta noche?

El iniciado lo miró sorprendido mientras tomaba unos tragos de su vaso.

—¿A qué te refieres?

—Verás —dijo el extranjero—, es que no soy de aquí, y supongo que el ritual que celebráis es muy distinto del que hacemos en mi tierra. Debo confesar que estoy algo confuso de ver un altar con un crucifijo en este santuario de adoradores del Demonio.

El iniciado se lo quedó mirando con ojos comprensivos.

—Pues te resultará muy interesante nuestro rito —dijo—; has de saber que tenemos un sacerdote que celebra la misa, y después…

—¿Un sacerdote? —lo interrumpió el extranjero, como no dando crédito—. ¿La misa? Pero…

—Claro —siguió el iniciado—; si no hay sacerdote, si no hay misa, ¿cómo se encarna nuestro archienemigo en el pan con que nosotros, los adoradores de Satán, profanamos el ritual, para así rendir el mayor tributo a nuestro Señor y Maestro? Seguro que vienes de alguna región remota, por lo que desconoces que sólo un sacerdote de verdad, un sacerdote de la Iglesia, puede oficiar el rito milagroso de la transustanciación… Pero, cuéntame, ¿quién eres?

—Te asombrarías si te lo dijese —contestó el extranjero sonriendo enigmáticamente.

Entonces, antes de que el iniciado pudiera seguir haciéndole preguntas, se dejó sentir un gong agudo y afilado, casi más como el silbido de una serpiente que como el tañido del bronce. Se abrió lentamente un panel que había en una de las paredes de la cripta y apareció la gruesa silueta del sacerdote oficiante, vestido en bermellón y con un incensario del que salía un humo de incienso muy denso, muy pesado. Le seguían nueve acólitos, y mientras se dirigían solemnes al altar elevaban sus voces en un cántico agudo como un chillido. Los setenta y siete que formaban la congregación se arrodillaron entonces, bajando la cabeza.

El sacerdote oficiante del rito se inclinó solemne ante el altar, y con las frases y gestos acostumbrados, todo lo que es propio de la misa, sus acólitos, de rodillas, le daban sus responsos en latín. Luego bajó los peldaños que llevaban al altar y dio inicio a sus invocaciones al Demonio.

—¡Oriflama de iniquidad, tú que guías nuestros pasos y aportas la fuerza para que seamos más duros y resistentes, recibe nuestras súplicas y acepta nuestras oraciones! ¡Señor del Mundo, oye pues las oraciones de tus vasallos! ¡Padre del orgullo, defiéndenos contra la hipocresía y los favores de Dios! ¡Maestro, tus fervorosos vasallos imploramos de ti la bendición de todas nuestras iniquidades con las que destruir las almas y la conciencia de los moradores del mundo! ¡Te ofrendamos, Señor nuestro, gloria y riqueza para tu goce, Padre de los desheredados! ¡Nosotros, tus hijos, nos batiremos en combate por ti, Señor, nuestro Padre inexorable, y allegaremos a tu gloria cuanto más te complazca, oh, tú, Maestro de las decepciones, Beneficiario del crimen, Señor de la lujuria, los vicios y los pecados monumentales! ¡Oh, tú, Satán, al que adoramos como Dios de la mayor lógica del mundo!

Se puso de nuevo de pie el sacerdote, de cara al altar y al crucificado, una hiriente caricatura de Cristo, para continuar profiriendo sus blasfemias:

—¡Y a ti, yo, oficiante de este rito, te conmino, te llamo a descender de esa cruz y a encarnarte en este trozo de pan, a ti, Jesús, ladrón de homenajes que no mereces, ratero de afectos! ¡Escucha! Desde aquel día en que la Virgen te trajo al mundo no has hecho más que incumplir tus promesas; han pasado las edades de tu espera, falso y fugitivo dios. Prometiste redimir a la humanidad y has fallado; prometiste al hombre la gloria y no has hecho más que dormir en la noche de los tiempos; prometiste interceder por nosotros ante el Padre, y tu misión ha sido decepcionante. ¡Te lo reprocharemos eternamente! Te has olvidado siempre de los pobres que te ensalzaron, que esperaron la salvación a través de tu palabra. ¡Por eso te condenamos a llevar clavos en las manos y una corona de espinas en la cabeza, a derramar tu sangre hasta que hayan quedado secas tus heridas! Y eso haremos, violando continuamente el reposo de tu cuerpo mortal, profanándolo con vicios magníficos. A ti, nazareno convicto de los mayores pecados a que pueda conducir la glotonería del amor infame. ¡A ti, rey idolátrico, dios indolente!

—¡Amén! —respondió al unísono la congregación de los setenta y siete fieles, cargando aún más con su rugido el ambiente denso de incienso y humo.

El sacerdote, subiendo otra vez los pocos peldaños que conducían hasta el altar, se volvió entonces a los fieles adoradores de Satán y los bendijo con la mano izquierda. Acto seguido, encarándose con el crucificado, en tono tan solemne como burlesco, proclamó:

—*Hoc est enim corpus deum*[103].

Al oír esas palabras, los setenta y siete, definitivamente enloquecidos por el mucho vino libado y por las pastillas de color ambarino, así como por la locura sacrílega inherente a la ceremonia toda, rodaron por el suelo gruñendo y chillando y riendo salvajemente, como poseídos por una furia demoníaca. El sacerdote partió el pan que antes consagrara de manera tan blasfema, y se dispuso a ofrecerlo a los adoradores de Satán, que se apelotonaban ya para recibir aquella burla de la comunión.

Ya iba a tomar aquella forma infamante de la hostia el primero de los fieles satánicos, cuando se dejó sentir una voz tronante.

—¡Imbéciles! ¡Cesad en esta parodia estúpida!

Era la voz del extranjero, una voz que tronó en la capilla abovedada como una trompeta que llamase a la destrucción. Aquella voz obró el silencio inmediato entre los adoradores de Satán. No se oía un suspiro. Los acólitos parecían demudados. El sacerdote a duras penas mantenía el control de sí mismo, avergonzado y temeroso de la fiera mirada de aquel extraño.

—¿Quién eres? —logró preguntarle al fin el sacerdote—. ¿De qué autoridad te crees investido para interrumpirnos?

Los setenta y siete fieles adoradores de Satán, al oír a su sacerdote, fueron recuperándose lentamente de la completa paralización en que los dejara sumidos la voz de aquel hombre. Observaron así que el extranjero avanzaba unos pasos para encararse con el sacerdote, que seguía al pie del altar. Y escucharon de nuevo su voz, fuerte, rica en inflexiones, majestuosa e imponente:

—¿Y tú, que te dices sacerdote de Satán, me preguntas quién soy? ¡Soy Ahriman[104], al que los persas temen! ¡Soy Malik Taus, el pavo real blanco, al que adoran los hombres de los más recónditos lugares del Kurdistán! ¡Soy Lucifer, la estrella de la mañana! ¡Soy ese Satán al que pretendéis invocar! ¡Y he aquí que he vuelto en mi forma mortal para ver de frente a mis verdaderos enemigos y derrotarlos! —señaló entonces al crucificado, y siguió diciendo—: ¡Y he aquí a mi más noble y respetable adversario! No creáis que esa estúpida caricatura es el Cristo al que pretendo vencer. ¡Cuán imbéciles sois! Bestias, malnacidos., ¿suponéis acaso que puedo mofarme de quien me ha sostenido a lo largo de las edades? ¿De veras creéis que me adoráis mediante estas tontas mascaradas? ¡Al celebrar esta parodia de la misa no hacéis más que reconocer la divinidad del crucificado, en tanto pretendéis burlarla; al tomar el pan no hacéis más que aceptarlo en cuerpo y espíritu, por mucho que supongáis destruirle! ¿Y así es como me servís, vosotros que me tenéis por vuestro Señor y Maestro?

—¡Impostor! —gritó el sacerdote violentamente, con el rostro congestionado por la ira—. ¡Impostor que proclamas ser Satán!

Los gritos del sacerdote sacaron de su inercia paralizante a los setenta y siete fieles allí congregados, y despertaron su furia. Aullando y soltando escupitajos, comenzaron a moverse sobre sus pies para rodear al extranjero, amenazantes.

Pero al instante un fuego elemental, rojo, alimentado por milenios de sol, rodeó protector la forma humana de Satán, y éste, con la misma voz altiva y fría e imponente de antes, les dijo:

—¡Idiotas! ¡Mentecatos! ¡Os castigaré severamente!

De nuevo ante las ruinas que se expandían por los alrededores de la torre de Semaxii, el extranjero entre las sombras, Satán, según él mismo se había revelado, aparecía solo, rodeado de oscuridad. Y hablaba como si alguien lo escuchase:

—Nazareno —dijo—, desde aquel día en que te lancé mi reto, dándote a escoger además las armas con las que combatirnos a lo largo y ancho de la tierra, no he hecho más que tonterías… ¡Qué poco supe del estúpido alcance de mis palabras! —hizo una pausa, alzó los ojos al cielo por un momento, como si buscara un alivio, un descanso a su duro mirar, y prosiguió—: A ti te crucificaron; a mí me destrozan de continuo, incluso los que me tienen por su Señor y Maestro. Tanto tú como yo somos negados una y otra vez, incluso por quienes se dicen nuestros adoradores. Me pregunto quién fue más estúpido de los dos, si tú por pretender redimir a la humanidad, o yo por pretender depravarla.

Y diciendo estas palabras Satán echó a caminar con la cabeza gacha, perdiéndose entre las ruinas.



F I N

Notas

[1] Pensemos, por ejemplo, en *El Demonio de Maxwell*, una criatura imaginaria ideada en 1867 por el físico escocés James Clerk Maxwell como parte de un experimento mental diseñado para ilustrar la Segunda Ley de la Termodinámica. En el emergente campo de la nanotecnología también se estudian mecanismos capaces de disminuir localmente la entropía y de comportarse en cierta forma como un demonio de Maxwell. <<

[2] *El Anticristo,* por Joseph Roth. <<

[3] *La rebelión de los ángeles*. El Club Diógenes, n° 30. <<

[4] Verberie es un municipio del departamento francés del Oise, a orillas del río de este nombre; fue la residencia preferida de los reyes merovingios y carolingios en la antigüedad. <<

[5] *C’est le Diable, ou la Bohémienne, drame en cinq acts à grand spectacle*, de Jean-Guillaume-A. Cuvelier de Trie, estrenada y publicada el 28 brumario del año VI. El 27 de brumario del año V había estrenado una pantomima alegórica en tres actos titulada *Les Tentations ou Tous les diables… précédée du Conseil de Lucifer*. <<

[6] Las notas del autor, numeradas entre paréntesis, figuran al final del relato. <<

[7] En su sentido original latino: ilusiones debidas sobre todo a sortilegios. <<

[8] Las fiestas Lupercales las celebraba en la antigua Roma el 15 de febrero de cada año la cofradía de sacerdotes entregados al culto del Fauno Luperco. Los lupercos daban la vuelta al Palatino desnudos y azotaban con correas a las mujeres que encontraban a su paso, para volverlas fecundas. Antes de la procesión inmolaban una cabra y también, por lo general, un perro. La cofradía tenía su santuario en la ladera noroeste del Palatino, lugar donde, según la tradición, la loba había amamantado a Rómulo y Remo. <<

[9] Las Euménides, o Erinias, eran divinidades de la mitología griega, nacidas de la tierra regada por la sangre de Urano cuando éste fue mutilado por Crono. Eran tres, Alecto, Tisífone y Mégera, a las que se representaba como mujeres aladas y negras, con serpientes enroscadas en sus cabezas. Viven en los Infiernos, de donde salen para cumplir su cometido de castigar, en especial los crímenes, ante todo los de la familia. <<

[10] Según Bodino, Jeanne «confesó que había sido transportada por el Diablo a las asambleas de las brujas, después de haber utilizado algunas grasas que el Diablo le daba, siendo llevada a tan gran velocidad y tan lejos que estaba toda cansada y molida…». <<

[11] Entre los condenados a ser quemados vivos por brujos, Bodino cita especialmente a un cura de Soissons. Fueron bastantes los sacerdotes que, acusados de celebrar misas negras por la noche, ardieron en la hoguera. <<

[12] Hécate fue una diosa titánide de la mitología griega, que en un principio era beneficiosa; con el tiempo, sin embargo, se la relacionó con el mundo de las Sombras, convirtiéndose entonces en diosa de la magia y de los hechizos, que se aparecía a los magos en las noches de luna clara en forma de animal. Esta diosa de las almas de los muertos era representada con tres cabezas y tres cuerpos. <<

[13] El *súcubo* es un demonio que adopta forma de mujer para seducir a los hombres durante su sueño y acoplarse con ellos; más adelante hay una alusión al *íncubo*, demonio que adopta la forma de hombre para acoplarse con una mujer. <<

[14] Las fiestas Floralias de la antigua Roma estaban dedicadas a Flora, divinidad del renacimiento de la vegetación y de la primavera; durante ellas se celebraban juegos en los que intervenían cortesanas. <<

[15] Alusión a *Histoire du duché de Valois*, del abate Carlier. <<

[16] Jean Wier (1515-1588), autor de *De prestigiis demonum et incantationibus ac veneficiis libri sex* (1564), fue el primero en condenar los castigos por brujería, salvo en caso de que se hallara a los acusados culpables de envenenamiento; en general, toma a brujos y brujas por enfermos «a los que hay que curar y no quemarlos». <<

[17] En sus cuatro libros de la *Demonomanía*, Bodino explica: en el primero, la naturaleza de los espíritus y su asociación con los hombres; en el segundo, las artes y medios ilícitos de los brujos; el tercero versa sobre los medios lícitos e ilícitos para prevenir y expulsar los sortilegios; el cuarto, por último, está dedicado a la Inquisición y al procesamiento de los brujos. <<

[18] Bodino no dudó en acusar de brujo a Wier por haber descrito todos los sortilegios y enumerado los demonios. Según Bodino, negar la existencia y el peligro de la brujería era hacerle el juego al Diablo, porque suponía adormecer la confianza que siempre debe estar alerta contra ellos. <<

[19] De hecho, Éloi d’Amerval, autor del *Livre de la deablerie* (1508). <<

[20] Arnoul (1420-1471) y Simon Gréban; al primero se debe un *Mystère de la Passion*, escrito hacia 1452, donde otorgaba a las diablerías ventaja por integrarlas al relato. Las diablerías empezaron a representarse en Francia a comienzos del reinado de Enrique III. <<

[21] «Hacer un ruido espantoso»; se cree que la expresión procede de las diablerías de cuatro personajes; el *Dictionnaire de Trévoux* (1771), sin embargo, la explica de distinto modo: «*il fait le Diable à quatre*, para decir que hay que cogerlo entre cuatro, es malvado». <<

[22] La célebre novela *El monje*, de Matthew Gregory Lewis, se había traducido en Francia en 1797 y había gozado de numerosas reimpresiones; *Le Château mysterieux, ou l'Héritier orphelin*, de un anónimo autor inglés, lo fue al año siguiente; y *Le Petit Pierre ou Aventures de Rodolphe de Westerbourg*, del alemán Christian Heinrich Spiess, apareció traducida al francés en 1795. <<

[23] Los teofilántropos se reunieron por primera vez en 1795, y en sus sesiones se hacían lecturas morales y filosóficas y se cantaba en honor de la divinidad. Gracias al Directorio gozaron de acceso a la mayoría de las iglesias de París, acceso que el Consulado les negó en 1801. <<

[24] Según Bodino, estos *mirmilots* eran sapos alimentados y utilizados por las brujas; a veces los bautizaban, como ocurre aquí; Mercier pudo haber leído ese hecho en textos del siglo XIV (en el cronista clásico Froissart, por ejemplo). <<

[25] Dartigoeyté, diputado de las Landes en la Convención; formaba parte de los diputados montañeses; tras la caída de Robespierre, fue denunciado por sanguinario y depravado; se le acusaba «de efusión de sangre, de dilapidaciones y de depravación inaudita de costumbres». <<

[26] La primera edición data de 1580, y gozó de numerosas reimpresiones. <<

[27] De Lancre fue uno de los dos magistrados que investigaron un caso de fiestas satánicas en la región de Labourd, denunciado en 1609 ante el parlamento de Bordeaux; mujeres de toda condición organizaban ceremonias infernales para distraerse. Muy aficionado a las mujeres, De Lancre se dejó subyugar por dos hermosas brujas y aceptó las denuncias que éstas y sus acólitas interpusieron, para salvarse ellas mismas, contra muchas otras; los dos magistrados enviaron a la hoguera en cuatro meses a 80 mujeres y tres curas. De esta experiencia sacó el libro *Tableau de l'inconstance des mauvais Anges et Démons, où il est amplement traité des sorciers et de la sorcellerie* (1612), en el que describe con mucho detalle el cuarto acto del sabbat: la unión del diablo y de la bruja, unión sobre la que muchachas de 13 a 19 años le habían proporcionado buen número de detalles extraños y obscenos. <<

[28] *Traité des superstitions selon l'Ecriture sainte, les décrets des conciles,* de M. Jean-Baptiste Thiers (1679). <<

[29] En ningún lugar se indica la edad del pintor. Por el contexto se deduce que era un hombre de entre 30 y 40 años, probablemente más cercano al límite inferior. Murió, como veremos, en el año 1700. (N. del A.) <<

[30] La posibilidad de que esta pregunta haya «sugerido» al paciente la fantasía de su pacto con el diablo es algo de lo que aquí nos limitamos a dejar constancia. (N. del A.) <<

[31] *Quorum et finis 24 mensis hujus futurus appropinquat*. (N. del A.) <<

[32] Esto hablaría a favor de que 1714 también es el año de redacción del *Trophaeum*. (N. del A.) <<

[33] *ipsumque Daemonen at Aram Sac. Cellae per fenestrellam in comu Epistolae Schedam sibi porrigentem conspexisset eo advolans e Religiosorum manibus, qui eum tenebant, ipsam Schedam ad manum obtinuit…* (N. del A.) <<

[34] Éste se habría celebrado en septiembre de 1688, nueve años y medio más tarde, en mayo de 1678 ya haría tiempo que habría vencido. (N. del A.) <<

[35] 7 Véase en *Fausto I*, en el estudio: «Aquí quiero ponerme a tu servicio, / un gesto tuyo y no cejaré ni descansaré, / pero cuando nos volvamos a encontrar allá arriba, / tú harás lo mismo por mí». (N. del A.) <<

[36] Ilustración 1 y leyenda en la portada, el demonio con el hábito de un «honrado ciudadano». (N. del A.) <<

[37] De hecho veremos después, cuando consideremos cuándo y para quién se redactaron estos pactos, que su texto debía ser discreto y generalmente comprensible. Pero a nosotros nos basta con que conserve una ambigüedad con la que pueda enlazar nuestra interpretación. (N. del A.) <<

[38] De un perro negro surge asimismo en Goethe el demonio en persona. (N. del A.) <<

[39] Véase Th. Reik, *Der eigene und der fremde Gott* (Imago-Bücher III, 1923), en el capítulo «Dios y el Demonio». (N. del A.) <<

[40] Como ladrón aparece también el padre Lobo en el famoso cuento de los siete chivos. (N. del A.) <<

[41] El hecho de que raras veces logremos en nuestros análisis identificar al demonio como sustituto paterno puede indicar que esta figura de la mitología medieval ya hace tiempo que ha dejado de desempeñar su papel en las personas que se someten a nuestro análisis. Para el cristiano devoto de siglos anteriores la creencia en el demonio era tan obligatoria como la creencia en el mismo Dios, en realidad necesitaba al demonio para poder aferrarse a Dios. El retroceso de la fe ha afectado por diversas razones en primer lugar y sobre todo a la persona del demonio.

Cuando uno se atreve a emplear la idea del demonio como sustituto paterno desde una perspectiva histórico-cultural, también se pueden considerar con otros ojos los procesos de brujas de la Edad Media. (N. del A.) <<

[42] Más adelante nos ocuparemos de la contradicción de que los pactos reproducidos muestren los dos el mismo año, 1669. (N. del A.) <<

[43] Véase *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (Ges. Werke, vol. VIII). (N. del A.) <<

[44] D. P. Schreber, *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken, Leipzig*, 1903. Véase mi análisis del caso Schreber (*Psychoanalitische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia*. Ges. Werke, vol. VIII) (N. del A.) <<

[45] El compilador, pienso yo, se encontró constreñido entre dos puntos fijos. Por una parte encontró, tanto en la caria del párroco como en el informe del abad, la indicación de que el pacto (al menos el primero) se selló el año 1668, por otra parte los pactos conservados en el Archivo mostraban los dos el año 1669; como tenía ante sí dos pactos, estaba convencido de que se habían producido dos pactos. Si en el testimonio del abad únicamente se hablaba de uno solo, como yo creo, tuvo que insertar en este testimonio la mención de otro, para así suprimir la contradicción mediante una fecha adelantada. La alteración del texto que emprendió confina con la interpolación que sólo puede proceder de él. Se vio obligado a unir la interpolación y la alteración con las palabras *sequenti vero anno 1669*, puesto que el pintor en la leyenda (muy dañada) de la imagen de la portada había escrito expresamente:

Tras un año fue él

… terribles amenazas en

… figura Nr. 2 obligado,

… pactar con sangre.

Los «errores al escribir» del pintor, cuando realizó las *syngraphae*, por las cuales me he visto obligado a mi intento de explicación, no me parecen menos interesantes que sus mismos pactos. (N. del A.) <<

[46] Un pasaje incomprensible para mí. (N. del A.) <<

[47] Día uno de agosto, donde se conmemora y ofrenda en los países anglosajones, con una espiga, la primera cosecha de cereal. (N. del E.) <<

[48] Agramainio: en la mitología persa, principio del mal y de la rebelión. <<

[49] Adonis: en la mitología griega, el hermoso joven del que se enamoró Venus, alegoría de la primavera y de la naturaleza en flor porque pasaba con ella parte del año. Nacido del árbol de la Mirra, fruto del amor incestuoso de ésta con su padre, Tías, rey de Siria. Fue recogido por Afrodita, la misma que incitó a su madre y luego la convirtió en árbol, que lo dejó al cuidado de Perséfone. Perséfone y Afrodita acabaron disputando por Adonis, hasta que Zeus (o Calíope, según la leyenda) decidió que pasara un tercio del año con cada una y un tercio del año libremente. Él pasaba siempre dos tercios con Afrodita, educado por las Ninfas. <<

[50] Astarté, diosa fenicia del placer. <<

[51] Anadiomene significa «la que ha surgido» y hace referencia al nacimiento de Venus en las aguas cercanas a la isla de Citera. <<

[52] Cipride: apelativo de la diosa Afrodita o Venus, porque tenía un santuario en la isla de Chipre. <<

[53] Adonis murió por el ataque de un jabalí, causado por los celos de Ares (amante de Afrodita). Su muerte está relacionada con el color rojo de la rosa. Marte se transformó en jabalí y destrozó a Adonis con sus colmillos ante las lágrimas de Venus. Ella, entonces, vierte néctar sobre Adonis y brotan anémonas, símbolo del retorno anual del joven para estar junto a su amada. <<

[54] Edom es también un nombre para Esaú. El Génesis menciona la palabra «rojo» varias veces al referirse a Esaú, estableciendo así una conexión entre el color rojo y él, debido al tono rojizo de su pelo. Los descendientes de Esaú son llamados los Edomitas, y el lugar donde habitaron, la tierra de Edom. Más tarde, los Edomitas fueron llamados Idumeanos por los romanos. En general, se sitúa la tierra de Edom en la zona montañosa del norte de Arabia, en el actual Reino de Jordania. <<

[55] Las esculturas griegas en mármol. <<

[56] Carducci utiliza el término *casolari*, casa rural, pequeña y aislada. Por mantener la rima, se ha traducido por *hogares*, pero también podría ser *casales* (casal: casa de labor). <<

[57] En el original, en gerundio, empiendo (llenando), pero se ha optado por variar el tiempo verbal para ser fieles a la equivalencia de los versos (sería: Después, llenando / un femíneo seno palpitante / fervoroso numen y amante). <<

[58] Trámite, en el sentido de conducto, de pasaje, es una alusión a la castración que el monje filósofo Abelardo (1079-1142) sufrió por su relación amorosa con su discípula Eloísa, sobrina de Fulberto, canónigo de la catedral de París. Pero Carducci a continuación se refiere a que, a pesar de los castigos que sufre, Abelardo sigue contando con el amor incondicional de Eloísa <<

[59] Satanás. <<

[60] Virgilio y Horacio. <<

[61] Nenia: Composición poética que, entre griegos y romanos, se cantaba en las exequias de una persona. <<

[62] Licóride, amante de Marco Antonio y de Cornelio Galo, y Glicera fueron mujeres cuya belleza cantaron Virgilio y Horacio. <<

[63] Satanás. <<

[64] Arnaldo da Brescia (Brescia, c. 1090-Roma, 1155), reformador religioso de espíritu ascético y notable elocuencia, discípulo de Abelardo. En 1143, el pueblo, guiado por Arnaldo da Brescia, se levantó contra el pontífice, el Capitolio fue elegido como sede de las magistraturas comunales, para los senadores y las reuniones de ciudadanos. <<

[65] John Wycliff (o Wicleff) (c. 1320-1384), filósofo y teólogo inglés precursor de la Reforma. Jan Hus (1369-1415), influido por las ideas de Wycliff, predicó contra la corrupción de la jerarquía eclesiástica. Excomulgado en 1411, en 1414 fue capturado, acusado de herejía y quemado en la hoguera. <<

[66] Girolamo Savonarola (Ferrara, 1452-Florencia, 1498), religioso dominico italiano. Prior del convento de San Marcos, predicó contra la corrupción de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo, hasta convertirse, tras la caída de los Médicis (1494), en el personaje más influyente de la República de Florencia. Excomulgado por Alejandro VI y abandonado por muchos de sus partidarios, fue ajusticiado y quemado en la hoguera como hereje. <<

[67] Norman Rockwell (1894-1978), ilustrador con más de 300 portadas de distintas publicaciones en su haber e infinitas viñetas y láminas. La alusión del autor al señalar una de sus obras en el infierno no es ociosa, sino paródica: Rockwell fue el ilustrador oficial del calendario de los Boy Scout y recibió en 1977 la Presidential Medal of Freedom, de manos del entonces presidente de los Estados Unidos, Gerald R. Ford. <<

[68] Novela de Judith Krantz, autora de narraciones románticas, de esas que llevan en la portada letras doradas. La novela fue llevada al cine con el mismo título en 1983 por el realizador Waris Hussein. <<

[69] Domicio Ulpiano, jurista romano de origen fenicio, vivió casi toda su vida en Roma, donde alcanzó altos cargos, sobre todo bajo el emperador Alejandro Severo; como prefecto del pretorio, se opuso al auge que iba adquiriendo la guardia pretoriana, que terminaría asesinándole en el propio palacio imperial en el año 228. Comentarista y recopilador de la jurisprudencia, dejó importantes libros sobre el cuerpo jurídico de leyes romanas, además de comentarios a leyes concretas, exposición de procedimientos jurídicos coetáneos y manuales escolares. (N. del T.) <<

[70] El autor construye su personaje a través de la figura de Daniel Webster (1782-1852), nacido en New Hampshire, senador estadounidense anterior a la Guerra de Secesión, patriota y defensor de la Unión cuando la Confederación sudista iniciaba su pugna sececionista que acabaría en guerra, defensor de los derechos navieros de Nueva Inglaterra y artífice de la fijación definitiva de la frontera con Canadá. Aspiró varias veces a la Presidencia de la nación, sin conseguir ser nominado. <<

[71] La Biblia. <<

[72] O John C. Calhoun (1780-1850), vicepresidente de los Estados Unidos de 1825 a 1832, durante los mandatos de Adams y Jackson, y defensor de la llamada *nulificación*, lo que suponía la derogación de las leyes federales en beneficio de las leyes estatales, cosa que alentaba las aspiraciones secesionistas del sur. <<

[73] Pico de 965 metros que se alza al sudoeste de New Hampshire. <<

[74] Un famoso acuerdo de colaboración para la explotación naviera entre New Hampshire y Missouri, firmado por el Daniel Webster histórico. <<

[75] Literalmente, rayar, arañar. En sentido figurado, laceración. Es un nombre que se da al Demonio, receptor de la herida, de la laceración primigenia. <<

[76] Benedict Arnold (1741-1801), general norteamericano que se pasó al bando inglés durante la Guerra de Independencia, al mostrarse contrario a una alianza entre norteamericanos y franceses, influido también por su esposa, fiel a la corona británica. Ha pasado a la historia de los Estados Unidos, como el traidor por antonomasia. <<

[77] Sir John Alexander Macdonald (1815-1891), nacido en Glasgow y político conservador, fue primer ministro de Canadá de 1867 a 1873. <<

[78] Charles Gounod, el autor de la ópera *Fausto*. <<

[79] Compañía canadiense de teatro con más de cuarenta años de trayectoria. <<

[80] *Las penas de Satán*. Marie Corelli, nacida Mary Mackay (1855-1924), fue una novelista británica que incluso llegó a publicar algún relato ambientado en el espacio exterior, autora de ficciones que gozaron en su día de cierto éxito popular. Era hija ilegítima del poeta escocés Charles Mackay y de la criada de éste, Elizabeth Mills. <<

[81] A finales del siglo XII apareció en el sur de Francia el primer escrito de los cabalistas, el *Bahir*; nacía así para la literatura hebraica un «movimiento por el que (sobre todo entre el siglo XII y el XVII) las tendencias místicas en el seno del judaísmo encontraron la forma de dar salida a su «savia» en diversas ramificaciones y desenvolvimientos a menudo muy vivos. (…) Existe una literatura extremadamente rica en la que los místicos judíos creyeron poder interpretar el texto bíblico siguiendo su propio pensamiento» (Gershom G. Scholem, *La Kaballe et sa symbolique*, 1966), <<

[82] Moneda italiana. <<

[83] Ciudad marítima, a 6 kilómetros al sudeste de Nápoles, a los pies del Vesubio; las ruinas a las que se alude son las de Herculano, engullida por el volcán en el año 79, al mismo tiempo que Pompeya. <<

[84] *Pentacle* en francés: estrella de cinco puntas. Pero Cazotte escribe *penthacle*, término desconocido en esa lengua; probablemente lo emplea por *pantacle*, que designa el círculo mágico necesario para la evocación de los espíritus (Etiemble, *Romanciers du XVIIe siècle*, Pléiade, t. II, prefacio, págs. XX-XXI). <<

[85] La evocación, en la terminología de la magia, designa «la acción de evocar, de hacer aparecer los demonios, las sombras o las almas de los muertos» (Littré). <<

[86] El camello es para el Antiguo Testamento un animal impuro (Levítico 11, 4). La escena descrita por Cazotte será recogida por Baudelaire: «Los satanes ¿no tienen formas de animales? El camello de Cazotte —camello, diablo y mujer (*Journaux intimes* XI, *Œuvres completes*, Pléiade, t.I, ed. 1975, pág. 660). <<

[87] *Che vuoi*?: en italiano: «¿Qué quieres?». <<

[88] El recitativo obligado es el que va «acompañado y cortado por los instrumentos, por oposición al que sólo es acompañado por simples acordes de piano y de bajo» (Littré). La arieta es un aire ligero y breve que se canta con palabras y acompañamiento. <<

[89] Alusión al tribunal de la Inquisición <<

[90] El cequí, moneda de oro, tenía curso en Italia. <<

[91] El *Ridotto* veneciano se encontraba en el Palazzo Dandolo, cerca del campo de San Moisés y de la plaza de San Marcos; a finales del siglo XVIII era un círculo y un establecimiento de juego célebre en toda Europa; un siglo más tarde, el Dandolo estaba ocupado por dos hoteles de lujo, el Britania y el Daniela, meta del turismo aristocrático. <<

[92] El faraón es «un juego de azar que se juega con cartas, en el que el banquero juega solo contra un número indeterminado de jugadores, cada uno de los cuales apuesta a una de las cincuenta y dos cartas de que se compone el juego entero. El banquero tiene un juego parecido; saca dos cartas, una para él a la derecha, y otra para los jugadores a la izquierda; gana todo el dinero con la carta de la derecha, y dobla las cantidades puestas en la de la izquierda» (Littré). <<

[93] El chichisbeo (del italiano *cicisbeo*) fue, en el siglo XVIII, una moda social: la dama tenía un acompañante oficial (el *cicisbeo*), para acudir al baile, al teatro o a distintos lugares públicos, sustituyendo al marido, con la aprobación de éste y de la familia. <<

[94] El río italiano Brenta nace cerca de Trento y desemboca en la laguna de Venecia. Junto a su curso se encuentran todavía las villas venecianas. <<

[95] La iglesia de San Francesco della Vigna, célebre iglesia de los frari venecianos, famosa por el esplendor de sus tumbas. <<

[96] En la edición de 1772, como advierte Cazotte en el Epílogo, la novela concluía de una forma más abrupta. Tras «en una palabra, de un gentilhombre» venía el siguiente desenlace: <<

> … *en una palabra, de un gentilhombre*. Ella quiso insistir, yo me había vuelto inflexible. Achacándome a mí mismo la desgracia de los míos, hubiera expuesto mi cabeza a todos los riesgos, y, por más que temiese los castigos, estaba decidido a afrontarlos, a sufrirlos, antes que seguir siendo presa de remordimientos que desgarraban mi corazón.
>
> Con esta disposición de ánimo avanzaba hacia los muros que me habían visto nacer, y que pronto debía encontrar llenos del duelo que en ellos había causado. Los mulos, aunque fuertes, no caminaban lo bastante deprisa a gusto de mi impaciencia: «¡Fustígalos, desgraciado, fustígalos!», le decía al mulero. Los fustiga; y, en efecto, los mulos apresuran el paso.
>
> Ya descubría, pero desde bastante lejos, la cima de las torres del castillo; para animar todavía más a los animales que me llevan, los aguijoneo con la punta de mi espada; se precipitan, tascan el freno con los dientes. Pronto ya no se los ve correr, vuelan. El postillón, desmontado, es arrojado a una cuneta; las riendas, caídas en la parte delantera, ya no pueden ser recogidas por mí; pido ayuda en mi camino; grito, me enfurezco; se asustan, huyen a mi paso; por fin atravieso como una tempestad el pueblo de Maravillas y soy arrastrado seis leguas más allá, sin que nada obstaculice la fuerza invencible que lleva a mi carruaje. Mil veces me hubiera tirado si la rapidez del movimiento me hubiese permitido los medios.
>
> Cansado de esfuerzos y tentativas de toda especie, vuelvo a sentarme. Miro a Biondetta. Me parece más tranquila de lo que debería estar, ella, a la que había visto susceptible de tener miedo por razones mucho menores. Un rayo de luz me ilumina: «*Los acontecimientos me lo indican* —exclamé—, *estoy poseso*». Entonces la agarro por un botón de su traje campero: «*Espíritu maligno* —dije con fuerza—, *si no estás aquí para apartarme de mi deber y arrastrarme al precipicio del que temerariamente te saqué, vuelve a él para siempre*». Nada más decir estas palabras, desapareció; y los mulos que me habían arrastrado, por ser de la misma naturaleza que ella, la habían seguido.
>
> La calesa* hace un movimiento extraordinario; me levanta del asiento y estoy a punto de verme forzado a salir. Alzo los ojos al cielo; una nube negra se elevaba en el aire, su cima representaba una enorme cabeza de camello. El

viento que arrastraba esa visión con toda la violencia de un huracán, no hubiera tardado en disiparla. Al mirar a mi alrededor, vi que los mulos se habían desvanecido, y que mi calesa, inclinada hacia el suelo, estaba apoyada en sus varales.

Me encontré solo en una pequeña llanura árida, apartada de los caminos ordinarios. Mi primer impulso fue prosternarme para dar gracias por mi liberación.

Diviso un caserío; voy hacia él, encuentro ayuda para que me lleven a donde debía ir, pero sin preguntar nada, sin darme a conocer. Estaba absorto en mi dolor y abrumado por remordimientos que nunca se habían dejado sentir tan vivamente.

Llego al castillo. Apenas me atrevía a levantar los ojos ni a detenerlos sobre objeto alguno. Oigo una voz: «¡Es Álvaro! ¡Es mi hijo!» Alzo la vista y reconozco a mi madre… *En medio de estas reflexiones* (pág. 194).

(*) Una calesa española tiene su parte superior parecida a las calesas que llevaban nuestras mujeres. (Nota de Cazotte).

A mediados del siglo XVIII, el término *calèche* designaba también un gorro de mujer que se replegaba sobre sí mismo como la capota de una calesa. (N. del T.)

[97] «Conjunción trina» designa en astrología «el aspecto o la situación de un astro en relación con otro cuando distan ciento veinticinco grados. A veces se denomina trígono» (*Encyclopédie*). Es decir, cuando ocupan posiciones vecinas en el mapa del cielo en el momento del nacimiento. Su influencia, en este caso, es benéfica. <<

[98] Moneda de oro española. <<

[99] Para Georges Décote este nombre puede interpretarse de dos formas: «El nombre propio del personaje se traduce directamente del español y significa *Brise-cornes* [quiebracuernos, rompecuernos] del diablo. Esta traducción remite directamente a la interpretación primera del relato: la gracia divina permite triunfar de la tentación demoníaca. Otra lectura, quizá más aproximativa, permitiría descomponer este nombre en: *que abra*, subjuntivo de *abrir* + *cuer*, o *coeur* [corazón], forma antigua transparente + de + nos. El sentido así obtenido: «Ojalá abra nuestro corazón», estaría conforme con la función misma del personaje: intérprete, hermeneuta que juega un papel análogo al del adivino ciego de la tragedia: explicitar el sueño, la producción mayor y la «vía real» del inconsciente según Freud». <<

[100] Jean Bodin (1530-1596), filósofo y político francés cuyo nombre se castellanizó muy pronto como Bodino. En su vida hay pasajes oscuros, como que era hijo de una judía conversa. Estando al servicio del rey, fue encarcelado durante dieciocho meses (1569-1570) bajo sospecha de protestantismo. Consejero del duque d'Alençon, hermano del rey y cabeza del partido de los «políticos», que abogaban por cierta tolerancia religiosa, superó, tras la matanza de San Bartolomé, su implicación en un complot y recuperó los favores del rey. Pero su carrera política sería de corta duración: en 1576 era elegido diputado a los Estados generales de Blois por el tercer Estado del Vermandois; en ellos se enfrentó a la intransigencia religiosa de la Liga y se opuso a los subsidios exigidos por el rey para combatir a los hugonotes y la alienación del dominio real. Hubo de seguir al duque d'Alençon a Inglaterra, y, a su muerte, se sometió a la Liga triunfante, hecho que no le libró en ocasiones de la acusación de herejía (1687). Se opuso a Maquiavelo en sus *Seis libros de la República* (1576), donde, convencido de la necesidad de una monarquía fuerte y centralista para Francia, proclama la soberanía de los Estados y de la legalidad, el absolutismo de los reyes y el papel de los climas en la organización política propia de cada país. Su *Demonomanía o Tratado de los brujos* (1580), especie de manual para uso de jueces en los procesos de brujería, fue una fuente importante para la literatura posterior, por ejemplo para *La bruja de Verbene*, de Claude-François-Xavier Mercier de Compiègne. <<

[101] Balthasar Bekker publicó en 1694 *El mundo encantado, o Examen de los sentimientos comunes sobre los espíritus, su naturaleza, su poder, su administración y sus operaciones, y sobre los efectos que los hombres son capaces de producir por medio de su comunicación y mi virtud*. <<

[102] La *Callimorpha jacobeae*, o *Calimorfa cinabrio*, larva que, según los gnósticos, contenía el polvo esencial de la vida. <<

[103] *Este es mi cuerpo*, fórmula de la consagración de la hostia en la misa. Frase de Cristo al partir el pan en la última cena, según Lucas 22,19. <<

[104] Según la mitología persa, el demonio impulsor de las ciencias, que se manifiesta a intervalos de 666 años. <<